





2018

Enero

Febrero

Marzo

Abril

SANTO PADRE FRANCISCO. Año 2018. Enero.



Textos tomados de:

www.vatican.va

Compuestos por:

alphonsus2002@gmail.com

ENERO

1 de enero de 2018. Homilía en la Santa Misa en la solemnidad de Santa María, Madre de Dios. LI jornada mundial de la paz.

1 de enero de 2018.

ÁNGELUS.

3 de enero de 2018.

Audiencia general. El acto penitencial.

5 de enero de 2018. Discurso a la asociación italiana de maestros católicos.

6 de enero de 2018. Homilía en la Santa Misa en la

solemnidad de la Epifanía del Señor.

6 de enero de 2018.

ÁNGELUS.

7 de enero de 2018. Homilía en la fiesta del bautismo del Señor. Celebración de la Santa Misa y bautismo de algunos niños.

8 de enero de 2018. Discurso a los miembros del cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede con motivo de las felicitaciones de año nuevo.

9 de enero de 2018.

Videomensaje con ocasión de su inminente viaje apostólico a

Chile y Perú.

10 de enero de 2018.

Audiencia general. El gloria.

12 de enero 2018. Mensaje al presidente ejecutivo del Foro Económico Mundial.

14 de enero de 2018. Homilía en la concelebración eucarística durante la jornada mundial del migrante y del refugiado.

15 de enero de 2018. Saludo a los periodistas durante el vuelo a Chile. (Chile)

16 de enero de 2018.

Discurso en el encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático.

(Chile)

16 de enero de 2018. Saludo en la breve visita a centro penitenciario femenino. (Chile)

16 de enero 2018. Discurso en el encuentro con los sacerdotes, religiosos/as, consagrados/as y seminaristas.

(Chile)

16 de enero de 2018. Homilía en la Santa Misa por la paz y la justicia. (Chile)

16 de enero de 2018. Saludo en el encuentro con los obispos. (Chile)

17 de enero de 2018. Discurso en el encuentro con

los jóvenes. (Chile)

17 de enero de 2018. Homilía en la Santa Misa por el progreso de los pueblos. (Chile)

17 de enero de 2018.

Discurso en la visita a la Pontificia Universidad Católica de Chile. (Chile)

18 de enero de 2018. Santa Misa de la Virgen del Carmen y oración por Chile. (Chile)

19 de enero de 2018.

Discurso en el encuentro con los pueblos de la Amazonia. (Perú)

19 de enero de 2018. Saludo en el encuentro con la

población. (Perú)

19 de enero de 2018. Saludo

en la visita al hogar «el

Principito» (Perú)

19 de enero de 2018.

Discurso en el encuentro con

las autoridades, la sociedad

civil y el cuerpo diplomático.

(Perú)

20 de enero de 2018.

Discurso en el encuentro con

sacerdotes, religiosos/as y

seminaristas de las

circunscripciones eclesiásticas

del norte de Perú. (Perú)

20 de enero de 2018.

Discurso en la celebración

mariana en honor de la Virgen de la Puerta. (Perú)

20 de enero de 2018. Homilía del Santo Padre en la Santa Misa. (Perú)

21 de enero de 2018.

Discurso en el encuentro con los obispos. (Perú)

21 de enero de 2018. Homilía del Santo Padre y rezo de la hora tercia con religiosas contemplativas. (Perú)

21 de enero de 2018. Santa Misa. (Perú)

21 de enero de 2018.

ÁNGELUS. (Perú)

21 de enero de 2018.

Conferencia de prensa del Santo Padre durante el vuelo de regreso a Roma.

24 de enero de 2018.

Audiencia general. Sobre el viaje apostólico a Chile y Perú.

26 de enero de 2018.

Discurso a los participantes en la asamblea plenaria de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

26 de enero de 2018.

Discurso a los miembros de la Pontificia Academia de Teología.

27 de enero de 2018.

Discurso a los miembros de la cruz roja italiana.

28 de enero de 2018.

Discurso a la comunidad greco-católica ucraniana en la visita a la basílica de santa Sofía, Roma.

28 de enero de 2018. Homilía en la Santa Misa con motivo de la fiesta de la traslación del icono de la Salus Populi Romani.

28 de enero de 2018.
ÁNGELUS.

29 de enero de 2018.

Discurso con ocasión de la inauguración del año judicial del tribunal de la Rota Romana.

31 de enero de 2018.

Audiencia general. La Liturgia
de la Palabra.

**MENSAJE DEL SANTO
PADRE FRANCISCO PARA LA
CUARESMA 2018.**

1 de enero de 2018. Homilía en la Santa Misa en la solemnidad de Santa María, Madre de Dios. LI jornada mundial de la paz.

Lunes.

El año se abre en el nombre de la Madre de Dios. *Madre de Dios* es el título más importante de la Virgen. Pero nos podemos plantear una cuestión: ¿Por qué decimos *Madre de Dios* y no *Madre de Jesús*? Algunos en el pasado pidieron limitarse a esto, pero la Iglesia afirmó: María es Madre de Dios.

Tenemos que dar gracias porque estas palabras contienen una verdad espléndida sobre Dios y sobre nosotros. Y es que, desde que el Señor se encarnó en María, y por siempre, nuestra humanidad está indefectiblemente unida a él. Ya no existe Dios sin el hombre: la carne que Jesús tomó de su Madre es suya también ahora y lo será para siempre. Decir Madre *de Dios* nos recuerda esto: Dios se ha hecho cercano con la humanidad como un niño a su madre que lo lleva en el

seno.

La palabra *madre* (*mater*) hace referencia también a la palabra *materia*. En su Madre, el Dios del cielo, el Dios infinito se ha hecho pequeño, se ha hecho materia, para estar no solamente *con nosotros*, sino también para ser *como nosotros*. He aquí el milagro, he aquí la novedad: el hombre ya no está solo; ya no es huérfano, sino que es hijo para siempre. El año se abre con esta novedad. Y nosotros la proclamamos diciendo: ¡Madre de Dios! Es el gozo de saber

que nuestra soledad ha sido derrotada. Es la belleza de sabernos hijos amados, de conocer que no nos podrán quitar jamás esta infancia nuestra. Es reconocerse en el Dios frágil y niño que está en los brazos de su Madre y ver que para el Señor la humanidad es preciosa y sagrada. Por lo tanto, servir a la vida humana es servir a Dios, y que toda vida, desde la que está en el seno de la madre hasta que es anciana, la que sufre y está enferma, también la que es incómoda y

hasta repugnante, debe ser acogida, amada y ayudada. Dejémonos ahora guiar por el Evangelio de hoy. Sobre la Madre de Dios se dice una sola frase: «Custodiaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19). *Custodiaba*. Simplemente custodiaba. María no habla: el Evangelio no nos menciona ni tan siquiera una sola palabra suya en todo el relato de la Navidad. También en esto la Madre está unida al Hijo: Jesús es infante, es decir «sin palabra». Él, el Verbo, la Palabra de Dios que «muchas

veces y en diversos modos en los tiempos antiguos había hablado» (*Hb 1,1*), ahora, en la «plenitud de los tiempos» (*Ga 4,4*), está mudo. El Dios ante el cual se guarda silencio es un niño que no habla. Su majestad es sin palabras, su misterio de amor se revela en la pequeñez. Esta pequeñez silenciosa es el lenguaje de su realeza. La Madre se asocia al Hijo y *custodia en el silencio*. Y el silencio nos dice que también nosotros, si queremos custodiarnos, tenemos necesidad de silencio. Tenemos

necesidad de permanecer en silencio mirando el pesebre. Porque delante del pesebre nos descubrimos amados, saboreamos el sentido genuino de la vida. Y contemplando en silencio, dejamos que Jesús nos hable al corazón: que su pequeñez desarme nuestra soberbia, que su pobreza desconcierte nuestra fastuosidad, que su ternura sacuda nuestro corazón insensible. Reservar cada día un momento de silencio con Dios es custodiar nuestra alma; es custodiar nuestra libertad

frente a las banalidades corrosivas del consumo y la ruidosa confusión de la publicidad, frente a la abundancia de palabras vacías y las olas impetuosas de las murmuraciones y quejas.

El Evangelio sigue diciendo que María custodiaba *todas estas cosas, meditándolas*. ¿Cuáles eran *estas cosas*? Eran gozos y dolores: por una parte, el nacimiento de Jesús, el amor de José, la visita de los pastores, aquella noche luminosa. Pero por otra parte: el futuro incierto, la falta de un

hogar, «porque para ellos no había sitio en la posada» (Lc 2,7), la desolación del rechazo, la desilusión de ver nacer a Jesús en un establo. Esperanzas y angustias, luz y tiniebla: *todas estas cosas* poblaban el corazón de María. Y ella, ¿qué hizo? Las *meditaba*, es decir las repasaba con Dios en su corazón. No se guardó nada para sí misma, no ocultó nada en la soledad ni lo ahogó en la amargura, sino que todo lo llevó a Dios. Así custodió. Confiando se custodia: no

dejando que la vida caiga presa del miedo, del desconsuelo o de la superstición, no cerrándose o tratando de olvidar, sino haciendo de toda ocasión un diálogo con Dios. Y Dios que se preocupa de nosotros, viene a habitar nuestras vidas.

Este es el secreto de la Madre de Dios: custodiar en el silencio y llevar a Dios. Y como concluye el Evangelio, todo esto sucedía *en su corazón*. El corazón invita a mirar al centro de la persona, de los afectos, de la vida. También nosotros, cristianos en camino, al inicio

del año sentimos la necesidad de volver a comenzar desde el centro, de dejar atrás los fardos del pasado y de empezar de nuevo desde lo que importa. Aquí está hoy, frente a nosotros, el punto de partida: la *Madre de Dios*. Porque María es como Dios quiere que seamos nosotros, como quiere que sea su Iglesia: Madre tierna, humilde, pobre de cosas y rica de amor, libre del pecado, unida a Jesús, que custodia a Dios en su corazón y al prójimo en su vida. Para recomenzar, contemplemos a la Madre. En

su corazón palpita el corazón de la Iglesia. La fiesta de hoy nos dice que para ir hacia delante es necesario volver de nuevo al pesebre, a la Madre que lleva en sus brazos a Dios. La devoción a María no es una cortesía espiritual, es una exigencia de la vida cristiana. Contemplando a la Madre nos sentimos animados a soltar tantos pesos inútiles y a encontrar lo que verdaderamente cuenta. El don de la Madre, el don de toda madre y de toda mujer es muy valioso para la Iglesia, que es

madre y mujer. Y mientras el hombre frecuentemente abstrae, afirma e impone ideas; la mujer, la madre, sabe custodiar, unir en el corazón, vivificar. Para que la fe no se reduzca sólo a ser idea o doctrina, todos necesitamos tener un corazón de madre, que sepa custodiar la ternura de Dios y escuchar los latidos del hombre. Que la Madre, que es el sello especial de Dios sobre la humanidad, custodie este año y traiga la paz de su Hijo a los corazones, nuestros corazones, y al mundo entero.

Y como niños, sencillamente, os invito a saludarla hoy con el saludo de los cristianos de Éfeso, ante sus obispos: «¡Santa Madre de Dios!». Digámoslo, tres veces, con el corazón, todos juntos, mirándola [volviéndose a la imagen colocada a un lado del altar]: «¡Santa Madre de Dios!».

1 de enero de 2018. **ÁNGELUS.**

Solemnidad de Santa María,
Madre de Dios

LI jornada mundial de la paz.

Lunes.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

En la primera página del
calendario del año nuevo que el
Señor nos dona, la Iglesia
pone, como una hermosa
miniatura, la solemnidad
litúrgica de María Santísima
Madre de Dios. En este primer

día del año solar, fijamos la mirada en Ella, para retomar, bajo su materna protección, el camino a lo largo de los senderos del tiempo. El Evangelio de hoy (cf. *Lc 2, 16-21*) nos reconduce al establo de Belén. Los pastores llegan a toda prisa y encuentran a María, José y el Niño; e informan del anuncio que les han dado los ángeles, es decir que ese recién nacido es el Salvador. Todos se sorprenden, mientras que «María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su

corazón» (Lc 2, 19). La Virgen nos hace entender cómo acoger el evento de la Navidad: no superficialmente sino en el corazón. Nos indica el verdadero modo de recibir el don de Dios: conservarlo en el corazón y meditarlo. Es una invitación dirigida a cada uno de nosotros a rezar contemplando y gustando este don que es Jesús mismo. Es mediante María que el Hijo asume la corporeidad. Pero la maternidad de María no se reduce a esto: gracias a su fe, Ella es también la primera

discípula de Jesús y esto «dilata» su maternidad. Será la fe de María la que provoque en Caná el primer «signo» milagroso, que contribuye a suscitar la fe de los discípulos. Con la misma fe, María está presente a los pies de la cruz y recibe como hijo al apóstol Juan; y finalmente, después de la Resurrección, se convierte en madre orante de la Iglesia sobre la cual desciende con poder el Espíritu Santo en el día de Pentecostés. Como madre, María cumple una función muy especial: se pone

entre su Hijo Jesús y los hombres en la realidad de su privación, en la realidad de sus indiferencias y sufrimientos. María intercede, como en Caná, consciente que en cuanto madre puede, es más, debe hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres, especialmente de los más débiles y desfavorecidos. Y precisamente a estas personas está dedicado el tema de la Jornada mundial de la paz que hoy celebramos: «Migrantes y refugiados: hombres y mujeres que buscan la paz», este es el

lema de esta Jornada. Deseo, una vez más, hacerme voz de estos hermanos y hermanas nuestras que invocan para su futuro un horizonte de paz. Para esta paz, que es derecho de todos, muchos de ellos están dispuestos a arriesgar la vida en un viaje que en gran parte de los casos es largo y peligroso; están dispuestos a afrontar fatigas y sufrimientos (cf. Mensaje para la Jornada mundial de la Paz 2018, 1). Por favor, no apaguemos la esperanza en sus corazones; ¡no sofoquemos sus

expectativas de paz! Es importante que de parte de todos, instituciones civiles, realidades educativas, asistenciales y eclesiales; haya un compromiso para asegurar a los refugiados, a los migrantes, a todos un futuro de paz. Que el Señor nos conceda trabajar en este nuevo año con generosidad, con generosidad, para realizar un mundo más solidario y acogedor. Os invito a rezar por esto, mientras que junto con vosotros encomiendo a María, Madre de Dios y Madre nuestra, el 2018 que acaba de

empezar. Los viejos monjes rusos, místicos, decían que en tiempo de turbulencias espirituales era necesario recogerse bajo el manto de la Santa Madre de Dios. Pensando en tantas turbulencias de hoy, y sobre todo de los migrantes y de los refugiados, rezamos como ellos nos han enseñado a rezar: «Bajo tu protección buscamos refugio, Santa Madre de Dios: no despreciar nuestras súplicas que estamos en la prueba, sino líbranos de todo peligro, oh Virgen, gloriosa y bendita».

Después del Ángelus:

Queridos hermanos y hermanas:

¡En el umbral del 2018, dirijo a todos mi cordial deseo de todo bien para el año nuevo, a todos vosotros!

Deseo dar las gracias al presidente de la República Italiana por la felicitación que me dirigió anoche en su Mensaje de final de año y que devuelvo de corazón, deseando para el pueblo italiano un año de serenidad y de santa paz, iluminado por la constante

bendición de Dios.

Expreso mi aprecio por las múltiples iniciativas de oración y de acción por la paz, organizadas en todas las partes del mundo con ocasión de la actual Jornada mundial de la paz. Pienso, en particular, en la Marcha nacional que se desarrolló ayer por la noche en Sotto il Monte, promovida por la Conferencia Episcopal Italiana, Caritas Italiana, *Pax Christi* y Acción Católica. Y saludo a los participantes de la manifestación «Paz en todas las tierras», promovida en Roma y

en muchos países por la Comunidad de San Egidio. Queridos amigos, os animo a llevar adelante con alegría vuestro compromiso de solidaridad, especialmente en las periferias de las ciudades, para favorecer la convivencia pacífica. Dirijo mi saludo a todos vosotros, queridos peregrinos aquí presentes, en particular a los de Nueva York, a la banda musical procedente de California y al grupo de la «Pro Loco» de Massalengo. A todos renuevo el deseo de un año de paz en la gracia del

Señor y con la protección
materna de María, la Santa
Madre de Dios. Buen año, buen
almuerzo, y no os olvidéis de
rezar por mí. ¡Hasta pronto!

3 de enero de 2018. Audiencia general. El acto penitencial.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Retomando las catequesis sobre la celebración eucarística, consideramos hoy, en nuestro contexto de los ritos de introducción, el acto penitencial. En su sobriedad, esto favorece la actitud con la que disponerse a celebrar dignamente los santos misterios, o sea, reconociendo

delante de Dios y de los hermanos nuestros pecados, reconociendo que somos pecadores. La invitación del sacerdote, de hecho, está dirigida a toda la comunidad en oración, porque todos somos pecadores. ¿Qué puede donar el Señor a quien tiene ya el corazón lleno de sí, del propio éxito? Nada, porque el presuntuoso es incapaz de recibir perdón, lleno como está de su presunta justicia.

Pensemos en la parábola del fariseo y del publicano, donde solamente el segundo —el

publicano— vuelve a casa justificado, es decir perdonado (cf. *Lc 18, 9-14*). Quien es consciente de las propias miserias y baja los ojos con humildad, siente posarse sobre sí la mirada misericordiosa de Dios. Sabemos por experiencia que solo quien sabe reconocer los errores y pedir perdón recibe la comprensión y el perdón de los otros. Escuchar en silencio la voz de la conciencia permite reconocer que nuestros pensamientos son distantes de los pensamientos divinos, que nuestras palabras

y nuestras acciones son a menudo mundanas, guiadas por elecciones contrarias al Evangelio. Por eso, al principio de la misa, realizamos comunitariamente el acto penitencial mediante una fórmula de confesión general, pronunciada en primera persona del singular. Cada uno confiesa a Dios y a los hermanos «que ha pecado en pensamiento, palabras, obra y omisión». Sí, también en omisión, o sea, que he dejado de hacer el bien que habría podido hacer. A menudo nos

sentimos buenos porque — decimos— «no he hecho mal a nadie». En realidad, no basta con hacer el mal al prójimo, es necesario elegir hacer el bien aprovechando las ocasiones para dar buen testimonio de que somos discípulos de Jesús. Está bien subrayar que confesamos tanto a Dios como a los hermanos ser pecadores: esto nos ayuda a comprender la dimensión del pecado que, mientras nos separa de Dios, nos divide también de nuestros hermanos, y viceversa. El pecado corta: corta la relación

con Dios y corta la relación con los hermanos, la relación en la familia, en la sociedad, en la comunidad: El pecado corta siempre, separa, divide.

Las palabras que decimos con la boca están acompañadas del gesto de golpearse el pecho, reconociendo que he pecado precisamente por mi culpa, y no por la de otros. Sucede a menudo que, por miedo o vergüenza, señalamos con el dedo para acusar a otros.

Cuesta admitir ser culpables, pero nos hace bien confesarlo con sinceridad. Confesar los

propios pecados. Yo recuerdo una anécdota, que contaba un viejo misionero, de una mujer que fue a confesarse y empezó a decir los errores del marido; después pasó a contar los errores de la suegra y después los pecados de los vecinos. En un momento dado, el confesor dijo: «Pero, señora, dígame, ¿ha terminado? — Muy bien: usted ha terminado con los pecados de los demás. Ahora empiece a decir los suyos». ¡Decir los propios pecados! Después de la confesión del pecado, suplicamos a la beata

Virgen María, los ángeles y los santos que recen por nosotros ante el Señor. También en esto es valiosa la comunión de los santos: es decir, la intercesión de estos «amigos y modelos de vida» (Prefacio del 1 de noviembre) nos sostiene en el camino hacia la plena comunión con Dios, cuando el pecado será definitivamente anulado.

Además del «Yo confieso», se puede hacer el acto penitencial con otras fórmulas, por ejemplo: «Piedad de nosotros, Señor / Contra ti hemos

pecado. / Muéstranos Señor, tu misericordia. / Y dónanos tu salvación» (cf. *Sal* 123, 3; 85, 8; *Jer* 14, 20). Especialmente el domingo se puede realizar la bendición y la aspersion del agua en memoria del Bautismo (cf. OGMR, 51), que cancela todos los pecados. También es posible, como parte del acto penitencial, cantar el *Kyrie eléison*: con una antigua expresión griega, aclamamos al Señor –*Kyrios*– e imploramos su misericordia (*ibid.*, 52). La Sagrada escritura nos ofrece luminosos ejemplos de figuras

«penitentes» que, volviendo a sí mismos después de haber cometido el pecado, encuentran la valentía de quitar la máscara y abrirse a la gracia que renueva el corazón. Pensemos en el rey David y a las palabras que se le atribuyen en el Salmo. «Tenme piedad, oh Dios, según tu amor, por tu inmensa ternura borra mi delito» (*Sal* 51, 3). Pensemos en el hijo pródigo que vuelve donde su padre; o en la invocación del publicano: «¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!» (*Lc* 18, 13).

Pensemos también en san Pedro, en Zaqueo, en la mujer samaritana. Medirse con la fragilidad de la arcilla de la que estamos hechos es una experiencia que nos fortalece: mientras que nos hace hacer cuentas con nuestra debilidad, nos abre el corazón a invocar la misericordia divina que transforma y convierte. Y esto es lo que hacemos en el acto penitencial al principio de la misa.

Saludos:

Saludo cordialmente a los

peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica. Al inicio de este nuevo año, les deseo que sea para ustedes un tiempo de paz y que puedan contemplar el abrazo de amor y ternura del Señor en sus vidas. Los invito a que se renueven interiormente siguiendo el ejemplo de tantos personajes de la Sagrada Escritura, como el Rey David, San Pedro, la samaritana; ellos, a pesar de haber ofendido a Dios, fueron capaces de pedirle perdón con humildad y sinceridad, y

podieron experimentar su misericordia que transforma y da la alegría verdadera.

Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

5 de enero de 2018. Discurso a la asociación italiana de maestros católicos.

Viernes.

Queridos hermanos y hermanas:

Os doy la bienvenida a vosotros, representantes de la Asociación italiana de maestros católicos, con ocasión de vuestro congreso nacional y agradezco al presidente por sus palabras.

Quisiera proponeros tres puntos de reflexión y de

compromiso: la cultura del encuentro, la alianza entre escuela y familia y la educación ecológica. Es también un aliento al hecho de hacer asociación.

En primer lugar, os agradezco por la contribución que dais al compromiso de la Iglesia por promover la cultura del encuentro y os animo a hacerlo, si es posible, de modo aún más minucioso e incisivo. De hecho, en este desafío cultural son decisivas las bases que se ponen en los años de la educación primaria de los

niños. Los maestros cristianos, que trabajan tanto en escuelas católicas como públicas, están llamados a estimular en los alumnos la apertura al otro como rostro, como persona, como hermano y hermana por conocer y respetar, con su historia, con sus méritos y defectos, riquezas y límites. La apuesta es la de cooperar en la formación de chicos abiertos e interesados en la realidad que los rodea, capaces de tener atención y ternura —pienso en los matones—, que estén libres del prejuicio difundido según el

cual para valer hay que ser competitivos, agresivos, duros con los otros, especialmente con quien es diferente, extranjero o quien de cualquier modo se ve como un obstáculo a la propia afirmación. Este, desafortunadamente es un «aire» que a menudo nuestros niños respiran, y el remedio es asegurarse de que puedan respirar un aire diferente, más sano, más humano. Y para este objetivo es muy importante la alianza con los padres.

Y aquí llegamos al segundo punto, es decir, a la alianza

educativa entre la escuela y la familia. Yo estoy convencido de que el pacto educativo se ha roto; se ha roto el pacto educativo entre escuela, familia y Estado; está roto, debemos recuperarlo. Todos sabemos que esta alianza está desde hace tiempo en crisis, y en ciertos casos, del todo rota. Una vez hubo mucho reforzamiento recíproco entre los estímulos dados por los maestros y aquellos de los padres. Hoy la situación ha cambiado, pero no podemos ser nostálgicos del pasado. Es necesario tomar

nota de los cambios que han afectado tanto a la familia como a la escuela y renovar el compromiso por una colaboración constructiva —o sea, reconstruir la alianza y el pacto educativo— por el bien de los niños y de los chicos. Y desde el momento en el que esta sinergia ya no sucede de modo «natural», es necesario favorecerla de modo proyectivo, también con la aportación de expertos en el campo pedagógico. Pero antes incluso es necesario favorecer una nueva «complicidad» —soy

consciente del uso de esta palabra—, una nueva complicidad entre profesores y padres. Antes que nada, renunciando a verse como frentes contrapuestos, culpabilizándose unos a otros, sino al contrario, poniéndose en el lugar los unos de los otros, comprendiendo las objetivas dificultades que los unos y los otros hoy encuentran en la educación y así creando una mayor solidaridad: complicidad solidaria.

El tercer aspecto que quiero

subrayar es la educación ecológica (cf. Enc. *Laudato si'* [209-215](#)). Naturalmente no se trata solo de dar algunas nociones, que de todos modos hay que enseñar. Se trata de educar en un estilo de vida basado en la actitud de cuidado por nuestra casa común, que es la creación. Un estilo de vida que no sea demencial, que, es decir, por ejemplo, cuide a los animales en extinción, pero ignore los problemas de los ancianos; o que defienda la selva amazónica pero descuide los derechos de los

trabajadores a un salario justo y así sucesivamente. Esto es demencia. La ecología en la que educar debe ser integral. Y sobre todo, la educación debe tender al sentido de responsabilidad: no a transmitir eslóganes que otros deberían seguir, sino a suscitar el gusto de experimentar una ética ecológica partiendo de elecciones y gestos de la vida cotidiana. Un estilo de comportamiento que en la perspectiva cristiana encuentra sentido y motivación en la relación con Dios creador y

redentor, con Jesucristo centro del cosmos y de la historia, con el Espíritu Santo fuente de armonía en la sinfonía de la creación.

En fin, queridos hermanos y hermanas, quiero añadir una palabra sobre el valor de ser y hacer asociación. Es un valor que no hay que dar por descontado, sino que hay que cultivar siempre y los momentos institucionales como el Congreso sirven para esto. Os insto a renovar la voluntad de ser y hacer asociación en la memoria de los principales

inspiradores, en la lectura de las señales del tiempo y con la mirada abierta al horizonte social y cultural. No tengáis miedo de las diferencias y tampoco de los conflictos que normalmente hay en las asociaciones laicales; es normal que los haya, es normal. No los escondáis, sino afrontadlos con un estilo evangélico, en la búsqueda del verdadero bien de la asociación, valorado sobre la base de los principios estatuarios. El ser asociación es un valor y es una responsabilidad, que en este

momento se ha confiado a vosotros. Con la ayuda de Dios y de los pastores de la Iglesia, estáis llamados a hacer fructificar este talento que se ha puesto en vuestras manos. Gracias. Os agradezco por este encuentro y os bendigo de corazón a vosotros, a toda la asociación y vuestro trabajo. También vosotros, por favor, rezad por mí.

6 de enero de 2018. Homilía en la Santa Misa en la solemnidad de la Epifanía del Señor.

Sábado.

Son tres los gestos de los Magos que guían nuestro viaje al encuentro del Señor, que hoy se nos manifiesta como luz y salvación para todos los pueblos. Los Reyes Magos *ven la estrella, caminan y ofrecen regalos.*

Ver la estrella. Es el punto de partida. Pero podríamos preguntarnos, ¿por qué sólo

vieron la estrella los Magos? Tal vez porque eran pocas las personas que alzaron la vista al cielo. Con frecuencia en la vida nos contentamos con mirar al suelo: nos basta la salud, algo de dinero y un poco de diversión. Y me pregunto: ¿Sabemos todavía levantar la vista al cielo? ¿Sabemos soñar, desear a Dios, esperar su novedad, o nos dejamos llevar por la vida como una rama seca al viento? Los Reyes Magos no se conformaron con ir tirando, con vivir al día. Entendieron que, para vivir realmente, se

necesita una meta alta y por eso hay que mirar hacia arriba. Y podríamos preguntarnos todavía, ¿por qué, de entre los que miraban al cielo, muchos no siguieron esa estrella, «su estrella» (*Mt 2, 2*)? Quizás porque no era una estrella llamativa, que brillaba más que otras. El Evangelio dice que era una estrella que los Magos vieron «salir» (*Mt 2, 2.9*). La estrella de Jesús no ciega, no aturde, sino que invita suavemente. Podemos preguntarnos qué estrella seguimos en la vida. Hay

estrellas deslumbrantes, que despiertan emociones fuertes, pero que no orientan en el camino. Esto es lo que sucede con el éxito, el dinero, la carrera, los honores, los placeres buscados como finalidad en la vida. Son meteoritos: brillan un momento, pero pronto se estrellan y su brillo se desvanece. Son estrellas fugaces que, en vez de orientar, despistan. En cambio, la estrella del Señor no siempre es deslumbrante, pero está siempre presente; es mansa; te

lleva de la mano en la vida, te acompaña. No promete recompensas materiales, pero garantiza la paz y da, como a los Magos, una «inmensa alegría» (Mt 2,10). Nos pide, sin embargo, que caminemos. *Caminar*, la segunda acción de los Magos, es esencial para encontrar a Jesús. Su estrella, de hecho, requiere la decisión del camino, el esfuerzo diario de la marcha; pide que nos liberemos del peso inútil y de la fastuosidad gravosa, que son un estorbo, y que aceptemos los imprevistos que no

aparecen en el mapa de una vida tranquila. Jesús se deja encontrar por quien lo busca, pero para buscarlo hay que moverse, salir. No esperar; arriesgar. No quedarse quieto; avanzar. Jesús es exigente: a quien lo busca, le propone que deje el sillón de las comodidades mundanas y el calor agradable de sus estufas. Seguir a Jesús no es como un protocolo de cortesía que hay que respetar, sino un éxodo que hay que vivir. Dios, que liberó a su pueblo a través de la travesía del éxodo y llamó a

nuevos pueblos para que siguieran su estrella, da la libertad y distribuye la alegría siempre y sólo en el camino. En otras palabras, para encontrar a Jesús debemos dejar el miedo a involucrarnos, la satisfacción de sentirse ya al final, la pereza de no pedir ya nada a la vida. Tenemos que arriesgarnos, para encontrarnos sencillamente con un Niño. Pero vale inmensamente la pena, porque encontrando a ese Niño, descubriendo su ternura y su amor, nos encontramos a

nosotros mismos.

Ponerse en camino no es fácil. El Evangelio nos lo enseña a través de diversos personajes. Está Herodes, turbado por el temor de que el nacimiento de un rey amenace su poder. Por eso organiza reuniones y envía a otros a que se informen; pero él no se mueve, está encerrado en su palacio. Incluso «toda Jerusalén» (*Mt 2, 3*) tiene miedo: miedo a la novedad de Dios. Prefiere que todo permanezca como antes —«siempre se ha hecho así»— y nadie tiene el valor de ir. La

tentación de los sacerdotes y de los escribas es más sutil. Ellos conocen el lugar exacto y se lo indican a Herodes, citando también la antigua profecía. Lo saben, pero no dan un paso hacia Belén. Puede ser la tentación de los que creen desde hace mucho tiempo: se discute de la fe, como de algo que ya se sabe, pero no se arriesga *personalmente* por el Señor. Se habla, pero no se reza; hay queja, pero no se hace el bien. Los Magos, sin embargo, hablan poco y caminan mucho. Aunque

desconocen las verdades de la fe, están ansiosos y en camino, como lo demuestran los verbos del Evangelio: «Venimos a adorarlo» (*Mt 2, 2*), «se pusieron en camino; entrando, cayeron de rodillas; volvieron» (cf. *Mt 2, 9.11.12*): siempre en movimiento.

Ofrecer. Cuando los Magos llegan al lugar donde está Jesús, después del largo viaje, hacen como él: dan. Jesús está allí para ofrecer la vida, ellos ofrecen sus valiosos bienes: oro, incienso y mirra. El Evangelio se realiza cuando el

camino de la vida llega al don. Dar *gratuitamente*, por el Señor, sin esperar nada a cambio: esta es la señal segura de que se ha encontrado a Jesús, que dice: «Gratis habéis recibido, dad gratis» (Mt 10,8). Hacer el bien sin cálculos, incluso cuando nadie nos lo pide, incluso cuando no ganamos nada con ello, incluso cuando no nos gusta. Dios quiere esto. Él, que se ha hecho pequeño por nosotros, nos pide que ofrezcamos algo para sus hermanos más pequeños. ¿Quiénes son? Son

precisamente aquellos que no tienen nada para dar a cambio, como el necesitado, el que pasa hambre, el forastero, el que está en la cárcel, el pobre (cf. *Mt* 25,31-46). Ofrecer un don grato a Jesús es cuidar a un enfermo, dedicarle tiempo a una persona difícil, ayudar a alguien que no nos resulta interesante, ofrecer el perdón a quien nos ha ofendido. Son dones gratuitos, no pueden faltar en la vida cristiana. De lo contrario, nos recuerda Jesús, si amamos a los que nos aman, hacemos como los paganos

(cf. *Mt* 5,46-47). Miremos nuestras manos, a menudo vacías de amor, y tratemos de pensar hoy en un don gratuito, sin nada a cambio, que podamos ofrecer. Será agradable al Señor. Y pidámosle a él: «Señor, haz que descubra de nuevo la alegría de dar».

Queridos hermanos y hermanas, hagamos como los Magos: alzar la mirada, caminar y dar gratuitamente regalos.

6 de enero de 2018. ÁNGELUS.

Solemnidad de la Epifanía del Señor

Sábado.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, fiesta de la Epifanía del Señor, el Evangelio (cf. *Mt 2, 1-12*) nos presenta tres actitudes con las cuales ha sido acogida la venida de Jesucristo y su manifestación al mundo. La primera actitud: búsqueda, búsqueda atenta; la segunda:

indiferencia; la tercera: miedo. Búsqueda atenta: Los Magos no dudan en ponerse en camino para buscar al Mesías. Llegados a Jerusalén preguntan: «¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarlo» (*Mt 2, 2*). Han hecho un largo viaje y ahora con gran atención tratan de identificar dónde se pueda encontrar al Rey recién nacido. En Jerusalén se dirigen al rey Herodes, el cual pide a los sumos sacerdotes y a los escribas que se informen sobre

el lugar en el que debía nacer el Mesías.

A esta búsqueda atenta de los Magos, se opone la segunda actitud: la indiferencia de los sumos sacerdotes y de los escribas. Estos eran muy cómodos. Conocen las Escrituras y son capaces de dar la respuesta adecuada al lugar del nacimiento: «En Belén de Judea, porque así está escrito por medio del profeta»; saben, pero no se incomodan para ir a buscar al Mesías. Y Belén está a pocos kilómetros, pero ellos no se mueven. Todavía más

negativa es la tercera actitud, la de Herodes: el miedo. Él tiene miedo de que ese Niño le quite el poder. Llama a los Magos y hace que le digan cuándo había aparecido su estrella, y les envía a Belén diciendo: «Id e indagad [...] sobre ese niño; y cuando le encontréis, comunicádmelo, para ir también yo a adorarle» (*Mt 2, 7-8*). En realidad, Herodes no quería ir a adorar a Jesús; Herodes quiere saber dónde se encuentra el niño no para adorarlo, sino para eliminarlo, porque lo considera

un rival. Y mirad bien: el miedo lleva siempre a la hipocresía. Los hipócritas son así porque tienen miedo en el corazón. Estas son las tres actitudes que encontramos en el Evangelio: búsqueda atenta de los Magos, indiferencia de los sumos sacerdotes, de los escribas, de esos que conocían la teología; y miedo, de Herodes. Y también nosotros podemos pensar y elegir: ¿cuál de las tres asumir? ¿Yo quiero ir con atención donde Jesús? «Pero a mí Jesús no me dice nada... estoy tranquilo...». ¿O tengo

miedo de Jesús y en mi corazón quisiera echarlo? El egoísmo puede llevar a considerar la venida de Jesús en la propia vida como una amenaza.

Entonces se trata de suprimir o de callar el mensaje de Jesús.

Cuando se siguen las ambiciones humanas, las perspectivas más cómodas, las inclinaciones del mal, Jesús es considerado como un obstáculo.

Por otro parte, está siempre presente también la tentación de la indiferencia. Aun sabiendo que Jesús es el Salvador —nuestro, de todos

nosotros—, se prefiere vivir como si no lo fuera: en vez de comportarse con coherencia en la propia fe cristiana, se siguen los principios del mundo, que inducen a satisfacer las inclinaciones a la prepotencia, a la sed de poder, a las riquezas. Sin embargo estamos llamados a seguir el ejemplo de los Magos: estar atentos en la búsqueda, estar preparados para incomodarnos para encontrar a Jesús en nuestra vida. Buscarlo para adorarlo, para reconocer que Él es nuestro Señor, Aquel que indica

el verdadero camino para seguir. Si tenemos esta actitud, Jesús realmente nos salva, y nosotros podemos vivir una vida bella, podemos crecer en la fe, en la esperanza, en la caridad hacia Dios y hacia nuestros hermanos. Invocamos la intercesión de María Santísima, estrella de la humanidad peregrina en el tiempo. Que con su ayuda materna, pueda cada hombre llegar a Cristo, Luz de verdad, y el mundo progrese sobre el camino de la justicia y de la paz.

Después del Ángelus:

Queridos hermanos y hermanas:

Algunas Iglesias orientales, católicas y ortodoxas, celebran en estos días la Navidad del Señor. A ellas dirijo mi deseo más cordial: esta alegre celebración sea fuente de nuevo vigor espiritual y de comunión entre todos nosotros cristianos, que lo reconozcamos como Señor y Salvador. Y quisiera expresar de un modo especial, mi cercanía a los cristianos coptos ortodoxos, y saludar cordialmente a mi

hermano Teodoro II en la feliz ocasión de la consagración de la nueva catedral en El Cairo. La Epifanía es también la Jornada Misionera de los Jóvenes, que este año invita a los jóvenes misioneros a hacer propia la mirada de Jesús, para que se convierta en guía preciosa de su compromiso de oración, de fraternidad y de compartir con los coetáneos más necesitados.

Dirijo mi saludo cordial a todos vosotros, peregrinos, familias, grupos parroquiales y asociaciones, procedentes de

Italia y de diferentes países. En particular saludo a los fieles de Lavello y los de San Martín en Río, las Hermanas de San José de la aparición, los jóvenes de confirmación de Bonate Sotto y Romano de Lombardia.

Un saludo especial a la procesión histórica-folclórica que promueve los valores de la Epifanía y que este año está dedicada al territorio de Monti Prenestini. Deseo recordar también la procesión de los Reyes que se realiza en numerosas ciudades de Polonia con amplia participación de

familias y asociaciones. A todos
vosotros deseo una buena
fiesta. Por favor, no os olvidéis
de rezar por mí. ¡Buen
almuerzo y hasta pronto!

7 de enero de 2018. Homilía en la fiesta del bautismo del Señor. Celebración de la Santa Misa y bautismo de algunos niños.

Domingo.

Queridos padres:

Vosotros lleváis al bautismo a vuestros hijos y este es el primer paso para esa tarea que vosotros tenéis, la tarea de la transmisión de la fe. Pero tenemos necesidad del Espíritu Santo para transmitir la fe, solos no podemos. Poder transmitir la fe es una gracia del Espíritu Santo, la

posibilidad de transmitirla; y es por eso que vosotros lleváis a vuestros hijos, para que reciban al Espíritu Santo, reciban la Trinidad —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo— que habitará en sus corazones.

Quisiera deciros solo una cosa, que se refiere a vosotros: la transmisión de la fe se puede hacer solo «en dialecto», en el dialecto de la familia, en el dialecto de papá y mamá, del abuelo, de la abuela.

Después llegarán los catequistas para desarrollar esta primera transmisión con

ideas, con explicaciones... Pero no os olvidéis de esto: se hace «en dialecto» y si falta el dialecto, si en casa no se habla entre los padres en la lengua del amor, la transmisión no es tan fácil, no se podrá hacer. No os olvidéis. Vuestra tarea es transmitir la fe pero hacerlo con el dialecto del amor de vuestra casa, de la familia. También ellos [los niños] tienen su propio «dialecto» ique nos sienta bien escuchar! Ahora todos están callados, ipero basta que uno dé el tono para que después continúe la

orquesta! ¡El dialecto de los niños!

Y Jesús nos aconseja ser como ellos, hablar como ellos.

Nosotros no debemos olvidar esta lengua de los niños, que hablan como pueden pero es la lengua que gusta tanto a Jesús.

Y en vuestras oraciones sed simples como ellos, decid a Jesús lo que hay en vuestro corazón como lo dicen ellos.

Hoy lo dirán con el llanto, sí, como hacen los niños.

El dialecto de los padres que es el amor por transmitir la fe, y el dialecto de los niños que

debe ser acogido por los padres para crecer en la fe.

Continuaremos ahora la ceremonia; y si ellos comienzan con el concierto es porque no están cómodos o tienen demasiado calor o no se sienten a gusto o tienen hambre...

Si tienen hambre, amamantadles, sin miedo, dadles de comer, porque también este es un lenguaje de amor.

8 de enero de 2018. Discurso a los miembros del cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede con motivo de las felicitaciones de año nuevo.

Lunes.

*Excelencias,
señoras y señores:*

Es una hermosa costumbre este encuentro que, conservando la alegría que brota de la Navidad todavía viva en el corazón, me da la oportunidad de expresar personalmente los mejores deseos para el año que

acaba de comenzar y manifestar mi cercanía y mi afecto a los pueblos que representáis. Agradezco al Decano del Cuerpo Diplomático, el Excelentísimo señor Armindo Fernandes do Espírito Santo Vieira, Embajador de Angola, las cordiales palabras que me ha dirigido en nombre de todo el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede. Doy mi especial bienvenida a los Embajadores llegados de fuera de Roma para esta ocasión, cuyo número ha aumentado tras el

establecimiento de las relaciones diplomáticas con la República de la Unión de Myanmar en mayo pasado. También saludo a los embajadores residentes en Roma, cada vez más numerosos, entre los cuales está también ahora el Embajador de la República de Sudáfrica. Deseo dedicar un pensamiento particular al difunto Embajador de Colombia, Guillermo León Escobar-Herrán, que falleció pocos días antes de Navidad. Os agradezco las relaciones

fructíferas y constantes que mantenéis con la Secretaría de Estado y con los demás Dicasterios de la Curia Romana, como muestra del interés de la Comunidad Internacional por la misión de la Santa Sede y por el compromiso de la Iglesia Católica en vuestros respectivos países. En esta perspectiva se sitúan también los acuerdos que la Santa Sede firmó el año pasado: en el mes de febrero, el Acuerdo marco con la República del Congo; y en agosto, el acuerdo entre la Secretaría de Estado y el

Gobierno de la Federación Rusa sobre los viajes sin visado para los titulares de pasaportes diplomáticos.

En relación con las Autoridades civiles, la Santa Sede no pretende otra cosa que favorecer el bienestar espiritual y material de la persona humana y la promoción del bien común. Son expresión de esta solicitud los viajes apostólicos que realicé el año pasado

en Egipto, Portugal, Colombia, M
A Portugal fui como peregrino, cuando se cumplía el

centenario de las apariciones de la Virgen en Fátima, para celebrar la canonización de los pastorcitos Jacinta y Francisco Marto. Allí pude constatar la fe llena de entusiasmo y alegría que la Virgen María suscitó en muchos de los peregrinos venidos para dicha ocasión. También en Egipto, Myanmar y Bangladesh pude reunirme con las comunidades cristianas locales que, aunque numéricamente escasas, son dignas de aprecio por su contribución al desarrollo y a la convivencia civil de sus

respectivos países. No faltaron los encuentros con los representantes de otras religiones, demostrando cómo las particularidades de cada una no son un obstáculo para el diálogo, sino la savia que lo alimenta con el deseo común de conocer la verdad y practicar la justicia. Por último, en Colombia deseé bendecir los esfuerzos y la valentía de ese amado pueblo, marcado por un vivo anhelo de paz tras más de medio siglo de conflicto interno.

Queridos Embajadores:

Durante este año se celebra el

centenario del final de la Primera Guerra Mundial: un conflicto que redibujó el rostro de Europa y del mundo entero, con la aparición de nuevos Estados al puesto de los antiguos Imperios. De las cenizas de la Gran Guerra se pueden sacar dos advertencias, que lamentablemente la humanidad no supo comprender inmediatamente, llegando en el arco de veinte años a combatir un nuevo conflicto aún más devastador que el anterior. La primera advertencia es que ganar no

significa nunca humillar al rival derrotado. La paz no se construye como la afirmación del poder del vencedor sobre el vencido. Lo que disuade de futuras agresiones no es la ley del temor, sino la fuerza de la serena sensatez que estimula el diálogo y la comprensión mutua para sanar las diferencias[1]. De aquí se deriva la segunda advertencia: la paz se consolida cuando las naciones se confrontan en un clima de igualdad. Lo intuyó hace un siglo —un día como hoy— el Presidente

estadounidense Thomas Woodrow Wilson, cuando propuso la creación de una Asociación general de las naciones destinada a promover para todos los Estados indistintamente, grandes y pequeños, mutuas garantías de independencia e integridad territorial. Así se pusieron las bases de la diplomacia multilateral, que a lo largo de los años ha ido adquiriendo un papel y una influencia cada vez mayor en toda la comunidad internacional.

También las relaciones entre las

naciones, como las relaciones humanas, «comprenden la esencia de la verdad, de la justicia, de la caridad, de la libertad»[\[2\]](#). Esto conlleva «como principio sagrado e inmutable que todas las comunidades políticas son iguales en dignidad natural»[\[3\]](#), así como el reconocimiento de los mutuos derechos, junto al cumplimiento de los respectivos deberes[\[4\]](#). La premisa fundamental de esta actitud es la afirmación de la dignidad de cada persona humana, cuyo

desprecio y desconocimiento conducen a actos de barbarie que ofenden la conciencia de la humanidad[5]. Por otro lado, «la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana»[6], como afirma la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*.

Quisiera dedicar nuestro encuentro de hoy a este documento importante, cuando se cumplen setenta años desde

su adopción por parte de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que tuvo lugar el 10 de diciembre de 1948. Para la Santa Sede hablar de derechos humanos significa, ante todo, proponer la centralidad de la dignidad de la persona, en cuanto que ha sido querida y creada por Dios a su imagen y semejanza. El mismo Señor Jesús, curando al leproso, devolviendo la vista al ciego, deteniéndose con el publicano, perdonando la vida a la adúltera e invitando a preocuparse del caminante

herido, nos ha hecho comprender que todo ser humano, independientemente de su condición física, espiritual o social, merece respeto y consideración. Desde una perspectiva cristiana hay una significativa relación entre el mensaje evangélico y el reconocimiento de los derechos humanos, según el espíritu de los redactores de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*.

Estos derechos tienen su fundamento en la naturaleza que aúna objetivamente al

género humano. Ellos fueron enunciados para eliminar los muros de separación que dividen a la familia humana y para favorecer lo que la doctrina social de la Iglesia llama *desarrollo humano integral*, puesto que se refiere a «promover a todos los hombres y a todo el hombre [...] hasta la humanidad entera» [\[7\]](#). En cambio, una visión reduccionista de la persona humana abre el camino a la propagación de la injusticia, de la desigualdad social y de la corrupción.

Sin embargo, conviene constatar que, a lo largo de los años, sobre todo a raíz de las agitaciones sociales del «sesenta y ocho», la interpretación de algunos derechos ha ido progresivamente cambiando, incluyendo una multiplicidad de «nuevos derechos», no pocas veces en contraposición entre ellos. Esto no siempre ha contribuido a la promoción de las relaciones de amistad entre las naciones[8], puesto que se han afirmado nociones controvertidas de los derechos

humanos que contrastan con la cultura de muchos países, los cuales no se sienten por este motivo respetados en sus propias tradiciones socio-culturales, sino más bien desatendidos frente a las necesidades reales que deben afrontar. Está también el peligro —en cierto sentido paradójico— de que, en nombre de los mismos derechos humanos, se vengán a instaurar formas modernas de *colonización ideológica* de los más fuertes y los más ricos en detrimento de los más pobres y

los más débiles. Al mismo tiempo, es bueno tener presente que las tradiciones de cada pueblo no pueden ser invocadas como un pretexto para dejar de respetar los derechos fundamentales enunciados por la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*.

Después de setenta años, duele constatar cómo muchos derechos fundamentales están siendo todavía hoy pisoteados. El primero entre todos el derecho a la vida, a la libertad y a la inviolabilidad de toda

persona humana[9]. No son menoscabados sólo por la guerra o la violencia. En nuestro tiempo, hay formas más sutiles: pienso sobre todo en los niños inocentes, descartados antes de nacer; no deseados, a veces sólo porque están enfermos o con malformaciones o por el egoísmo de los adultos. Pienso en los ancianos, también ellos tantas veces descartados, sobre todo si están enfermos, porque se les considera un peso. Pienso en las mujeres, que a menudo sufren violencias y

vejaciones también en el seno de las propias familias. Pienso también en los que son víctimas de la trata de personas, que viola la prohibición de cualquier forma de esclavitud. ¿Cuántas personas, que huyen especialmente de la pobreza y de la guerra, son objeto de este comercio perpetrado por sujetos sin escrúpulos? Defender el derecho a la vida y a la integridad física significa además proteger el derecho a la salud de la persona y de sus familias. Hoy, este derecho ha

asumido implicaciones que superan los propósitos originarios de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, que pretendía afirmar el derecho de cada uno a tener los cuidados médicos y los servicios sociales necesarios[10]. En esta perspectiva, deseo que, en los foros internacionales competentes, se trabaje también para favorecer en primer lugar un acceso fácil a todos los cuidados y tratamientos sanitarios. Es importante unir los esfuerzos

para que se adopten políticas que garanticen, a precios accesibles, el suministro de medicamentos esenciales para la supervivencia de las personas más necesitadas, sin descuidar la investigación y el desarrollo de tratamientos que, aunque no sean económicamente relevantes para el mercado, son determinantes para salvar vidas humanas.

Defender el derecho a la vida implica también trabajar activamente por la paz, reconocida universalmente

como uno de los valores más altos que hay que buscar y defender. Sin embargo, existen graves conflictos locales que siguen incendiando distintas regiones de la tierra. Los esfuerzos colectivos de la comunidad internacional, la acción humanitaria de las organizaciones internacionales y las incesantes peticiones de paz que provienen de las tierras ensangrentadas por los combates parecen ser cada vez menos eficaces ante la lógica aberrante de la guerra. Este escenario no puede lograr que

disminuya nuestro deseo y nuestro compromiso por la paz, pues somos conscientes de que sin ella el desarrollo integral del hombre se convierte en algo inalcanzable.

El desarme completo y el desarrollo integral están estrechamente relacionados entre sí. Por otra parte, la búsqueda de la paz como condición previa para el desarrollo implica combatir la injusticia y erradicar, de manera no violenta, la causa de las discordias que conducen a las guerras. La proliferación

de armas agrava ciertamente las situaciones de conflicto y supone grandes costes en términos materiales y de vidas humanas que socavan el desarrollo y la búsqueda de una paz duradera. El deseo de paz está siempre presente y lo manifiesta el resultado histórico alcanzado el año pasado con la aprobación del Tratado sobre la prohibición de armas nucleares, al término de la Conferencia de las Naciones Unidas, cuya finalidad era negociar un instrumento jurídicamente vinculante para

prohibir las armas nucleares. La promoción de la cultura de la paz para un desarrollo integral requiere esfuerzos perseverantes hacia el desarme y la reducción del uso de la fuerza armada en la gestión de los asuntos internacionales. Deseo invitar a todos a un debate sereno y lo más amplio posible sobre el tema, que evite la polarización de la comunidad internacional sobre una cuestión tan delicada. Cualquier esfuerzo en esta dirección, aun cuando sea modesto, representa un logro

importante para la humanidad. Por su parte la Santa Sede ha firmado y ratificado, también en nombre y por cuenta del Estado de la Ciudad del Vaticano, el Tratado sobre la prohibición de armas nucleares, en la idea expresada por san Juan XXIII en la *Pacem in terris*, según la cual «la justicia, la recta razón y el sentido de la dignidad humana exigen urgentemente que cese ya la carrera de armamentos; que, de un lado y de otro, las naciones que los poseen los reduzcan simultáneamente;

que se prohíban las armas atómicas»[\[11\]](#). De hecho, «si bien parece difícilmente creíble que haya hombres con suficiente osadía para tomar sobre sí la responsabilidad de las muertes y de la asoladora destrucción que acarrearía una guerra, resulta innegable, en cambio, que un hecho cualquiera imprevisible puede de improviso e inesperadamente provocar el incendio bélico»[\[12\]](#).

La Santa Sede reitera la profunda «convicción de que las diferencias que

eventualmente surjan entre los pueblos deben resolverse no con las armas, sino por medio de negociaciones» [\[13\]](#). Por otra parte, precisamente la continua producción de armas cada vez más sofisticadas y «perfeccionadas», y la persistencia de numerosos focos de conflicto —que en varias ocasiones he calificado como la «tercera guerra mundial a trozos»— nos lleva a repetir con fuerza las palabras de mi santo predecesor: «En nuestra época, que se jacta de poseer la energía atómica,

resulta un absurdo sostener que la guerra es un medio apto para resarcir el derecho violado. [...] Cabe esperar que los pueblos, por medio de relaciones y contactos institucionalizados, lleguen a conocer mejor los vínculos sociales con que la naturaleza humana los une entre sí y a comprender con claridad creciente que entre los principales deberes de la común naturaleza humana hay que colocar el de las relaciones individuales e internacionales que obedezcan al amor y no al

temor, porque ante todo es propio del amor llevar a los hombres a una sincera y múltiple colaboración material y espiritual, de la que tantos bienes pueden derivarse para ellos»[\[14\]](#).

En esta perspectiva, es primordial que se pueda sostener todo esfuerzo de diálogo en la península coreana, con el fin de encontrar nuevas vías para que se superen las actuales confrontaciones, aumente la confianza mutua y se asegure un futuro de paz al pueblo

coreano y al mundo entero. También es importante que continúen las distintas iniciativas de paz a favor de Siria en un clima propositivo de creciente confianza entre las partes, para que se logre poner fin, de una vez para siempre, al largo conflicto que ha afectado a todo el país y que ha causado enormes sufrimientos. El deseo de todos es que, después de tanta destrucción, llegue el tiempo de la reconstrucción. Pero más que construir edificios es necesario reconstruir los corazones, volver a tejer la tela

de la confianza mutua, premisa imprescindible para el crecimiento de cualquier sociedad. Es fundamental esforzarse en favorecer las condiciones jurídicas, políticas y de seguridad, para una recuperación de la vida social, donde cada ciudadano, independientemente de su condición étnica y religiosa, pueda participar en el desarrollo del país. En este sentido, es vital que se protejan a las minorías religiosas, entre las cuales se encuentran los cristianos, que

desde hace siglos contribuyen activamente a realizar la historia de Siria.

Es igualmente importante que puedan regresar a su patria los numerosos refugiados que han encontrado acogida y protección en las naciones vecinas, especialmente en Jordania, Líbano y Turquía. El compromiso y el esfuerzo realizado por estos países en esta difícil circunstancia merece el reconocimiento y el apoyo de toda la comunidad internacional, la cual al mismo tiempo está llamada a trabajar

para que se creen las condiciones que permitan el regreso de los refugiados procedentes de Siria. Es un compromiso que esta debe asumir concretamente, y empezando por el Líbano, para que ese amado país siga siendo un «mensaje» de respeto y convivencia, y un modelo a imitar para toda la región y para el mundo entero.

La voluntad de diálogo es necesaria también en el amado Irak, para que los distintos elementos étnicos y religiosos vuelvan a encontrar el camino

de la reconciliación, la convivencia y la colaboración pacífica, así también en el Yemen y en otras partes de la región, igual que en Afganistán.

Un pensamiento particular dirijo a israelíes y palestinos, tras las tensiones de las últimas semanas. La Santa Sede expresa su dolor por los que han perdido la vida en los recientes enfrentamientos y renueva su llamamiento a ponderar toda iniciativa para que se evite exacerbar las contradicciones, e invita a un

compromiso por parte de todos para que se respete, en conformidad con las resoluciones pertinentes de las Naciones Unidas, el *status quo* de Jerusalén, ciudad sagrada para cristianos, judíos y musulmanes. Setenta años de enfrentamientos obliga a que se encuentre una solución política que permita la presencia en la región de dos Estados independientes dentro de las fronteras internacionalmente reconocidas. A pesar de las dificultades, la voluntad de

dialogar y de reanudar las negociaciones sigue siendo la vía maestra para llegar finalmente a una coexistencia pacífica de los dos pueblos. También dentro de contextos nacionales, la apertura y la disponibilidad del encuentro son esenciales. Pienso especialmente en la querida Venezuela, que está atravesando una crisis política y humanitaria cada vez más dramática y sin precedentes. La Santa Sede, mientras que exhorta a responder sin demora a las necesidades

primarias de la población,
desea que se creen las
condiciones para que las
elecciones previstas durante el
año en curso logren dar inicio a
la solución de los conflictos
existentes, y se pueda mirar al
futuro con renovada serenidad.
Que la Comunidad
internacional no olvide tampoco
el sufrimiento en tantas partes
del Continente africano,
especialmente en Sudán del
Sur, en la República
Democrática del Congo, en
Somalia, en Nigeria y en la
República Centroafricana, en

las que el derecho a la vida está amenazado por el abuso indiscriminado de los recursos, por el terrorismo, la proliferación de grupos armados y por los conflictos que perduran. No basta con indignarse ante tanta violencia. Es necesario más bien que cada uno en su ámbito propio se esfuerce activamente por remover las causas de la miseria y construir puentes de fraternidad, premisa fundamental para un auténtico desarrollo humano. También en Ucrania es urgente

que haya un compromiso común para reconstruir puentes. El año apenas terminado ha cosechado nuevas víctimas en el conflicto que aflige al país, y sigue produciendo gran sufrimiento a la población, en particular a las familias que habitan en las zonas afectadas por la guerra y que han perdido a sus seres queridos, con frecuencia ancianos y niños.

Quisiera dedicar un recuerdo especial precisamente a las familias. El derecho a formar una familia, en cuanto

«elemento natural y fundamental de la sociedad y [que] tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado» [\[15\]](#), está reconocido efectivamente por la misma *Declaración* de 1948. Por desgracia, se sabe que la familia, especialmente en Occidente, está considerada como una institución superada. Frente a la estabilidad de un proyecto definitivo, hoy se prefieren vínculos fugaces. Pero una casa construida sobre la arena de los vínculos frágiles e inconstantes no se mantiene en

pie. Se necesita más bien la roca, sobre la que se establecen cimientos sólidos. Y la roca es precisamente esa comunión de amor, fiel e indisoluble, que une al hombre y a la mujer, una comunión que tiene una belleza austera y sencilla, un carácter sagrado e inviolable y una función natural en el orden social [\[16\]](#). Considero por eso urgente que se lleven a cabo políticas concretas que ayuden a las familias, de las que por otra parte depende el futuro y el desarrollo de los Estados. Sin

ellas, de hecho, no se pueden construir sociedades que sean capaces de hacer frente a los desafíos del futuro. El desinterés por las familias trae además otra dramática consecuencia —especialmente actual en algunas regiones— como es la caída de la natalidad. Estamos ante un verdadero invierno demográfico. Esto es un signo de sociedades que tienen dificultad para afrontar los desafíos del presente y que, volviéndose cada vez más temerosas con respecto al

futuro, terminan por encerrarse en sí mismas.

Al mismo tiempo, no podemos olvidar la situación de las familias rotas a causa de la pobreza, de las guerras y las migraciones. Con demasiada frecuencia, tenemos ante nuestros ojos el drama de niños que cruzan solos los confines que separan al norte del sur del mundo, muchas veces víctimas del tráfico de seres humanos. Hoy se habla mucho de migrantes y migraciones, en ocasiones sólo para suscitar miedos ancestrales. No hay que

olvidar que las migraciones han existido siempre. En la tradición judeo-cristiana, la historia de la salvación es esencialmente una historia de migraciones. Tampoco hay que olvidar que la libertad de movimiento, como la de dejar el propio país y de volver a él, pertenece a los derechos humanos fundamentales [\[17\]](#). Es necesario por tanto salir de una extendida retórica sobre el tema y partir de la consideración esencial de que ante nosotros se encuentran

sobre todo personas.

Esto ha sido lo que he querido reafirmar con el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, celebrada el pasado 1 de enero, dedicado a: «*Migrantes y refugiados: hombres y mujeres que buscan la paz*». Aun reconociendo que no todos están siempre animados por buenas intenciones, no se puede olvidar que la mayor parte de los emigrantes preferiría estar en su propia tierra, mientras que se encuentran obligados a dejarla «a causa de la discriminación,

la persecución, la pobreza y la degradación ambiental. [...]

Acoger al otro exige un compromiso concreto, una cadena de ayuda y de generosidad, una atención vigilante y comprensiva, la gestión responsable de nuevas y complejas situaciones que, en ocasiones, se añaden a los numerosos problemas ya existentes, así como a unos recursos que siempre son limitados. El ejercicio de la virtud de la prudencia es necesaria para que los gobernantes sepan acoger,

promover, proteger e integrar, estableciendo medidas prácticas que, “respetando el recto orden de los valores, ofrezcan al ciudadano la prosperidad material y al mismo tiempo los bienes del espíritu” (*Pacem in terris*, 57). Tienen una responsabilidad concreta con respecto a sus comunidades, a las que deben garantizar los derechos que les corresponden en justicia y un desarrollo armónico, para no ser como el constructor necio que hizo mal sus cálculos y no consiguió terminar la torre que había

comenzado a construir
(cf. *Lc* 14, 28-30)» [\[18\]](#).

Deseo una vez más agradecer a las autoridades de aquellos Estados que se han prodigado en estos años en ofrecer ayuda a los numerosos emigrantes llegados a sus fronteras. Pienso sobre todo en el esfuerzo de no pocos países en Asia, África y en América, que acogen y ayudan a numerosas personas. Conservo todavía vivo en el corazón el recuerdo del encuentro que tuve en Dacca con algunos miembros del pueblo Rohingya y deseo

renovar mis sentimientos de gratitud a las autoridades de Bangladesh por la ayuda que les dan en su propio territorio. Deseo además dar las gracias de modo especial a Italia que en estos años ha mostrado un corazón abierto y generoso, y ha sabido ofrecer también ejemplos positivos de integración. Espero que las dificultades que el país ha atravesado en estos años, y cuyas consecuencias todavía perduran, no conduzcan a clausuras y preclusiones, sino más bien a descubrir de nuevo

esas raíces y tradiciones que han alimentado la rica historia de la nación y que constituyen un tesoro inestimable para ofrecer a todo el mundo.

Igualmente, expreso mi aprecio por los esfuerzos realizados por otros Estados europeos, especialmente Grecia y Alemania. No hay que olvidar que muchos refugiados y emigrantes buscan alcanzar Europa porque saben que allí pueden encontrar paz y seguridad, las cuales son por otra parte fruto de un largo camino alumbrado por los

ideales de los Padres fundadores del proyecto europeo después de la Segunda Guerra Mundial. Europa debe sentirse orgullosa de este patrimonio, basado en principios firmes y en una visión del hombre que ahonda sus raíces en su historia milenaria, inspirada en la concepción cristiana de la persona humana. La llegada de los inmigrantes debe estimularla a redescubrir su propio patrimonio cultural y religioso, de tal manera que, adquiriendo nueva conciencia

de los valores sobre los que está edificada, pueda mantener viva al mismo tiempo su propia tradición y seguir siendo un lugar de acogida, heraldo de paz y desarrollo.

Durante el año pasado, los gobiernos, las organizaciones internacionales y la sociedad civil se han planteado recíprocamente los principios básicos, las prioridades y el modo más conveniente de responder al movimiento migratorio y a las situaciones que todavía afectan a los refugiados. Las Naciones

Unidas, después de la Declaración de Nueva York para los Refugiados y los Migrantes de 2016, ha puesto en marcha importantes procesos de preparación en vistas a la adopción de dos Pactos Mundiales (*Global Compacts*), sobre los refugiados y por una migración segura, ordenada y regulada, respectivamente. La Santa Sede espera que estos esfuerzos, con las negociaciones que pronto comenzarán, darán unos resultados que sean dignos de una comunidad mundial cada

vez más interdependiente, fundada en los principios de la solidaridad y la ayuda mutua. En el actual contexto internacional no faltan las posibilidades y los medios para que se aseguren unas condiciones de vida digna del ser humano a cada hombre y mujer que viven en la tierra. En el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de este año, sugerí cuatro «piedras angulares» para la acción: acoger, proteger, promover e integrar[19]. Me gustaría centrarme en particular en esta

última, sobre la que existen posiciones contrapuestas en virtud de diferentes evaluaciones, experiencias, preocupaciones y convicciones. La integración es «un proceso bidireccional», con derechos y deberes recíprocos. De hecho, quien acoge está llamado a promover el desarrollo humano integral, mientras que al que es acogido se le pide la conformación indispensable a las normas del país que lo recibe, así como el respeto a los principios de identidad del mismo. Todo proceso de

integración debe mantener siempre, como aspecto central de la regulación de los diversos aspectos de la vida política y social, la protección y la promoción de las personas, especialmente de aquellas que se encuentran en situación de vulnerabilidad.

La Santa Sede no tiene la intención de interferir en las decisiones que corresponden a los Estados, que a la luz de sus respectivas situaciones políticas, sociales y económicas, así como de sus propias capacidades y posibilidades de

recepción e integración, tienen la responsabilidad principal de la acogida. Sin embargo, cree que debe desempeñar un papel de «llamada» del principio de humanidad y de fraternidad, que son fundamento de toda sociedad cohesionada y armónica. En esta perspectiva, es importante no olvidar la interacción con las comunidades religiosas, tanto a nivel institucional como asociativo, que pueden desempeñar un papel valioso reforzando la asistencia y la protección, la mediación social

y cultural, la pacificación y la integración.

Uno de los derechos humanos sobre el que me gustaría hoy llamar la atención es el derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión, que incluye la libertad de cambiar de religión [\[20\]](#). Se sabe por desgracia que el derecho a la libertad religiosa, a menudo, no se respeta y la religión con frecuencia se convierte en un motivo para justificar ideológicamente nuevas formas de extremismo o un pretexto para la exclusión social, e

incluso para la persecución en diversas formas de los creyentes. La condición para construir sociedades inclusivas está en una comprensión integral de la persona humana, que se siente verdaderamente acogida cuando se le reconocen y aceptan todas las dimensiones que conforman su identidad, incluida la religiosa. Por último, me gustaría recordar la importancia del derecho al trabajo. No hay paz ni desarrollo si el hombre se ve privado de la posibilidad de contribuir personalmente, a

través de su trabajo, en la construcción del bien común. En cambio, es triste ver cómo el trabajo en muchas partes del mundo es un bien escaso. Hay pocas oportunidades para encontrar trabajo, especialmente para los jóvenes. Con frecuencia resulta fácil perderlo, no sólo por las consecuencias de la alternancia de los ciclos económicos, sino también por el recurso progresivo a tecnologías y maquinarias cada vez más perfectas y precisas que reemplazan al hombre. Y

aunque, por un lado, hay una distribución desigual de las oportunidades de trabajo, por el otro, existe una tendencia a exigir a los trabajadores ritmos cada vez más estresantes. Las exigencias del beneficio, dictadas por la globalización, han llevado a una reducción progresiva de los tiempos y días de descanso, perdiéndose así una dimensión fundamental de la vida —el descanso—, que sirve para regenerar a la persona tanto física como espiritualmente. Dios mismo reposó el séptimo día: lo

bendijo y lo consagró, «porque en él descansó de toda la obra que Dios había hecho cuando creó» (*Gn 2,3*). En el sucederse de fatiga y sosiego, el hombre participa en la «santificación del tiempo» realizada por Dios y ennoblece su trabajo, liberándolo de la dinámica repetitiva de una vida cotidiana árida que no conoce descanso. Los datos publicados recientemente por la Organización Mundial del Trabajo, sobre el aumento del número de niños empleados en actividades laborales y sobre

las víctimas de nuevas formas de esclavitud, son también un motivo de especial preocupación. El flagelo del trabajo infantil pone en peligro seriamente el desarrollo psicofísico de los niños, privándolos de la alegría de la infancia, cosechando víctimas inocentes. No podemos pretender que se plantee un futuro mejor, ni esperar que se construyan sociedades más inclusivas, si seguimos manteniendo modelos económicos orientados a la mera ganancia y a la

explotación de los más débiles, como son los niños. La eliminación de las causas estructurales de este flagelo debería ser una prioridad para los gobiernos y las organizaciones internacionales, que están llamados a intensificar sus esfuerzos para adoptar estrategias integradas y políticas coordinadas, destinadas a acabar con el trabajo infantil en todas sus formas.

Excelencias, señoras y señores:
Al recordar algunos de los derechos contenidos en la

Declaración Universal de 1948, no pretendo ignorar un aspecto estrechamente relacionado con ella: todo individuo tiene también deberes hacia la comunidad, dirigidos a «satisfacer las justas exigencias de la moral, del orden público y del bienestar general en una sociedad democrática» [\[21\]](#). El reclamo a los derechos de todo ser humano debe tener en cuenta que cada uno es parte de un cuerpo más grande. Al igual que el cuerpo humano, también nuestras sociedades gozan de buena salud si cada

miembro cumple su tarea,
sabiendo que la misma está al
servicio del bien común.

Entre los deberes
particularmente urgentes en la
actualidad se encuentra el
cuidado de nuestra Tierra.
Sabemos que la naturaleza
puede ser cruenta, incluso
cuando no es responsabilidad
del hombre. Lo hemos visto el
año pasado con los terremotos
que han golpeado en distintos
lugares de la tierra,
especialmente en los últimos
meses en México e Irán,
provocando numerosas

víctimas, así como con la fuerza de los huracanes que han afectado a varios países del Caribe alcanzando las costas estadounidenses, y que, aún más recientemente, han golpeado Filipinas. Sin embargo, no debemos olvidar que hay también una responsabilidad primaria del hombre en la interacción con la naturaleza. El cambio climático, con el aumento global de las temperaturas y los efectos devastadores que conllevan, son también una consecuencia de la acción del hombre. Por lo

tanto, es necesario afrontar, con un esfuerzo colectivo, la responsabilidad de dejar a las generaciones siguientes una Tierra más bella y habitable, trabajando a la luz de los compromisos acordados en París en 2015, para reducir las emisiones a la atmósfera de gases nocivos y perjudiciales para la salud humana.

El espíritu que debe animar a cada persona y a las naciones en esta obra se asemeja al de los constructores de catedrales medievales repartidas por toda Europa. Estos edificios

impresionantes muestran la importancia de la participación de todos en un trabajo capaz de ir más allá de los límites del tiempo. El constructor de catedrales sabía que no vería la terminación de su trabajo. Sin embargo, trabajó activamente, entendiendo que era parte de un proyecto que sus hijos disfrutarían y que ellos, a su vez, embellecerían y ampliarían para sus hijos. Todos los hombres y mujeres de este mundo, y en particular los que tienen responsabilidades de gobierno, están llamados a

cultivar el mismo espíritu de servicio y solidaridad intergeneracional, y así ser un signo de esperanza para nuestro mundo atribulado. Con estas consideraciones, les renuevo a cada uno de ustedes, a sus familias y a sus pueblos, mi deseo de un año lleno de alegría, esperanza y paz. Gracias.

[1] Cf. Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris* (11 abril 1963), 126-129.

[2] Ibíd., 45.

[3] Ibíd., 86.

[4] Cf. ibíd., 91.

[5] Cf. Declaración Universal de los Derechos Humanos (10 diciembre 1948).

[6] Ibíd., Preámbulo.

[7] Pablo VI, Carta enc. *Populorum Progressio* (26 marzo 1967), 14.

[8] Cf. Declaración Universal de los Derechos Humanos, Preámbulo.

[9] Cf. *ibíd.*, art. 3.

[10] Cf. *ibíd.*, art. 25.

[11] Cf. Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*, 112.

[12] *Ibíd.*, 111.

[13] *Ibíd.*, 126.

[14] *Ibíd.*, 127, 129.

[15] Declaración Universal de los Derechos Humanos, art. 16.

[16] Cf. Pablo VI, Discurso con motivo de la visita a la Basílica de la Anunciación, Nazaret (5 enero 1964).

[17] Cf. Declaración Universal de los Derechos Humanos, art. 13.

[18] Mensaje para la LI Jornada Mundial de la Paz (13 noviembre 2017), 1.

[19] *Ibíd.*, 4.

[20] Cf. Declaración Universal de los Derechos Humanos, art. 18.

[21] *Ibíd.*, art. 29.

9 de enero de 2018.

Videomensaje con ocasión de su inminente viaje apostólico a Chile y Perú.

[15 - 22 de enero de 2018]

Hermanos y hermanas de Chile y Perú:

Ante la proximidad de mi Viaje a esas tierras los saludo afectuosamente. Voy hacia ustedes como peregrino de la alegría del Evangelio, para compartir con todos «la paz del Señor» y «confirmarlos en una misma esperanza». Paz y

esperanza, compartidas entre todos.

Deseo encontrarme con ustedes, mirarlos a los ojos, ver sus rostros y poder entre todos experimentar la cercanía de Dios, su ternura y misericordia que nos abraza y consuela.

Conozco la historia de sus países, fraguada con tesón, entrega. Deseo, con ustedes, dar gracias a Dios por la fe y el amor a Dios y a los hermanos más necesitados, especialmente por el amor que ustedes tienen hacia aquellos que están descartados de la sociedad. La

cultura del descarte cada vez nos ha invadido más. Quiero hacerme partícipe de las alegrías de ustedes, las tristezas, de sus dificultades y esperanzas, y decirles que no están solos, que el Papa está con ustedes, que la Iglesia entera los acoge, que la Iglesia los mira.

Con ustedes deseo experimentar la paz que viene de Dios, tan necesaria; solo Él nos la puede dar. Es el regalo que Cristo nos hace a todos, el fundamento de nuestra convivencia y de la sociedad; la

paz se sostiene en la justicia y nos permite encontrar instancias de comunión y armonía. Hay que pedirla constantemente al Señor y el Señor la da. Es la paz del Resucitado que trae la alegría y nos impulsa para ser misioneros, reavivando el don de la fe que nos lleva al encuentro, a la comunión compartida de una misma fe celebrada y entregada. Ese encuentro con Cristo resucitado nos confirma en la esperanza. No queremos estar anclados a las cosas de este

mundo, nuestra mirada va mucho más allá, nuestros ojos están puestos en Su misericordia que cura nuestras miserias. Solo Él nos da el empuje para levantarnos y seguir. Palpar esta cercanía de Dios nos hace comunidad viva que es capaz de conmoverse con los que están a nuestro lado y dar pasos firmes de amistad y de fraternidad. Somos hermanos que salimos al encuentro de los demás para confirmarnos en una misma fe y esperanza. Pongo en las manos de la

Virgen Santa, Madre de América, este Viaje Apostólico y todas las intenciones que llevamos en nuestro corazón, para que sea ella, como buena Madre, quien las acoja y nos enseñe el camino hacia su Hijo. ¡Hasta muy pronto! Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. ¡Hasta pronto!

10 de enero de 2018.

Audiencia general. El gloria.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el recorrido de catequesis sobre la celebración eucarística hemos visto que el Acto penitencial nos ayuda a despojarnos de nuestras presunciones y a presentarnos a Dios como somos realmente, conscientes de ser pecadores, en la esperanza de ser

perdonados. Precisamente del encuentro entre la miseria humana y la misericordia divina toma vida la gratitud expresada en el «Gloria», «un himno antiquísimo y venerable con el que la Iglesia, congregada en el Espíritu Santo, glorifica a Dios Padre y glorifica y le suplica al Cordero» (*Ordenamiento General del Misal Romano*, 53). La introducción de este himno —«Gloria a Dios en el cielo»— retoma el canto de los ángeles en el nacimiento de Jesús en Belén, alegre anuncio del

abrazo entre cielo y tierra. Este canto también nos involucra reunidos en la oración: «Gloria a Dios en el cielo y en la tierra, paz a los hombres que ama el Señor».

Después del «Gloria», o cuando este no está, inmediatamente después del Acto penitencial, la oración toma forma particular en la oración denominada «colecta», por medio de la cual se expresa el carácter propio de la celebración, variable según los días y los tiempos del año (cf *Ibíd.*, 54). Con la invitación «oremos», el sacerdote insta al

pueblo a recogerse con él en un momento de silencio, con el fin de tomar conciencia de estar en presencia de Dios y hacer emerger, a cada uno en su corazón, las intenciones personales con las que participa en la misa (cf. *Ibíd.*, 54). El sacerdote dice «oremos»; y después, viene un momento de silencio y cada uno piensa en las cosas que necesita, que quiere pedir en la oración. El silencio no se reduce a la ausencia de palabras, sino a la disposición a escuchar otras voces: la de nuestro corazón y,

sobre todo, la voz del Espíritu Santo. En la liturgia, la naturaleza del sagrado silencio depende del momento en el que tiene lugar: «Pues en el acto penitencial y después de la invitación a orar, cada uno se recoge en sí mismo; pero terminada la lectura o la homilía, todos meditan brevemente lo que escucharon; y después de la comunión, alaban a Dios en su corazón y oran» (*Ibíd.*, 45). Por lo tanto, antes de la oración inicial, el silencio ayuda a recogerse en nosotros mismos y a pensar en

por qué estamos allí. He ahí entonces la importancia de escuchar nuestro ánimo para abrirlo después al Señor. Tal vez venimos de días de cansancio, de alegría, de dolor, y queremos decírselo al Señor, invocar su ayuda, pedir que nos esté cercano; tenemos amigos o familiares enfermos o que atraviesan pruebas difíciles; deseamos confiar a Dios el destino de la Iglesia y del mundo. Y para esto sirve el breve silencio antes de que el sacerdote, recogiendo las intenciones de cada uno,

exprese en voz alta a Dios, en nombre de todos, la oración común que concluye los ritos de introducción haciendo de hecho «la colecta» de las intenciones. Recomiendo vivamente a los sacerdotes observar este momento de silencio y no ir de prisa: «oremos» y que se haga el silencio. Recomiendo esto a los sacerdotes. Sin este silencio, corremos el riesgo de descuidar el recogimiento del alma. El sacerdote recita esta súplica, esta oración de colecta, con los brazos extendidos y la actitud

del orante, asumida por los cristianos desde el final de los primeros siglos —como dan testimonio los frescos de las catacumbas romanas— para imitar al Cristo con los brazos abiertos sobre la madera de la cruz. Y allí, Cristo es el Orante y es también la oración. En el crucifijo reconocemos al Sacerdote que ofrece a Dios la oración que desea, es decir, la obediencia filial.

En el Rito Romano, las oraciones son concisas pero ricas de significado: se pueden hacer tantas meditaciones

hermosas sobre estas oraciones. ¡Muy hermosas! Volver a meditar los textos, incluso fuera de la misa puede ayudarnos a aprender cómo dirigirnos a Dios, qué pedir, qué palabras usar. Que la liturgia pueda convertirse para todos nosotros en una verdadera escuela de oración.

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los grupos provenientes de España y América Latina. Pidamos a la

Virgen María que interceda por nosotros para que la Santa Misa sea de verdad una auténtica escuela de oración, en la que aprendamos a dirigirnos a Dios en cualquier momento de nuestra vida. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias.

12 de enero 2018. Mensaje al presidente ejecutivo del Foro Económico Mundial.

[Davos, Suiza, 23-26 de enero de 2018]

*Al profesor Klaus Schwab
Presidente Ejecutivo del Foro
Económico Mundial*

Agradezco su invitación para participar en el Foro Económico Mundial 2018 y su deseo de incluir la perspectiva de la Iglesia católica y de la Santa Sede en el encuentro de Davos. También le agradezco sus

esfuerzos por llevar esta perspectiva a la atención de los reunidos en este Foro anual, incluidas las distinguidas autoridades políticas y gubernamentales presentes y todos aquellos comprometidos en el ámbito de los negocios, la economía, el trabajo y la cultura, mientras discuten los desafíos, preocupaciones, esperanzas y perspectivas del mundo de hoy y del futuro. El tema elegido para el Foro de este año —*Crear un futuro compartido en un mundo fracturado*— es muy oportuno.

Confío en que ayudará a orientar vuestras deliberaciones mientras buscáis mejores cimientos para construir sociedades inclusivas, justas y solidarias, capaces de restituir dignidad a aquellos que viven con gran incertidumbre y que no logran soñar con un mundo mejor. A nivel de gobernanza global, somos cada vez más conscientes de que existe una creciente fragmentación entre los Estados y las instituciones. Están surgiendo nuevos actores, así como una nueva

competencia económica y acuerdos comerciales regionales. También las tecnologías más recientes están transformando los modelos económicos y hasta el mundo globalizado, que, condicionado por intereses privados y de la ambición de beneficio a toda costa, parece favorecer la sucesiva fragmentación e individualismo, en lugar de facilitar enfoques que sean más inclusivos.

Las inestabilidades financieras recurrentes han comportado nuevos problemas y graves

desafíos que los gobiernos deben enfrentar, tales como el crecimiento del desempleo, el aumento de las diversas formas de pobreza, el aumento de la brecha socioeconómica y las nuevas formas de esclavitud, a menudo enraizadas en situaciones de conflicto, migraciones y diversos problemas sociales. «A eso se asocian algunos estilos de vida un tanto egoístas, caracterizados por una opulencia insostenible y a menudo indiferente respecto al mundo circunstante, y sobre

todo a los más pobres. Se constata amargamente el predominio de las cuestiones técnicas y económicas en el centro del debate político, en detrimento de una orientación antropológica auténtica. El ser humano corre el riesgo de ser reducido a un mero engranaje de un mecanismo que lo trata como un simple bien de consumo para ser utilizado, de modo que —lamentablemente lo percibimos a menudo—, cuando la vida ya no sirve a dicho mecanismo se la descarta sin tantos reparos. (*Discurso al*

Parlamento Europeo,
Estrasburgo, 25 de noviembre
de 2014).

En este contexto, es esencial
salvaguardar la dignidad de la
persona humana,
especialmente ofreciendo a
todos oportunidades reales
para el desarrollo humano
integral y aplicando políticas
económicas que favorezcan a la
familia. «la libertad económica
no prevalezca sobre la concreta
libertad del hombre y sus
derechos, que el mercado no
sea algo absoluto, sino que
considere las exigencias de la

justicia» (*Discurso a la Confederación General de la Industria Italiana, 27 de febrero de 2016*). Los modelos económicos, por lo tanto, deben respetar una ética de desarrollo integral y sostenible, basada en valores que pongan en el centro a la persona humana y sus derechos.

«Ante tantas barreras de injusticia, soledad, desconfianza y sospecha que aún se siguen levantando en nuestros días, el mundo del trabajo, del cual vosotros sois actores de primer nivel, está

llamado a dar pasos valientes para que “encontrarse y estar juntos” no sea sólo un eslogan, sino un programa para el presente y el futuro» (*Ibid.*). Solo a través de una firme resolución, compartida por todos los actores económicos, podemos esperar dar una nueva dirección al destino de nuestro mundo. También la inteligencia artificial, la robótica y otras innovaciones tecnológicas deben emplearse de tal manera que contribuyan al servicio de la humanidad y a la protección de nuestra casa

común, en lugar de lo contrario, como algunos análisis, lamentablemente, prevén.

No podemos permanecer en silencio ante el sufrimiento de millones de personas cuya dignidad está herida, ni podemos seguir avanzando como si la difusión de la pobreza y la injusticia no tuvieran ninguna causa. Crear las condiciones adecuadas para consentir que cada persona viva de manera digna es un imperativo moral, una responsabilidad que involucra a

todos. Rechazando una cultura «del descarte» y una mentalidad de indiferencia, el mundo empresarial tiene un enorme potencial para producir un cambio sustancial aumentando la calidad de la productividad, creando nuevos puestos de trabajo, respetando las leyes laborales, luchando contra la corrupción pública y privada y promoviendo la justicia social, junto con la distribución justa y equitativa de los beneficios.

Hay una gran responsabilidad de discernir sabiamente, ya que

las decisiones tomadas serán fundamentales para modelar el mundo del mañana y el de las generaciones futuras. Por lo tanto, si queremos un futuro más seguro, un futuro que anime la prosperidad de todos, es necesario mantener la brújula orientada continuamente hacia el «verdadero Norte», representado por los valores auténticos. Es este el momento de tomar medidas valientes y audaces para nuestro amado planeta. Es este el momento adecuado para traducir en

acción nuestra responsabilidad de contribuir al desarrollo de la humanidad.

Espero, por lo tanto, que este encuentro del Foro Económico Mundial en 2018 permita un intercambio abierto, libre y respetuoso, y que esté inspirado, sobre todo, por el deseo de promover el bien común.

Renuevo mis mejores deseos para el éxito del encuentro e invoco de buen grado sobre usted y todos los que participan en el Foro las bendiciones divinas de sabiduría y fortaleza.

Vaticano, 12 de enero 2018

Francisco

14 de enero de 2018. Homilía en la concelebración eucarística durante la jornada mundial del migrante y del refugiado.

Domingo.

Este año he querido celebrar la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado con una Misa a la que estáis invitados especialmente vosotros, migrantes, refugiados y solicitantes de asilo. Algunos acabáis de llegar a Italia, otros lleváis muchos años viviendo y trabajando aquí, y otros

constituís las llamadas
"segundas generaciones".

Para todos ha resonado en esta
asamblea la Palabra de Dios,
que nos invita hoy a
profundizar la especial llamada
que el Señor dirige a cada uno
de nosotros. Él, como hizo con
Samuel (cf. 1 S 3,3b-10.19)
nos llama por nuestro
nombre —a cada uno— y nos
pide que honremos el hecho de
que hemos sido creados como
seres únicos e irrepetibles,
diferentes los unos de los otros
y con un papel singular en la
historia del mundo. En el

Evangelio (*Jn* 1,35-42) los dos discípulos de Juan preguntaron a Jesús: «¿Dónde vives?» (v. 38), lo que sugiere que de la respuesta a esta pregunta dependerá su juicio sobre el maestro de Nazaret. La respuesta de Jesús es clara: «Venid y veréis» (v. 39), y abre un encuentro personal, que encierra un tiempo adecuado para *acoger, conocer y reconocer* otro.

En el Mensaje para la Jornada de hoy escribí: «Cada forastero que llama a nuestra puerta es una ocasión de

encuentro con Jesucristo, que se identifica con el extranjero acogido o rechazado en cualquier época de la historia (cf. *Mt* 25,35.43)». Y para el forastero, el migrante, el refugiado, el prófugo y el solicitante de asilo, todas las puertas de la nueva tierra son también una oportunidad de encuentro con Jesús. Su invitación «Venid y veréis» se dirige hoy a todos nosotros, a las comunidades locales y a quienes acaban de llegar. Es una invitación a superar nuestros miedos para poder

salir al encuentro del otro, para acogerlo, conocerlo y reconocerlo. Es una invitación que brinda la oportunidad de estar cerca del otro, para ver dónde y cómo vive. En el mundo actual, para quienes acaban de llegar, acoger, conocer y reconocer significa conocer y respetar las leyes, la cultura y las tradiciones de los países que los han acogido. También significa comprender sus miedos y sus preocupaciones de cara al futuro. Y para las comunidades locales, acoger, conocer y

reconocer significa abrirse a la riqueza de la diversidad sin ideas preconcebidas, comprender los potenciales y las esperanzas de los recién llegados, así como su vulnerabilidad y sus temores. El verdadero encuentro con el otro no se limita a la acogida sino que nos involucra a todos en las otras tres acciones que resalté en el Mensaje para esta Jornada: *proteger, promover e i*

Y en el verdadero encuentro con el prójimo, ¿sabremos reconocer a Jesucristo que pide ser acogido, protegido,

promovido e integrado? Como nos enseña la parábola evangélica del juicio final: el Señor tenía hambre, sed, estaba desnudo, enfermo, era extranjero y estaba en la cárcel, y fue asistido por algunos, mientras que otros pasaron de largo (cf. *Mt 25,31-46*). Este verdadero encuentro con Cristo es fuente de salvación, una salvación que debe ser anunciada y llevada a todos, como nos muestra el apóstol Andrés. Después de haber revelado a su hermano Simón: «Hemos encontrado al

Mesías» (*Jn 1,41*), Andrés lo llevó a Jesús para que pudiera vivir la misma experiencia del encuentro.

No es fácil entrar en la cultura que nos es ajena, ponernos en el lugar de personas tan diferentes a nosotros, comprender sus pensamientos y sus experiencias. Y así, a menudo, renunciamos al encuentro con el otro y levantamos barreras para defendernos. Las comunidades locales, a veces, temen que los recién llegados perturben el orden establecido, "roben" algo

que se ha construido con tanto esfuerzo. Incluso los recién llegados tienen miedos: temen la confrontación, el juicio, la discriminación, el fracaso. Estos miedos son legítimos, están basados en dudas que son totalmente comprensibles desde un punto de vista humano. Tener dudas y temores no es un pecado. El pecado es dejar que estos miedos determinen nuestras respuestas, condicionen nuestras elecciones, comprometan el respeto y la generosidad, alimenten el odio

y el rechazo. El pecado es renunciar al encuentro con el otro, al encuentro con aquel que es diferente, al encuentro con el prójimo, que en realidad es una oportunidad privilegiada de encontrarse con el Señor. De este encuentro con Jesús presente en el pobre, en quien es rechazado, en el refugiado, en el solicitante de asilo, nace la oración de hoy. Es una oración recíproca: migrantes y refugiados rezan por las comunidades locales, y las comunidades locales rezan por los que acaban de llegar y por

los migrantes que llevan más tiempo residiendo en el país. Encomendamos a la maternal intercesión de la Santísima Virgen María las esperanzas de todos los migrantes y refugiados del mundo, y las aspiraciones de las comunidades que los acogen, para que, conforme con el supremo mandamiento divino de la caridad y el amor al prójimo, todos podamos aprender a amar al otro, al extranjero, como nos amamos a nosotros mismos.

15 de enero de 2018. Saludo a los periodistas durante el vuelo a Chile.

Lunes.

–
Viaje apostólico de su Santidad Francisco a Chile y Perú.
(15-22 de enero de 2018)

Greg Burke:

Santidad, gracias. Gracias en primer lugar por el detalle de esta mañana: todos hemos recibimos la estampa [con la imagen del niño] de Nagasaki. Y gracias sobre todo por la

posibilidad de viajar con usted. Estamos al completo: 70 personas, incluidos, creo, 12 de Chile y Perú, por tanto 12 nuevos. Aprovecho para decirles que se trata de un saludo, no son 70 preguntas, cuando haremos el recorrido. Esto es todo aquí. Tal vez usted quiere decir alguna cosa ...

Papa Francesco:

Buenos días.

Les deseo un buen viaje. Desde Alitalia me han dicho que el vuelo Roma-Santiago es el vuelo directo más largo que tiene Alitalia: quince horas y

cuarenta, o veinte, no lo sé... Tendremos tiempo para descansar, trabajar, muchas cosas. Gracias por su arduo trabajo, que será fatigoso: tres días en un país, tres días en el otro... Para mí no será tan difícil en Chile porque estudié allí un año, tengo muchos amigos, y lo conozco bien - bueno... conozco más-. En cambio, de Perú conozco menos, porque he ido allí dos o tres veces para conferencias, encuentros.

Después, Greg ha hablado de lo que les he dado [la estampa]:

la encontré por casualidad. Fue tomada en 1945, en el reverso están los datos. Es un niño, con su hermano más pequeño muerto sobre sus hombros, esperando su turno frente al crematorio, en Nagasaki, después de la bomba. Me conmoví cuando vi esta [foto], y me atreví a escribir solo "El fruto de la guerra". Y pensé de mandarla a imprimir y darla, porque una imagen como esa conmueve más que mil palabras. Es por eso que quería compartirlo con ustedes. Y gracias por su trabajo.

Greg Burke:

Gracias.

16 de enero de 2018. Discurso en el encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático.

Palacio de la Moneda (Santiago de Chile)

Martes.

–
Viaje apostólico de su Santidad Francisco a Chile y Perú.
(15-22 de enero de 2018)

*Señora Presidenta,
miembros del Gobierno de la
República y del Cuerpo*

*Diplomático,
representantes de la sociedad
civil,
distinguidas autoridades,
señoras y señores:*

Es para mí una alegría poder estar nuevamente en suelo latinoamericano y comenzar esta visita por esta querida tierra chilena que ha sabido hospedarme y formarme en mi juventud; quisiera que este tiempo con ustedes fuera también un tiempo de gratitud por tanto bien recibido. Me viene a la memoria esa estrofa —que recién escuché— del

himno nacional: «Puro, Chile, es tu cielo azulado, / puras brisas te cruzan también, / y tu campo de flores bordado/ es la copia feliz del Edén», un verdadero canto de alabanza por la tierra que habitan, llena de promesas y desafíos; pero especialmente preñada de futuro. Como de alguna manera dijo la señora Presidenta.

Gracias señora Presidenta por las palabras de bienvenida que me ha dirigido. En usted quiero saludar y abrazar al pueblo chileno desde el extremo norte de la región de Arica y

Parinacota hasta el archipiélago sur «y a su desenfreno de penínsulas y canales»[\[1\]](#). La diversidad y riqueza geográfica que poseen nos permite vislumbrar la riqueza de esa polifonía cultural que los caracteriza.

Agradezco la presencia de los miembros del gobierno; los Presidentes del Senado, de la Cámara de Diputados y de la Corte Suprema, así como las demás autoridades del Estado y sus colaboradores. Saludo al Presidente electo aquí presente, señor Sebastián

Piñera Echenique, que ha recibido recientemente el mandato del pueblo chileno de gobernar los destinos del País los próximos cuatro años. Chile se ha destacado en las últimas décadas por el desarrollo de una democracia que le ha permitido un sostenido progreso. Las recientes elecciones políticas fueron una manifestación de la solidez y madurez cívica que han alcanzado, lo cual adquiere un relieve particular este año en el que se conmemoran los 200 años de la declaración de

la independencia. Momento particularmente importante, ya que marcó su destino como pueblo, fundamentado en la libertad y en el derecho, que ha debido también enfrentar diversos períodos turbulentos pero que logró —no sin dolor— superar. De esta forma supieron ustedes consolidar y robustecer el sueño de sus padres fundadores.

En este sentido, recuerdo las emblemáticas palabras del Card. Silva Henríquez cuando en un *Te Deum* afirmaba: «Nosotros —todos— somos

constructores de la obra más bella: la patria. La patria terrena que prefigura y prepara la patria sin fronteras. Esa patria no comienza hoy, con nosotros; pero no puede crecer y fructificar sin nosotros. Por eso la recibimos con respeto, con gratitud, como una tarea que hace muchos años comenzaba, como un legado que nos enorgullece y compromete a la vez»[\[2\]](#).

Cada generación ha de hacer suyas las luchas y los logros de las generaciones pasadas y llevarlas a metas más altas

aún. Es el camino. El bien, como también el amor, la justicia y la solidaridad, no se alcanzan de una vez para siempre; han de ser conquistados cada día. No es posible conformarse con lo que ya se ha conseguido en el pasado e instalarse, y disfrutarlo como si esa situación nos llevara a desconocer que todavía muchos hermanos nuestros sufren situaciones de injusticia que nos reclaman a todos. Tienen ustedes, por tanto, un reto grande y apasionante:

seguir trabajando para que la democracia y el sueño de sus mayores, más allá de sus aspectos formales, sea de verdad lugar de encuentro para todos. Que sea un lugar en el que todos, sin excepción, se sientan convocados a construir casa, familia y nación. Un lugar, una casa, una familia, llamada Chile: generoso, acogedor, que ama su historia, que trabaja por su presente de convivencia y mira con esperanza al futuro. Nos hace bien recordar aquí las palabras de san Alberto Hurtado: «Una Nación, más

que por sus fronteras, más que su tierra, sus cordilleras, sus mares, más que su lengua o sus tradiciones, es una misión a cumplir»[\[3\]](#). Es futuro. Y ese futuro se juega, en gran parte, en la capacidad de escuchar que tengan su pueblo y sus autoridades.

Tal capacidad de escucha adquiere gran valor en esta nación donde su pluralidad étnica, cultural e histórica exige ser custodiada de todo intento de parcialización o supremacía y que pone en juego la capacidad que

tengamos para deponer dogmatismos exclusivistas en una sana apertura al bien común —que si no tiene un carácter comunitario nunca será un bien—. Es preciso escuchar: escuchar a los parados, que no pueden sustentar el presente y menos el futuro de sus familias; a los pueblos originarios, frecuentemente olvidados y cuyos derechos necesitan ser atendidos y su cultura cuidada, para que no se pierda parte de la identidad y riqueza de esta nación. Escuchar a los

migrantes, que llaman a las puertas de este país en busca de mejora y, a su vez, con la fuerza y la esperanza de querer construir un futuro mejor para todos. Escuchar a los jóvenes, en su afán de tener más oportunidades, especialmente en el plano educativo y, así, sentirse protagonistas del Chile que sueñan, protegiéndolos activamente del flagelo de la droga que les cobra lo mejor de sus vidas. Escuchar a los ancianos, con su sabiduría tan necesaria y su fragilidad a cuestas. No los podemos

abandonar. Escuchar a los niños, que se asoman al mundo con sus ojos llenos de asombro e inocencia y esperan de nosotros respuestas reales para un futuro de dignidad. Y aquí no puedo dejar de manifestar el dolor y la vergüenza, vergüenza que siento ante el daño irreparable causado a niños por parte de ministros de la Iglesia. Me quiero unir a mis hermanos en el episcopado, ya que es justo pedir perdón y apoyar con todas las fuerzas a las víctimas, al mismo tiempo que hemos de empeñarnos

para que no se vuelva a repetir. Con esta capacidad de escucha somos invitados —hoy de manera especial— a prestar una preferencial atención a nuestra casa común. Escuchar nuestra casa común: fomentar una cultura que sepa cuidar la tierra y para ello no conformarnos solamente con ofrecer respuestas puntuales a los graves problemas ecológicos y ambientales que se presentan; en esto se requiere la audacia de ofrecer «una mirada distinta, un pensamiento, una política, un

programa educativo, un estilo de vida y una espiritualidad que conformen una resistencia ante el avance del paradigma tecnocrático»[\[4\]](#) que privilegia la irrupción del poder económico en contra de los ecosistemas naturales y, por lo tanto, del bien común de nuestros pueblos. La sabiduría de los pueblos originarios puede ser un gran aporte. De ellos podemos aprender que no hay verdadero desarrollo en un pueblo que dé la espalda a la tierra y a todo y a todos los que la rodean. Chile tiene en sus

raíces una sabiduría capaz de ayudar a trascender la concepción meramente consumista de la existencia para adquirir una actitud sapiencial frente al futuro. El alma de la chilénia —la Presidenta dijo que era desconfiada— el alma de la chilénia es *vocación a ser*, esa *terca voluntad de existir*[\[5\]](#). Vocación a la que todos están convocados y en la que nadie puede sentirse excluido o prescindible. Vocación que reclama una opción radical por la vida, especialmente en todas

las formas en la que ésta se vea amenazada.

Agradezco una vez más la invitación de poder venir a encontrarme con ustedes, encontrarme con el alma de este pueblo; y ruego para que la Virgen del Carmen, Madre y Reina de Chile, siga acompañando y gestando los sueños de esta bendita nación. Muchas gracias.

[1] Gabriela Mistral, Elogios de la tierra de Chile.

[2] Homilía en el Te Deum Ecuménico (4 noviembre 1970).

[3] Te Deum (septiembre 1948).

[4] Carta enc. Laudato si', 111.

[5] Cf. Gabriela Mistral, Breve descripción de Chile, en Anales de la Universidad de Chile (14), 1934.

16 de enero de 2018. Saludo
en la breve visita a centro
penitenciario femenino.

Santiago de Chile.

Martes.

-
Viaje apostólico de su Santidad
Francisco a Chile y Perú.
(15-22 de enero de 2018)

*Queridas hermanas y
hermanos:*

Gracias, gracias, gracias por lo
que hicieron y gracias por la
oportunidad que me dan para

visitarlas, para mí es importante compartir este tiempo con ustedes y poder estar más cerca de tantos hermanos nuestros que hoy están privados de la libertad. Gracias Hna. Nelly por sus palabras y especialmente por *testimoniar que la vida triunfa siempre sobre la muerte*, siempre. Gracias Janeth por animarte a compartir con todos nosotros tus dolores y ese valiente pedido de perdón. ¡Cuánto tenemos que aprender de esa actitud tuya llena de coraje y

humildad! Te cito: «Pedimos perdón a todos los que herimos con nuestros delitos». Gracias por recordarnos esa actitud sin la cual nos deshumanizamos, todos tenemos que pedir perdón, yo primero, todos, eso los humaniza. Sin esta actitud de pedir perdón perdemos la conciencia de que nos equivocamos y que nos podemos equivocar y que cada día estamos invitados a volver a empezar, de una u otra manera.

También ahora me viene al corazón la frase de Jesús: «El

que no tenga pecado, que arroje la primera piedra» (*Jn 8,7*). ¡La conocéis bien! ¿Y saben qué suelo hacer yo en los sermones cuando hablo de que todos tenemos algo adentro o por debilidad, o porque siempre caemos, o lo tenemos muy escondido? Le digo a la gente: A ver, todos somos pecadores, todos tenemos pecados. No sé, ¿acá hay alguno que no tiene pecados?. Levante la mano. Ninguno se anima a levantar la mano. Él nos invita, Jesús, a dejar la lógica simplista de

dividir la realidad en buenos y malos, para ingresar en esa otra dinámica capaz de asumir la fragilidad, los límites e incluso el pecado, para ayudarnos a salir adelante.

Cuando ingresaba, me esperaban las madres con sus hijos. Ellos me dieron la bienvenida, y qué bien se puede expresar en dos palabras: *madre e hijos*.

Madre: muchas de ustedes son madres y saben qué significa gestar la vida. Han sabido «cargar» en su seno una vida y la gestaron. La maternidad

nunca es ni será un problema, es un don, es uno de los regalos más maravillosos que puedan tener. Y hoy tienen un desafío muy parecido: se trata también de gestar vida. Hoy a ustedes se les pide que gesten el futuro. Que lo hagan crecer, que lo ayuden a desarrollarse. No solamente por ustedes, sino por sus hijos y por la sociedad toda. Ustedes, las mujeres, tienen una capacidad increíble de poder adaptarse a las situaciones y salir adelante. Quisiera hoy apelar a esa capacidad de gestar futuro,

capacidad de gestar futuro que vive en cada una de ustedes. Esa capacidad que les permite luchar contra los tantos determinismos «cosificadores», es decir, que transforman a las personas en cosas, que terminan matando la esperanza. Ninguno de nosotros es cosa, todos somos personas y como personas tenemos esa dimensión de esperanza. No nos dejemos "cosificar": No soy un número, no soy el detenido número tal, soy fulano de tal que gesta esperanza, porque quiere parir

esperanza.

Estar privadas de la libertad, como bien nos decías Janeth, no es sinónimo de *pérdida de sueños y de esperanzas*. Es verdad, es muy duro, es doloroso, pero no quiere decir perder la esperanza, no quiere decir dejar de soñar. Ser privado de la libertad no es lo mismo que el estar privado de la dignidad, no, no es lo mismo. La dignidad no se toca a nadie, se cuida, se custodia, se acaricia. Nadie puede ser privado de la dignidad. Ustedes están privadas de la libertad.

De ahí que es necesario luchar contra todo tipo de corsé, de etiqueta que diga que no se puede cambiar, o que no vale la pena, o que todo da lo mismo. Como dice el tango argentino: “dale que va, que todo es igual, que allá en el horno nos vamos a encontrar..” No es todo lo mismo, no es todo lo mismo. Queridas hermanas, ¡no! Todo no da lo mismo. Cada esfuerzo que se haga por luchar por un mañana mejor —aunque muchas veces pareciera que cae en saco roto— siempre dará fruto y se verá

recompensado.

La segunda palabra es *hijos*: ellos son fuerza, son esperanza, son estímulo. Son el recuerdo vivo de que la vida se construye para delante y no hacia atrás. Hoy estás privada de libertad, eso no significa que esta situación sea el fin. De ninguna manera. Siempre mirar el horizonte, hacia adelante, hacia la reinserción en la vida corriente de la sociedad. Una condena sin futuro no es una condena humana, es una tortura. Toda pena que uno está llevando

adelante para pagar una deuda con la sociedad tiene que tener horizonte, es decir, el horizonte de reinsertarme de nuevo y prepararme para la reinserción. Eso exíjanlo a ustedes mismas y a la sociedad. Miren siempre el horizonte, hacia adelante, hacia la reinserción de la vida corriente de la sociedad. Por eso, celebro e invito a intensificar todos los esfuerzos posibles para que los proyectos como el *Espacio Mandela* y la *Fundación Mujer levántate* puedan crecer y robustecerse.

El nombre de la Fundación me hace recordar ese pasaje evangélico donde muchos se burlaban de Jesús por decir que la hija del jefe de la sinagoga no estaba muerta, sino dormida. Se burlaban, se reían de él. Frente a la burla, la actitud de Jesús es paradigmática; entrando donde la chica estaba, la tomó de la mano y le dijo: «¡Niña, yo te lo ordeno, levántate!» (Mc 5,41). Para todos estaba muerta, para Jesús no. Ese tipo de iniciativas son signo vivo de que este Jesús que entra en la vida de

cada uno de nosotros, que va más allá de toda burla, que no da ninguna batalla por perdida con tal de tomarnos las manos e invitarnos a levantarnos. Qué bueno que haya cristianos, que haya personas de buena voluntad, que haya personas de cualquier creencia, de cualquier opción religiosa en la vida o no religiosa pero de buena voluntad que sigan las huellas de Jesús y se animen a entrar y a ser signo de esa mano tendida que levanta. Yo te lo pido, ¡levántate! Siempre levantando.

Todos sabemos que muchas veces, lamentablemente, la pena de la cárcel puede ser pensada o reducida a un castigo, sin ofrecer medios adecuados para generar procesos. Es lo que les decía yo sobre la esperanza, es mirar adelante, generar procesos de reinserción. Este tiene que ser el sueño de ustedes: la reinserción. Y si es larga llevar este camino, hacer lo mejor posible para que sea más corta, pero siempre reinserción. La sociedad tiene la obligación, obligación de reinsertarlas a

todas. Cuando digo reinsertarlas, digo reinsertarlas a cada una, cada una con el proceso personal de reinserción, una por un camino, otra por otro, una más tiempo, otra menos tiempo, pero es una persona que está en camino hacia la reinserción. Y eso métanselo en la cabeza y exíjanlo. Esto es generar un proceso. En cambio, estos espacios que promueven programas de capacitación laboral y acompañamiento para recomponer vínculos son signo de esperanza y de futuro.

Ayudemos a que crezcan. La seguridad pública no hay que reducirla sólo a medidas de mayor control sino, y sobre todo, edificarla con medidas de prevención, con trabajo, educación y mayor comunidad. Quiero decir que con estos pensamientos quiero bendecir a todos ustedes y también saludar a los agentes de pastoral, a los voluntarios, a los profesionales y, de manera especial, a los funcionarios de Gendarmería y a sus familias. Rezo por ustedes. Ustedes tienen una tarea delicada, una

tarea compleja, y por eso los invito, a ustedes, a las autoridades a que puedan también darles, a ustedes las condiciones necesarias para desarrollar su trabajo con dignidad. Dignidad que genera dignidad. La dignidad se contagia, se contagia más que la gripe, la dignidad se contagia, la dignidad genera dignidad.

A María, ella que es Madre y para la cual somos hijos —ustedes son sus hijas—, le pedimos que interceda por ustedes, por cada uno de sus

hijos, por las personas que tienen en el corazón, y los cubra con su manto. Y, por favor, les pido que recen por mí porque lo necesito. Gracias.

16 de enero 2018. Discurso en el encuentro con los sacerdotes, religiosos/as, consagrados/as y seminaristas.

Catedral de Santiago.

Martes.

Viaje apostólico de su Santidad Francisco a Chile y Perú.
(15-22 de enero de 2018)

Queridos hermanos y hermanas, buenas tardes:
Me alegra poder compartir este encuentro con ustedes. Me

gustó la manera con la que el Card. Ezzati los iba presentando: aquí están, aquí están... las consagradas, los consagrados, los presbíteros, los diáconos permanentes, los seminaristas, aquí están. Me vino a la memoria el día de nuestra ordenación o consagración cuando, después de la presentación, decíamos: «Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad». En este encuentro queremos decirle al Señor: «aquí estamos» para renovar nuestro sí. Queremos renovar juntos la respuesta al

llamado que un día inquietó nuestro corazón.

Y para ello, creo que nos puede ayudar partir del pasaje del Evangelio que escuchamos y compartir tres momentos de Pedro y de la primera comunidad: Pedro/la comunidad abatida, Pedro/la comunidad misericordiada, y Pedro/la comunidad transfigurada. Juego con este binomio Pedro-comunidad ya que la vivencia de los apóstoles siempre tiene este doble aspecto, uno personal y uno comunitario. Van de la mano,

no los podemos separar. Somos, sí, llamados individualmente pero siempre a ser parte de un grupo más grande. No existe el *selfie* vocacional, no existe. La vocación exige que la foto te la saque otro, y ¡qué le vamos a hacer! Así son las cosas.

1. *Pedro abatido, la comunidad abatida*

Siempre me gustó el estilo de los Evangelios de no decorar ni endulzar los acontecimientos, ni de pintarlos bonitos. Nos presentan la vida como viene y no como tendría que ser. El

Evangelio no tiene miedo de mostrarnos los momentos difíciles, y hasta conflictivos, que pasaron los discípulos. Reompongamos la escena. Habían matado a Jesús; algunas mujeres decían que estaba vivo (cf. *Lc 24,22-24*). Si bien habían visto a Jesús Resucitado, el acontecimiento es tan fuerte que los discípulos necesitarían tiempo para comprender. Lucas dice: "Era tal la alegría que no podían creer". Necesitarían tiempo para comprender lo que había sucedido. Comprensión que les

Llegará en Pentecostés, con el envío del Espíritu Santo. La irrupción del Resucitado llevará tiempo para calar el corazón de los suyos.

Los discípulos vuelven a su tierra. Van a hacer lo que sabían hacer: pescar. No estaban todos, sólo algunos. ¿Divididos, fragmentados? No lo sabemos. Lo que nos dice la Escritura es que los que estaban no pescaron nada. Tienen las redes vacías. Pero había otro vacío que pesaba inconscientemente sobre ellos: el desconcierto y la

turbación por la muerte de su Maestro. Ya no está, fue crucificado. Pero no sólo Él estaba crucificado, sino ellos también, ya que la muerte de Jesús puso en evidencia un torbellino de conflictos en el corazón de sus amigos. Pedro lo negó, Judas lo traicionó, los demás huyeron y se escondieron. Solo un puñado de mujeres y el discípulo amado se quedaron. El resto, se marchó. En cuestión de días todo se vino abajo. *Son las horas del desconcierto y la turbación en la vida del*

discípulo. En los momentos «en los que la polvareda de las persecuciones, tribulaciones, dudas, etc., es levantada por acontecimientos culturales e históricos, no es fácil atinar con el camino a seguir. Existen varias tentaciones propias de ese tiempo: discutir ideas, no darle la debida atención al asunto, fijarse demasiado en los perseguidores... y creo que la peor de todas las tentaciones es quedarse rumiando la desolación»[\[1\]](#). Sí, quedarse rumiando la desolación. Y esto es lo que le pasó a los

discípulos.

Como nos decía el Card. Ezzati, «la vida presbiteral y consagrada en Chile ha atravesado y atraviesa horas difíciles de turbulencias y desafíos no indiferentes. Junto a la fidelidad de la inmensa mayoría, ha crecido también la cizaña del mal y su secuela de escándalo y deserción».

Momento de turbulencias.

Conozco el dolor que han significado los casos de abusos ocurridos a menores de edad y sigo con atención cuanto hacen para superar ese grave y

doloroso mal. Dolor por el daño y sufrimiento de las víctimas y sus familias, que han visto traicionada la confianza que habían puesto en los ministros de la Iglesia. Dolor por el sufrimiento de las comunidades eclesiales, y dolor también por ustedes, hermanos, que además del desgaste por la entrega han vivido el daño que provoca la sospecha y el cuestionamiento, que en algunos o muchos pudo haber introducido la duda, el miedo y la desconfianza. Sé que a veces han sufrido insultos en el metro

o caminando por la calle; que ir «vestido de cura» en muchos lados se está «pagando caro». Por eso los invito a que pidamos a Dios nos dé la lucidez de llamar a la realidad por su nombre, la valentía de pedir perdón y la capacidad de aprender a escuchar lo que Él nos está diciendo y no rumiar la desolación.

Me gustaría añadir además otro aspecto importante. Nuestras sociedades están cambiando. El Chile de hoy es muy distinto al que conocí en tiempos de mi juventud, cuando me formaba.

Están naciendo nuevas y diversas formas culturales que no se ajustan a los márgenes conocidos. Y tenemos que reconocer que, muchas veces, no sabemos cómo insertarnos en estas nuevas circunstancias. A menudo soñamos con las «cebollas de Egipto» y nos olvidamos que la tierra prometida está delante, no atrás. Que la promesa es de ayer, pero para mañana. Y entonces podemos caer en la tentación de recluirnos y aislarnos para defender nuestros planteos que terminan

siendo no más que buenos monólogos. Podemos tener la tentación de pensar que todo está mal, y en lugar de profesar una «buena nueva», lo único que profesamos es apatía y desilusión. Así cerramos los ojos ante los desafíos pastorales creyendo que el Espíritu no tendría nada que decir. Así nos olvidamos que el Evangelio es un camino de conversión, pero no sólo de «los otros», sino también de nosotros.

Nos guste o no, estamos invitados a enfrentar la

realidad así como se presenta. La realidad personal, comunitaria y social. Las redes —dicen los discípulos— están vacías, y podemos comprender los sentimientos que esto genera. Vuelven a casa sin grandes aventuras que contar, vuelven a casa con las manos vacías, vuelven a casa abatidos.

¿Qué quedó de esos discípulos fuertes, animados, airoso, que se sentían elegidos y que habían dejado todo para seguir a Jesús? (cf. *Mc* 1,16-20); ¿qué quedó de esos discípulos

seguros de sí, que irían a prisión y hasta darían la vida por su Maestro (cf. *Lc 22,33*), que para defenderlo querían mandar fuego sobre la tierra (cf. *Lc 9,54*), por el que desenvainarían la espada y darían batalla? (cf. *Lc 22,49-51*); ¿qué quedó del Pedro que increpaba a su Maestro acerca de cómo tendría que llevar adelante su vida y su programa redentor? La desolación (cf. *Mc 8,31-33*).

2. Pedro misericordiado, la comunidad misericordiada

Es la hora de la verdad en la vida de la primera comunidad. Es la hora en la que Pedro se confrontó con parte de sí mismo. Con la parte de su verdad que muchas veces no quería ver. Hizo experiencia de su limitación, de su fragilidad, de su ser pecador. Pedro el temperamental, el jefe impulsivo y salvador, con una buena dosis de autosuficiencia y exceso de confianza en sí mismo y en sus posibilidades, tuvo que someterse a su debilidad y a pecado. Él era tan pecador como los otros, era tan

necesitado como los otros, era tan frágil como los otros. Pedro falló a quien juró cuidar. Hora crucial en la vida de Pedro. Como discípulos, como Iglesia, nos puede pasar lo mismo: hay momentos en los que nos confrontamos no con nuestras glorias, sino con nuestra debilidad. Horas cruciales en la vida de los discípulos, pero en esa hora es también donde nace el apóstol. Dejemos que el texto nos lleve de la mano. «Después de comer, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que

estos?» (Jn 21,15).

Después de comer, Jesús invita a Pedro a dar un paseo y la única palabra es una pregunta, una pregunta de amor: ¿Me amas? Jesús no va al reproche ni a la condena. Lo único que quiere hacer es salvar a Pedro. Lo quiere salvar del peligro de quedarse encerrado en su pecado, de que quede «masticando» la desolación fruto de su limitación; salvarlo del peligro de claudicar, por sus limitaciones, de todo lo bueno que había vivido con Jesús. Jesús lo quiere salvar del

encierro y del aislamiento. Lo quiere salvar de esa actitud destructiva que es victimizarse o, al contrario, caer en un «da todo lo mismo» y que al final termina aguando cualquier compromiso en el más perjudicial relativismo. Quiere liberarlo de tomar a quien se le opone como si fuese un enemigo, o no aceptar con serenidad las contradicciones o las críticas. Quiere liberarlo de la tristeza y especialmente del mal humor. Con esa pregunta, Jesús invita a Pedro a que escuche su corazón y aprenda a

discernir. Ya que «no era de Dios defender la verdad a costa de la caridad, ni la caridad a costa de la verdad, ni el equilibrio a costa de ambas, tiene que discernir, Jesús quiere evitar que Pedro se vuelva un veraz destructor o un caritativo mentiroso o un perplejo paralizado» [\[2\]](#), como nos puede pasar en estas situaciones.

Jesús interrogó a Pedro sobre su amor e insistió en él hasta que este pudo darle una *respuesta realista*: «Sí, Señor, tú lo sabes todo; tú

sabes que te quiero»
(*Jn 21,17*). Así Jesús lo
confirma en la misión. Así lo
vuelve definitivamente su
apóstol.

¿Qué es lo que fortalece a
Pedro como apóstol? ¿Qué nos
mantiene a nosotros apóstoles?

Una sola cosa: «Fuimos
tratados con misericordia».

«Fuimos tratados con
misericordia»(*1 Tm 1,12-16*).

«En medio de nuestros
pecados, límites, miserias; en
medio de nuestras múltiples
caídas, Jesucristo nos vio, se
acercó, nos dio su mano y nos

trató con misericordia. Cada uno de nosotros podría hacer memoria, repasando todas las veces que el Señor lo vio, lo miró, se acercó y lo trató con misericordia»[\[3\]](#). Los invito a que lo hagan. No estamos aquí porque seamos mejores que otros. No somos superhéroes que, desde la altura, bajan a encontrarse con los «mortales». Más bien somos enviados con la conciencia de ser hombres y mujeres perdonados. Y esa es la fuente de nuestra alegría. Somos consagrados, pastores al estilo

de Jesús herido, muerto y resucitado. El consagrado –y cuando digo consagrados digo todos los que están aquí– es quien encuentra en sus heridas los signos de la Resurrección. Es quien puede ver en las heridas del mundo la fuerza de la Resurrección. Es quien, al estilo de Jesús, no va a encontrar a sus hermanos con el reproche y la condena. Jesucristo no se presenta a los suyos sin llagas; precisamente desde sus llagas es donde Tomás puede confesar la fe. Estamos invitados a no

disimular o esconder nuestras llagas. Una Iglesia con llagas es capaz de comprender las llagas del mundo de hoy y hacerlas suyas, sufrirlas, acompañarlas y buscar sanarlas. Una Iglesia con llagas no se pone en el centro, no se cree perfecta, sino que pone allí al único que puede sanar las heridas y tiene nombre: Jesucristo.

La conciencia de tener llagas nos libera; sí, nos libera de volvernos autorreferenciales, de creernos superiores. Nos libera de esa tendencia «prometeica de quienes en el

fondo sólo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico propio del pasado»[\[4\]](#).

En Jesús, nuestras llagas son resucitadas. Nos hacen solidarios; nos ayudan a derribar los muros que nos encierran en una actitud elitista para estimularnos a tender puentes e ir a encontrarnos con tantos sedientos del mismo amor misericordioso que sólo Cristo

nos puede brindar. «¡Cuántas veces soñamos con planes apostólicos expansionistas, meticulosos y bien dibujados, propios de generales derrotados! Así negamos nuestra historia de Iglesia, que es gloriosa por ser historia de sacrificios, de esperanza, de lucha cotidiana, de vida deshilachada en el servicio, de constancia en el trabajo que cansa, porque todo trabajo es sudor de nuestra frente» [\[5\]](#). Veo con cierta preocupación que existen comunidades que viven arrastradas más por la

desesperación de estar en cartelera, por ocupar espacios, por aparecer y mostrarse, que por remangarse y salir a tocar la realidad sufrida de nuestro pueblo fiel.

Qué cuestionadora reflexión la de ese santo chileno que advertía: «Serán, pues, métodos falsos todos lo que sean impuestos por uniformidad; todos los que pretendan dirigirnos a Dios haciéndonos olvidar de nuestros hermanos; todos los que nos hagan cerrar los ojos sobre el universo, en lugar de

enseñarnos a abrirlos para elevar todo al Creador de todo ser; todos los que nos hagan egoístas y nos replieguen sobre nosotros mismos» [\[6\]](#).

El Pueblo de Dios no espera ni necesita de nosotros superhéroes, espera pastores, hombres y mujeres consagrados, que sepan de compasión, que sepan tender una mano, que sepan detenerse ante el caído y, al igual que Jesús, ayuden a salir de ese círculo de «masticar» la desolación que envenena el alma.

3. *Pedro transfigurado, la comunidad transfigurada*

Jesús invita a Pedro a discernir y así comienzan a cobrar fuerza muchos acontecimientos de la vida de Pedro, como el gesto profético del lavatorio de los pies. Pedro, el que se resistía a dejarse lavar los pies, comenzaba a comprender que la verdadera grandeza pasa por hacerse pequeño y servidor [\[7\]](#). ¡Que pedagogía la de nuestro Señor! Del gesto profético de Jesús a la Iglesia profética que, lavada de su pecado, no tiene

miedo de salir a servir a una humanidad herida.

Pedro experimentó en su carne la herida no sólo del pecado, sino de sus propios límites y flaquezas. Pero descubrió en Jesús que sus heridas pueden ser camino de Resurrección.

Conocer a Pedro abatido para conocer al Pedro transfigurado es la invitación a pasar de ser una Iglesia de abatidos desolados a una Iglesia servidora de tantos abatidos que conviven a nuestro lado. Una Iglesia capaz de ponerse al servicio de su Señor en el

hambriento, en el preso, en el sediento, en el desalojado, en el desnudo, en el enfermo... (cf. *Mt* 25,35). Un servicio que no se identifica con asistencialismo o paternalismo, sino con conversión de corazón. El problema no está en darle de comer al pobre, o vestir al desnudo, o acompañar al enfermo, sino en considerar que el pobre, el desnudo, el enfermo, el preso, el desalojado tienen la dignidad para sentarse en nuestras mesas, de sentirse «en casa» entre nosotros, de sentirse

familia. Ese es el signo de que el Reino de los Cielos está entre nosotros. Es el signo de una Iglesia que fue herida por su pecado, misericordiada por su Señor, y convertida en profética por vocación.

Renovar la profecía es renovar nuestro compromiso de no esperar un mundo ideal, una comunidad ideal, un discípulo ideal para vivir o para evangelizar, sino crear las condiciones para que cada persona abatida pueda encontrarse con Jesús. No se aman las situaciones ni las

comunidades ideales, se aman las personas.

El reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites, lejos de alejarnos de nuestro Señor nos permite volver a Jesús sabiendo que «Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atraviese épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece... Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos

caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual» [\[8\]](#). Qué bien nos hace a todos dejar que Jesús nos renueve el corazón.

Cuando comenzaba este encuentro, les decía que veníamos a renovar nuestro sí, con ganas, con pasión.

Queremos renovar nuestro sí, pero realista, porque está apoyado en la mirada de Jesús. Los invito a que cuando vuelvan a casa armen en su

corazón una especie de
testamento espiritual, al estilo
del Cardenal Raúl Silva
Henríquez. Esa hermosa
oración que comienza diciendo:
«La Iglesia que yo amo es la
Santa Iglesia de todos los días...
la tuya, la mía, la Santa Iglesia
de todos los días... Jesucristo,
el Evangelio, el pan, la
eucaristía, el Cuerpo de Cristo
humilde cada día. Con rostros
de pobres y rostros de hombres
y mujeres que cantaban, que
luchaban, que sufrían. La Santa
Iglesia de todos los días».
Te pregunto: ¿Cómo es la

Iglesia que tú amas? ¿Amas a esta Iglesia herida que encuentra vida en las llagas de Jesús?

Gracias por este encuentro, gracias por la oportunidad de renovar el «sí» con ustedes. Que la Virgen del Carmen los cubra con su manto. Y por favor, no se olviden de rezar por mí.

[1] Jorge Mario Bergoglio, *Las cartas de la tribulación*, 9, ed. Diego de Torres, Buenos Aires (1987).

[2] Cf. *ibíd.*

[3] *Videomensaje al CELAM* en ocasión del Jubileo extraordinario de la Misericordia en el Continente americano (27 agosto 2016).

[4] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 94.

[5] *Ibíd.*, 96.

[6] San Alberto Hurtado, *Discurso a jóvenes de la Acción Católica* (1943).

[7] «El que quiere ser el primero, debe hacerse el último

de todos y el servidor de todos»
(Mc 9,35).

[8] Exhort. ap. . Evangelii
gaudium, 11.

16 de enero de 2018. Homilía en la Santa Misa por la paz y la justicia.

Parque O'Higgins (Santiago de Chile)

Martes.

–
Viaje apostólico de su Santidad Francisco a Chile y Perú.
(15-22 de enero de 2018)

«Al ver a la multitud» (*Mt 5,1*). En estas primeras palabras del Evangelio que acabamos de escuchar encontramos la

actitud con la que Jesús quiere salir a nuestro encuentro, la misma actitud con la que Dios siempre ha sorprendido a su pueblo (cf. *Ex 3,7*). La primera actitud de Jesús es ver, mirar el rostro de los suyos. Esos rostros ponen en movimiento el amor visceral de Dios. No fueron ideas o conceptos los que movieron a Jesús... son los rostros, son las personas; es la vida que clama a la Vida que el Padre nos quiere transmitir. Al ver a la multitud, Jesús encuentra el rostro de la gente que lo seguía y lo más lindo es

ver que ellos, a su vez, encuentran en la mirada de Jesús el eco de sus búsquedas y anhelos. De ese encuentro nace este elenco de bienaventuranzas que son el horizonte hacia el cual somos invitados y desafiados a caminar. Las bienaventuranzas no nacen de una actitud pasiva frente a la realidad, ni tampoco pueden nacer de un espectador que se vuelve un triste autor de estadísticas de lo que acontece. No nacen de los profetas de desventuras que se contentan con sembrar

desilusión. Tampoco de espejismos que nos prometen la felicidad con un «clic», en un abrir y cerrar de ojos. Por el contrario, las bienaventuranzas nacen del corazón compasivo de Jesús que se encuentra con el corazón compasivo y necesitado de compasión de hombres y mujeres que quieren y anhelan una vida bendecida; de hombres y mujeres que saben de sufrimiento; que conocen el desconcierto y el dolor que se genera cuando «se te mueve el piso» o «se inundan los sueños» y el

trabajo de toda una vida se viene abajo; pero más saben de tesón y de lucha para salir adelante; más saben de reconstrucción y de volver a empezar.

¡Cuánto conoce el corazón chileno de reconstrucciones y de volver a empezar; cuánto conocen ustedes de levantarse después de tantos derrumbes!

¡A ese corazón apela Jesús; para que ese corazón reciba las bienaventuranzas!

Las bienaventuranzas no nacen de actitudes críticas ni de la «palabrería barata» de aquellos

que creen saberlo todo pero no se quieren comprometer con nada ni con nadie, y terminan así bloqueando toda posibilidad de generar procesos de transformación y reconstrucción en nuestras comunidades, en nuestras vidas. Las bienaventuranzas nacen del corazón misericordioso que no se cansa de esperar. Y experimenta que la esperanza «es el nuevo día, la extirpación de una inmovilidad, el sacudimiento de una postración negativa»
(Pablo Neruda, *El habitante y*

su esperanza, 5).

Jesús, al decir bienaventurado al pobre, al que ha llorado, al afligido, al paciente, al que ha perdonado... viene a *extirpar la inmovilidad* paralizante del que cree que las cosas no pueden cambiar, del que ha dejado de creer en el poder transformador de Dios Padre y en sus hermanos, especialmente en sus hermanos más frágiles, en sus hermanos descartados. Jesús, al proclamar las bienaventuranzas viene a sacudir esa *postración negativa* llamada resignación

que nos hace creer que se puede vivir mejor si nos escapamos de los problemas, si huimos de los demás; si nos escondemos o encerramos en nuestras comodidades, si nos adormecemos en un consumismo tranquilizante (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 2). Esa resignación que nos lleva a aislarnos de todos, a dividirnos, separarnos; a hacernos ciegos frente a la vida y al sufrimiento de los otros. Las bienaventuranzas son ese *nuevo día* para todos aquellos que siguen apostando

al futuro, que siguen soñando, que siguen dejándose tocar e impulsar por el Espíritu de Dios.

Qué bien nos hace pensar que Jesús desde el Cerro Renca o Puntilla viene a decirnos: bienaventurados... Sí, bienaventurado vos y vos; a cada uno de nosotros.

Bienaventurados ustedes que se dejan contagiar por el Espíritu de Dios y luchan y trabajan por ese *nuevo día*, por ese nuevo Chile, porque de ustedes será el reino de los cielos. «Bienaventurados los

que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9).

Y frente a la resignación que como un murmullo grosero socava nuestros lazos vitales y nos divide, Jesús nos dice: bienaventurados los que se comprometen por la reconciliación. Felices aquellos que son capaces de ensuciarse las manos y trabajar para que otros vivan en paz. Felices aquellos que se esfuerzan por no sembrar división. De esta manera, la bienaventuranza nos hace artífices de paz; nos

invita a comprometernos para que el espíritu de la reconciliación gane espacio entre nosotros. ¿Quieres dicha? ¿Quieres felicidad? Felices los que trabajan para que otros puedan tener una vida dichosa. ¿Quieres paz?, trabaja por la paz.

No puedo dejar de evocar a ese gran pastor que tuvo Santiago cuando en un *Te Deum* decía: «"Si quieres la paz, trabaja por la justicia" ... Y si alguien nos pregunta: "¿qué es la justicia?" o si acaso consiste solamente en "no robar", le diremos que

existe otra justicia: la que exige que cada hombre sea tratado como hombre» (Card. Raúl Silva Henríquez, *Homilía en el Te Deum Ecuménico*, 18 septiembre 1977).

¡Sembrar la paz a golpe de proximidad, de vecindad! A golpe de salir de casa y mirar rostros, de ir al encuentro de aquel que lo está pasando mal, que no ha sido tratado como persona, como un digno hijo de esta tierra. Esta es la única manera que tenemos de tejer un futuro de paz, de volver a hilar una realidad que se puede

deshilachar. El trabajador de la paz sabe que muchas veces es necesario vencer grandes o sutiles mezquindades y ambiciones, que nacen de pretender crecer y «darse un nombre», de tener prestigio a costa de otros. El trabajador de la paz sabe que no alcanza con decir: no le hago mal a nadie, ya que como decía san Alberto Hurtado: «Está muy bien no hacer el mal, pero está muy mal no hacer el bien» (*Meditación radial*, abril 1944). Construir la paz es un proceso que nos convoca y estimula

nuestra creatividad para gestar relaciones capaces de ver en mi vecino no a un extraño, a un desconocido, sino a un hijo de esta tierra.

Encomendémonos a la Virgen Inmaculada que desde el Cerro San Cristóbal cuida y acompaña esta ciudad. Que ella nos ayude a vivir y a desear el espíritu de las bienaventuranzas; para que en todos los rincones de esta ciudad se escuche como un susurro: «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios» (*Mt 5,9*).

16 de enero de 2018. Saludo
en el encuentro con los
obispos.

Sacristía de la Catedral de
Santiago.

Martes.

Viaje apostólico de su Santidad
Francisco a Chile y Perú.
(15-22 de enero de 2018)

Queridos hermanos:

Agradezco las palabras que el
Presidente de la Conferencia
Episcopal me dirigió en nombre

de todos ustedes.

En primer lugar, quiero saludar a Mons. Bernardino Piñera Carvallo, que este año cumplirá 60 años de obispo (es el obispo más anciano del mundo, tanto en edad como en años de episcopado), y que ha vivido cuatro sesiones del Concilio Vaticano II. Hermosa memoria viviente.

Dentro de poco se cumplirá un año de la visita *ad limina*, ahora me toca a mí venir a visitarlos y me alegra que este encuentro sea después de haber estado con el «mundo consagrado». Ya

que una de nuestras principales tareas consiste precisamente *en estar cerca* de nuestros consagrados, de nuestros presbíteros. Si el pastor anda disperso, las ovejas también se dispersarán y quedarán al alcance de cualquier lobo. Hermanos, ¡la paternidad del obispo con sus sacerdotes, con su presbiterio! Una paternidad que no es ni paternalismo ni abuso de autoridad. Es un don a pedir. Estén cerca de sus curas al estilo de san José. Una paternidad que ayuda a crecer

y a desarrollar los carismas que el Espíritu ha querido derramar en sus respectivos presbiterios. Sé que habíamos quedado en que iba a ser poco tiempo porque ya con lo que hablamos en las dos sesiones largas de la visita *ad limina* habíamos tocado muchos temas. Por eso en este «saludo», me gustaría retomar algún punto del encuentro que tuvimos en Roma y lo podría resumir en la siguiente frase: la conciencia de ser pueblo, ser Pueblo de Dios.

Uno de los problemas que

enfrentan nuestras sociedades hoy en día es el sentimiento de orfandad, es decir, que no pertenecen a nadie. Este sentir «postmoderno» se puede colar en nosotros y en nuestro clero; entonces empezamos a creer que no pertenecemos a nadie, nos olvidamos de que somos parte del santo Pueblo fiel de Dios y que la Iglesia no es ni será nunca de una élite de consagrados, sacerdotes u obispos. No podemos sostener nuestra vida, nuestra vocación o ministerio sin esta conciencia de ser Pueblo. Olvidarnos de

esto —como expresé a la Comisión para América Latina— «acarrea varios riesgos y/o deformaciones en nuestra propia vivencia personal y comunitaria del ministerio que la Iglesia nos ha confiado» [\[1\]](#). La falta de conciencia de pertenecer al Pueblo fiel de Dios como servidores, y no como dueños, nos puede llevar a una de las tentaciones que más daño le hacen al dinamismo misionero que estamos llamados a impulsar: el clericalismo, que resulta una caricatura de la vocación

recibida.

La falta de conciencia de que la misión es de toda la Iglesia y no del cura o del obispo limita el horizonte, y lo que es peor, coarta todas las iniciativas que el Espíritu puede estar impulsando en medio nuestro. Digámoslo claro, los laicos no son nuestros peones, ni nuestros empleados. No tienen que repetir como «loros» lo que le decimos. «El clericalismo, lejos de impulsar los distintos aportes y propuestas, poco a poco va apagando el fuego profético que la Iglesia toda

está llamada a testimoniar en el corazón de sus pueblos. El clericalismo se olvida de que la visibilidad y la sacramentalidad de la Iglesia pertenece a todo el Pueblo fiel de Dios (cf. *Lumen gentium*, 9-14) y no sólo a unos pocos elegidos e iluminados.[\[2\]](#).

Veamos, por favor, contra esta tentación, especialmente en los seminarios y en todo el proceso formativo. Yo les confieso, a mí me preocupa la formación de los seminaristas, sean Pastores, servicio del Pueblo de Dios, como tiene que ser un Pastor,

con la doctrina, con la disciplina, con los sacramentos, con la cercanía, con las obras de caridad, pero que tengan esa conciencia de Pueblo. Los seminarios deben poner el énfasis en que los futuros sacerdotes sean capaces de servir al santo Pueblo fiel de Dios, reconociendo la diversidad de culturas y renunciando a la tentación de cualquier forma de clericalismo. El sacerdote es ministro de Jesucristo: protagonista que se hace presente en todo el Pueblo de Dios. Los sacerdotes

del mañana deben formarse mirando al mañana: su ministerio se desarrollará en un mundo secularizado y, por lo tanto, nos exige a nosotros pastores discernir cómo prepararlos para desarrollar su misión en este escenario concreto y no en nuestros «mundos o estados ideales». Una misión que se da en unidad fraternal con todo el Pueblo de Dios. Codo a codo, impulsando y estimulando al laicado en un clima de discernimiento y sinodalidad, dos características esenciales

en el sacerdote del mañana. No al clericalismo y a mundos ideales que sólo entran en nuestros esquemas pero que no tocan la vida de nadie.

Y aquí, pedir al Espíritu Santo el don de soñar, por favor no dejen de soñar, soñar y trabajar por una opción misionera y profética que sea capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda la estructura eclesial se conviertan en un cauce adecuado para la evangelización de Chile más

que para una autopreservación eclesiástica. No le tengamos miedo a despojarnos de lo que nos aparte del mandato misionero[3].

Hermanos, era esto lo que les quería decir como resumen un poco de lo principal que hablamos en las dos visitas *ad limina* encomendémonos a la protección de María, Madre de Chile. Recemos juntos por nuestros presbiterios, por nuestros consagrados; recemos por el santo Pueblo fiel de Dios del cual somos parte. Muchas gracias.

[1] Carta al Cardenal Marc Ouellet, Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina (19 marzo 2016).

[2] *Ibíd.*

[3] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 27.

17 de enero de 2018. Discurso
en el encuentro con los
jóvenes.

Santuario Nacional de Maipú.

Miércoles.

Viaje apostólico de su santidad
francisco a Chile y Perú
(15-22 de enero de 2018)

Yo también Ariel estoy gozoso
de estar con ustedes. Gracias
por tus palabras de bienvenida
en nombre de todos los
presentes. Ciertamente estoy

agradecido de compartir este tiempo con ustedes que según leí ahí: "se bajaron del sofá y se pusieron los zapatos".

¡Gracias! Considero para mí importante encontrarnos, y caminar juntos un rato, ique nos ayudemos a mirar para adelante! Y creo que también para ustedes es importante. Gracias.

Y me alegra que este encuentro se realice aquí en Maipú. En esta tierra donde con un abrazo de fraternidad se fundó la historia de Chile; en este Santuario que se levanta en el

cruce de los caminos del Norte y del Sur, que une la nieve y el océano, y hace que el cielo y la tierra tengan un hogar. Hogar para Chile, hogar para ustedes queridos jóvenes, donde la Virgen del Carmen los espera y los recibe con el corazón abierto. Y así como acompañó el nacimiento de esta Nación y acompañó a tantos chilenos a lo largo de estos doscientos años, quiere seguir acompañando los sueños que Dios pone en vuestro corazón: sueños de libertad, sueños de alegría, sueños de un futuro

mejor. Esas ganas, como decías vos Ariel, de «ser protagonistas del cambio». Ser protagonistas. La Virgen del Carmen los acompaña para que sean los protagonistas del Chile que sus corazones sueñan. Y yo sé que el corazón de los jóvenes chilenos sueña, y sueña a lo grande, no solo cuando están un poco curaditos, no, siempre sueñan a lo grande, porque de estas tierras han nacido experiencias que se fueron expandiendo y multiplicando a lo largo de diversos países de nuestro continente. ¿Y quiénes

las impulsaron? Jóvenes como ustedes que se animaron a vivir la aventura de la fe. Porque la fe provoca en los jóvenes sentimientos de aventura que invita a transitar por paisajes increíbles, paisajes nada fáciles, nada tranquilos... pero a ustedes les gustan las aventuras y los desafíos, excepto los que no se llegaron a bajar del sofá. ¡Bájenlos rápido!, así podemos seguir, ustedes que son especialistas, y les ponen los zapatos. Es más, se aburren cuando no tienen desafíos que los estimulen. Esto

se ve, por ejemplo, cada vez que sucede una catástrofe natural: tienen una capacidad enorme para movilizarse, que habla de la generosidad de los corazones. Gracias.

Y quise empezar por esta referencia a la Patria porque el camino hacia adelante, los sueños que tienen que ser concretados, el mirar siempre hacia el horizonte, se tienen que hacer con los pies en la tierra y se empieza con los pies en la tierra de la Patria, y si ustedes no aman a su Patria, yo no les creo que lleguen a

amar a Jesús y que lleguen a amar a Dios. El amor a la Patria es un amor a la madre, la llamamos Madre Patria porque aquí nacimos, pero ella misma como toda madre nos enseña a caminar y se nos entrega para que la hagamos sobrevivir a otras generaciones. Por eso quise empezar con esta referencia de la Madre, de la Madre Patria. Si no son patriotas –no patrioterros–, patriotas, no van a hacer nada en la vida. Quieran a su tierra, chicas y chicos, quieran a su Chile, den lo mejor de ustedes

por su Chile.

En mi trabajo como obispo, pude descubrir que hay muchas, pero muchas, buenas ideas en los corazones y en las mentes de los jóvenes. Y eso es verdad, ustedes son inquietos, buscadores, idealistas. ¿Saben quién tienen problemas?. El problema lo tenemos los grandes que cuando escuchamos estos ideales, estas inquietudes de los jóvenes, con cara de sabiondos decimos: "Piensa así porque es joven, ya va a madurar, o peor, ya se va a corromper". Y eso es verdad,

detrás del “ya va a madurar”
contra las ilusiones y los
sueños se esconde el tácito “ya
se va a corromper”. ¡Cuidado
con eso! Madurar es crecer y
hacer crecer los sueños y hacer
crecer las ilusiones, no bajar la
guardia y dejarse comprar por
dos “chirolas”, eso no es
madurar. Así que cuando los
grandes pensamos eso, no le
hagan caso.

Pareciera que en esta (frase,
n.d.r.) “ya va a madurar” de
nosotros los grandes, donde
parece que les tiráramos una
frazada mojada encima para

hacerlos callar, se escondiera que madurar es aceptar la injusticia, es creer que nada podemos hacer, que todo siempre fue así: “¿Para qué vamos a cambiar, si siempre fue así, si siempre se hizo así?”. Eso es corrupción. Madurar, la verdadera madurez es llevar adelante los sueños, las ilusiones de ustedes, juntos, confrontándose mutuamente, discutiendo entre ustedes, pero siempre mirando para adelante, no bajando la guardia, no vendiendo esas ilusiones y esas cosas. ¿Está claro? (Responden:

¡Sí!)

Teniendo en cuenta toda esta realidad de los jóvenes es porque se va a realizar lo que.... (se interrumpe porque uno de los presentes se siente mal) esperemos un minutito que saquen a esta hermana nuestra que se descompuso y la acompañamos con una pequeña oración para que se reponga enseguida. Es por esta realidad de ustedes los jóvenes, les quería hacer el anuncio de que he convocado el Sínodo de la fe, del discernimiento en ustedes. Y además el encuentro

de jóvenes, porque el Sínodo lo hacemos los obispos, pensamos sobre los jóvenes, pero ya saben, le tengo miedo a los filtros porque a veces las opiniones de los jóvenes para viajar a Roma tienen que hacer varias conexiones y esas propuestas pueden llegar muy filtradas, no por las compañías aéreas sino por los que las transcriben, por eso antes quiero escuchar a los jóvenes y por eso se hace ese Encuentro de jóvenes, encuentro donde ustedes van a ser los protagonistas, jóvenes de todo

el mundo, jóvenes católicos y jóvenes no católicos, jóvenes cristianos y de otras religiones, y jóvenes que no saben si creen o no creen, todos, para escucharlos, para escucharnos directamente, porque es importante que ustedes hablen, que no se dejen callar. A nosotros nos toca el ayudarlos a que sean coherentes con lo que dicen, eso es el trabajo que los vamos a ayudar, pero si ustedes no hablan, ¿cómo los vamos a ayudar? Y que hablen con valentía, y que digan lo que sienten. Entonces lo van a

poder hacer en esa semana de encuentro previa al Domingo de Ramos, que vendrán delegaciones de jóvenes de todo el mundo, que nos ayudemos a que la Iglesia tenga un rostro joven. Una vez uno, hace poco, me decía: "Yo no sé si hablar de la Santa Madre Iglesia –hablaba de un lugar especial– o de la Santa Abuela Iglesia". No, no, la Iglesia tiene que tener rostro joven, y eso ustedes tienen que dárnoslo. Pero, claro, un rostro joven es real, lleno de vida, no precisamente joven por

maquillarse con cremas rejuvenecedoras. No, eso no sirve, sino joven porque desde su corazón se deja interpelar, y eso es lo que nosotros, la Santa Madre Iglesia hoy necesita de ustedes: que nos interpelen. Después prepárense para la respuesta, pero necesitamos que nos interpelen, la Iglesia necesita que ustedes saquen el carnet de mayores de edad, espiritualmente mayores y tengan el coraje de decirnos: "Esto me gusta, este camino me parece que es el que hay que hacer, esto no va, esto no

es un puente es una muralla, etcétera". Que nos digan lo que sienten, lo que piensan y eso lo elaboren entre ustedes en los grupos de ese encuentro y después eso irá al Sínodo, donde ciertamente habrá una representación de ustedes, pero el Sínodo lo harán los obispos con la representación de ustedes que recogerá a todos. Así que prepárense para ese encuentro y, para los que vayan a ese encuentro, darles sus ideas, sus inquietudes, lo que vayan sintiendo en el corazón. ¡Cuánto necesita de

ustedes la Iglesia, y la Iglesia chilena, que nos «muevan el piso», nos ayuden a estar más cerca de Jesús! Eso es lo que les pedimos, que nos muevan el piso si estamos instalados y nos ayuden a estar más cerca de Jesús. Las preguntas de ustedes, el querer saber de ustedes, querer ser generosos son exigencias para que estemos más cerca de Jesús. Y todos estamos invitados una y otra vez a estar cerca de Jesús. Si una actividad, si un plan pastoral, si este encuentro no nos ayuda a estar más cerca de

Jesús, perdimos el tiempo, perdimos una tarde, horas de preparación: que nos ayuden a estar más cerca de Jesús. Y eso se lo pedimos a quien nos puede llevar de la mano, miramos a la Madre; cada uno en su corazón le diga con las palabras, a ella que es la primera discípula, que nos ayude a estar más cerca de Jesús, desde el corazón, cada uno.

Y déjenme contarles una anécdota. Charlando un día con un joven le pregunté qué es lo que lo ponía de mal humor. "¿A

vos qué te pone de mal humor?" –porque el contexto se daba para hacer esa pregunta. Y él me dijo: «cuando al celular se le acaba la batería o cuando pierdo la señal de internet». Le pregunté: «¿Por qué?». Me responde: «Padre, es simple, me pierdo todo lo que está pasando, me quedo fuera del mundo, como colgado. En esos momentos, salgo corriendo a buscar un cargador o una red de wifi y la contraseña para volverme a conectar». Esa respuesta me enseñó, me hizo

pensar que con la fe nos puede pasar lo mismo. Todos estamos entusiastas, la fe se renueva – que un retiro, que una predicación, que un encuentro, que la visita del Papa–, la fe crece pero después de un tiempo de camino o del «embale» inicial, hay momentos en los que sin darnos cuenta comienza a bajar «nuestro ancho de banda», despacito, y aquel entusiasmo, aquel querer estar conectados con Jesús se empieza a perder, y empezamos a quedarnos sin conexión, sin batería, y

entonces nos gana el mal humor, nos volvemos descreídos, tristes, sin fuerza, y todo lo empezamos a ver mal. Al quedarnos sin esta «conexión» que es la que le da vida a nuestros sueños, el corazón empieza a perder fuerza, a quedarse también sin batería y como dice esa canción: «El ruido ambiente y soledad de la ciudad nos aíslan de todo. El mundo que gira al revés pretende sumergirme en él ahogando mis ideas»[\[1\]](#). ¿Les pasó esto alguna vez? No, no, cada cual se contesta

adentro, no quiero hacer pasar vergüenza a los que no les pasó. A mí me pasó.

Sin conexión, sin la conexión con Jesús, sin esta conexión terminamos ahogando nuestras ideas, ahogando nuestros sueños, ahogando nuestra fe y, claro, nos llenamos de mal humor. De protagonistas —que lo somos y lo queremos ser— podemos llegar a sentir que vale lo mismo hacer algo que no hacerlo: “¿Para qué te vas a gastar? Mira —el joven pesimista—: Pásalo bien, deja todas estas cosas sabemos

cómo terminan, el mundo no cambia, tómallo con soda y anda para adelante". Y quedamos desconectados de la realidad y de lo que está pasando en «el mundo». Y quedamos, sentimos que quedamos, «fuera del mundo», en "mi mundito" donde estoy tranquilo, en mi sofá, ahí. Me preocupa cuando, al perder «señal», muchos sienten que no tienen nada que aportar y quedan como perdidos: "Pará, vos tenéis algo que dar" – "No mira esto es un desastre, yo trato de estudiar, tener un

título, casarme, pero basta, no quiero líos, termina todo mal". Eso es cuando se pierde la conexión. Nunca pienses que no tienes nada que aportar o que no le haces falta a nadie: "Le haces falta a mucha gente y esto piénsalo". Cada uno de ustedes piénselo en su corazón: "Yo le hago falta a mucha gente". Ese pensamiento, como le gustaba decir a Hurtado, «es el consejo del diablo» –"no le hago falta a nadie"–, que quiere hacerte sentir que no vales nada... pero para dejar las cosas como

están, por eso te hace sentir que no vales nada, para que nada cambie, porque el único que puede hacer un cambio en la sociedad es el joven, uno de ustedes. Nosotros ya estamos del otro lado. (Otro joven de los presentes se desmaya) Y gracias, entre paréntesis, porque estos desmayos son un signo de lo que están sintiendo muchos de ustedes. ¿Desde qué hora están acá, me lo dicen? (Los jóvenes responden) ¡Gracias! Todos, decía, somos importantes y todos tenemos algo que aportar. Con un

“cachitito” de silencio se pregunta cada uno –en serio, mírense en su corazón–: “¿Qué tengo yo para aportar en la vida?”. Y cuántos de ustedes sienten las ganas de decir: “No sé”. ¿No sabéis lo que tenéis para aportar? Lo tenéis adentro y no lo conocéis. Apúrate a encontrarlo para aportar. El mundo te necesita, la patria te necesita, la sociedad te necesita, vos tenéis algo que aportar, no pierdas la conexión. Los jóvenes del Evangelio que escuchamos hoy querían esa «señal», buscaban esa señal

que los ayudara a mantener vivo el fuego en sus corazones. Esos jóvenes, que estaban ahí con Juan Bautista, querían saber cómo cargar la batería del corazón. Andrés y el otro discípulo —que no dice el nombre, y podemos pensar que ese otro discípulo puede ser cada uno de nosotros— buscaban la contraseña para conectarse con Aquel que es «Camino, Verdad y Vida» (*Jn 14,6*). A ellos los guió Juan el Bautista. Y creo que ustedes tienen un gran santo que les puede hacer de guía, un santo

que iba cantando con su vida:
«contento, Señor, contento».
Hurtado tenía una regla de oro,
una regla para encender su
corazón con ese fuego capaz de
mantener viva la alegría.
Porque Jesús es ese fuego al
cual quien se acerca queda
encendido.
Y la contraseña de Hurtado
para reconectar, para mantener
la señal es muy simple —
seguro que ninguno de ustedes
trajo un teléfono, ¿no? Me
gustaría que la anotaran en el
teléfono, a ver si se animan, yo
se las dicto—. Hurtado se

pregunta –esta es la contraseña–: «¿Qué haría Cristo en mi lugar?». Los que pueden anótenlo: «¿Qué haría Cristo en mi lugar?». «¿Qué haría Cristo en mi lugar, en la escuela, en la universidad, en la calle, en la casa, entre amigos, en el trabajo; frente al que le hacen *bullying*: «¿Qué haría Cristo en mi lugar?». Cuando salen a bailar, cuando están haciendo deportes o van al estadio: «¿Qué haría Cristo en mi lugar?». Esa es la contraseña, esa es la batería para encender nuestro corazón

y encender la fe y encender la chispa en los ojos que no se les vaya. Eso es ser protagonistas de la historia. Ojos chispeantes porque descubrimos que Jesús es fuente de vida y de alegría. Protagonistas de la historia, porque queremos contagiar esa chispa en tantos corazones apagados, opacos que se olvidaron de lo que es esperar; en tantos que son «fomes» y esperan que alguien los invite y los desafíe con algo que valga la pena. Ser protagonistas es hacer lo que hizo Jesús. Allí donde estés, con quien te

encuentres y a la hora en que te encuentres: «¿Qué haría Jesús en mi lugar?». ¿Cargaron la contraseña? (Los jóvenes responde: "Sí"). Y la única manera de no olvidarse de la contraseña es usarla, sino no va a pasar lo que... -claro esto es de mi época, no de la de ustedes, pero por ahí saben algo-, lo que les pasó a los tres chiflados en aquel film que arman un asalto, un robo, una caja fuerte, todo pensado, todo, y cuando llegan se olvidaron de la contraseña, se olvidaron de la clave. Si no usan la

contraseña se la van a olvidar.
¡Cárguenla en el corazón!
¿Cómo era la contraseña? (R:
«¿Qué haría Cristo en mi
lugar?») Esa es la contraseña.
¡Repítanla, pero úsenla, úsenla!
–¿Qué haría Cristo en mi
lugar?–. Y hay que usarla todos
los días. Llegará el momento
que se la van a saber de
memoria y llegará el día en
que, sin darse cuenta, y llegará
el día en que, sin darse cuenta,
el corazón de cada uno de
ustedes latirá como el corazón
de Jesús.
No basta con escuchar alguna

enseñanza religiosa o aprender una doctrina; lo que queremos es vivir como Jesús vivió: ¿Qué haría Cristo en mi lugar?

Traducir Jesús a mí vida. Por eso los jóvenes del Evangelio le preguntan: «Señor, ¿dónde vives?» [\[2\]](#); -lo escuchamos recién- ¿cómo vives? ¿Yo le pregunto a Jesús? Queremos vivir como Jesús, Él sí que hace vibrar el corazón.

Hace vibrar el corazón y te pone en el camino del riesgo.

Arriesgarse, correr riesgos.

Queridos amigos, sean valientes, salgan «al tiro» al

encuentro de sus amigos, de aquellos que no conocen o que están en un momento de dificultad.

Y vayan con la única promesa que tenemos: en medio del desierto, del camino, de la aventura, siempre habrá «conexión», existirá un «cargador». No estaremos solos. Siempre gozaremos de la compañía de Jesús y de su Madre y de una comunidad. Ciertamente una comunidad que no es perfecta, pero eso no significa que no tenga mucho para amar y para dar a los

demás. ¿Cómo era la contraseña? (R: «¿Qué haría Cristo en mi lugar?») Está bien, todavía la conservan.

Queridos amigos, queridos jóvenes: «Sean ustedes, –se lo pido por favor–, sean ustedes los jóvenes samaritanos que nunca abandonan a nadie tirado en el camino. En el corazón, otra pregunta: “¿Alguna vez abandoné a alguien tirado en el camino? ¿Un pariente, un amigo, amiga...?”. Sean samaritanos, nunca abandonen al hombre tirado en el camino. Sean

ustedes los jóvenes cirineos que ayudan a Cristo a llevar su cruz y se comprometen con el sufrimiento de sus hermanos. Sean como Zaqueo, que transformó su enanismo espiritual en grandeza y dejó que Jesús transformara su corazón materialista en un corazón solidario. Sean como la joven Magdalena, apasionada buscadora del amor, que sólo en Jesús encuentra las respuestas que necesita. Tengan el corazón de Pedro, para abandonar las redes junto al lago. Tengan el cariño de

Juan, para reposar en Jesús todos sus afectos. Tengan la disponibilidad de nuestra Madre, la primera discípula, para cantar con gozo y hacer su voluntad» [\[3\]](#).

Queridos amigos, me gustaría quedarme más tiempo. Los que tienen teléfono agárrenlo en la mano, es un signo para no olvidarse de la contraseña. ¿Cuál era la contraseña? (R: «¿Qué haría Cristo en mi lugar?») Así reconectan y no se quedan fuera de banda. Me gustaría quedarme más tiempo. Gracias por el encuentro,

gracias por la alegría de
ustedes. Gracias, muchas
gracias y les pido por favor que
no se olviden de rezar por mí.

[1] *La Ley, Aquí.*

[2] *Jn 1,38.*

[3] Card. Raúl Silva
Henríquez, *Mensaje a los
jóvenes* (7 octubre 1979).

17 de enero de 2018. Homilía
en la Santa Misa por el
progreso de los pueblos.

Aeródromo Maquehue, Temuco.

Miércoles.

Viaje apostólico de su Santidad
Francisco a Chile y Perú.

(15-22 de enero de 2018)

«Mari, Mari» (Buenos días)

«Küme tünngün ta niemün»

(La paz esté con ustedes)

(Lc 24,36).

Doy gracias a Dios por

permitirme visitar esta linda parte de nuestro continente, la Araucanía: Tierra bendecida por el Creador con la fertilidad de inmensos campos verdes, con bosques cuajados de imponentes araucarias —el quinto elogio realizado por Gabriela Mistral a esta tierra chilena—[\[1\]](#), sus majestuosos volcanes nevados, sus lagos y ríos llenos de vida. Este paisaje nos eleva a Dios y es fácil ver su mano en cada criatura. Multitud de generaciones de hombres y mujeres han amado y aman este suelo con celosa

gratitud. Y quiero detenerme y saludar de manera especial a los miembros del pueblo Mapuche, así como también a los demás pueblos originarios que viven en estas tierras australes: rapanui (Isla de Pascua), aymara, quechua y atacameños, y tantos otros. Esta tierra, si la miramos con ojos de turistas, nos dejará extasiados, pero luego seguiremos nuestro rumbo sin más; y acordándonos de los lindos paisajes, pero si nos acercamos a su suelo lo escucharemos cantar: «Arauco

tiene una pena que no la puedo callar, son injusticias de siglos que todos ven aplicar»[\[2\]](#).

En este contexto de acción de gracias por esta tierra y por su gente, pero también de pena y dolor, celebramos la Eucaristía. Y lo hacemos en este aeródromo de Maquehue, en el cual tuvieron lugar graves violaciones de derechos humanos. Esta celebración la ofrecemos por todos los que sufrieron y murieron, y por los que cada día llevan sobre sus espaldas el peso de tantas injusticias. Y recordando estas

cosas nos quedamos un instante en silencio ante tanto dolor y tanta injusticia. La entrega de Jesús en la cruz carga con todo el pecado y el dolor de nuestros pueblos, un dolor para ser redimido.

En el Evangelio que hemos escuchado, Jesús ruega al Padre para que «todos sean uno» (*Jn 17,21*). En una hora crucial de su vida se detiene a pedir por la unidad. Su corazón sabe que una de las peores amenazas que golpea y golpeará a los suyos y a la humanidad toda será la división

y el enfrentamiento, el avasallamiento de unos sobre otros. ¡Cuántas lágrimas derramadas! Hoy nos queremos agarrar a esta oración de Jesús, queremos entrar con Él en este huerto de dolor, también con nuestros dolores, para pedirle al Padre con Jesús: que también nosotros seamos uno; no permitas que nos gane el enfrentamiento ni la división. Esta unidad clamada por Jesús, es un don que hay que pedir con insistencia por el bien de nuestra tierra y de sus hijos. Y es necesario estar atentos a

posibles tentaciones que pueden aparecer y «contaminar desde la raíz» este don que Dios nos quiere regalar y con el que nos invita a ser auténticos protagonistas de la historia. ¿Cuáles son esas tentaciones?

1. *Los falsos sinónimos*

Una de las principales tentaciones a enfrentar es confundir unidad con uniformidad. Jesús no le pide a su Padre que todos sean iguales, idénticos; ya que la unidad no nace ni nacerá de neutralizar o silenciar las

diferencias. La unidad no es un simulacro ni de integración forzada ni de marginación armonizadora. La riqueza de una tierra nace precisamente de que cada parte se anime a compartir su sabiduría con los demás. No es ni será una uniformidad asfixiante que nace normalmente del predominio y la fuerza del más fuerte, ni tampoco una separación que no reconozca la bondad de los demás. La unidad pedida y ofrecida por Jesús reconoce lo que cada pueblo, cada cultura está invitada a

aportar en esta bendita tierra. La unidad es una diversidad reconciliada porque no tolera que en su nombre se legitimen las injusticias personales o comunitarias. Necesitamos de la riqueza que cada pueblo tenga para aportar, y dejar de lado la lógica de creer que existen culturas superiores o culturas inferiores. Un bello «chamal» requiere de tejedores que sepan el arte de armonizar los diferentes materiales y colores; que sepan darle tiempo a cada cosa y a cada etapa. Se podrá imitar

industrialmente, pero todos reconoceremos que es una prenda sintéticamente compactada. El arte de la unidad necesita y reclama auténticos artesanos que sepan armonizar las diferencias en los «talleres» de los poblados, de los caminos, de las plazas y paisajes. No es un arte de escritorio la unidad, ni tan solo de documentos, es un arte de la escucha y del reconocimiento. En eso radica su belleza y también su resistencia al paso del tiempo y de las inclemencias que tendrá

que enfrentar.

La unidad que nuestros pueblos necesitan reclama que nos escuchemos, pero principalmente que nos reconozcamos, que no significa tan sólo «recibir información sobre los demás... sino recoger lo que el Espíritu ha sembrado en ellos como un don también para nosotros» [\[3\]](#). Esto nos introduce en el camino de la solidaridad como forma de tejer la unidad, como forma de construir la historia; esa solidaridad que nos lleva a decir: nos necesitamos desde

nuestras diferencias para que esta tierra siga siendo bella. Es la única arma que tenemos contra la «deforestación» de la esperanza. Por eso pedimos: Señor, haznos artesanos de unidad.

Otra tentación puede venir de la consideración de cuáles son las armas de la unidad.

2. Las armas de la unidad

La unidad, si quiere construirse desde el reconocimiento y la solidaridad, no puede aceptar cualquier medio para lograr este fin. Existen dos formas de

violencia que más que impulsar los procesos de unidad y reconciliación terminan amenazándolos. En primer lugar, debemos estar atentos a la elaboración de «bellos» acuerdos que nunca llegan a concretarse. Bonitas palabras, planes acabados, sí —y necesarios—, pero que al no volverse concretos terminan «borrando con el codo, lo escrito con la mano». Esto también es violencia, ¿y por qué? porque frustra la esperanza.

En segundo lugar, es

imprescindible defender que una cultura del reconocimiento mutuo no puede construirse en base a la violencia y destrucción que termina cobrándose vidas humanas. No se puede pedir reconocimiento aniquilando al otro, porque esto lo único que despierta es mayor violencia y división. La violencia llama a la violencia, la destrucción aumenta la fractura y separación. La violencia termina volviendo mentirosa la causa más justa. Por eso decimos «no a la violencia que destruye», en ninguna de sus

dos formas.

Estas actitudes son como lava de volcán que todo arrasa, todo quema, dejando a su paso sólo esterilidad y desolación.

Busquemos, en cambio, y no nos cansemos de buscar el diálogo para la unidad. Por eso decimos con fuerza: Señor, haznos artesanos de unidad. Todos nosotros que, en cierta medida, somos pueblo de la tierra (*Gn 2,7*) estamos llamados al Buen vivir (*Küme Mongen*) como nos los recuerda la sabiduría ancestral del pueblo Mapuche. ¡Cuánto

camino a recorrer, cuánto camino para aprender! *Küme Mongen*, un anhelo hondo que brota no sólo de nuestros corazones, sino que resuena como un grito, como un canto en toda la creación. Por eso hermanos, por los hijos de esta tierra, por los hijos de sus hijos digamos con Jesús al Padre: que también nosotros seamos uno; Señor, haznos artesanos de unidad.

[1] Gabriela Mistral, Elogios de la tierra de Chile.

[2] Violeta Parra, Arauco tiene una pena.

[3] Exhort. ap. Evangelii gaudium, 246.

17 de enero de 2018. Discurso
en la visita a la Pontificia
Universidad Católica de Chile.

Miércoles.

Viaje apostólico de su santidad
francisco a Chile y Perú
(15-22 de enero de 2018)

*Señor Gran Canciller, cardenal
Ricardo Ezzati,
hermanos en el episcopado,
señor Rector, Doctor Ignacio
Sánchez,
distinguidas autoridades
universitarias,*

*queridos profesores,
funcionarios, personal de la
Universidad,
queridos alumnos:*

Estoy contento por estar junto a ustedes en esta Casa de Estudios que, en sus casi 130 años de vida, ha ofrecido un servicio inestimable al país.

Agradezco al señor Rector sus palabras de bienvenida en nombre de todos y también le agradezco a usted señor Rector, el bien que hace con su "sapiencialidad" en el gobierno de la Universidad y en defender con coraje la identidad de la

Universidad Católica. Muchas gracias.

La historia de esta Universidad está entrelazada, en cierto modo, con la historia de Chile. Son miles los hombres y mujeres que, formándose aquí, han cumplido tareas relevantes para el desarrollo de la patria. Quisiera recordar especialmente la figura de san Alberto Hurtado, en este año que se cumplen 100 años desde que comenzó aquí sus estudios. Su vida se vuelve un claro testimonio de cómo la inteligencia, la excelencia

académica y la profesionalidad en el quehacer, armonizadas con la fe, la justicia y la caridad, lejos de disminuirse, alcanzan una fuerza que es profecía capaz de abrir horizontes e iluminar el sendero, especialmente para los descartados de la sociedad, sobre todo hoy en que priva esta cultura del descarte. En este sentido, quiero retomar sus palabras, señor Rector, cuando afirmaba: «Tenemos importantes desafíos para nuestra patria, que dicen relación con la *convivencia*

nacional y con la capacidad de *avanzar en comunidad*».

1. *Convivencia nacional*

Hablar de desafíos es asumir que hay situaciones que han llegado a un punto que exigen ser repensadas. Lo que hasta ayer podía ser un factor de unidad y cohesión, hoy está reclamando nuevas respuestas. El ritmo acelerado y la implantación casi vertiginosa de algunos procesos y cambios que se imponen en nuestras sociedades nos invitan de manera serena, pero sin

demora, a una reflexión que no sea ingenua, utópica y menos aún voluntarista. Lo cual no significa frenar el desarrollo del conocimiento, sino hacer de la Universidad un espacio privilegiado «para practicar la gramática del diálogo que forma encuentro»[\[1\]](#). Ya que «la verdadera sabiduría, [es] producto de la reflexión, del diálogo y del encuentro generoso entre las personas»[\[2\]](#).

La convivencia nacional es posible —entre otras cosas— en la medida en que generemos

procesos educativos también transformadores, inclusivos y de convivencia. Educar para la convivencia no es solamente adjuntar valores a la labor educativa, sino generar una dinámica de convivencia dentro del propio sistema educativo. No es tanto una cuestión de contenidos sino de enseñar a pensar y a razonar de manera integradora. Lo que los clásicos solían llamar con el nombre de *forma mentis*.

Y para lograr esto es necesario desarrollar una alfabetización integradora que sepa

acompañar los procesos de transformación que se están produciendo en el seno de nuestras sociedades.

Tal proceso de alfabetización exige trabajar de manera simultánea la integración de los diversos lenguajes que nos constituyen como personas. Es decir, una educación — alfabetización— que integre y armonice el intelecto, los afectos y las manos— es decir, la cabeza, el corazón y la acción. Esto brindará y posibilitará a los estudiantes crecer no sólo

armonioso a nivel personal sino, simultáneamente, a nivel social. Urge generar espacios donde la fragmentación no sea el esquema dominante, incluso del pensamiento; para ello es necesario enseñar a pensar lo que se siente y se hace; a sentir lo que se piensa y se hace; a hacer lo que se piensa y se siente. Un dinamismo de capacidades al servicio de la persona y de la sociedad. La alfabetización, basada en la integración de los distintos lenguajes que nos conforman, irá implicando a los estudiantes

en su propio proceso educativo; proceso de cara a los desafíos que el mundo próximo les va a presentar. El «divorcio» de los saberes y de los lenguajes, el analfabetismo sobre cómo integrar las distintas dimensiones de la vida, lo único que consigue es fragmentación y ruptura social.

En esta sociedad líquida[3] o ligera[4], como la han querido denominar algunos pensadores, van desapareciendo los puntos de referencia desde donde las personas pueden construirse individual y socialmente.

Pareciera que hoy en día la «nube» es el nuevo punto de encuentro, que está marcado por la falta de estabilidad ya que todo se volatiliza y por lo tanto pierde consistencia. Y tal falta de consistencia podría ser una de las razones de la pérdida de conciencia del espacio público. Un espacio que exige un mínimo de trascendencia sobre los intereses privados —vivir más y mejor— para construir sobre cimientos que revelen esa dimensión tan importante de nuestra vida como es el

«nosotros». Sin esa conciencia, pero especialmente sin ese sentimiento y, por lo tanto, sin esa experiencia, es y será muy difícil construir la nación, y entonces parecería que lo único importante y válido es aquello que pertenece al individuo, y todo lo que queda fuera de esa jurisdicción se vuelve obsoleto. Una cultura así ha perdido la memoria, ha perdido los ligamentos que sostienen y posibilitan la vida. Sin el «nosotros» de un pueblo, de una familia, de una nación y, al mismo tiempo, sin el nosotros

del futuro, de los hijos y del mañana; sin el nosotros de una ciudad que «me» trascienda y sea más rica que los intereses individuales, la vida será no sólo cada vez más fracturada sino más conflictiva y violenta. La Universidad, en este sentido, tiene el desafío de generar nuevas dinámicas al interno de su propio claustro, que superen toda fragmentación del saber y estimulen a una verdadera *universitas*.

2. *Avanzar en comunidad*

De ahí, el segundo elemento tan importante para esta casa de estudios: la capacidad de avanzar en comunidad.

He sabido con alegría del esfuerzo evangelizador y de la vitalidad alegre de su Pastoral Universitaria, signo de una Iglesia joven, viva y «en salida». Las misiones que realizan todos los años en diversos puntos del País son un punto fuerte y muy enriquecedor. En estas instancias, ustedes logran alargar el horizonte de sus miradas y entran en contacto

con diversas situaciones que, más allá del acontecimiento puntual, los dejan movilizados. El «misionero», en el sentido etimológico de la palabra, nunca vuelve igual de la misión; experimenta el paso de Dios en el encuentro con tantos rostros o que no conocían o que no le eran cotidianos, o que le eran lejanos.

Esas experiencias no pueden quedar aisladas del acontecer universitario. Los métodos clásicos de investigación experimentan ciertos límites, más cuando se trata de una

cultura como la nuestra que estimula la participación directa e instantánea de los sujetos. La cultura actual exige nuevas formas capaces de incluir a todos los actores que conforman el hecho social y, por lo tanto, educativo. De ahí la importancia de ampliar el concepto de comunidad educativa.

La comunidad está desafiada a no quedarse aislada de los modos de conocer; así como tampoco a construir conocimiento al margen de los destinatarios de los mismos. Es

necesario que la adquisición de conocimiento sepa generar una interacción entre el aula y la sabiduría de los pueblos que conforman esta bendecida tierra. Una sabiduría cargada de intuiciones, de «olfato», que no se puede obviar a la hora de pensar Chile. Así se producirá esa sinergia tan enriquecedora entre rigor científico e intuición popular. La estrecha interacción entre ambos impide el divorcio entre la razón y la acción, entre el pensar y el sentir, entre el conocer y el vivir, entre la profesión y el

servicio. El conocimiento siempre debe sentirse al servicio de la vida y confrontarse con ella para poder seguir progresando. De ahí que la comunidad educativa no puede reducirse a aulas y bibliotecas, sino que debe avanzar continuamente a la participación. Tal diálogo sólo se puede realizar desde una *episteme* capaz de asumir una lógica plural, es decir, que asuma la interdisciplinariedad e interdependencia del saber. «En este sentido, es indispensable prestar atención a los *pueblos*

originarios con sus tradiciones culturales. No son una simple minoría entre otras, sino que deben convertirse en los principales interlocutores, sobre todo a la hora de avanzar en grandes proyectos que afecten a sus espacios» [\[5\]](#).

La comunidad educativa guarda en sí un sinfín de posibilidades y potencialidades cuando se deja enriquecer e interpelar por todos los actores que configuran el hecho educativo. Esto exige un mayor esfuerzo en la calidad y en la integración, pues el servicio

universitario ha de apuntar siempre a ser de calidad y de excelencia, puestas al servicio de la convivencia nacional. Podríamos decir que la Universidad se vuelve un laboratorio para el futuro del país, ya que logra incorporar en su seno la vida y el caminar del pueblo superando toda lógica antagónica y elitista del saber. Cuenta una antigua tradición cabalística que el origen del mal se encuentra en la escisión producida por el ser humano al comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. De esta

forma, el conocimiento adquirió un primado sobre la creación, sometiéndola a sus esquemas y deseos[6]. La tentación latente en todo ámbito académico será la de reducir la Creación a unos esquemas interpretativos, privándola del Misterio propio que ha movido a generaciones enteras a buscar lo justo, bueno, bello y verdadero. Y cuando el profesor, por su sapiencialidad, se convierte en «maestro», entonces sí es capaz de despertar la capacidad de asombro en nuestros estudiantes. ¡Asombro ante un

mundo y un universo a descubrir!

Hoy resulta profética la misión que tienen entre manos.

Ustedes son interpelados para generar procesos que iluminen la cultura actual, proponiendo un renovado humanismo que evite caer en ~~todo tipo~~

de reduccionismos de cualquier tipo. Esta profecía que se nos pide, impulsa a buscar espacios recurrentes de diálogo más que de confrontación; espacios de encuentro más que de división; caminos de amistosa discrepancia, porque se difiere

con respeto entre personas que caminan en la búsqueda honesta de avanzar en comunidad hacia una renovada convivencia nacional.

Y si lo piden, no dudo que el Espíritu Santo guiará sus pasos para que esta Casa siga fructificando por el bien del Pueblo de Chile y para la Gloria de Dios.

Les agradezco nuevamente este encuentro, y por favor les pido que no se olviden de rezar por mí.

[1] Discurso a la Plenaria de la Congregación para la Educación Católica (9 febrero 2017).

[2] Carta enc. Laudato si', 47.

[3] Cf. Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida* (1999).

[4] Cf. Gilles Lipovetsky, *De la ligereza* (2016).

[5] Carta enc. Laudato si', 146.

[6] Cf. Gershom Scholem, *La mystique juive*, París (1985), 86.

18 de enero de 2018. Santa Misa de la Virgen del Carmen y oración por Chile.

Campus Lobito (Iquique)

Jueves.

Homilía del Santo Padre

Saludo final

Viaje apostólico de su Santidad Francisco a Chile y Perú.
(15-22 de enero de 2018)

Homilía del Santo Padre

Éste fue el primero de los signos de Jesús, y lo hizo en la ciudad de Caná de Galilea» (*Jn 2,11*).

Así termina el Evangelio que hemos escuchado, y que nos muestra la aparición pública de Jesús: nada más y nada menos que en una fiesta. No podría ser de otra forma, ya que el Evangelio es una constante invitación a la alegría. Desde el inicio el Ángel le dice a María: «Alégrate» (*Lc 1,28*).

Alégrense, le dijo a los pastores; alégrate, le dijo a

Isabel, mujer anciana y estéril...; alégrate, le hizo sentir Jesús al ladrón, porque hoy estarás conmigo en el paraíso (cf. *Lc 23,43*).

El mensaje del Evangelio es fuente de gozo: «Les he dicho estas cosas para que mi alegría esté en ustedes, y esa alegría sea plena» (*Jn 15,11*). Una alegría que se contagia de generación en generación y de la cual somos herederos.

Porque somos cristianos.

¡Cómo saben ustedes de esto, queridos hermanos del norte chileno! ¡Cómo saben vivir la fe

y la vida en clima de fiesta!
Vengo como peregrino a
celebrar con ustedes esta
manera hermosa de vivir la fe.
Sus fiestas patronales, sus
bailes religiosos —que se
prolongan hasta por una
semana—, su música, sus
vestidos hacen de esta zona un
santuario de piedad y
espiritualidad popular. Porque
no es una fiesta que queda
encerrada dentro del templo,
sino que ustedes logran vestir a
todo el poblado de fiesta.
Ustedes saben celebrar
cantando y danzando «la

paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante de Dios. Así llegan a engendrar actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción»[\[1\]](#). Cobran vida las palabras del profeta Isaías: «Entonces el desierto será un vergel y el vergel parecerá un bosque» (*Is 32,15*). Esta tierra, abrazada por el desierto más seco del mundo, logra vestirse

de fiesta.

En este clima de fiesta, el Evangelio nos presenta la acción de María para que la alegría prevalezca. Ella está atenta a todo lo que pasa a su alrededor y, como buena Madre, no se queda quieta y así logra darse cuenta de que en la fiesta, en la alegría compartida, algo estaba pasando: había algo que estaba por «aguar» la fiesta. Y acercándose a su Hijo, las únicas palabras que le escuchamos decir son: «no tienen vino» (*Jn 2,3*).

Y así María anda por nuestros

poblados, calles, plazas, casas, hospitales. María es la Virgen de la Tirana; la Virgen Ayquina en Calama; la Virgen de las Peñas en Arica, que anda por todos nuestros entuertos familiares, esos que parecen ahogarnos el corazón para acercarse al oído de Jesús y decirle: mira, «no tienen vino». Y luego no se queda callada, se acerca a los que servían en la fiesta y les dice: «Hagan todo lo que Él les diga» (*Jn 2,5*). María, mujer de pocas palabras, pero bien concretas, también se acerca a cada uno de nosotros

a decirnos tan sólo: «Hagan lo que Él les diga». Y de este modo se desata el primer milagro de Jesús: hacer sentir a sus amigos que ellos también son parte del milagro. Porque Cristo «vino a este mundo no para hacer una obra solo, sino con nosotros –el milagro lo hace con nosotros–, con todos nosotros, para ser la cabeza de un cuerpo cuyas células vivas somos nosotros, libres y activas»[\[2\]](#). Así hace el milagro Jesús con nosotros.

El milagro comienza cuando los servidores acercan los barriles

con agua que estaban destinados a la purificación. Así también cada uno de nosotros puede comenzar el milagro, es más, cada uno de nosotros está invitado a ser parte del milagro para otros.

Hermanos, Iquique es tierra de sueños —eso significa el nombre en aymara—; tierra que ha sabido albergar a gente de distintos pueblos y culturas. Gente que han tenido que dejar a los suyos, marcharse. Una marcha siempre basada en la esperanza por obtener una vida mejor, pero sabemos que va

siempre acompañada de mochilas cargadas con miedo e incertidumbre por lo que vendrá. Iquique es una zona de inmigrantes que nos recuerda la grandeza de hombres y mujeres; de familias enteras que, ante la adversidad, no se dan por vencidas y se abren paso buscando vida. Ellos — especialmente los que tienen que dejar su tierra porque no encuentran lo mínimo necesario para vivir— son imagen de la Sagrada Familia que tuvo que atravesar desiertos para poder seguir con

vida.

Esta tierra es tierra de sueños, pero busquemos que siga siendo también tierra de hospitalidad. Hospitalidad festiva, porque sabemos bien que no hay alegría cristiana cuando se cierran puertas; no hay alegría cristiana cuando se les hace sentir a los demás que sobran o que entre nosotros no tienen lugar (cf. *Lc 16,19-31*). Como María en Caná, busquemos aprender a estar atentos en nuestras plazas y poblados, y reconocer a aquellos que tienen la vida

«aguada»; que han perdido —o les han robado— las razones para celebrar; Los tristes de corazón. Y no tengamos miedo de alzar nuestras voces para decir: «no tienen vino». El clamor del pueblo de Dios, el clamor del pobre, que tiene forma de oración y ensancha el corazón y nos enseña a estar atentos. Estemos atentos a todas las situaciones de injusticia y a las nuevas formas de explotación que exponen a tantos hermanos a perder la alegría de la fiesta. Estemos atentos frente a la

precarización del trabajo que destruye vidas y hogares. Estemos atentos a los que se aprovechan de la irregularidad de muchos migrantes porque no conocen el idioma o no tienen los papeles en «regla». Estemos atentos a la falta de techo, tierra y trabajo de tantas familias. Y como María digamos: no tienen vino, Señor. Como los servidores de la fiesta aportemos lo que tengamos, por poco que parezca. Al igual que ellos, no tengamos miedo a «dar una mano», y que nuestra solidaridad y nuestro

compromiso con la justicia sean parte del baile o la canción que podamos entonarle a nuestro Señor. Aprovechemos también a aprender y a dejarnos impregnar por los valores, la sabiduría y la fe que los inmigrantes traen consigo. Sin cerrarnos a esas «tinajas» llenas de sabiduría e historia que traen quienes siguen arribando a estas tierras. No nos privemos de todo lo bueno que tienen para aportar. Y después dejemos a Jesús que termine el milagro, transformando nuestras

comunidades y nuestros corazones en signo vivo de su presencia, que es alegre y festiva porque hemos experimentado que Dios-está-con-nosotros, porque hemos aprendido a hospedarlo en medio de nuestro corazón. Alegría y fiesta contagiosa que nos lleva a no dejar a nadie fuera del anuncio de esta Buena Nueva; y a transmitirle todo lo que hay de nuestra cultura originaria, para enriquecerlo también con lo nuestro, con nuestras tradiciones, con nuestra

sabiduría ancestral, para que el que viene encuentre sabiduría y dé sabiduría. Eso es fiesta. Eso es agua convertida en vino. Eso es el milagro que hace Jesús.

Que María, bajo las distintas advocaciones de esta bendecida tierra del norte, siga susurrando al oído de su Hijo Jesús: «no tienen vino», y en nosotros sigan haciéndose carne sus palabras: «hagan todo lo que Él les diga».

Saludo final

Al terminar esta celebración, quiero agradecer a Mons. Guillermo Vera Soto, Obispo de Iquique, las amables palabras que me ha dirigido en nombre de sus hermanos obispos y de todo el pueblo de Dios. Esto tiene algo de despedida. Agradezco, una vez más, a la señora Presidenta Michelle Bachelet su invitación a visitar el país. Doy gracias de manera especial a todos los que han hecho posible esta visita; a las autoridades civiles y, en ellos, a cada funcionario que con profesionalidad ayudaron a que

todos pudiéramos disfrutar de este tiempo de encuentro. Gracias también por el trabajo abnegado y silencioso de miles de voluntarios. Más de veinte mil. Sin su empeño y colaboración hubiesen faltado las tinajas con agua para que el Señor hiciera posible el milagro del vino de la alegría. Gracias, a los que de muchas formas y maneras acompañaron este peregrinar especialmente con la oración. Sé del sacrificio que han tenido que realizar para participar en nuestras celebraciones y encuentros. Lo

valor y lo agradezco de corazón. Gracias a los miembros de la comisión organizadora. Todos han trabajado, muchas gracias. Y ahora sigo mi peregrinación hacia Perú. Pueblo amigo y hermano de esta Patria Grande que estamos invitados a cuidar y a defender. Una Patria que encuentra su belleza en el rostro pluriforme de sus pueblos.

Queridos hermanos, en cada Eucaristía decimos: «Mira, Señor, la fe de tu Iglesia y, conforme a tu palabra,

concédele la paz y la unidad». Qué más puedo desearles que terminar mi visita diciéndole al Señor: mira la fe de este pueblo, y regálales unidad y paz.

Muchas gracias y pido que no se olviden de rezar por mí. Y quiero agradecer la presencia de tantos peregrinos de los pueblos hermanos, de Bolivia, Perú, y no se pongan celosos, especialmente de los argentinos, porque Argentina es mi patria. Gracias a mis hermanos argentinos que me acompañaron en Santiago, en

Temuco y acá en Iquique.
Muchas gracias.

[1] Pablo VI, Exhort.
ap. *Evangelii nuntiandi*, 48.

[2] San Alberto
Hurtado, *Meditación Semana
Santa para jóvenes* (1946).

19 de enero de 2018. Discurso
en el encuentro con los pueblos
de la Amazonia.

Coliseo Madre de Dios (Puerto
Maldonado)

Viernes.

Viaje apostólico de su santidad
francisco a Chile y Perú
(15-22 de enero de 2018)

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Junto a ustedes me brota el
canto de san Francisco:

«Alabado seas, mi Señor». Sí, alabado seas por la oportunidad que nos regalas con este encuentro. Gracias Mons. David Martínez de Aguirre Guinea, señor Héctor, señora Yésica y señora María Luzmila por sus palabras de bienvenida y por sus testimonios. En ustedes quiero agradecer y saludar a todos los habitantes de Amazonia.

Veo que han venido de los diferentes pueblos originarios de la Amazonia: Harakbut, Esse-ejas, Matsiguenkas, Yines, Shipibos, Asháninkas,

Yaneshas, Kakintes, Nahuas,
Yaminahuas, Juni Kuin, Madijá,
Manchineris, Kukamas,
Kandozi, Quichuas, Huitotos,
Shawis, Achuar, Boras, Awajún,
Wampís, entre otros. También
veo que nos acompañan
pueblos procedentes del Ande
que se han venido a la selva y
se han hecho amazónicos. He
deseado mucho este encuentro.
Quise empezar por aquí la
visita a Perú. Gracias por
vuestra presencia y por
ayudarnos a ver más de cerca,
en vuestros rostros, el reflejo
de esta tierra. Un rostro plural,

de una variedad infinita y de una enorme riqueza biológica, cultural, espiritual. Quienes no habitamos estas tierras necesitamos de vuestra sabiduría y conocimiento para poder adentrarnos, sin destruir, el tesoro que encierra esta región, y se hacen eco las palabras del Señor a Moisés: «Quítate las sandalias, porque el suelo que estás pisando es una tierra santa» (*Ex3,5*). Permítanme una vez más decir: ¡Alabado seas Señor por esta obra maravillosa de tus pueblos amazónicos y por toda la

biodiversidad que estas tierras envuelven!

Este canto de alabanza se entrecorta cuando escuchamos y vemos las hondas heridas que llevan consigo la Amazonia y sus pueblos. Y he querido venir a visitarlos y escucharlos, para estar juntos en el corazón de la Iglesia, unirnos a sus desafíos y con ustedes reafirmar una opción sincera por la defensa de la vida, defensa de la tierra y defensa de las culturas. Probablemente los pueblos originarios amazónicos ORIGINARIOS nunca hayan

estado tan amenazados en sus territorios como lo están ahora. La Amazonia es tierra disputada desde varios frentes: por una parte, el neo-extractivismo y la fuerte presión por grandes intereses económicos que apuntan su avidez sobre petróleo, gas, madera, oro, monocultivos agroindustriales. Por otra parte, la amenaza contra sus territorios también viene CON por la perversión de ciertas políticas que promueven la «conservación» de la naturaleza sin tener en cuenta

al ser humano y, en concreto, a ustedes hermanos amazónicos que habitan en ellas. Sabemos de movimientos que, en nombre de la conservación de la selva, acaparan grandes extensiones de bosques y negocian con ellas generando situaciones de opresión a los pueblos originarios para quienes, de este modo, el territorio y los recursos naturales que hay en ellos se vuelven inaccesibles. Esta problemática provoca asfixia a sus pueblos y migración de las nuevas generaciones ante la

falta de alternativas locales. Hemos de romper con el paradigma histórico que considera la Amazonia como una despensa inagotable de los Estados sin tener en cuenta a sus habitantes.

Considero imprescindible realizar esfuerzos para generar espacios institucionales de respeto, reconocimiento y diálogo con los pueblos nativos; asumiendo y rescatando la cultura, lengua, tradiciones, derechos y espiritualidad que les son propias. Un diálogo intercultural en el cual ustedes

sean los «principales interlocutores, sobre todo a la hora de avanzar en grandes proyectos que afecten a sus espacios»[\[1\]](#). El reconocimiento y el diálogo será el mejor camino para transformar las históricas relaciones marcadas por la exclusión y la discriminación.

Como contraparte, es justo reconocer que existen iniciativas esperanzadoras que surgen de vuestras bases mismas y de vuestras organizaciones, y propician que sean los propios pueblos

originarios y comunidades los guardianes de los bosques, y que los recursos que genera la conservación de los mismos revierta en beneficio de sus familias, en la mejora de sus condiciones de vida, en la salud y educación de sus comunidades. Este «buen hacer» va en sintonía con las prácticas del «buen vivir» que descubrimos en la sabiduría de nuestros pueblos. Y permítanme decirles que si, para algunos, ustedes son considerados un obstáculo o un «estorbo», en verdad, ustedes

con su vida son un grito a la conciencia de un estilo de vida que no logra dimensionar los costes del mismo. Ustedes son memoria viva de la misión que Dios nos ha encomendado a todos: cuidar la Casa Común. La defensa de la tierra no tiene otra finalidad que no sea la defensa de la vida. Sabemos del sufrimiento que algunos de ustedes padecen por los derrames de hidrocarburos que amenazan seriamente la vida de sus familias y contaminan su medio natural. Paralelamente, existe otra

devastación de la vida que viene acarreada con esta contaminación ambiental propiciada por la minería ilegal. Me refiero a la trata de personas: la mano de obra esclava o el abuso sexual. La violencia contra las adolescentes y contra las mujeres es un clamor que llega al cielo. «Siempre me angustió la situación de los que son objeto de las diversas formas de trata de personas. Quisiera que se escuchara el grito de Dios preguntándonos a todos: "¿Dónde está tu hermano?"»

(Gn 4,9). ¿Dónde está tu hermano esclavo? [...] No nos hagamos los distraídos ni miremos para otra parte. Hay mucha complicidad. ¡La pregunta es para todos!» [\[2\]](#).
Cómo no recordar a santo Toribio cuando constataba con gran pesar en el tercer Concilio Limense «que no solamente en tiempos pasados se les hayan hecho a estos pobres tantos agravios y fuerzas con tanto exceso, sino también hoy muchos procuran hacer lo mismo...» (Ses. III, c.3). Por desgracia, después de cinco

siglos estas palabras siguen siendo actuales. Las palabras proféticas de aquellos hombres de fe —como nos lo han recordado Héctor y Yésica—, son el grito de esta gente, que muchas veces está silenciada o se les quita la palabra. Esa profecía debe permanecer en nuestra Iglesia, que nunca dejará de clamar por los descartados y por los que sufren.

De esta preocupación surge la opción primordial por la vida de los más indefensos. Estoy pensando en los pueblos a

quienes se refiere como «Pueblos Indígenas en Aislamiento Voluntario» (PIAV). Sabemos que son los más vulnerables de entre los vulnerables. El rezago de épocas pasadas los obligó a aislarse hasta de sus propias etnias, emprendieron una historia de cautiverio en los lugares más inaccesibles del bosque para poder vivir en libertad. Sigamos defendiendo a estos hermanos más vulnerables. Su presencia nos recuerda que no podemos disponer de los bienes comunes

al ritmo de la avidez y del consumo. Es necesario que existan límites que nos ayuden a preservarnos de todo intento de destrucción masiva del hábitat que nos constituye. El reconocimiento de estos pueblos —que nunca pueden ser considerados una minoría, sino auténticos interlocutores— así como de todos los pueblos originarios nos recuerda que no somos los poseedores absolutos de la creación. Urge asumir el aporte esencial que le brindan a la sociedad toda, no hacer de sus culturas una idealización de

un estado natural ni tampoco una especie de museo de un estilo de vida de antaño. Su cosmovisión, su sabiduría, tienen mucho que enseñarnos a quienes no pertenecemos a su cultura. Todos los esfuerzos que hagamos por mejorar la vida de los pueblos amazónicos serán siempre pocos.

Son preocupantes las noticias que llegan sobre el avance de algunas enfermedades. Asusta el silencio porque mata. Con el silencio no generamos acciones encaminadas a la prevención, sobre todo de adolescentes y

jóvenes, ni tratamos a los enfermos, condenándolos a la exclusión más cruel. Pedimos a los Estados que se implementen políticas de salud intercultural que tengan en cuenta la realidad y cosmovisión de los pueblos, promoviendo profesionales de su propia etnia que sepan enfrentar la enfermedad desde su propia cosmovisión. Y como lo he expresado en *Laudato si'*, una vez más es necesario alzar la voz a la presión que organismos internacionales hacen sobre ciertos países para

que promuevan políticas de reproducción esterilizantes. Estas se ceban de una manera más incisiva en las poblaciones aborígenes. Sabemos que se sigue promoviendo en ellas la esterilización de las mujeres, en ocasiones con desconocimiento de ellas mismas.

La cultura de nuestros pueblos es un signo de vida. La Amazonia, además de ser una reserva de la biodiversidad, es también una reserva cultural que debe preservarse ante los nuevos colonialismos. La

familia es —como digo una de ustedes— y ha sido siempre la institución social que más ha contribuido a mantener vivas nuestras culturas. En momentos de crisis pasadas, ante los diferentes imperialismos, la familia de los pueblos originarios ha sido la mejor defensa de la vida. Se nos pide un especial cuidado para no dejarnos atrapar por colonialismos ideológicos disfrazados de progreso que poco a poco ingresan dilapidando identidades culturales y estableciendo un

pensamiento uniforme, único... y débil. Escuchen a los ancianos, por favor. Ellos tienen una sabiduría que les pone en contacto con lo trascendente y les hace descubrir lo esencial de la vida. No nos olvidemos que «la desaparición de una cultura puede ser tanto o más grave que la desaparición de una especie animal o vegetal»[\[3\]](#). Y la única manera de que las culturas no se pierdan es que se mantengan en dinamismo, en constante movimiento. ¡Qué importante es lo que nos decían Yésica y

Héctor: «queremos que nuestros hijos estudien, pero no queremos que la escuela borre nuestras tradiciones, nuestras lenguas, no queremos olvidarnos de nuestra sabiduría ancestral»!

La educación nos ayuda a tender puentes y a generar una cultura del encuentro. La escuela y la educación de los pueblos originarios debe ser una prioridad y compromiso del Estado; compromiso integrador e inculturado que asuma, respete e integre como un bien de toda la nación su sabiduría

ancestral, y así nos lo señalaba María Luzmila.

Pido a mis hermanos obispos que, como se viene haciendo incluso en los lugares más alejados de la selva, sigan impulsando espacios de educación intercultural y bilingüe en las escuelas y en los institutos pedagógicos y universidades[4]. Felicito las iniciativas que desde la Iglesia Amazónica peruana se llevan a cabo para la promoción de los pueblos originarios: escuelas, residencias de estudiantes, centros de investigación y

promoción como el Centro Cultural José Pío Aza, el CAAAP y el CETA, novedosos e importantes espacios universitarios interculturales como el NOPOKI, dirigidos expresamente a la formación de los jóvenes de las diversas etnias de nuestra Amazonia. Felicito también a todos aquellos jóvenes de los pueblos originarios que se esfuerzan por hacer, desde el propio punto de vista, una nueva antropología y trabajan por releer la historia de sus pueblos desde su perspectiva. También

felicito a aquellos que, por medio de la pintura, la literatura, la artesanía, la música, muestran al mundo su cosmovisión y su riqueza cultural. Muchos han escrito y hablado sobre ustedes. Está bien, que ahora sean ustedes mismos quienes se autodefinan y nos muestren su identidad. Necesitamos escucharles. Queridos hermanos de la Amazonia, ¡cuántos misioneros y misioneras se han comprometido con sus pueblos y han defendido sus culturas! Lo han hecho inspirados en el

Evangelio. Cristo también se encarnó en una cultura, la hebrea, y a partir de ella, se nos regaló como novedad a todos los pueblos de manera que cada uno, desde su propia identidad, se sienta autoafirmado en Él. No sucumban a los intentos que hay por desarraigar la fe católica de sus pueblos [\[5\]](#). Cada cultura y cada cosmovisión que recibe el Evangelio enriquece a la Iglesia con la visión de una nueva faceta del rostro de Cristo. La Iglesia no es ajena a vuestra

problemática y a vuestras vidas, no quiere ser extraña a vuestra forma de vida y organización. Necesitamos que los pueblos originarios moldeen culturalmente las Iglesias locales amazónicas. Y al respecto, me dio mucha alegría escuchar que uno de los trozos de Laudato si' fuera leído por un diácono permanente de vuestra cultura. Ayuden a sus obispos, ayuden a sus misioneros y misioneras, para que se hagan uno con ustedes, y de esa manera dialogando entre todos, puedan plasmar

una Iglesia con rostro amazónico y una Iglesia con rostro indígena. Con este espíritu convoqué el Sínodo para la Amazonia en el año 2019, cuya primera reunión, como Consejo pre-sinodal, será aquí, hoy, esta tarde.

Confío en la capacidad de resiliencia de los pueblos y su capacidad de reacción ante los difíciles momentos que les toca vivir. Así lo han demostrado en los diferentes embates de la historia, con sus aportes, con su visión diferenciada de las relaciones humanas, con el

medio ambiente y con la vivencia de la fe.

Rezo por ustedes y por su tierra bendecida por Dios, y les pido, por favor, que no se olviden de rezar por mí.

Muchas gracias.

Tinkunakama (Quechua: Hasta un próximo encuentro).

[1] Carta enc. *Laudato si'*, 146.

[2] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 211.

[3] Carta enc. *Laudato si'*, 145.

[4] Cf. V Conferencia General

del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento de Aparecida* (29 junio 2007), 530.

[5] Cf. *ibíd.*, 531.

19 de enero de 2018. Saludo
en el encuentro con la
población.

Instituto Jorge Basadre
Grohmann (Puerto Maldonado)

Viernes.

Viaje apostólico de su santidad
francisco a Chile y Perú
(15-22 de enero de 2018)

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Veo que han venido no sólo de
los rincones de esta Amazonia

peruana, sino también de los Andes y de otros países vecinos. ¡Qué linda imagen de la Iglesia que no conoce fronteras y en la que todos los pueblos pueden encontrar un lugar! Cuánto necesitamos de estos momentos donde poder encontrarnos y, más allá de la procedencia, animarnos a generar una cultura del encuentro que nos renueva en la esperanza.

Gracias Mons. David, por sus palabras de bienvenida. Gracias Arturo y Margarita por compartir con todos nosotros

sus vivencias. Nos decían ellos: «Nos visita en esta tierra tan olvidada, herida y marginada... pero no somos la tierra de nadie». Gracias por decirlo: no somos tierra de nadie. Y es algo que hay que decirlo con fuerza: ustedes no son tierra de nadie. Esta tierra tiene nombres, tiene rostros: los tiene a ustedes. Esta región está llamada con ese bellísimo nombre: Madre de Dios. No puedo dejar de hacer mención de María, joven muchacha que vivía en una aldea lejana, perdida, considerada también por tantos

como «tierra de nadie». Allí recibió el saludo y la invitación más grande que una persona pueda experimentar: ser la Madre de Dios; hay alegrías que sólo las pueden escuchar los pequeños.[\[1\]](#)

Ustedes tienen en María, no sólo un testimonio a quien mirar, *sino una Madre* y donde hay madre no está ese mal terrible de sentir que no le pertenecemos a nadie, ese sentimiento que nace cuando comienza a desaparecer la certeza de que pertenecemos a una familia, a un pueblo, a una

tierra, a nuestro Dios. Queridos hermanos, lo primero que me gustaría transmitirles —y lo quiero hacer con fuerza— es que iesta no es una tierra huérfana, es la tierra de la Madre! Y, si hay madre, hay hijos, hay familia y hay comunidad. Y donde hay madre, familia y comunidad, no podrán desaparecer los problemas, pero seguro que se encuentra la fuerza para enfrentarlos de una manera diferente.

Es doloroso constatar cómo hay algunos que quieren apagar

esta certeza y volver a Madre de Dios una tierra anónima, sin hijos, una tierra infecunda. Un lugar fácil de comercializar y explotar. Por eso nos hace bien repetir en nuestras casas, comunidades y en lo hondo del corazón de cada uno: ¡Esta no es una tierra huérfana! ¡Tiene Madre! Esta buena noticia se va transmitiendo de generación en generación gracias al esfuerzo de tantos que comparten este regalo de sabernos hijos de Dios y nos ayuda a reconocer al otro como hermano. En varias ocasiones me he

referido a la cultura del
descarte. Una cultura que no se
conforma solamente con
excluir, como estábamos
acostumbrados a ver, sino que
avanzó silenciando, ignorando
y desechando todo lo que no le
sirve a sus intereses; pareciera
que el consumismo alienante
de algunos no logra
dimensionar el sufrimiento
asfixiante de otros. Es una
cultura anónima, sin lazos y sin
rostros, la cultura del descarte.
Es una cultura sin madre que lo
único que quiere es consumir. Y
la tierra es tratada dentro de

esta lógica. Los bosques, ríos y quebradas son usados, utilizados hasta el último recurso y luego dejados baldíos e inservibles. Las personas son tratadas también con esta lógica: son usadas hasta el cansancio y después dejadas como «inservibles». Esta es la cultura del descarte, se descarta a los chicos, se descarta a los ancianos. Allí, saliendo, cuando hice el recorrido hay una abuela de 97 años, ¿vamos a descartar a la abuela, qué les parece? No, porque la abuela es la sabiduría

de un pueblo. ¡Un aplauso a la abuela de 97 años!

Pensando en estas cosas permítanme detenerme en un tema doloroso. Nos acostumbramos a utilizar el término «trata de personas». Al llegar a Puerto Maldonado, en el aeropuerto vi un cartel que me llamó la atención gratamente: "Está atento contra la trata". Se ve que están tomando conciencia. Pero en realidad deberíamos hablar de esclavitud: esclavitud para el trabajo, esclavitud sexual, esclavitud para el lucro. Duele

constatar cómo en esta tierra, que está bajo el amparo de la Madre de Dios, tantas mujeres son tan desvaloradas, menospreciadas y expuestas a un sinfín de violencias. No podemos «naturalizar» la violencia, tomarla como algo natural. No, no se naturaliza la violencia hacia las mujeres, sosteniendo una cultura machista que no asume el rol protagónico de la mujer dentro de nuestras comunidades. No nos es lícito mirar para otro lado, hermanos, y dejar que tantas mujeres, especialmente

adolescentes sean «pisoteadas» en su dignidad.

Varias personas han emigrado hacia la Amazonia buscando techo, tierra y trabajo. Vinieron buscando un futuro mejor para sí mismas y para sus familias.

Abandonaron sus vidas humildes, pobres pero dignas. Muchas de ellas, por la promesa de que determinados trabajos pondrían fin a situaciones precarias, se basaron en el brillo prometedor de la extracción del oro. Pero no olvidemos que el oro se puede convertir en un falso

dios que exige sacrificios humanos.

Los falsos dioses, los ídolos de la avaricia, del dinero, del poder lo corrompen todo.

Corrompen la persona y las instituciones, también destruyen el bosque. Jesús decía que hay demonios que, para expulsarlos, exigen mucha oración. Este es uno de ellos.

Los animo a que se sigan organizando en movimientos y comunidades de todo tipo para ayudar a superar estas situaciones; y también a que, desde la fe, se organicen como

comunidades eclesiales de vida en torno a la persona de Jesús. Desde la oración sincera y el encuentro esperanzado con Cristo podremos lograr la conversión que nos haga descubrir la vida verdadera. Jesús nos prometió vida verdadera, vida auténtica, vida eterna. No vida ficticia, como las falsas promesas deslumbrantes que, prometiendo vida, terminan llevándonos a la muerte. Hermanas y hermanos, la salvación no es genérica, no es abstracta. Nuestro Padre mira

personas concretas, con rostros e historias concretas. Todas las comunidades cristianas tienen que ser reflejo de esa mirada de Dios, de esta presencia que crea lazos, genera familia y comunidad. Es una manera de hacer visible el Reino de los Cielos, comunidades donde cada uno se sienta parte, se sienta llamado por su nombre e impulsado a ser artífice de vida para los demás.

Tengo esperanza en ustedes... además al recorrer vi muchos chicos y donde hay chicos hay esperanza, gracias. Tengo

esperanza en ustedes, en el corazón de tantas personas que quieren una vida bendecida. Han venido a buscarla aquí, a una de las explosiones de vida más exuberante del planeta. Amen esta tierra, siéntanla suya. Huélanla, escúchenla, maravíllense de ella. Enamórense de esta tierra Madre de Dios, comprométanse y cuídenla, defiéndanla. No la usen como un simple objeto descartable, sino como un verdadero tesoro para disfrutar, hacer crecer y transmitirlo a sus hijos.

A María, Madre de Dios y Madre Nuestra nos encomendamos, nos ponemos bajo su protección. Y por favor, no se olviden de rezar por mí, y los invito a todos a rezar a la Madre de Dios.

Dios te salve, María...

[1]«Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños» (Mt 11,25).

19 de enero de 2018. Saludo
en la visita al hogar «el
Principito»

Puerto Maldonado.

Viernes.

Viaje apostólico de su santidad
francisco a Chile y Perú
(15-22 de enero de 2018)

*Queridos hermanos y
hermanas,
queridos niños:*

Muchas gracias por este bonito
recibimiento, por las palabras

de bienvenida. Verlos cantar, verlos bailar me da mucha alegría. Gracias.

Cuando me contaron de la existencia de este *Hogar El Principito* y de la Fundación Apronia, sentí que no podía irme de Puerto Maldonado sin saludarlos. Quisieron reunirse de diferentes albergues en este lindo *Hogar El Principito*.

Gracias por los esfuerzos que realizaron para poder estar hoy aquí.

Acabamos de celebrar la Navidad. Se nos enterneció el corazón con la imagen del Niño

Jesús. Él es nuestro tesoro, y ustedes niños son el reflejo, y también son nuestro tesoro, el de todos nosotros, el tesoro más lindo que tenemos que cuidar. Perdonen las veces que los mayores no lo hacemos o que no les damos la importancia que ustedes se merecen. Cuando sean grandes no lo olviden. Sus miradas, sus vidas siempre exigen un mayor compromiso y trabajo para no volvernos ciegos o indiferentes ante tantos otros niños que sufren y pasan necesidad. Ustedes, sin lugar a dudas, son

el tesoro máspreciado que tenemos que cuidar.

Queridos niños del *Hogar El Principito* y jóvenes de los otros hogares de acogida. Algunos de ustedes a veces están tristes por la noche, echan de menos al papá o la mamá que no está, y sé también que hay heridas que duelen mucho. Dirsey, vos fuiste valiente y nos lo compartiste. Y me decías «que mi mensaje sea una luz de esperanza». Pero déjame decirte algo: tu vida, tus palabras y las de todos ustedes son luz de esperanza. Quiero

darles las gracias por el testimonio de ustedes. Gracias por ser luz de esperanza para todos nosotros.

Me da alegría ver que tienen un hogar donde son acogidos, donde con cariño y amistad los ayudan a descubrir que Dios les tiende las manos y les pone sueños en el corazón. Es lindo eso.

¡Qué testimonio tan bueno el de ustedes jóvenes que han transitado por este camino, que ayer se llenaron de amor en esta casa y hoy han podido formar su propio futuro!

Ustedes son para todos nosotros la señal de las inmensas potencialidades que tiene cada persona. Para estos niños y niñas ustedes son el mejor ejemplo a seguir, la esperanza de que ellos también podrán. Todos necesitamos modelos a seguir; los niños necesitan mirar para adelante y encontrar modelos positivos: «Quiero ser como él, quiero ser como ella», sienten y dicen. Todo lo que ustedes jóvenes puedan hacer, como venir a estar con ellos, a jugar, a pasar el tiempo es importante. Sean

para ellos, como decía el Principito, *las estrellitas que iluminan en la noche.*[\[1\]](#)

Algunos de ustedes, jóvenes que nos acompañan, proceden de las comunidades nativas. Con tristeza ven la destrucción de los bosques. Sus abuelos les enseñaron a descubrirlos, en ellos encontraban su alimento y la medicina que los sanaba - lo representaron bien al principio aquí-. Hoy son devastados por el vértigo de un progreso mal entendido. Los ríos que acogieron sus juegos y les regalaron comida hoy están

enlodados, contaminados, muertos. Jóvenes, no se conformen con lo que está pasando. No renuncien al legado de sus abuelos, no renuncien a su vida ni a sus sueños. Me gustaría estimularlos a que estudien; prepárense, aprovechen la oportunidad que tienen para formarse, esta oportunidad que les da esta Fundación Apronia. El mundo los necesita a ustedes, jóvenes de los pueblos originarios, y los necesita no disfrazados sino tal y cual son. No disfrazados de ciudadanos

de otro pueblo, no, como son ustedes, así los necesitamos. ¡No se conformen con ser el vagón de cola de la sociedad, enganchados y dejándose llevar! No, no, nunca sean vagón de cola. Los necesitamos como motor, empujando. Y les recomiendo una cosa, escuchen a sus abuelos, valoren sus tradiciones, no frenen su curiosidad. Busquen sus raíces y, a la vez, abran los ojos a lo novedoso, sí... y hagan su propia síntesis. Devuélvannos al mundo lo que aprenden porque el mundo los necesita

originales, como realmente son, no como imitaciones. Los necesitamos auténticos, jóvenes orgullosos de pertenecer a los pueblos amazónicos y que aportan a la humanidad una alternativa de vida verdadera. Amigos, nuestras sociedades tantas veces, necesitan corregir el rumbo y ustedes, los jóvenes de los pueblos originarios — estoy seguro—, pueden ayudar muchísimo con este reto, sobre todo enseñándonos un estilo de vida que se base en el cuidado y no en la destrucción de todo

aquello que se oponga a nuestra avaricia.

Y lo principal también, es que quiero agradecer al padre Xavier [Arbex de Morsier, fundador de la Asociación Apronia]. Padre Xavier ha sufrido mucho y le ha costado esto, simplemente gracias, gracias por su ejemplo. Quiero agradecer a los religiosos y religiosas, a las misioneras laicas que hacen una labor fabulosa y a todos los benefactores que conforman esta familia. A los voluntarios que regalan su tiempo gratuito

que es como bálsamo
refrescante en las heridas. Y
también agradecer a quienes
fortalecen a estos jóvenes en
sus identidades amazónicas y
los ayudan a forjar un futuro
mejor para sus comunidades y
para todo el planeta.

Y ahora, como estamos,
cerramos los ojos y pedimos a
Dios que nos dé la bendición.
*Que el Señor tenga piedad y los
bendiga, ilumine su rostro sobre
ustedes, que el Señor tenga
piedad y misericordia y los
colme con toda clase de
favores, en el nombre del Padre*

*y del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén (cf. Nm 6,24-26; Sal 66;
Bendición del Tiempo
Ordinario).*

Y les pido dos cosas: que recen por mí y que no se olviden que son *las estrellitas que iluminan en la noche.*

[1] Cf. Antoine de Saint-Exupéry, XXIV; XXVI.

19 de enero de 2018. Discurso en el encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático.

Patio de Honor del Palacio de Gobierno (Lima)

Viernes.

Viaje apostólico de su santidad francisco a Chile y Perú (15-22 de enero de 2018)

*Señor Presidente,
miembros del Gobierno y del
Cuerpo Diplomático,*

*distinguidas autoridades,
representantes de la sociedad
civil,*

señoras, señores todos:

Al llegar a esta histórica casa doy gracias a Dios por la oportunidad que me concedió de pisar, una vez más, suelo peruano. Quisiera que mis palabras fueran de saludo y gratitud para cada uno de los hijos e hijas de este pueblo que supo mantener y enriquecer su sabiduría ancestral a lo largo del tiempo y es, sin lugar a dudas, uno de los principales patrimonios que tiene.

Gracias señor Pedro Pablo Kuczynski, Presidente de la Nación, por la invitación a visitar el país y por las palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre de todo su pueblo.

Vengo a Perú bajo el lema «unidos por la esperanza».

Permítanme decirles que mirar esta tierra es de por sí un motivo de esperanza.

Parte de vuestro territorio está compuesto por la Amazonía, que he visitado esta mañana y que constituye en su globalidad el mayor bosque tropical y el

sistema fluvial más extenso del planeta. Este «pulmón» como se lo ha querido llamar, es una de las zonas de gran biodiversidad en el mundo pues alberga las más variadas especies.

Poseen ustedes una riquísima pluralidad cultural cada vez más interactuante que constituye el alma de este pueblo. Alma marcada por valores ancestrales como son la hospitalidad, el aprecio por el otro, el respeto y gratitud con la madre tierra y la creatividad para los nuevos

emprendimientos como, asimismo, la responsabilidad comunitaria por el desarrollo de todos que se conjuga en la solidaridad, mostrada tantas veces ante las diversas catástrofes vividas.

En este contexto, quisiera señalar a los jóvenes, ellos son el presente más vital que posee esta sociedad; con su dinamismo y entusiasmo prometen e invitan a soñar un futuro esperanzador que nace del encuentro entre la cumbre de la sabiduría ancestral y los ojos nuevos que brinda la

juventud.

Y me alegro también de un hecho histórico: saber que la esperanza en esta tierra tiene rostro de santidad. Perú engendró santos que han abierto caminos de fe para todo el continente americano; y por nombrar tan sólo a uno, Martín de Porres, hijo de dos culturas, mostró la fuerza y la riqueza que nace en las personas cuando se concentran en el amor. Y podría continuar largamente esta lista material e inmaterial de motivos para la esperanza. Perú es tierra de

esperanza que invita y desafía a la unidad de todo su pueblo. Este pueblo tiene la responsabilidad de mantenerse unido precisamente para defender, entre otras cosas, todos estos motivos de esperanza.

Sobre esta esperanza apunta una sombra, se cierne una amenaza. «Nunca la humanidad tuvo tanto poder sobre sí misma y nada garantiza que vaya a utilizarlo bien, sobre todo si se considera el modo como lo está haciendo»[\[1\]](#) —decía en la

Carta encíclica *Laudato si'*. Esto se manifiesta con claridad en la manera en la que estamos despojando a la tierra de los recursos naturales sin los cuales no es posible ninguna forma de vida. La pérdida de selvas y bosques implica no sólo la pérdida de especies, que incluso podrían significar en el futuro recursos sumamente importantes, sino la pérdida de relaciones vitales que terminan alterando todo el ecosistema[2].

En este contexto, «unidos para defender la esperanza»

significa impulsar y desarrollar una ecología integral como alternativa a «un modelo de desarrollo ya caduco pero que sigue provocando degradación humana, social y ambiental»[\[3\]](#). Y esto exige escuchar, reconocer y respetar a las personas y a los pueblos locales como interlocutores válidos. Ellos mantienen un vínculo directo con la tierra, conocen sus tiempos y procesos y saben, por tanto, los efectos catastróficos que, en nombre del desarrollo, provocan muchos proyectos y se altera

todo el entramado vital que constituye la nación. La degradación del medio ambiente, lamentablemente, no se puede separar de la degradación moral de nuestras comunidades. No podemos pensarlas como dos instancias distintas.

A modo de ejemplo, la minería informal se ha vuelto un peligro que destruye la vida de personas; los bosques y ríos son devastados con toda la riqueza que ellos poseen. Este proceso de degradación conlleva y promueve

organizaciones por fuera de las estructuras legales que degradan a tantos hermanos nuestros sometiéndolos a la trata —nueva forma de esclavitud—, al trabajo informal, a la delincuencia... y a otros males que afectan gravemente su dignidad y, a la vez, la dignidad de esta nación. Trabajar unidos para defender la esperanza exige estar muy atentos a esa otra forma — muchas veces sutil— de degradación ambiental que contamina progresivamente todo el entramado vital: la

corrupción. Cuánto mal le hace a nuestros pueblos latinoamericanos y a las democracias de este bendito continente ese «virus» social, un fenómeno que lo infecta todo, siendo los pobres y la madre tierra los más perjudicados. Lo que se haga para luchar contra este flagelo social merece la mayor de las ponderaciones y ayudas... y esta lucha nos compromete a todos. «Unidos para defender la esperanza», implica mayor cultura de la transparencia entre entidades públicas, sector

privado y sociedad civil, y no excluyo a las organizaciones eclesióásticas. Nadie puede resultar ajeno a este proceso; la corrupción es evitable y exige el compromiso de todos. A quienes ocupan algún cargo de responsabilidad, sea en el área que sea, los animo y exhorto a empeñarse en este sentido para brindarle, a su pueblo y a su tierra, la seguridad que nace de sentir que Perú es un espacio de esperanza y oportunidad... pero para todos, no para unos pocos; para que todo peruano,

toda peruana pueda sentir que este país es suyo, no de otro, en el que puede establecer relaciones de fraternidad y equidad con su prójimo y ayudar al otro cuando lo necesita; una tierra en la que pueda hacer realidad su propio futuro. Y así forjar un Perú que tenga espacio para «todas las sangres»[\[4\]](#), en el que pueda realizarse «la promesa de la vida peruana»[\[5\]](#).

Quiero renovar junto a ustedes el compromiso de la Iglesia católica, que ha acompañado la vida de esta Nación, en este

empeño mancomunado de seguir trabajando para que Perú siga siendo una tierra de esperanza.

Que santa Rosa de Lima interceda por cada uno de ustedes y por esta bendita Nación.

Nuevamente gracias.

[1] Carta enc. *Laudato si'*, 104.

[2] Cf. *ibíd.*, 32.

[3] *Mensaje Urbi et Orbi*,
Navidad 2017.

[4] José María Arguedas, *Todas las sangres*, Buenos Aires (1964).

[5] Jorge Basadre, *La promesa de la vida peruana*, Lima (1958²).

20 de enero de 2018. Discurso en el encuentro con sacerdotes, religiosos/as y seminaristas de las circunscripciones eclesiales del norte de Perú.

Colegio Seminario San Carlos y San Marcelo (Trujillo)

Sábado.

Viaje apostólico de su santidad Francisco a Chile y Perú (15-22 de enero de 2018)

Queridos hermanos y hermanas:

¡Buenas tardes!

[gran aplauso] Como es costumbre que el aplauso viene al final, quiere decir que ya terminé, así que me voy.

[gritan: ¡No!]

Agradezco las palabras que Mons. José Antonio Eguren Anselmi, Arzobispo de Piura, me ha dirigido en nombre de todos los que están aquí.

Encontrarme con ustedes, conocerlos, escucharlos y manifestar el amor por el Señor y la misión que nos regaló es importante. ¡Sé que hicieron un gran esfuerzo para

estar acá, gracias!
Nos recibe este Colegio
Seminario, uno de los primeros
fundados en América Latina
para la formación de tantas
generaciones de
evangelizadores. Estar aquí y
con ustedes es sentir que
estamos en una de esas
«cunas» que gestaron a tantos
misioneros. Y no olvido que
esta tierra vio morir,
misionando —no sentado detrás
de un escritorio—, a santo
Toribio de Mogrovejo, patrono
del episcopado latinoamericano.
Y todo esto nos lleva a mirar

hacia nuestras raíces, a lo que nos sostiene a lo largo del tiempo, nos sostiene a lo largo de la historia para crecer hacia arriba y dar fruto. Las raíces. Sin raíces no hay flores, no hay frutos. Decía un poeta que "todo lo que el árbol tiene de florido le viene de lo que tiene de soterrado", las raíces. Nuestras vocaciones tendrán siempre esa doble dimensión: raíces en la tierra y corazón en el cielo. No se olviden esto. Cuando falta alguna de estas dos, algo comienza a andar mal y nuestra vida poco a poco se

marchita (cf. *Lc 13,6-9*), como un árbol que no tiene raíces, marchita. Y les digo que da mucha pena ver algún obispo, algún cura, alguna monja, "marchito". Y mucha más pena me da cuando veo seminaristas marchitos. Esto es muy serio. La Iglesia es buena, la Iglesia es madre y si ustedes ven que no pueden, por favor, hablen antes de tiempo, antes de que sea tarde, antes que se den cuenta que no tienen raíces ya y que se están marchitando; todavía ahí hay tiempo para salvar, porque Jesús vino para

eso, a salvar, y si nos llamó es para salvar.

Me gusta subrayar que nuestra fe, nuestra vocación es memoriosa, esa dimensión deuteronomica de la vida.

Memoriosa porque sabe reconocer que ni la vida, ni la fe, ni la Iglesia comenzó con el nacimiento de ninguno de nosotros: la memoria mira al pasado para encontrar la savia que ha irrigado durante siglos el corazón de los discípulos, y así reconoce el paso de Dios por la vida de su pueblo.

Memoria de la promesa que

hizo a nuestros padres y que, cuando sigue viva en medio nuestro, es causa de nuestra alegría y nos hace cantar: «el Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres» (*Sal* 125,3).

Me gustaría compartir con ustedes algunas virtudes, o algunas dimensiones, si quieren, de este *ser memoriosos*. Cuando yo digo “quiero que un obispo, un cura, una monja, un seminarista sea memorioso”, ¿qué quiero decir?. Y es lo que me gustaría compartir ahora.

1. Una dimensión es la alegre conciencia de sí. No hay que ser un inconsciente de sí mismo, no. Saber qué es lo que le está pasando, pero alegre conciencia de sí.

El Evangelio que hemos escuchado (cf. *Gv* 1,35-42) lo leemos habitualmente en clave vocacional y así nos detenemos en el encuentro de los discípulos con Jesús. Pero me gustaría, antes, mirar a Juan el Bautista. Él estaba con dos de sus discípulos y al ver pasar a Jesús les dice: «Ese es el

Cordero de Dios» (*Jn 1,36*); al oír esto ¿qué pasó? dejaron a Juan y se fueron con el otro (cf. *Jn 1,37*). Es algo sorprendente, habían estado con Juan, sabían que era un hombre bueno, más aún, el mayor de los nacidos de mujer, como Jesús lo define (cf. *Mt 11,11*), pero él no era el que tenía que venir. También Juan esperaba a otro más grande que él. Juan tenía claro que no era el Mesías sino simplemente quien lo anunciaba. Juan era el hombre memorioso de la promesa y de su propia historia. Era famoso,

tenía fama, todos venían a hacerse bautizar por él, lo escuchaban con respeto. La gente creía que era el Mesías, pero él era memorioso de su propia historia y no se dejó engañar por el incienso de la vanidad.

Juan manifiesta la conciencia del discípulo que sabe que no es ni será nunca el Mesías, sino sólo un invitado a señalar el paso del Señor por la vida de su gente. A mí me impresiona cómo Dios permita que esto llegue hasta las últimas consecuencias: muere

degollado en un calabozo, así de sencillo. Nosotros consagrados no estamos llamados a suplantar al Señor, ni con nuestras obras, ni con nuestras misiones, ni con el sinfín de actividades que tenemos para hacer. Yo cuando digo consagrados involucro a todos: obispos, sacerdotes, consagrados y consagradas, religiosos y religiosas y seminaristas. Simplemente se nos pide trabajar con el Señor, codo a codo, pero sin olvidarnos nunca de que no ocupamos su lugar. Y esto no

nos hace «aflojar» en la tarea evangelizadora, por el contrario, nos empuja, nos exige trabajar recordando que somos discípulos del único Maestro. El discípulo sabe que secunda y siempre secundará al Maestro. Y esa es la fuente de nuestra alegría, la alegre conciencia de sí mismo.

¡Nos hace bien saber que no somos el Mesías! Nos libra de creernos demasiado importantes, demasiado ocupados —es típica de algunas regiones escuchar: «No, a esa parroquia no vayas porque el

padre siempre está muy ocupado»—. Juan el Bautista sabía que su misión era señalar el camino, iniciar procesos, abrir espacios, anunciar que Otro era el portador del Espíritu de Dios. Ser memoriosos nos libra de la tentación de los mesianismos, de creermos yo el Mesías. Esta tentación se combate de muchos modos, pero también con la risa. De un religioso a quien yo quise mucho —era jesuita, un jesuita holandés que murió el año pasado— se decía que tenía tal sentido del

humor que era capaz de reírse de todo lo que pasaba, de sí mismo y hasta de su propia sombra. Conciencia alegre. Aprender a reírse de uno mismo nos da la capacidad espiritual de estar delante del Señor con los propios límites, errores y pecados, pero también aciertos, y con la alegría de saber que Él está a nuestro lado. Un lindo test espiritual es preguntarnos por la capacidad que tenemos de reírnos de nosotros mismos. De los demás es fácil reírse ¿no es cierto?, sacarle el cuero, reírse

pero de nosotros mismos no es fácil. La risa nos salva del neopelagianismo «autorreferencial y prometeico de quienes en el fondo sólo confían en sus propias fuerzas y, se sienten superiores a otros»[\[1\]](#). Ríete. Rían en comunidad y no de la comunidad o de los otros. Cuidémonos de esa gente tan pero tan importante que, en la vida, se han olvidado de sonreír. “Sí, padre, pero usted no tiene un remedio, algo para...” Mira tengo dos “pastillas” que ayudan mucho:

una, habla con Jesús, con la Virgen, la oración, reza y pide la gracia de la alegría, de la alegría sobre la situación real; la segunda pastilla la podéis hacer varias veces por día si la necesitáis, sino una sola basta, mírate al espejo, mírate al espejo: "Y ¿ese soy yo?, ¿esa soy yo? Ja ja ja....". Y eso te hace reír. Y esto no es narcisismo, al contrario, es lo contrario, el espejo, acá, sirve como cura.

Primero era entonces la alegre, la alegre conciencia de sí.

2. Lo segundo es la hora del llamado, hacernos cargo de la hora del llamado.

Juan el Evangelista recoge en su Evangelio incluso hasta la hora de aquel momento que cambió su vida. Sí, cuando el Señor a una persona le hace crecer la conciencia de que es un llamado..., se acuerda cuándo empezó todo esto: «Eran las cuatro de la tarde» (*Jn 1,39*). El encuentro con Jesús cambia la vida, establece un antes y un después. Hace bien recordar siempre esa hora, ese día clave para cada uno de

nosotros en el que nos dimos cuenta, en serio, de que "esto que yo sentía" no eran ganas o atracciones sino que el Señor esperaba algo más. Y acá uno se puede acordar: ese día me di cuenta. La memoria de esa hora en la que fuimos tocados por su mirada.

Las veces que nos olvidamos de esta hora, nos olvidamos de nuestros orígenes, de nuestras raíces; y al perder estas coordenadas fundamentales dejamos de lado lo más valioso que un consagrado puede tener: la mirada del Señor: "No

padre, yo lo miro al Señor en el sagrario”— Está bien, eso está bien pero siéntate un rato y déjate mirar y recuerda las veces que te miró y te está mirando. Déjate mirar por él. Es de lo más valioso que un consagrado tiene: la mirada del Señor. Quizá no estás contento con ese lugar donde te encontró el Señor, quizá no se adecua a una situación ideal que te «hubiese gustado más». Pero fue ahí donde te encontró y te curó las heridas, ahí. Cada uno de nosotros conoce el dónde y el cuándo: quizás un

tiempo de situaciones complejas, sí; con situaciones dolorosas, sí; pero ahí te encontró el Dios de la Vida para hacerte testigo de su Vida, para hacerte parte de su misión y ser, con Él, ser caricia de Dios para tantos. Nos hace bien recordar que nuestras vocaciones son una llamada de amor para amar, para servir. No para sacar tajada para nosotros mismos. ¡Si el Señor se enamoró de ustedes y los eligió, no fue por ser más numerosos que los demás, pues son el pueblo más pequeño,

sino por amor! (cf. *Dt 7,7-8*).
Así le dice el Deuteronomio al pueblo de Israel. No te la creas, no sois el pueblo más importante, sois de lo peorcito, pero se enamoró de ese, y bueno, qué quieren, tiene mal gusto el Señor, pero se enamoró de ese... Amor de entrañas, amor de misericordia que mueve nuestras entrañas para ir a servir a otros al estilo de Jesucristo. No al estilo de los fariseos, de los saduceos, de los doctores de la ley, de los zelotes, no, no, esos buscaban su gloria.

Quisiera detenerme en un aspecto que considero importante. Muchos, a la hora de ingresar al seminario o a la casa de formación, o noviciados fuimos formados con la fe de nuestras familias y vecinos. Ahí, aprendimos a rezar, de la mamá, de la abuela, de la tía... y después fue la catequista la que nos preparó... Y así fue como dimos nuestros primeros pasos, apoyados no pocas veces en las manifestaciones de piedad y espiritualidad popular, que en Perú han adquirido las más exquisitas formas y arraigo

en el pueblo fiel y sencillo. Vuestro pueblo ha demostrado un enorme cariño a Jesucristo, a la Virgen, a sus santos y beatos en tantas devociones que no me animo a nombrarlas por miedo a dejar alguna de lado. En esos santuarios, «muchos peregrinos toman decisiones que marcan sus vidas. Esas paredes contienen muchas historias de conversión, de perdón y de dones recibidos, que millones podrían contar»[\[2\]](#). Inclusive muchas de vuestras vocaciones pueden estar grabadas en esas

paredes. Los exhorto, por favor, a no olvidar, y mucho menos despreciar, la fe fiel y sencilla de vuestro pueblo. Sepan acoger, acompañar y estimular el encuentro con el Señor. No se vuelvan profesionales de lo sagrado olvidándose de su pueblo, de donde los sacó el Señor, de detrás del rebaño — como dice el Señor a su elegido [David] en la Biblia—. No pierdan la memoria y el respeto por quien les enseñó a rezar. A mí me ha pasado que —en reuniones con maestros y maestras de novicias o rectores

de seminarios, padres espirituales de seminario— sale la pregunta: “¿Cómo le enseñamos a rezar a los que entran?”. Entonces, les dan algunos manuales para aprender a meditar —a mí me lo dieron cuando entré—: “o esto haga acá”, o “aquello no”, o “primero tenéis que hacer esto”, “después este otro tal paso”... Y en general, los hombres y mujeres más sensatos que tienen este cargo de maestros de novicios o de padres espirituales o rectores de seminarios optan: “Seguí

rezando como te enseñaron en casa". Y después, poco a poco, los van haciendo avanzar en otro tipo de oración. Pero, "seguí rezando como te enseñó tu madre, como te enseñó tu abuela", que por otro lado es el consejo que San Pablo le da a Timoteo: "La fe de tu madre y de tu abuela, esa es la que tenéis vos, seguí por estas". No desprecien la oración casera porque es la más fuerte. Recordar la hora del llamado, hacer memoria alegre del paso de Jesucristo por nuestra vida, nos ayudará a decir esa

hermosa oración de san Francisco Solano, gran predicador y amigo de los pobres, «Mi buen Jesús, mi Redentor y mi amigo. ¿Qué tengo yo que tú no me hayas dado? ¿Qué sé yo que tú no me hayas enseñado?».

De esta forma, el religioso, sacerdote, consagrada, consagrado, seminarista es una persona memoriosa, alegre y agradecida: trinomio para configurar y tener como «armas» frente a todo «disfraz» vocacional. La conciencia agradecida agranda

el corazón y nos estimula al servicio. Sin agradecimiento podemos ser buenos ejecutores de lo sagrado, pero nos faltará la unción del Espíritu para volvernos servidores de nuestros hermanos, especialmente de los más pobres. El Pueblo de Dios tiene olfato y sabe distinguir entre el funcionario de lo sagrado y el servidor agradecido. Sabe reconocer entre el memorioso y el olvidadizo. El Pueblo de Dios es aguantador, pero reconoce a quien lo sirve y lo cura con el óleo de la alegría y de la

gratitud. En eso déjense aconsejar por el Pueblo de Dios. A veces en las parroquias sucede que cuando el cura se desvía un poquito y se olvida de su pueblo —estoy hablando de historias reales, ¿no?— cuántas veces la vieja de la sacristía —como la llaman, “la vieja de la sacristía”— le dice: “Padrecito, cuánto hace que no va a ver a su mamá. Vaya, vaya a ver a su mamá que nosotros por una semana nos arreglamos con el Rosario”.

3. Tercer, *la alegría contagiosa*.

La alegría es contagiosa cuando es verdadera. Andrés era uno de los discípulos de Juan el Bautista que había seguido a Jesús ese día. Después de haber estado con Él y haber visto dónde vivía, volvió a casa de su hermano Simón Pedro y le dijo: «Hemos encontrado al Mesías» (*Jn 1,41*). Ahí no más fue contagiado. Esta es la noticia más grande que podía darle, y lo condujo a Jesús. La fe en Jesús se contagia. Y si hay un cura, un obispo, una monja, un seminarista, un consagrado que no contagia es

un aséptico, es de laboratorio, que salga y se ensucie las manos un poquito y ahí va a empezar a contagiar el amor de Jesús. La fe en Jesús se contagia, no puede confinarse ni encerrarse; y aquí se encuentra la fecundidad del testimonio: los discípulos recién llamados atraen a su vez a otros mediante su testimonio de fe, del mismo modo que en el pasaje evangélico Jesús nos llama por medio de otros. La misión brota espontánea del encuentro con Cristo. Andrés comienza su apostolado por los

más cercanos, por su hermano Simón, casi como algo natural, irradiando alegría. Esta es la mejor señal de que hemos «descubierto» al Mesías. La alegría contagiosa es una constante en el corazón de los apóstoles, y la vemos en la fuerza con que Andrés confía a su hermano: «¡Lo hemos encontrado!». Pues «la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del

aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría»[\[3\]](#). Y ésta es contagiosa.

Esta alegría nos abre a los demás, es alegría no para guardarla, sino para transmitirla. En el mundo fragmentado que nos toca vivir, que nos empuja a aislarnos, somos desafiados a ser artífices y profetas de comunidad.

Ustedes saben, nadie se salva solo. Y en esto me gustaría ser claro. La fragmentación o el aislamiento no es algo que se da «fuera» como si solamente

fuese un problema del «mundo». Hermanos, las divisiones, guerras, aislamientos los vivimos también dentro de nuestras comunidades, dentro de nuestros presbiterios, dentro de nuestras Conferencias episcopales ¡y cuánto mal nos hacen! Jesús nos envía a ser portadores de comunión, de unidad, pero tantas veces parece que lo hacemos desunidos y, lo que es peor, muchas veces poniéndonos zancadillas unos a otros, ¿o me equivoco? [responden: ¡No!].

Agachemos la cabeza y cada cual ponga dentro del propio sayo lo que le toca. Se nos pide ser artífices de comunión y de unidad; que no es lo mismo que pensar todos igual, hacer todos lo mismo. Significa valorar los aportes, las diferencias, el regalo de los carismas dentro de la Iglesia sabiendo que cada uno, desde su cualidad, aporta lo propio pero necesita de los demás. Sólo el Señor tiene la plenitud de los dones, sólo Él es el Mesías. Y quiso repartir sus dones de tal forma que todos

podamos dar lo nuestro enriqueciéndonos con lo de los demás. Hay que cuidarse de la tentación del «hijo único» que quiere todo para sí, porque no tiene con quién compartir. Malcriado el muchacho. A aquellos que tengan que ocupar misiones en el servicio de la autoridad les pido, por favor, no se vuelvan autorreferenciales; traten de cuidar a sus hermanos, procuren que estén bien; porque el bien se contagia. No caigamos en la trampa de una autoridad que se vuelva autoritarismo por

olvidarse que, ante todo, es una misión de servicio. Los que tienen esa misión de ser autoridad piénsenlo mucho, en los ejércitos hay bastantes sargentos no hace falta que se nos metan en nuestra comunidad.

Quisiera antes de terminar: ser memorioso y las raíces.

Considero importante que en nuestras comunidades, en nuestros presbiterios se mantenga viva la memoria y se dé el diálogo entre los más jóvenes y los más ancianos. Los más ancianos son memoriosos

y nos dan la memoria. Tenemos que ir a recibirla, no los dejemos solos. Ellos [los ancianos], por ahí, no quieren hablar, alguno se siente un poquito abandonado...

Hagámoslo hablar, sobre todo los jóvenes. Los que están en cargos de formación de los jóvenes, mándelos hablar con los curas viejos, con las monjas viejas, con los obispos viejos — dicen que las monjas no envejecen porque son eternas — mándelos a hablar. Los ancianos necesitan que les vuelvan a brillar los ojos y que

vean que en la Iglesia, en el presbiterio, en la Conferencia episcopal, en el convento, hay jóvenes que llevan adelante el cuerpo de la Iglesia. Que los oigan hablar, que les pregunten los jóvenes a ellos, y a ellos ahí les van a empezar a brillar los ojos y van a empezar a soñar. Hagan soñar a los viejos. La profecía de Joel, (Jl 3,1). Hagan soñar a los viejos. Y si los jóvenes hacen soñar a los viejos les aseguro que los viejos harán profetizar a los jóvenes.

Ir a las raíces. Yo quisiera en

esto —ya estoy terminando—
citar un Santo Padre, pero no
se me ocurre ninguno, pero voy
a citar a un Nuncio apostólico.
Me decía él, hablando de esto,
un antiguo refrán africano que
aprendió cuando él estuvo allí
—porque los Nuncios
apostólicos primero pasan por
África y ahí aprenden muchas
cosas— , y el refrán era: “Los
jóvenes caminan rápido —y lo
tienen que hacer— pero son los
viejos los que conocen el
camino”. ¿Está bien?

Queridos hermanos,
nuevamente gracias y que esta

memoria deuteronomica nos haga más alegres y agradecidos para ser servidores de unidad en medio de nuestro pueblo. Déjense mirar por el Señor, vayan a buscar al Señor, ahí, en la memoria. Mírense al espejo de vez en cuando. Y que el Señor los bendiga, que la Virgen Santa los cuide. Y de vez en cuando —como dicen en el campo— échenme un rezo. Gracias.

[1] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 94.

[2] Cf. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento de Aparecida* (29 junio 2007), 260.

[3] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 1.

20 de enero de 2018. Discurso
en la celebración mariana en
honor de la Virgen de la
Puerta.

Plaza de Armas (Trujillo)

Sábado.

Viaje apostólico de su santidad
francisco a Chile y Perú
(15-22 de enero de 2018)

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Agradezco a Mons. Héctor
Miguel sus palabras de

bienvenida en nombre de todo el Pueblo de Dios que peregrina en estas tierras.

En esta hermosa e histórica plaza de Trujillo que ha sabido impulsar sueños de libertad para todos los peruanos nos congregamos para encontrarnos con la «Mamita de Otuzco». Sé de los muchos kilómetros que tantos de ustedes han hecho para estar hoy aquí, reunidos bajo la mirada de la Madre. Esta plaza se transforma así en un santuario a cielo abierto en el que todos queremos dejarnos

mirar por la Madre, por su maternal y tierna mirada. Madre que conoce el corazón de los norteños peruanos y de tantos otros lugares; ha visto sus lágrimas, sus risas, sus anhelos. En esta plaza se quiere atesorar la memoria de un Pueblo que sabe que María es Madre y no abandona a sus hijos.

La casa se viste de fiesta de manera especial. Nos acompañan las imágenes venidas desde distintos rincones de esta región. Junto a la querida Inmaculada Virgen

de la Puerta de Otuzco, saludo y doy la bienvenida a la Santísima Cruz de Chalpón de Chiclayo, al Señor Cautivo de Ayabaca, a la Virgen de las Mercedes de Paita, el Divino Niño del Milagro de Eten, la Virgen Dolorosa de Cajamarca, la Virgen de la Asunción de Cutervo, la Inmaculada Concepción de Chota, Nuestra Señora de Alta Gracia de Huamachuco, Santo Toribio de Mogrovejo de Tayabamba — Huamachuco—, la Virgen Asunta de Chachapoyas, la Virgen de la Asunción de

Usquil, la Virgen del Socorro de Huanchoco y las reliquias de los Mártires Conventuales de Chimbote.

Cada comunidad, cada rinconcito de este suelo viene acompañado por el rostro de un santo, el amor a Jesucristo y a su Madre. Y contemplar que donde haya una comunidad, donde haya vida y corazones latiendo y ansiosos por encontrar motivos para la esperanza, para el canto, para el baile, para una vida digna... ahí está el Señor, ahí encontramos a su Madre y

también el ejemplo de tantos santos que nos ayudan a permanecer alegres en la esperanza.

Con ustedes doy gracias a la delicadeza de nuestro Dios. Él busca la forma de acercarse a cada uno de la manera que pueda recibirlo y así nacen las más distintas advocaciones.

Expresan el deseo de nuestro Dios por querer estar cerca de cada corazón porque el idioma del amor de Dios siempre se pronuncia en dialecto, no tiene otra forma de hacerlo, y además resulta esperanzador

cómo la Madre asume los rasgos de los hijos, la vestimenta, el dialecto de los suyos para hacerlos parte de su bendición. María será siempre una Madre mestiza, porque en su corazón encuentran lugar todas las sangres, porque el amor busca todos los medios para amar y ser amado. Todas estas imágenes nos recuerdan la ternura con que Dios quiere estar cerca de cada poblado, de cada familia, de vos, de vos, de mí, de todos.

Sé del amor que le tienen a la Inmaculada Virgen de la Puerta

de Otuzco que hoy junto a ustedes, quiero declarar: Virgen de la Puerta, «Madre de Misericordia y de la Esperanza».

Virgencita que, en los siglos pasados, demostró su amor por los hijos de esta tierra, cuando colocada sobre una puerta los defendió y los protegió de las amenazas que los afligían, suscitando el amor de todos los peruanos hasta nuestros días. Ella nos sigue defendiendo e indicando la Puerta que nos abre el camino a la vida auténtica, a la Vida que no se

marchita. Ella es la que sabe acompañar a cada uno de sus hijos para que vuelvan a casa. Nos acompaña y lleva hasta la Puerta que da Vida porque Jesús no quiere que nadie se quede afuera, a la intemperie. Así acompaña «la nostalgia que muchos sienten de volver a la casa del Padre, que está esperando su regreso»[\[1\]](#) y muchas veces no saben cómo volver. Decía san Bernardo: «Tú que te sientes lejos de la tierra firme, arrastrado por las olas de este mundo, en medio de borrascas y de tempestades:

mira la Estrella e invoca a María». [\[2\]](#) Ella nos indica el camino a casa, ella nos lleva a Jesús que es la Puerta de la Misericordia, y nos deja con Él, no quiere nada para sí, nos lleva a Jesús.

En el 2015 tuvimos la alegría de celebrar el Jubileo de la Misericordia. Un año en el que invitaba a todos los fieles a pasar por la Puerta de la Misericordia, «a través de la cual – escribía – cualquiera que entrará podrá experimentar el amor de Dios que consuela, que perdona y ofrece esperanza».

[3] Y quiero repetir junto a ustedes el mismo deseo que tenía entonces: «¡Cómo deseo que los años por venir estén impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios!» [4]. Cómo deseo que esta tierra que tiene a la Madre de la Misericordia y la Esperanza pueda multiplicar y llevar la bondad y la ternura de Dios a cada rincón. Porque, queridos hermanos, no hay mayor medicina para curar tantas heridas que un corazón

que sepa de misericordia, que un corazón que sepa tener compasión ante el dolor y la desgracia, ante el error y las ganas de levantarse de muchos y que no saben cómo hacerlo. La compasión es activa porque «hemos aprendido que Dios se inclina hacia nosotros (cf. Os 11,4) para que también nosotros podamos imitarlo inclinándonos hacia los hermanos». [\[5\]](#) Inclinándonos especialmente ante aquellos que más sufren. Como María, estar atentos a aquellos que no tienen el vino de la alegría, así

sucedió en las bodas de Caná. Mirando a María, no quisiera finalizar sin invitarlos a que pensemos en todas las madres y abuelas de esta Nación; son verdadera fuerza motora de la vida y de las familias del Perú. ¡Qué sería Perú sin las madres y las abuelas, qué sería nuestra vida sin ellas! El amor a María nos tiene que ayudar a generar actitudes de reconocimiento y gratitud frente a la mujer, frente a nuestras madres y abuelas que son un bastión en la vida de nuestras ciudades. Casi siempre silenciosas llevan

la vida adelante. Es el silencio y la fuerza de la esperanza. Gracias por su testimonio. Reconocer y agradecer, pero mirando a las madres y a las abuelas, quiero invitarlos a luchar contra una plaga que afecta a nuestro continente americano: los numerosos casos de feminicidio. Y son muchas las situaciones de violencia que quedan silenciadas detrás de tantas paredes. Los invito a luchar contra esta fuente de sufrimiento pidiendo que se promueva una legislación y una

cultura de repudio a toda forma de violencia.

Hermanos, la Virgen de la Puerta, Madre de la Misericordia y de Esperanza, nos muestra el camino y nos señala la mejor defensa contra el mal de la indiferencia y la insensibilidad. Ella nos lleva a su Hijo y así nos invita a promover e irradiar una *«cultura de la misericordia»*, basada en el redescubrimiento del encuentro con los demás: una cultura en la que ninguno mire al otro con indiferencia ni aparte la mirada cuando vea el

sufrimiento de los hermanos». [6] Que la Virgen les conceda esta gracia.

[1] Carta ap. *Misericordia et misera* al concluir el Jubileo extraordinario de la misericordia (20 noviembre 2016), 16.

[2] Hom. II super «Missus est», 17: PL 183, 70-71.

[3] Bula *Misericordiae vultus* (11 abril 2015), 3.

[4] *Ibíd.*, 5.

[5] Carta ap. Misericordia et misera al concluir el Jubileo extraordinario de la misericordia (20 noviembre 2016), 16.

[6] Ibíd., 20.

20 de enero de 2018. Homilía
del Santo Padre en la Santa
Misa.

Explanada de la playa de
Huanchaco (Trujillo)

Sábado.

—
Viaje apostólico de su Santidad
Francisco a Chile y Perú.
(15-22 de enero de 2018)

Estas tierras tienen sabor a
Evangelio. Todo el entorno que
nos rodea, con este inmenso
mar de fondo, nos ayuda a

comprender mejor la vivencia que los apóstoles tuvieron con Jesús; y hoy, también nosotros, estamos invitados a vivirla. Me alegra saber que han venido desde distintos lugares del norte peruano para celebrar esta alegría del Evangelio. Los discípulos de ayer, como tantos de ustedes hoy, se ganaban la vida con la pesca. Salían en barcas, como algunos de ustedes siguen saliendo en los «caballitos de totora», y tanto ellos como ustedes con el mismo fin: ganarse el pan de cada día. En eso se juegan

muchos de nuestros cansancios cotidianos: poder sacar adelante a nuestras familias y darles lo que las ayudará a construir un futuro mejor.

Esta «laguna con peces dorados», como la han querido llamar, ha sido fuente de vida y bendición para muchas generaciones. Supo nutrir los sueños y las esperanzas a lo largo del tiempo.

Ustedes, al igual que los apóstoles, conocen la bravura de la naturaleza y han experimentado sus golpes. Así como ellos enfrentaron la

tempestad sobre el mar, a ustedes les tocó enfrentar el duro golpe del «Niño costero», cuyas consecuencias dolorosas todavía están presentes en tantas familias, especialmente aquellas que todavía no pudieron reconstruir sus hogares. También por esto quise estar y rezar aquí con ustedes.

A esta eucaristía traemos también ese momento tan difícil que cuestiona y pone muchas veces en duda nuestra fe. Queremos unirnos a Jesús. Él conoce el dolor y las

pruebas; Él atravesó todos los dolores para poder acompañarnos en los nuestros. Jesús en la cruz quiere estar cerca de cada situación dolorosa para darnos su mano y ayudar a levantarnos. Porque Él entró en nuestra historia, quiso compartir nuestro camino y tocar nuestras heridas. No tenemos un Dios ajeno a lo que sentimos y sufrimos, al contrario, en medio del dolor nos entrega su mano. Estos *sacudones* cuestionan y ponen en juego el valor de nuestro espíritu y de nuestras

actitudes más elementales.

Entonces nos damos cuenta de lo importante que es no estar solos sino unidos, estar llenos de esa unión que es fruto del Espíritu Santo.

¿Qué les pasó a las muchachas del Evangelio que hemos escuchado? De repente, sienten un grito que las despierta y las pone en movimiento. Algunas se dieron cuenta que no tenían el aceite necesario para iluminar el camino en la oscuridad, otras en cambio, llenaron sus lámparas y pudieron encontrar e iluminar

el camino que las llevaba hacia el esposo. En el momento indicado cada una mostró de qué había llenado su vida. Lo mismo nos pasa a nosotros. En determinadas circunstancias nos damos cuenta con qué hemos llenado nuestra vida. ¡Qué importante es llenar nuestras vidas con ese *aceite* que permite encender nuestras lámparas en las múltiples situaciones de oscuridad y encontrar los caminos para salir adelante! Sé que, en el momento de oscuridad, cuando sintieron el

golpe del Niño, estas tierras supieron ponerse en movimiento y estas tierras tenían el *aceite* para ir corriendo y ayudarse como verdaderos hermanos. Estaba el aceite de la solidaridad, de la generosidad que los puso en movimiento y fueron al encuentro del Señor con innumerables gestos concretos de ayuda. En medio de la oscuridad junto a tantos otros fueron cirios vivos que iluminaron el camino con manos abiertas y disponibles para paliar el dolor y compartir

lo que tenían desde su pobreza. En la lectura del Evangelio, podemos observar cómo las muchachas que no tenían aceite se fueron al pueblo a comprarlo. En el momento crucial de su vida, se dieron cuenta de que sus lámparas estaban vacías, de que les faltaba lo esencial para encontrar el camino de la auténtica alegría. Estaban solas y así quedaron, solas, fuera de la fiesta. Hay cosas, como bien saben, que no se improvisan y mucho menos se compran. El alma de una comunidad se

mide en cómo logra unirse para enfrentar los momentos difíciles, de adversidad, para mantener viva la esperanza. Con esa actitud dan el mayor testimonio evangélico. El Señor nos dice: «En esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros» (Jn13,35). Porque la fe nos abre a tener un amor concreto, no de ideas, concreto, de obras, de manos tendidas, de compasión; que sabe construir y reconstruir la esperanza cuando parece que todo se

pierde. Así nos volvemos partícipes de la acción divina, esa que nos describe el apóstol Juan cuando nos muestra a Dios que enjuga las lágrimas de sus hijos. Y esta tarea divina Dios la hace con la misma ternura que una madre busca secar las lágrimas de sus hijos. Qué linda pregunta la que nos puede hacer el Señor a cada uno de nosotros al final del día: ¿cuántas lágrimas has secado hoy?

Otras *tormentas* pueden estar azotando estas costas y, en la vida de los hijos de estas

tierras, tienen efectos devastadores. Tormentas que también nos cuestionan como comunidad y ponen en juego el valor de nuestro espíritu. Se llaman violencia organizada como el «sicariato» y la inseguridad que esto genera; se llaman falta de oportunidades educativas y laborales, especialmente en los más jóvenes, que les impide construir un futuro con dignidad; o falta de techo seguro para tantas familias forzadas a vivir en zonas de alta inestabilidad y sin accesos

seguros; así como tantas otras situaciones que ustedes conocen y sufren, que como los peores huaicos destruyen la confianza mutua tan necesaria para construir una red de contención y esperanza.

Huaicos que afectan el alma y nos preguntan por el aceite que tenemos para hacerles frente.

¿Cuánto aceite tienes?

Muchas veces nos interrogamos sobre cómo enfrentar estas tormentas, o cómo ayudar a nuestros hijos a salir adelante frente a estas situaciones.

Quiero decirles: no hay otra

salida mejor que la del Evangelio: se llama Jesucristo. Llenen siempre sus vidas de Evangelio. Quiero estimularlos a que sean comunidad que se deje ungir por su Señor con el aceite del Espíritu. Él lo transforma todo, lo renueva todo, lo conforta todo. En Jesús, tenemos la fuerza del Espíritu para no naturalizar lo que nos hace daño, no hacerlo una cosa natural, no naturalizar lo que nos seca el espíritu y lo que es peor, nos roba la esperanza. ¡Los peruanos, en este momento de

su historia, no tienen derecho a dejarse robar la esperanza! En Jesús, tenemos el Espíritu que nos mantiene unidos para sostenernos unos a otros y hacerle frente a aquello que quiere llevarse lo mejor de nuestras familias. En Jesús, Dios nos hace comunidad creyente que sabe sostenerse; comunidad que espera y por lo tanto lucha para revertir y transformar las múltiples adversidades; comunidad amante porque no permite que nos crucemos de brazos. Con Jesús, el alma de este pueblo

de Trujillo podrá seguir llamándose «la ciudad de la eterna primavera», porque con Él todo es una oportunidad para la esperanza.

Sé del amor que esta tierra tiene a la Virgen, y sé cómo la devoción a María los sostiene siempre llevándolos a Jesucristo. Y dándonos el único consejo que siempre repite: «Hagan lo que él les diga» (cf. *Jn 2,5*). Pidámosle a ella que nos ponga bajo su manto y que nos lleve siempre a su Hijo; pero digámoselo cantando con esa hermosa marinera:

«Virgencita de la puerta,
échame tu bendición.

Virgencita de la puerta, danos
paz y mucho amor». ¿Se
animan a cantarla? ¿La
cantamos juntos? ¿Quién
empieza a cantar? «Virgencita
de la Puerta...» ¿Nadie canta?
¿El coro tampoco? Entonces se
lo decimos, si no lo cantamos.
Juntos: «Virgencita de la
puerta, échame tu bendición.
Virgencita de la puerta, danos
paz y mucho amor».

21 de enero de 2018. Discurso
en el encuentro con los
obispos.

Palacio Arzobispal (Lima)

Domingo.

Viaje apostólico de su santidad
francisco a Chile y Perú
(15-22 de enero de 2018)

*Queridos hermanos en el
episcopado:*

Gracias por las palabras que
me han dirigido el señor
Cardenal Arzobispo de Lima, y

el Señor Presidente de la Conferencia Episcopal en nombre de todos los presentes. Tenía ganas de estar con ustedes. Mantengo un buen recuerdo de la visita *ad limina* del año pasado. Creo que ahí hablamos muchas cosas por eso lo que voy a decir hoy no va a ser tan extenso. Los días transcurridos entre ustedes han sido muy intensos y gratificantes. Pude escuchar y vivir las distintas realidades que conforman estas tierras — una representación—, y compartir de cerca la fe del

santo Pueblo fiel de Dios, que nos hace tanto bien. Gracias por la oportunidad de poder «tocar» la fe del Pueblo, de ese Pueblo que Dios les ha confiado. Y realmente aquí no se puede no tocar. Si vos no tocáis la fe del Pueblo, la fe del Pueblo no te toca a vos; pero estar ahí, las calles repletas, es una gracia y hay que ponerse de rodillas.

El lema de este viaje nos habla de *unidad* y de *esperanza*. Es un programa arduo, pero a la vez provocador, que nos evoca las proezas de santo Toribio de

Mogrovejo, Arzobispo de esta Sede y patrono del episcopado latinoamericano, un ejemplo de «constructor de unidad eclesial», como lo definió mi predecesor san Juan Pablo II en su primer Viaje Apostólico a esta tierra[\[1\]](#).

Es significativo que este santo Obispo sea representado en sus retratos como un «nuevo Moisés». Como saben, en el Vaticano se custodia un cuadro en el que aparece santo Toribio atravesando un río caudaloso, cuyas aguas se abren a su paso como si se tratase del mar

Rojo, para que pudiera llegar a la otra orilla donde lo espera un numeroso grupo de nativos. Detrás de santo Toribio hay una gran multitud de personas, que es el pueblo fiel que sigue a su pastor en la tarea de la evangelización[2]. En la Pinacoteca Vaticana está esto. Esta hermosa imagen me «da pie» para centrar en ella mi reflexión con ustedes. *Santo Toribio, el hombre que quiso llegar a la otra orilla.*

Lo vemos desde el momento en que asume el mandato de venir a estas tierras con la misión de

ser padre y pastor. Dejó terreno seguro para adentrarse en un universo totalmente nuevo, desconocido y desafiante. Fue hacia una tierra prometida guiado por la fe como «garantía de los bienes que se esperan» (*Hb 11,1*). Su fe y su confianza en el Señor lo impulsó, y lo va a impulsar a lo largo de toda su vida a llegar a la otra orilla, donde Él lo esperaba en medio de una multitud.

1. Quiso llegar a la otra orilla en busca de los lejanos y dispersos. Para ello tuvo que

dejar la comodidad del obispado y recorrer el territorio confiado, en continuas visitas pastorales, tratando de llegar y estar allí donde se lo necesitaba, y ¡cuánto se lo necesitaba! Iba al encuentro de todos por caminos que, al decir de su secretario, eran más para las cabras que para las personas. Tenía que enfrentar los más diversos climas y geografías, «de 22 años de episcopado —22 y un cachito—, 18 los pasó fuera de Lima, fuera de su ciudad, recorriendo por tres veces su territorio» [\[3\]](#), que iba desde

Panamá hasta el inicio de la capitanía de Chile, que no sé dónde empezaba en aquel momento —quizás a la altura de Iquique, no estoy seguro—, pero hasta el inicio de la capitanía de Chile. ¡Como cualquiera de las diócesis de ustedes, no más...! Dieciocho años recorriendo tres veces su territorio, sabía que esta era la única forma de pastorear: estar cerca proporcionando los auxilios divinos, exhortación que también realizaba continuamente a sus presbíteros. Pero no lo hacía de

palabra sino con su testimonio, estando él mismo en la primera línea de la evangelización. Hoy le llamaríamos un Obispo «callejero». Un obispo con suelas gastadas por andar, por recorrer, por salir al encuentro para «anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie» [4]. ¡Cómo sabía esto santo Toribio! Sin miedo y sin asco se adentró en nuestro continente para anunciar la buena nueva.

2. Quiso llegar a la otra orilla no sólo geográfica sino cultural. Fue así como promovió por muchos medios una evangelización en la lengua nativa. Con el tercer Concilio Limense, procuró que los catecismos fueran realizados y traducidos en quechua y aymara. Impulsó al clero a que estudiara y conociera el idioma de los suyos para poder administrarles los sacramentos de forma comprensible. Yo pienso a la reforma litúrgica de Pío XII, cuando empezó con

esto a retomar para toda la Iglesia... Visitando y viviendo con su Pueblo se dio cuenta de que no alcanzaba llegar tan sólo físicamente, sino que era necesario aprender a hablar el lenguaje de los otros, sólo así, llegaría el Evangelio a ser entendido y penetrar en el corazón. ¡Cuánto urge esta visión para nosotros, pastores del siglo XXI!, que nos toca aprender un lenguaje totalmente nuevo como es el digital, por citar un ejemplo. Conocer el lenguaje actual de nuestros jóvenes, de nuestras

familias, de los niños... Como bien supo verlo santo Toribio, no alcanza solamente llegar a un lugar y ocupar un territorio, es necesario poder despertar procesos en la vida de las personas para que la fe arraigue y sea significativa. Y para eso tenemos que hablar su lengua. Es necesario llegar ahí donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas, alcanzar con la Palabra de Jesús los núcleos más profundos del alma de nuestras ciudades y de nuestros pueblos[5]. La evangelización de la cultura

nos pide entrar en el corazón de la cultura misma para que ésta sea iluminada desde adentro por el Evangelio. Estoy seguro que me conmovió, anteayer, en Puerto Maldonado, cuando... —entre todos esos nativos que había ahí de tantas etnias—, me conmovió cuando tres me trajeron una estola; todos pintados, con sus trajes: eran diáconos permanentes. Anímense, anímense, así lo hacía Toribio. En aquella época no había diáconos permanentes, había catequistas, pero en su lengua,

en su cultura, y ahí se metió. Me conmovió ver a esos diáconos permanentes.

3. Quiso llegar a la otra orilla de la caridad. Para nuestro patrono la evangelización no podía darse lejos de la caridad. Porque sabía que la forma más sublime de la evangelización era plasmar en la propia vida la entrega de Jesucristo por amor a cada uno de los hombres. Los hijos de Dios y los hijos del demonio se manifiestan en esto: el que no practica la justicia no es de Dios, ni

tampoco el que no ama a su hermano (cf. *1 Jn 3,10*). En sus visitas pudo constatar los abusos y los excesos que sufrían las poblaciones originarias, y así no le tembló el pulso, en 1585, cuando excomulgó al corregidor de Cajatambo, enfrentándose a todo un sistema de corrupción y tejido de intereses que «arrastraba la enemistad de muchos», incluyendo al Virrey[\[6\]](#). Así nos muestra al pastor que sabe que el bien espiritual no puede nunca separarse del justo bien

material y tanto más cuando se pone en riesgo la integridad y la dignidad de las personas. Profecía episcopal que no tiene miedo a denunciar los abusos y excesos que se cometen frente a su pueblo. Y de este modo logra recordar dentro de la sociedad y de sus comunidades que la caridad siempre va acompañada de la justicia y no hay auténtica evangelización que no anuncie y denuncie toda falta contra la vida de nuestros hermanos, especialmente contra la vida de los más vulnerables. Es una alerta a

cualquier tipo de coqueteo mundano que nos ata las manos por algunas migajas; la libertad del Evangelio...

4. Quiso llegar a la otra orilla en la formación de sus sacerdotes. Fundó el primer seminario postconciliar en esta zona del mundo, impulsando de esta manera la formación del clero nativo. Entendió que no bastaba llegar a todos lados y hablar la misma lengua, que era necesario que la Iglesia pudiera engendrar a sus propios pastores locales y así se

convirtiera en madre fecunda. Para ello defendió la ordenación de los mestizos —cuando estaba muy discutida la misma — buscando alentar y estimular a que el clero, si se tenía que diferenciar en algo, era por la santidad de sus pastores y no por la procedencia racial[7]. Y esta formación no se limitaba solamente al estudio en el seminario, sino que proseguía en las continuas visitas que les realizaba, estaba cerca de sus curas. Ahí podía ver de primera mano el «estado de sus curas», preocupándose por ellos.

Cuenta la leyenda que en las vísperas de Navidad su hermana le regaló una camisa para que la estrenara en las fiestas. Ese día fue a visitar a un cura y al ver la situación en que vivía, se sacó su camisa y se la entregó[8]. Es el pastor que conoce a sus sacerdotes. Busca alcanzarlos, acompañarlos, estimularlos, amonestarlos —le recordó a sus curas que eran pastores y no comerciantes y por lo tanto, habrían de cuidar y defender a los indios como a hijos—[9]. Pero no lo hace desde «el

escritorio», y así puede conocer a sus ovejas y ellas reconocen en su voz, la voz del Buen Pastor.

5. Quiso llegar a la otra orilla, la de la unidad. Promovió de manera admirable y profética la formación e integración de espacios de comunión y participación entre los distintos integrantes del Pueblo de Dios. Así lo señaló san Juan Pablo II cuando, en estas tierras, hablándole a los obispos decía: «El tercer Concilio Limense es el resultado de ese esfuerzo,

presidido, alentado y dirigido por santo Toribio, y que fructificó en un precioso tesoro de unidad en la fe, de normas pastorales y organizativas a la vez que en válidas inspiraciones para la deseada integración latinoamericana» [\[10\]](#). Bien sabemos, que esta unidad y consenso fue precedida de grandes tensiones y conflictos. No podemos negar las tensiones, existen, las diferencias, existen; es imposible una vida sin conflictos. Pero estos nos

exigen, si somos hombres y cristianos, mirarlos de frente, asumirlos. Pero asumirlos en unidad, en diálogo honesto y sincero, mirándonos a la cara y cuidándonos de caer en tentación, o de ignorar lo que pasó o quedar prisioneros y sin horizontes que ayuden a encontrar caminos que sean de unidad y de vida. Resulta inspirador, en nuestro camino de Conferencia Episcopal, recordar que la unidad siempre prevalecerá sobre el conflicto[11]. Queridos hermanos obispos, trabajen

para la unidad, no se queden presos de divisiones que parcializan y reducen la vocación a la que hemos sido llamados: ser sacramento de comunión. No se olviden que lo que atraía de la Iglesia primitiva era ver cómo se amaban. Esa era, es y será la mejor evangelización.

6. Y a santo Toribio le llegó el momento de cruzar hacia la orilla definitiva, hacia esa tierra que lo esperaba y que iba degustando en su continuo dejar la orilla. Este nuevo partir, no lo hacía solo. Al igual

que el cuadro que les comentaba al inicio, iba al encuentro de los santos seguido de una gran muchedumbre a sus espaldas. Es el pastor que ha sabido cargar «su valija» con rostros y nombres. Ellos eran su pasaporte al cielo. Y fue tan así que no quisiera dejar de lado el acorde final, el momento en que el pastor entregaba su alma a Dios. Lo hizo en un caserío junto a su pueblo y un aborigen le tocaba la chirimía para que el alma de su pastor se sintiera en paz. Ojalá,

hermanos, que cuando tengamos que emprender el último viaje podamos vivir estas cosas. Pidamos al Señor que nos lo conceda [\[12\]](#).
Recemos unos por los otros y recen por mí. Gracias.

[1] Discurso al episcopado peruano (2 febrero 1985), 3.

[2] Cf. Milagro de santo Toribio, Pinacoteca vaticana.

[3] Jorge Mario Bergoglio, Homilía en la celebración Eucarística,

Aparecida (16 mayo 2007).

[4] Exhort. ap. Evangelii gaudium, 23.

[5] Cf. Exhort. ap. . Evangelii gaudium, 74.

[6] Cf. Ernesto Rojas Ingunza, El Perú de los Santos, en: Kathy Perales Ysla (coord.), Cinco Santos del Perú. Vida, obra y tiempo, Lima (2016), 57.

[7] Cf. José Antonio Benito Rodríguez, Santo Toribio de Mogrovejo, en: Kathy Perales Ysla (coord.), Cinco Santos del

Perú. Vida, obra y tiempo, 178.

[8] Cf. *ibíd.*, 180.

[9] Cf. Juan Villegas, *Fiel y evangelizador. Santo Toribio de Mogrovejo, patrono de los obispos de América Latina*, Montevideo (1984), 22.

[10] Juan Pablo II, *Discurso al episcopado peruano* (2 febrero 1985), 3.

[11] Cf. *Exhort. ap. . Evangelii gaudium*, 226-230.

[12] Cf. Jorge Mario Bergoglio, *Homilía en la*

celebración Eucarística,
Aparecida (16 mayo 2007).

21 de enero de 2018.

Homilía del Santo Padre y rezo de la hora tercia con religiosas contemplativas.

Santuario del Señor de los Milagros, Lima.

Domingo.

Viaje apostólico de su Santidad Francisco a Chile y Perú.

(15-22 de enero de 2018)

Queridas hermanas de los diversos monasterios de vida contemplativa:

¡Qué bueno es estar aquí, en este Santuario del Señor de los Milagros, tan frecuentado por los peruanos, para pedirle su gracia y para que nos muestre su cercanía y su misericordia! Él, que es «faro que guía, que nos ilumina con su amor divino». Al verlas a ustedes aquí, me viene un mal pensamiento: que aprovecharon para salir del convento un rato y dar un paseíto. Gracias, Madre Soledad, por sus palabras de bienvenida, y a todas ustedes que desde el silencio del

claustro caminan siempre a mi lado. Y también – me lo van a permitir porque me toca el corazón – desde aquí mandar un saludo a mis cuatro Carmelos de Buenos Aires. También a ellas las quiero poner ante el Señor de los Milagros, porque ellas me acompañaron en mi ministerio en aquella diócesis, y quiero que estén aquí para que el Señor las bendiga. No se ponen celosas, ¿no? [Responden: “No”].

Escuchamos las palabras de san Pablo, recordándonos que

hemos recibido el espíritu de adopción filial que nos hace hijos de Dios (cf. *Rm* 8,15-16). Esas pocas palabras condensan la riqueza de toda vocación cristiana: el gozo de sabernos hijos. Esta es la experiencia que sustenta nuestras vidas, la cual quiere ser siempre una respuesta agradecida a ese amor. ¡Qué importante es renovar día a día este gozo! Sobre todo en los momentos en que el gozo parece que se fue o el alma está nublada o hay cosas que no se entienden; ahí volverlo a pedir y renovar:

“Soy hija, soy hija de Dios”.
Un camino privilegiado que tienen ustedes para renovar esta certeza es la vida de oración, oración comunitaria y personal. La oración es el núcleo de vuestra vida consagrada, vuestra vida contemplativa, y es el modo de cultivar la experiencia de amor que sostiene nuestra fe, y como bien nos decía la Madre Soledad, es una oración siempre misionera. No es una oración que rebota en los muros del convento y vuelve para atrás, no, es una oración

que va y sale, y sale...

La oración misionera es la que logra unirse a los hermanos en las variadas circunstancias en que se encuentran y rezar para que no les falte el amor y la esperanza. Así lo decía santa Teresita del Niño Jesús:

«Entendí que sólo el amor es el que impulsa a obrar a los miembros de la Iglesia y que, si faltase el amor, ni los apóstoles anunciarían ya el Evangelio, ni los mártires derramarían su sangre. Reconocí claramente y me convencí de que el amor encierra en sí todas las

vocaciones, que el amor lo es todo, que abarca todos los tiempos y lugares, en una palabra, que el amor es eterno... En el corazón de la Iglesia, que es mi madre, yo seré el amor»[\[1\]](#). Ojalá que cada una de ustedes pueda decir esto. Si alguna está media flojita y se le apagó el fueguito del amor, ¡pídale!, ¡pídale! Es un regalo de Dios amor poder amar.

¡Ser el amor! Es saber estar al lado del sufrimiento de tantos hermanos y decir con el salmista: «En el peligro grité al

Señor, y me escuchó,
poniéndome a salvo»
(*Sal* 117,5). Así vuestra vida en
clausura logra tener un alcance
misionero y universal y «un
papel fundamental en la vida
de la Iglesia. Rezan e
interceden por muchos
hermanos y hermanas presos,
emigrantes, refugiados y
perseguidos; por tantas
familias heridas, por las
personas en paro, por los
pobres, por los enfermos, por
las víctimas de dependencias,
por no citar más que algunas
situaciones que son cada día

más urgentes. Ustedes son como aquellos amigos que llevaron al paralítico ante el Señor, para que lo sanara (cf. *Mc 2,1-12*). No tenían vergüenza, eran "sin vergüenza", pero bien dicho. No tuvieron vergüenza de hacer un agujero en el techo y bajar al paralítico. Sean "sin vergüenza", no tengan vergüenza de hacer con la oración que la miseria de los hombres se acerque al poder de Dios. Esa es la oración vuestra. Por la oración, día y noche, acercan al Señor la vida de

muchos hermanos y hermanas que por diversas situaciones no pueden alcanzarlo para experimentar su misericordia sanadora, mientras que Él los espera para llenarlos de gracias. Por vuestra oración ustedes curan las llagas de tantos hermanos»[\[2\]](#).

Por eso mismo podemos afirmar que la vida de clausura no encierra ni encoge el corazón sino que lo ensancha ¡Ay! de la monja que tiene el corazón encogido. Por favor, busquen remedio. No se puede ser monja contemplativa con el

corazón encogido. Que vuelva a respirar, que vuelva a ser un corazón grande. Además, las monjas encogidas son monjas que han perdido la fecundidad y no son madres; se quejan de todo, no sé, amargadas, siempre están buscando un "tiquismiquis" para quejarse. La santa Madre [Teresa de Jesús] decía: «!Ay! de la monja que dice: "hiciéronme sin razón, me hicieron una injusticia". En el convento no hay lugar para las "coleccionistas de injusticias", sino hay lugar para aquellas que abren el corazón y saben

llevar la cruz, la cruz fecunda,
la cruz del amor, la cruz que da
vida.

El amor ensancha el corazón, y
por tanto con el Señor vamos
adelante, porque él nos hace
capaz de sentir de un modo
nuevo el dolor, el sufrimiento,
la frustración, la desventura de
tantos hermanos que son
víctimas en esta «cultura del
descarte» de nuestro tiempo.
Que la intercesión por los
necesitados sea la
característica de vuestra
plegaria. Con los brazos en alto
como Moisés, con el corazón así

tendido, pidiendo... Y cuando sea posible ayúdenlos, no sólo con la oración, sino también con el servicio concreto.

Cuántos conventos de ustedes, sin faltar la clausura, respetando el silencio, en algunos momentos de locutorio pueden hacer tanto bien.

La oración de súplica que se hace en sus monasterios sintoniza con el Corazón de Jesús que implora al Padre para que todos seamos uno, así el mundo creará (cf. *Jn 17,21*).

¡Cuánto necesitamos de la unidad en la Iglesia! Que todos

sean uno. ¡Cuánto necesitamos que los bautizados sean uno, que los consagrados sean uno, que los sacerdotes sean uno, que los obispos sean uno! ¡Hoy y siempre! Unidos en la fe.

Unidos por la esperanza.

Unidos por la caridad. En esa unidad que brota de la comunión con Cristo que nos une al Padre en el Espíritu y, en la Eucaristía, nos une unos con otros en ese gran misterio que es la Iglesia. Les pido, por favor, que recen mucho por la unidad de esta amada Iglesia peruana porque está tentada

de desunión. A ustedes le encomiendo la unidad, la unidad de la Iglesia, la unidad de los agentes pastorales, de los consagrados, del clero y de los obispos. El demonio es mentiroso y, además, es chismoso, le encanta andar llevando de un lado para otro, busca dividir, quiere que en la comunidad unas hablen mal de las otras. Esto lo dije muchas veces, así que me repito: ¿saben lo que es la monja chismosa? Es terrorista, peor que los de Ayacucho hace años, peor, porque el chisme es como

una bomba, entonces va y "suiff, suiff suiff" como el demonio, tira la bomba, destruye y se va tranquila. Monjas terroristas no, sin chismes. Ya saben que el mejor remedio para no chismear es morderse la lengua. La enfermera va a tener trabajo porque se les va a inflamar la lengua, pero no tiraron la bomba. O sea, que no haya chismes en el convento, porque eso lo inspira el demonio, porque es chismoso por naturaleza y es mentiroso. Y acuérdense de los terroristas de Ayacucho cuando tengan

ganas de pasar un chisme. Esfuércense en la vida fraterna, haciendo que cada monasterio sea un faro que pueda iluminar en medio de la desunión y la división. Ayuden a profetizar que esto es posible. Que todo aquel que se acerque a ustedes pueda pregonar la bienaventuranza de la caridad fraterna, tan propia de la vida consagrada y tan necesitada en el mundo de hoy y en nuestras comunidades.

Cuando se vive la vocación en fidelidad, la vida se hace anuncio del amor de Dios. Les

pido que no dejen de dar ese testimonio. En esta Iglesia de Nazarenas Carmelitas Descalzas, me permito recordar las palabras de la Maestra de vida espiritual, santa Teresa de Jesús: «Si pierden la guía, que es el buen Jesús, nunca acertarán el camino». Siempre detrás de Él. "Ay, padre, pero a veces Jesús termina en el Calvario". Pues andá vos ahí también, que ahí también te espera, porque te quiere. «Porque el mismo Señor dice que es camino; también dice el Señor que es luz, y que no

puede nadie ir al Padre sino por Él» [\[3\]](#).

Queridas hermanas, sepan una cosa: la Iglesia no las tolera a ustedes, las necesita! La Iglesia las necesita. Con su vida fiel sean faros e indiquen a Aquel que es camino, verdad y vida, al único Señor que ofrece plenitud a nuestra existencia y da vida en abundancia [\[4\]](#).

Recen por la Iglesia, recen por los pastores, por los consagrados, por las familias, por los que sufren, por los que hacen daño y destruyen tanta gente, por los que explotan a

sus hermanos. Y por favor, siguiendo con la lista de pecadores no se olviden, de rezar por mí. Gracias.

[1] *Manuscritos autobiográficos*, Lisieux (1957), 227-229.

[2] Const. ap. *Vultum Dei quaerere*, sobre la vida contemplativa femenina (29 junio 2016), 16.

[3] *Libro de las Moradas*, VI, cap. 7, n. 6.

[4] Cf. Const. ap. *Vultum Dei*

quaerere, sobre la vida
contemplativa femenina (29
junio 2016), 6.

21 de enero de 2018. Santa Misa.

Base Aérea de Las Palmas (Lima)

Domingo.

-
Viaje apostólico de su Santidad Francisco a Chile y Perú.
(15-22 de enero de 2018)

Homilía del Santo Padre

Saludo Final

Homilía del Santo Padre

«Levántate y vete a Nínive, la gran ciudad, y predícales el mensaje que te digo»

(*Jon 3,2*). Con estas palabras, el Señor se dirigía a Jonás poniéndolo en movimiento hacia esa gran ciudad que estaba a punto de ser destruida por sus muchos males. También vemos a Jesús en el Evangelio de camino hacia Galilea para predicar su buena noticia (cf. *Mc 1,14*). Ambas lecturas nos revelan a Dios en movimiento de cara a las

ciudades de ayer y de hoy. El Señor se pone en camino: va a Nínive, a Galilea... a Lima, a Trujillo, a Puerto Maldonado... aquí viene el Señor. Se pone en movimiento para entrar en nuestra historia personal y concreta. Lo hemos celebrado hace poco: es el Emmanuel, el Dios que quiere *estar siempre con nosotros*. Sí, aquí en Lima, o en donde estés viviendo, en la vida cotidiana del trabajo rutinario, en la educación esperanzadora de los hijos, entre tus anhelos y desvelos; en la intimidad del hogar y en

el ruido ensordecedor de nuestras calles. Es allí, en medio de los caminos polvorientos de la historia, donde el Señor viene a tu encuentro.

Algunas veces nos puede pasar lo mismo que a Jonás. Nuestras ciudades, con las situaciones de dolor e injusticia que a diario se repiten, nos pueden generar la tentación de huir, de escondernos, de zafar. Y razones, ni a Jonás ni a nosotros nos faltan. Mirando la ciudad podríamos comenzar a constatar que existen

«ciudadanos que consiguen los medios adecuados para el desarrollo de la vida personal y familiar —y eso nos alegra—, el problema está en que son muchísimos los “no ciudadanos”, “los ciudadanos a medias” o los “sobrantes urbanos”» [\[1\]](#) que están al borde de nuestros caminos, que van a vivir a las márgenes de nuestras ciudades sin condiciones necesarias para llevar una vida digna y duele constatar que muchas veces entre estos «sobrantes humanos» se encuentran

rostros de tantos niños y adolescentes. Se encuentra el rostro del futuro.

Y al ver estas cosas en nuestras ciudades, en nuestros barrios —que podrían ser un espacio de encuentro y solidaridad, de alegría— se termina provocando lo que podemos llamar el síndrome de Jonás: un espacio de huida y desconfianza (cf. *Jon* 1,3). Un espacio para la indiferencia, que nos transforma en anónimos y sordos ante los demás, nos convierte en seres impersonales de corazón

cauterizado y, con esta actitud, lastimamos el alma del pueblo, de este pueblo noble. Como nos lo señalaba Benedicto XVI, «la grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. [...] Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana» [\[2\]](#). Cuando arrestaron a Juan, Jesús se dirigió a Galilea a

proclamar el Evangelio de Dios. A diferencia de Jonás, Jesús, frente a un acontecimiento doloroso e injusto como fue el arresto de Juan, entra en la ciudad, entra en Galilea y comienza desde ese pequeño pueblo a sembrar lo que sería el inicio de la mayor esperanza: El Reino de Dios está cerca, Dios está entre nosotros. Y el Evangelio mismo nos muestra la alegría y el efecto en cadena que esto produce: comenzó con Simón y Andrés, después Santiago y Juan (cf. *Mc* 1,14-20) y, desde

esos días, pasando por santa Rosa de Lima, santo Toribio, san Martín de Porres, san Juan Macías, san Francisco Solano, ha llegado hasta nosotros anunciado por esa nube de testigos que han creído en Él. Ha llegado hasta Lima, hasta nosotros para comprometerse nuevamente como un renovado antídoto contra la globalización de la indiferencia. Porque ante este Amor, no se puede permanecer indiferentes. Jesús invitó a sus discípulos a vivir hoy lo que tiene sabor a eternidad: el amor a Dios y al

prójimo; y lo hace de la única manera que lo puede hacer, a la manera divina: suscitando la ternura y el amor de misericordia, suscitando la compasión y abriendo sus ojos para que aprendan a mirar la realidad a la manera divina. Los invita a generar nuevos lazos, nuevas alianzas portadoras de eternidad. Jesús *camina la ciudad* con sus discípulos y comienza a ver, a escuchar, a prestar atención a aquellos que habían sucumbido bajo el manto de la indiferencia, lapidados por el

grave pecado de la corrupción. Comienza a develar muchas situaciones que asfixiaban la esperanza de su pueblo suscitando una nueva esperanza. Llama a sus discípulos y los invita a ir con Él, los invita a caminar la ciudad, pero les cambia el ritmo, les enseña a mirar lo que hasta ahora pasaban por alto, les señala nuevas urgencias. Conviértanse, les dice, el Reino de los Cielos es encontrar en Jesús a Dios que se mezcla vitalmente con su pueblo, se implica e implica a

otros a no tener miedo de hacer de esta historia, una historia de salvación (cf. *Mc* 1,15.21 y ss.).

Jesús sigue caminando por nuestras calles, sigue al igual que ayer golpeando puertas, golpeando corazones para volver a encender la esperanza y los anhelos: que la degradación sea superada por la fraternidad, la injusticia vencida por la solidaridad y la violencia callada con las armas de la paz. Jesús sigue invitando y quiere ungirnos con su Espíritu para que también

nosotros salgamos a ungir con esa unción, capaz de sanar la esperanza herida y renovar nuestra mirada.

Jesús sigue caminando y *despierta la esperanza* que nos libra de conexiones vacías y de análisis impersonales e invita a involucrarnos como fermento allí donde estemos, donde nos toque vivir, en ese rinconcito de todos los días. El Reino de los cielos está entre ustedes —nos dice— está allí donde nos animemos a tener un poco de ternura y compasión, donde no tengamos

miedo a generar espacios para que los ciegos vean, los paralíticos caminen, los leprosos sean purificados y los sordos oigan (cf. *Lc 7,22*) y así todos aquellos que dábamos por perdidos gocen de la Resurrección. Dios no se cansa ni se cansará de caminar para llegar a sus hijos. A cada uno. ¿Cómo encenderemos la esperanza si faltan profetas? ¿Cómo encararemos el futuro si nos falta unidad? ¿Cómo llegará Jesús a tantos rincones, si faltan audaces y valientes testigos?

Hoy el Señor te invita a caminar con Él la ciudad, te invita a caminar con Él tu ciudad. Te invita a que seas discípulo misionero, y así te vuelvas parte de ese gran susurro que quiere seguir resonando en los distintos rincones de nuestra vida: ¡Alégrate, el Señor está contigo!

Saludo Final

Doy las gracias al Cardenal Juan Luis Cipriani, Arzobispo de

Lima, por sus palabras, y a los obispos de Puerto Maldonado y de Trujillo, cuyas jurisdicciones eclesiásticas pude visitar durante estos días. También doy gracias al presidente de la Conferencia Episcopal, a mis hermanos obispos por su presencia y a todos ustedes que han hecho posible que esta visita dejara una huella en mi corazón.

Agradezco a todos los que han hecho posible este viaje, que fueron muchos y muchos anónimos. En primer lugar, al señor Presidente Pedro Pablo

Kuczynski, a las autoridades civiles, a los miles de voluntarios que con su trabajo silencioso y abnegado como «hormiguitas» contribuyeron para que todo pudiera concretarse. Gracias voluntarios anónimos. Agradezco a la comisión organizadora y a todos los que con su dedicación y esfuerzo hicieron posible este encuentro. De modo especial quiero agradecer al grupo de arquitectos que han diseñado los tres altares en las tres ciudades. Que Dios les

conserve buen gusto. Me ha hecho bien encontrarme con ustedes.

Comenzaba mi peregrinación entre ustedes diciendo que Perú es tierra de esperanza.

Tierra de esperanza por la biodiversidad que la compone, con la belleza de una geografía capaz de ayudarnos a descubrir la presencia de Dios.

Tierra de esperanza por la riqueza de sus tradiciones y costumbres que han marcado el alma de este pueblo.

Tierra de esperanza por los jóvenes, los cuales no son el

futuro, sino el presente de Perú. A ellos les pido que descubran en la sabiduría de sus abuelos, de sus ancianos, el ADN que guió a sus grandes santos. Chicas y chicos, por favor, no se desarraiguen.

Abuelos y ancianos, no dejen de transmitir a las jóvenes generaciones las raíces de su pueblo y la sabiduría del camino para llegar al cielo. A todos los invito a no tener miedo a ser los santos del siglo XXI.

Hermanos peruanos, tienen tantos motivos para esperar, lo

vi, lo "toqué" en estos días. Por favor, cuiden la esperanza, que no se la roben. No hay mejor manera de cuidar la esperanza que permanecer unidos, para que todos estos motivos que la sostienen, crezcan cada día más.

La esperanza no defrauda (cf. Rm 5,5).

Los llevo en el corazón.

Que Dios los bendiga. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.

[1] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 74.

[2] Carta enc. *Spe salvi*, 38.

21 de enero de 2018.
ÁNGELUS.

Plaza de Armas, Lima.

Domingo.

Viaje apostólico de su Santidad
Francisco a Chile y Perú.
(15-22 de enero de 2018)

Palabras a los jóvenes antes del Ángelus

Queridos jóvenes:

Me alegra poder reunirme con
ustedes. Estos encuentros para
mí son muy importantes y más

en este año en el cual nos preparamos para el Sínodo sobre los jóvenes. Sus rostros, sus búsquedas, sus vidas, son importantes para la Iglesia y debemos darle la importancia que se merecen y tener la valentía que tuvieron muchos jóvenes de esta tierra que no se asustaron de amar y jugar su vida por Jesús.

¡Queridos amigos, cuántos ejemplos tienen ustedes! Pienso en san Martín de Porres. Nada le impidió a ese joven cumplir sus sueños, nada le impidió gastar su vida por los

demás, nada le impidió amar y lo hizo porque había experimentado que el Señor lo había amado primero. Así como era: mulato, y teniendo que enfrentar muchas privaciones. A los ojos humanos, o de sus amigos, parecía que tenía todo para «perder» pero él supo hacer algo que sería el secreto de su vida: confiar. Confiar en el Señor que lo amaba, ¿y saben por qué? Porque el Señor había confiado primero en él; como confía en cada uno de ustedes y no se cansará nunca de confiar. A cada uno de

nosotros el Señor nos confiaba algo, y la respuesta es confiar en Él. Cada uno de ustedes piense ahora en su corazón: qué me confió el Señor? ¿Qué me confió el Señor? Cada uno piense... ¿Qué tengo en mi corazón que me confió el Señor?

Me podrán decir: pero hay veces que se vuelve muy difícil. Los entiendo. En esos momentos pueden venir pensamientos negativos, sentir que hay muchas situaciones que se nos vienen encima y pareciera que nos vamos

quedando «fuera del mundial»; pareciera que nos van ganando. Pero no es así, aun en los momentos en que ya se nos viene la descalificación seguir confiando.

Hay momentos donde pueden sentir que se quedan sin poder realizar el deseo de sus vidas, de sus sueños. Todos pasamos por situaciones así. En esos momentos donde parece que se apaga la fe no se olviden que Jesús está a su lado. ¡No se den por vencidos, no pierdan la esperanza! No se olviden de los santos que desde el cielo nos

acompañan; acudan a ellos, recen y no se cansen de pedir su intercesión. Esos santos de ayer pero también de hoy: esta tierra tiene muchos, porque es una tierra «ensantada». Perú es una tierra "ensantada".

Busquen la ayuda y el consejo de personas que ustedes saben que son buenas para aconsejar porque sus rostros muestran alegría y paz. Déjense acompañar por ellas y así andar el camino de la vida.

Pero hay algo más: Jesús quiere verlos en movimiento. A vos te quiere ver llevar

adelante tus ideales, y que te
animes a seguir sus
instrucciones. Él los llevará por
el camino de las
bienaventuranzas, un camino
nada fácil pero apasionante, es
un camino que no se puede
recorrer sólo, hay que
recorrerlo en equipo, donde
cada uno puede colaborar con
lo mejor de sí. Jesús cuenta
contigo como lo hizo hace
mucho tiempo con santa Rosa
de Lima, santo Toribio, san
Juan Macías, san Francisco
Solano y tantos otros. Y hoy te
pregunta a vos si, al igual que

ellos: ¿estás dispuesto, estás dispuesta a seguirlo?

[Responden: "Si"] ¿Hoy, mañana, vas a estar dispuesto o dispuesta a seguirlo?

[Responden: "Si"] ¿Y dentro de una semana? [responden:

"También"] No estés tan seguro, no estés tan segura.

Mira, si quieres estar dispuesto a seguirlo, pídele a Él que te prepare el corazón para estar dispuesto a seguirlo, ¿está claro?

Queridos amigos, el Señor los mira con esperanza, nunca se desanima de nosotros. A veces

a nosotros nos pasa que nos desanimamos de un amigo, de una amiga porque nos parecía bueno y después vimos que no era tanto, y bueno, nos desanimamos y lo dejamos de lado. Jesús nunca se desanima, nunca. "Padre, pero si usted supiera las cosas que yo hago..., yo digo una cosa pero hago otra, mi vida no es del todo limpia...". Así y todo Jesús no se desanima de vos. Y ahora, hagamos un poco de silencio. Cada uno mire en su corazón cómo es la propia vida, la mira en el corazón y vas a

encontrar que por momentos hay cosas buenas, que por momentos hay cosas que no son tan buenas, y así y todo, Jesús no se desanima de vos. Y desde tu corazón dile: "Gracias, Jesús, gracias porque viniste para acompañarme aun cuando estaba en las malas, gracias Jesús". Se lo decimos todos: "Gracias, Jesús "Gracias, Jesús" (Repiten).

Es muy lindo ver las fotos arregladas digitalmente, pero eso sólo sirve para las fotos, no podemos hacerle «*photoshop*» a los demás, a la realidad, ni a

nosotros. Los filtros de colores y la alta definición sólo andan bien en los videos, pero nunca podemos aplicárselos a los amigos. Hay fotos que son muy lindas, pero están todas trucadas, y déjenme decirles que el corazón no se puede «photoshopear», porque ahí es donde se juega el amor verdadero, ahí se juega la felicidad y ahí muestras lo que sois: ¿cómo es tu corazón?. Jesús no quiere que te «maquillen» el corazón; Él te ama así como eres y tiene un sueño para realizar con cada

uno de ustedes. No se olviden:
Él no se desanima de nosotros.
Y si ustedes se desaniman los
invito a agarrar la Biblia y
acordarse y leer ahí los amigos
que Jesús eligió, que Dios
eligió:

Moisés era tartamudo;
Abrahán, un anciano; Jeremías,
era muy joven; Zaqueo, un
petizo; los discípulos, cuando
Jesús les decía que tenían que
rezar, se dormían; la
Magdalena, una pecadora
pública; Pablo, un perseguidor
de cristianos; y Pedro, lo negó,
después lo hizo Papa, pero lo

negó... y así podríamos seguir esa lista. Jesús te quiere como sois, así como quiso como eran a estos sus amigos, con sus defectos, con ganas de corregirse, pero así como sois, así te ama el Señor. No te maquilles, no te maquilles el corazón, pero muéstrate delante de Jesús como sois para que Él te pueda ayudar a progresar en la vida.

Cuando Jesús nos mira, no piensa en lo perfecto somos, sino en todo el amor que tenemos en el corazón para brindar y para seguirlo a Él.

Para Él eso es lo importante, eso lo más grande, ¿cuánto amor tengo yo en mi corazón? Y esa pregunta quiero que la hagamos también a nuestra Madre: "Madre, querida Virgen María, mira el amor que tengo en el corazón, ¿es poco?, ¿es mucho?, no sé si es amor". Y tengan por seguro que Ella los acompañará en todos los momentos de su vida, en todas las encrucijadas de sus caminos, especialmente cuando tengan que tomar decisiones importantes. ¡No se desanimen, no se desanimen, vayan

adelante, todos juntos! ¡Porque la vida vale la pena vivirla con la frente alta! Que Dios los bendiga.

LLAMAMIENTO

Estamos en la Plaza Mayor de Lima, un lugar chiquito en una ciudad relativamente chiquita del mundo, pero el mundo es mucho más grande y está lleno de ciudades y de pueblos, y está lleno de problemas, y está lleno de guerras. Y hoy me llegan noticias muy preocupantes desde la República Democrática del Congo. Pensemos en el Congo.

En estos momentos, desde esta plaza y con todos estos jóvenes, pido a las autoridades, a los responsables y a todos en ese amado país que pongan su máximo empeño y esfuerzo a fin de evitar toda forma de violencia y buscar soluciones en favor del bien común. Todos juntos, en silencio, rezamos por esta intención, por nuestros hermanos de la República Democrática del Congo.

Angelus

¡Hasta la vista!

21 de enero de 2018.

Conferencia de prensa del Santo Padre durante el vuelo de regreso a Roma.

Domingo.

Viaje apostólico de su santidad francisco a Chile y Perú (15-22 de enero de 2018)

Greg Burke:

Santo Padre, ¡gracias! Gracias por el tiempo que nos da esta tarde, después de un viaje largo e intenso, a veces un poco de calor y húmedo, pero

un viaje rico donde usted ha tocado el corazón de la gente, el «*santo Pueblo fiel de Dios*», con un mensaje de paz y esperanza. Pero usted ha afrontado también desafíos para la Iglesia en Chile, para la Iglesia en Perú y también para las dos sociedades, con una atención especial a la dignidad humana, a los pueblos indígenas y a la Amazonia. Gracias por la oportunidad de seguirle de cerca. Y ahora tratamos de profundizar un poco en los temas del viaje.

Papa Francesco:

Buenas tardes. Gracias por su trabajo. Ha sido un viaje... no sé cómo se dice en italiano, pero en español se dice «pasteurizado», como se hace con la leche: se hace pasar del frío al calor, del calor al frío, y nosotros hemos pasado del sur de Chile, fresco, ese paisaje bellísimo, al desierto, al bosque de Maldonado, después a Trujillo, el mar, y después Lima: todas las temperaturas y todos los climas. Y esto cansa. Muchas gracias. Y ahora, las preguntas.

Greg Burke:

Tenemos preguntas de Perú y de Chile, para empezar.

Tenemos Armando Canchanya.

Papa Francisco:

Empezamos con las del viaje, todas, y cuando terminan estas, si falta algo sobre el viaje lo diré yo, y después las otras preguntas, si hay.

Greg Burke:

Perfecto. Armando Canchanya Alaya de «RPP» de Perú.

Armando Canchanya Alaya:

Santo Padre, quería agradecerle por habernos permitido acompañarlo en este viaje. Usted dijo en el vuelo de

ida que no conocía bien el Perú y en estos días ha tenido la oportunidad de recorrer tres ciudades... Quería preguntarle por este viaje en el que la gente se ha volcado a verle, incluso ha llegado cariñosamente a decirle: «Panchito, no te vayas»... ¿Qué se lleva del viaje el Santo Padre, qué se lleva del Perú?

Papa Francisco:

Me llevo la impresión de un pueblo creyente, un pueblo que pasa muchas dificultades, y las pasó históricamente, pero una fe que me impresiona. No sólo

la fe en Trujillo, donde la piedad popular es muy rica y muy fuerte, sino la fe de las calles. Ustedes vieron lo que eran las calles, y no sólo en Lima, donde evidentemente se nota, también en Trujillo. También en Puerto Maldonado yo pensaba tener el acto en un lugar como este –y era una plaza llena–, y cuando iba de un lado para otro, las calles también. O sea, un pueblo que salió a expresar su alegría y su fe. Es verdad que ustedes tienen –como dije hoy al mediodía–, ustedes son una

tierra «ensantada», son el pueblo latinoamericano que tiene más santos. Y santos de alto nivel: Toribio, Rosa, Martín, Juan. Creo que la fe la tiene muy calada dentro. Yo me llevo de Perú una impresión de alegría, de fe, de esperanza, de volver a andar, y sobre todo... muchos chicos. O sea, volví a ver esa imagen que vi en Filipinas y vi en Colombia: los papás y las mamás, a mi paso, levantando los chicos, y eso dice futuro, eso dice esperanza, porque nadie trae hijos al mundo si no tiene esperanza.

Lo único que les pido es que cuiden la riqueza, no sólo las que tienen las iglesias y los museos -que las obras de artes son geniales-, no sólo las de la historia de la santidad y de los sufrimientos que los han enriquecido mucho, sino esta riqueza de estos días que yo vi.

Ghiovani Hinojosa Navarro de «La República»:

Su Santidad, en el Perú la clase política ha defraudado al pueblo, con actos de corrupción e indultos negociados. Pero también lo han hecho algunos miembros de la Iglesia: basta

ver a las víctimas del Sodalicio de Vida Cristiana esperando justicia. ¿Qué respuesta da usted a ambos casos?

Papa Francisco:

Bien, primero el problema de la corrupción. Yo no sabría responderte históricamente el progreso de la corrupción o históricamente en otros sectores del mundo. Yo sé que en algunos países de Europa hay mucha corrupción – algunos, no todos–. Sí, en Latinoamérica hay muchos focos de corrupción. Ahora está de moda hablar de Odebrecht,

por ejemplo. Pero eso, es un botón de muestra. El origen de la corrupción es..., yo diría que es el pecado original que te lleva... Yo escribí un librito una vez, muy pequeño, que se llama «Pecado y corrupción»; y el lema que saco de eso, de ese libro, es: «pecador sí, corrupto no». Todos somos pecadores. Pero yo sé que todos nosotros, los que estamos acá, –también yo hago la voluntad de mi parte, y... pienso bien de ustedes que los hacen–, cuando se encuentran en «off side», en un pecado fuerte: «Bueno,

“esto” está mal, acá me porté mal con un amigo o robé, o hice “esto” o me drogué», y entonces me freno y trato de no hacerlo. Bueno, pero está el perdón de Dios sobre todo eso. Yo al pecado no le tengo miedo, le tengo miedo a la corrupción, porque la corrupción ya te va viciando el alma y el cuerpo; y un corrupto está tan seguro de sí mismo que no puede volver atrás. O sea, la corrupción es como esos pantanos chupadizos que vos pisáis y queréis salir, y das un paso y te vas más adentro, más adentro, más

adentro, y te chupó. Es una ciénaga... Ese sí, es la destrucción de la persona humana. Yo no sé si toqué algo, –¿si queréis preguntar algo más sobre la corrupción?, después paso al Sodalicio–. Y claro, el político tiene mucho poder. También el empresario tiene mucho poder. Un empresario que les paga la mitad a sus obreros es un corrupto, y una ama de casa que está acostumbrada y cree que es lo más normal explotar a las mucamas, ya sea con el sueldo ya sea con el modo de

tratar, es una corrupta, porque ya lo toma como normal. Una vez, recuerdo una conversación que tuve con una persona, un profesional. Y me decía cómo llevaba la cosa. Joven, tendría treinta años. Y él me decía que trataba al personal doméstico de una manera nada noble, y mencionaba las cosas que hacía con el personal doméstico. Yo le dije: «Pero... usted no puede hacer eso. Eso es pecado».

«Padre –me dice–, no vamos a comparar esa gente conmigo, esa gente está para eso». Y es lo que piensa el tratante

sexual, el tratante de trabajo esclavo: los corruptos. ¿Y en la Iglesia, hay corrupción? Sí. Hay casos de corrupción en la Iglesia. En la historia de la Iglesia siempre los hubo. Siempre los hubo, porque hombres y mujeres de Iglesia entraron en el juego de la corrupción. Y esto me sirve de puente para lo del Sodalicio. El Sodalicio empezó con un caso de una persona que parecía muy..., con mucha virtud, murió e investigando se descubrió que tenía doble vida. Es el primer caso del Sodalicio, que yo

conozco. ¡Eh! Pero esto hace 20, 25 años atrás, y después una denuncia ya de abuso, no solo sexual, sino de abuso de manipulación de conciencia para con el fundador. El proceso del fundador entró en la Santa Sede, se le dio una condena, no se lo expulsó del Sodalicio, sino que vive solo, y una persona lo atiende... Él se declara inocente de las pruebas que hubo en el juicio y apeló a la Signatura Apostólica, que es la Suprema Corte de Justicia del Vaticano. La causa está en apelación. Por los datos que tengo saldrá en

menos de un mes. Lleva un año en el proceso. En menos de un mes saldrá. Pero, ¿qué sucedió ahora? Ese juicio fue gatillo para que otras víctimas de esa persona hicieran juicio civil y eclesiástico. Entonces, si la Signatura Apostólica pone fin a este juicio primero... –si a favor o en contra–, ya no tiene sentido, porque este hombre, ahora sí, hay cosas mucho más graves que dirá la justicia, pero son varios casos graves e intervino la justicia civil, lo cual en estos casos de abusos siempre es conveniente, porque

es un derecho. Y creo, por lo que sé, pero no estoy muy al tanto, que la cosa es bastante desfavorable al fundador. Por otro lado, no era una situación personal solamente, había cosas ahí no del todo claras. Entonces, hace casi dos años yo mandé un Visitador al Sodalicio en la persona del cardenal Tobin, obispo de Newark. El cardenal Tobin hace la visita; descubre cosas que no entiende o que no están claras; nombra dos veedores económicos y este es el tercer abuso que también rozaba al fundador: el manejo

económico. ¿No? Y después de un estudio recomienda «comisariar» el Sodalicio. Llegó la carta de él hace cuatro semanas, se estudió el caso y hace dos semanas se nombró un comisario. Si hoy día el Sodalicio está «comisariado» por la Santa Sede es por todo esto. Un caso parecido – parecido dirían en los nuevos procedimientos, no en las acusaciones– es el de los Legionarios y ya fue resuelto en su momento por el Papa Benedicto XVI, que en eso estuvo muy firme y muy fuerte.

Benedicto no toleraba esas cosas. Y yo aprendí de él a no tolerarlas tampoco. No sé si te respondí. O sea, el estado jurídico hoy día del Sodalicio es «comisariamiento» y a la vez sigue la Visita Apostólica.

Juan Pablo Iglesias Mori, de «La Tercera»:

Buenas noches Santo Padre, muchas gracias por esta oportunidad de plantearle algunas preguntas sobre el viaje. Yo quería preguntarle a propósito de su primer mensaje en Chile que fue muy duro contra los abusos. Usted habló

de «vergüenza», habló de comprender el dolor de las víctimas, pero el último día en las declaraciones que hizo sobre el obispo Barros hubo también una declaración en que finalmente trató de mentir o calumniar a las víctimas, ¿por qué cree más al testimonio del obispo Barros que al de las víctimas? ¿No se traiciona un poco la confianza hacia esas víctimas que usted mismo planteó en Chile?

Papa Francisco:

Comprendo la pregunta. Sobre Barros hice una declaración, no

declaraciones: una. Yo hablé en Chile, y eso fue en Iquique, al final. Hablé en Chile dos veces sobre los abusos: con mucha fuerza delante del gobierno, que era hablar delante de la patria, y en la catedral con los sacerdotes. El discurso que dije a los sacerdotes es lo que yo siento más profundamente respecto a este caso. Ustedes saben que empezó el Papa Benedicto con tolerancia cero, yo seguí con tolerancia cero, y después de casi cinco años de Pontificado no he firmado un pedido de gracia. Los procesos

son así: entran en la Congregación para la Doctrina de la Fe y la Congregación da la sentencia... En los casos de quite del estado clerical es definitiva la sentencia en primera instancia; la persona que es condenada tiene derecho a apelar. Hay un Tribunal de Apelación de segunda instancia. El Tribunal de Apelación sabe que si hay pruebas claras de abuso no hay lugar para la apelación; no se apela, lo que sí puede apelarse son los procedimientos: falla de procedimientos,

irregularidades..., entonces ahí tiene que sentenciar o revisión de proceso, como en todo juzgado, ¿no es cierto? Si la segunda instancia confirma la primera solamente le queda una salida, a la persona, y es apelar al Papa, como gracia. Yo, en cinco años, habré recibido – no sé el número– 20, 25 casos de gracia que se animaron a pedir. No firmé ninguno.

Solamente en un caso, que no fue gracia ni nada, fue una discusión de sentencia jurídica, en mi primer año de pontificado, y me encontré con

dos sentencias. Una muy seria que venía de la diócesis, y otra que dio la Doctrina de la Fe. La de Doctrina de la Fe era la más dura, la que venía de la diócesis era muy seria, con mucha cautela y muy condicionada. O sea, con estas condiciones hay que esperar un tiempo y ver que..., o sea, no cerraba el caso. Como hay que hacer en buena jurisprudencia, siempre a favor del reo, opté por la más leve, con las condiciones. A los dos años se evaluaron que las condiciones no las cumplió y entonces dejé

funcionar la otra. Es el único caso que dudé, pero porque eran dos sentencias y había un principio jurídico, *in dubio pro reo*, ¿no? Y entonces opté por eso. Esa es mi postura. Ahora el caso del obispo Barros. Es un caso que lo hice estudiar, lo hice investigar, lo hice trabajar mucho, y realmente no hay evidencias –uso la palabra evidencia, porque después voy a hablar de la pruebas–, no hay evidencias de culpabilidad, más bien parece que no se van a encontrar porque hay una coherencia en otro sentido.

Entonces, en base a ese no haber evidencias es que yo espero alguna evidencia para cambiar de postura, sino aplico el principio jurídico básico en todo tribunal: *nemo malus nisi probetur*, ninguno es malo a no ser que se pruebe. Y ahí está la palabra «prueba», que creo que es la que me jugó a mí la mala pasada.

[Estoy hablando en castellano, perdone, no me he dado cuenta...]

Estaba entrando y una periodista de Iquique me pregunta: «Nosotros en Chile

tenemos el gran problema del obispo Barros, ¿qué piensa usted?». Creo que las palabras que dije fueron estas: Primero pensé: «¿Respondo o no respondo?». Dije, sí. ¿Por qué razón? Porque Barros había sido obispo de Iquique y una feligresa de él me lo preguntaba. Tiene derecho a una respuesta. Y dije: «el día que tenga una prueba voy a hablar». Creo que dije «no tengo pruebas», creo, pero no me acuerdo. Pero está registrado, lo puedes encontrar. *[La respuesta ha sido...]*.

Yo hablaría de evidencias y claro, yo sé que hay mucha gente abusada que no puede traer una prueba, no la tiene. Y que no puede. O a veces la tiene, pero tiene vergüenza, lo tapa y sufre en silencio. El drama de los abusados es tremendo... es tremendo... A mí me tocó atender hace dos meses a una mujer abusada hace cuarenta años – icuarenta!–. Casada, con tres hijos. Esa mujer no recibía la comunión desde esa época, porque en la mano del cura veía la mano del abusador. No

podía acercarse. Y era creyente, era católica. No podía...

[Perdonadme si continuó en español...].

Así que la palabra prueba no era la mejor para acercarme a un corazón dolorido; yo diría, evidencias... En el caso de Barros se estudió, se reestudió, y no hay evidencias, y eso es lo que quise decir: no tengo evidencias para condenar. Y ahí, si yo condenara sin evidencias o sin certeza moral cometería -yo- un delito de mal juez. Pero hay otra cosa

más que quiero decir. ¿Vos entendéis el italiano?

Lo explicaré en italiano. Uno de vosotros se me ha acercado y me ha dicho: «¿Ha visto la carta que ha salido?», y me ha enseñado una carta que yo había escrito hace algunos años, cuando empezó el problema de Barros. Esta carta debo explicarla, porque es también una carta a favor de la prudencia con la que se ha gestionado el problema de Barros. Esa carta no es la narración de un hecho puntual; esa carta es la narración de

más o menos diez/doce meses. Cuando estalló el escándalo Karadima, un hombre del que todos conocemos cuál es el escándalo, se empezó a ver cuántos sacerdotes que habían sido formados por Karadima habían sido abusados o han sido abusadores. Hay en Chile cuatro obispos que Karadima había enviado al seminario. Alguna persona de la Conferencia episcopal ha sugerido que estos obispos – tres, porque un cuarto estaba muy enfermo y no tenía un encargo diocesano, pero tres

tenían un encargo diocesano—
si estos obispos quizá no fuera
mejor que renunciaran,
dimitieran, se tomaran un año
sabático y después, pasada la
tormenta, para evitar
acusaciones... porque son
obispos buenos, buenos
obispos. Como Barros: Barros
tenía entonces ya veinte años
de episcopado. Estaba por
terminar en el obispado
castrense, porque él fue
primero auxiliar en Valparaíso,
después obispo de Iquique y
después ordinario militar
durante casi diez años. Dice:

«Le pedimos la dimisión, quizá explicándole...», y él generosamente dimitió. Vino a Roma, y yo he dicho: «No. Así no se juega. Porque esto es admitir culpabilidad previa. Cualquier caso, si hay culpables, se indaga». Y yo he rechazado las dimisiones. Estos son los diez meses de la carta. Después, cuando fue nombrado [en Osorno], fue adelante todo este movimiento de protesta, y él me dio la dimisión por segunda vez. He dicho: «No, tú vas». He hablado mucho con él, otros han hablado mucho con

él: «Tú vas». Y vosotros sabéis qué sucedió allí el día de la toma de posesión. Se ha continuado haciendo investigaciones sobre Barros: no emergen evidencias. Por esto... es lo que yo he querido decir. No puedo condenarlo, porque no tengo las evidencias; pero también yo estoy convencido de que es inocente. Paso a un tercer punto –el de la carta lo he explicado claramente, así como ha ido–, paso a un tercer punto: qué sienten los abusados. Sobre esto debo pedir perdón, porque

la palabra «prueba» ha herido, ha herido a muchos abusados. «Ah, yo tengo que ir a buscar la certificación de esto, o hacer eso...?». No. Es una palabra de traducción del principio legal y ha herido, y pido perdón si he herido sin darme cuenta, pero es una herida hecha sin querer. Y a mí esto me duele mucho, porque yo los recibo, y en Chile he recibido a dos, que se saben, y hay otros más que no se conocen. En Perú, no. Pero en todos los viajes está siempre alguna posibilidad. Fueron publicados los de Filadelfia,

esos otros... dos, tres han sido públicos; otros casos no lo han sido... Sé cuánto sufren.

Escuchar que el Papa les dice en la cara «tráeme una carta con la prueba», es una bofetada. Y ahora yo me doy cuenta de que mi expresión no ha sido buena, porque no he pensado en esto. Y entiendo – como dice el apóstol Pedro en una de las cartas- el incendio que se ha levantado. Esto es lo que yo puedo decirte con sinceridad. Barros se quedará ahí si yo no encuentro la forma de condenarlo. Yo no puedo

condenarlo si no tengo -no digo pruebas- si no evidencias. Y hay muchas formas para llegar a una evidencia. ¿Está claro?

Me dicen que después de la turbulencia de Barros y del Sodalicio, tenemos una más meteorológica. Yo me quedaré aquí. Si vosotros no tenéis problema, lo haremos sin mirarnos, sentados, para no perder tiempo: porque después viene la cena y nos cortan la rueda de prensa. Dicen que los ángeles no tienen espalda: veamos... Yo me quedo de pie si

no se mueve; si se mueve,
continuaré sentado.

Greg Burke:

Nos quedamos en Chile con
Matilde Burgos de CNN/Chile.

Matilde Burgos:

Muchísimas gracias Santidad
por este viaje a nuestro país, vi
que usted quiere que quede
muy claro el caso de Barros,
por eso, antes de mi pregunta,
quiero especificar algo: ¿Por
qué para usted el testimonio de
las víctimas no es una
evidencia? ¿Por qué no les
cree? Y la segunda es: ¿A qué
atribuye usted que se considere

su visita a Chile como un fracaso de fieles y un fracaso de que la Iglesia queda más dividida?

Papa Francisco:

El testimonio de las víctimas siempre es una evidencia. Siempre. En el caso de Barros no las hay: no hay evidencias. Empezó quizás con esa mala decisión de la renuncia y se lo empezó a acusar. Pero de abuso, no hay evidencias.

Matilde Burgos:

De encubrir abusos...

Papa Francisco:

Sí, sí, de encubrir, pero es un

abuso también. O sea, encubrir
abuso es un abuso. No hay
evidencia. Por eso, lo mejor es
que el que cree que es así,
aporte las evidencias rápido. Si
creen que es así honestamente.
Yo en este momento no creo
que sea así, porque no las hay,
pero tengo el corazón abierto a
recibirlas. Y lo otro, de Chile, es
un cuento chino. Yo de Chile
me vine contento. Yo no
esperaba tanta gente en la
calle, y eso –no pagamos la
entrada, ¿eh? Esa gente no fue
pagada ni llevada en
colectivo–, la espontaneidad de

la expresión chilena fue muy fuerte; incluso en Iquique que yo pensé que iba a ser una cosa muy poquita porque Iquique es desierto. Ustedes vieron lo que fue de gente, ¿no? En el sur lo mismo. Y las calles de Santiago hablaban por sí mismas. En eso yo creo que la responsabilidad del informador es ir a los hechos concretos. ¿Y que el pueblo dividido? No sé de dónde sale. Eso es la primera vez que lo oigo. Quizás este caso de Barros es el que lo ha creado, pero ubicándolo en su realidad

puede ser por eso. Pero a mí, la impresión que me dio es que lo de Chile fue muy grande y gratificante, y muy fuerte. Yo después quisiera volver sobre... –al menos a un momento–, de los que más me conmovió de Chile, pero eso antes de pasar a otros temas si tenemos tiempo.

Greg Burke:

Pasamos al grupo italiano, Andrea Tornielli.

Andrea Tornielli, «La Stampa»:

Sí, Santidad, yo quería hablar de lo que usted dijo el otro día,

en la Amazonia, porque había en aquel discurso también un elemento, si se quiere, nuevo, es decir, no solamente la amenaza representada por los grandes grupos económicos sino también la amenaza –de hecho, usted habló de «perversión»– de algunas políticas ambientales que terminan por sofocar la vida de las personas. Por lo tanto, ¿hay un ambientalismo que va contra el hombre?

Papa Francisco:

Sí. En esa zona... yo no podría en este momento describirlo

bien, pero ese proteger la selva para salvar algunas tribus que después se han quedado fuera y la selva ha terminado explotada. Pero el dato más concreto de este caso está en las estadísticas de la zona. Allí creo que encontrarías seguramente datos precisos. Es un fenómeno que para custodiar el ambiente termina aislando: han quedado aislados de un progreso real; un fenómeno que se ha verificado allí, en esa zona y en las informaciones que enviaron para preparar el viaje lo he

estudiado. Gracias.

Greg Burke:

Y ahora Aura Miguel, de «Rádio Renascença».

Aura Vistas Miguel, «Rádio Renascença»:

Santidad, mi pregunta está relacionada con la celebración del matrimonio en el avión. De ahora en adelante, ¿qué diría a los párrocos, a los obispos, cuando los novios van a preguntar por casarse no sé dónde, en la playa, parques, barcos, aviones...? ¿Qué diría?

Papa Francisco:

Pero usted se imagina: cruceros

con matrimonio... Esto sería...
Uno de vosotros me dijo que yo
estoy loco por hacer estas
cosas. La cosa ha sido sencilla.
El señor, el hombre, estaba en
el vuelo precedente, ella no
estaba. Y hablé con él...
Después, me di cuenta de que
me había «sondeado»: habló de
la vida, de qué pensaba yo de
la vida, de la vida de familia,
hablaba... tuvimos una hermosa
conversación. Después, al día
siguiente, estaban los dos y
cuando hicimos las fotografías,
ellos me dijeron esto:
«Nosotros íbamos a casarnos

en la iglesia, estamos casados por lo civil, pero el día antes – se ve que eran de una ciudad pequeña– la iglesia se derrumbó en el terremoto y no se celebró el matrimonio». Esto hace 10 años, 8 tal vez: en el 2010 fue el terremoto, hace 8 años. «Sí, lo hacemos mañana, pasado mañana... Así es la vida, después viene una hija, después otra hija... Pero nosotros siempre tenemos esto en el corazón: nosotros no estamos casados». Yo les pregunté un poco y las respuestas eran claras: «Para

toda la vida...» – «Y ¿cómo sabéis estas cosas? Tenéis buena memoria del catecismo...» – «No, nosotros hicimos cursos prematrimoniales en aquel tiempo». Estaban preparados. A los párrocos les digo que estos estaban preparados y yo he juzgado que estaban preparados. Me lo preguntaron: Los sacramentos son para las personas humanas. Todas las condiciones estaban claras. ¿Y por qué no hacer hoy lo que se puede hacer hoy y no aplazarlo a mañana, un mañana que tal

vez hubiera sido dentro de 8 o 10 años? Esta es la respuesta. He juzgado que estaban preparados, que sabían lo que hacían. Cada uno de ellos se preparó frente al Señor, con el sacramento de la Penitencia y después los casé. Y cuando llegaron aquí todo había terminado... Me dijeron que les habían dicho a algunos de ustedes: «Vayamos al Papa a pedir que nos case», no sé si es cierto o no que tenían esa intención. Así ha sido la cosa. Pero se puede decir a los párrocos que el Papa los

interrogó bien; y después, cuando me dijeron que habían hecho el curso... Pero eran conscientes, eran conscientes de que estaban en una situación irregular. Gracias.

Greg Burke:

Santidad, hemos hecho casi una hora, pero no sé si podemos hacer todavía una o dos preguntas...

Papa Francisco:

Sí, sobre el viaje.

Greg Burke:

Sí, sobre el viaje. Nicole Winfield, «Associated Press».

Papa Francisco:

Sí, porque sobre Perú [no se ha dicho] casi nada...

Nicole Winfield:

Ah, no: aún Chile...

Papa Francesco:

Está bien...

Nicole Winfield, «Associated Press»:

Santo Padre, ayer el cardenal O'Malley hizo una declaración sobre los comentarios acerca el obispo Barros, y dijo que «palabras como esas eran fuente de dolor para los supervivientes [las víctimas] del abuso con el efecto de hacerles sentir abandonados y

desacreditados». Usted ha dicho que se sentía mal... Imagino, y me pregunto, si fueron precisamente las palabras del cardenal O'Malley que le han hecho entender este dolor. Y después, una pregunta ligada a esto. La comisión para la protección de los menores, guiada por el cardenal O'Malley: se llegaba al término el mes pasado de los primeros miembros. Hay personas que ven este término y se preguntan si esto es un signo de una no prioridad de la protección de los menores...

Papa Francisco:

He entendido, he entendido. El cardenal O'Malley... Yo vi la declaración del cardenal O'Malley, dijo también: «El Papa siempre ha defendido [a las víctimas]..., el Papa tiene tolerancia cero...». Con esa expresión no feliz, ha [sucedido] lo que usted ha dicho y esto me ha hecho pensar en el efecto de la palabra «prueba»...

Nicole Winfield:

También calumnia...

Santo Padre:

Calumnia: sí, uno que dice con

obstinación, sin tener la evidencia, que usted ha hecho esto, que este ha hecho esto, eso es calumnia. Si yo digo: «Usted ha robado». -«No, yo no he robado...». - «Usted ha robado, ha robado...», estoy calumniando, porque no tengo evidencias.

Nicole Winfield:

Pero son las víctimas que lo dicen...

Santo Padre:

Pero yo no he escuchado a ninguna víctima de Barros...

Nicole Winfield:

Hay víctimas de Karadima que

dicen que Barros estuvo allí...

Santo Padre:

No vinieron, no han dado las pruebas para el juicio. Es un poco vago esto, es algo que no se puede tomar. Usted, con buena voluntad, me dice que hay víctimas, pero yo no las he visto porque no se presentaron. Es cierto que Barros era del grupo de los jóvenes allí.

Barros entró en el seminario no sé cuándo, pero lleva hoy 24 o 23 años de obispo, tendría 15 años de cura... Desde hace muchos años, entró jovencísimo. Él dice que no lo

ha visto. Era del grupo, pero después fue por otro camino. En esto debemos ser claros: uno que acusa sin las evidencias, con obstinación, esto es calumnia. Pero si viene una persona y me da la evidencia, yo soy el primero en escucharla. Debemos ser justos en esto, muy justos. Yo he pensado en lo que dijo el cardenal O'Malley, le agradezco por la declaración, porque ha sido muy justa, ha dicho todo lo que yo he hecho y hago por la Iglesia y después ha dicho el dolor de las víctimas, no de

este caso, en general. Porque, como he dicho al inicio, hay tantas víctimas que no son capaces, por vergüenza, por lo que sea de llevar un documento, un testimonio... Es esto. Y la segunda pregunta que usted me hacía ¿era...?

Greg Burke:

La comisión...

Papa Francisco:

La comisión, la comisión, sí, se nombró por tres años, creo. Y ha llegado al término; se estudió la nueva comisión y ellos, la propia comisión decidió renovar el mandato por una

parte y por otra nombrar nuevos miembros. El martes antes de la partida vino –de la partida para este viaje– vino la lista de la comisión definitiva y ahora sigue la tramitación normal de la Curia. Había dos observaciones sobre alguno que se deben aclarar, porque para los nuevos, las personas nuevas, se estudia el currículum, cómo ha hecho... Había dos observaciones que debían aclararse... Pero sobre esto el cardenal O'Malley ha trabajado bien, ha trabajado como debe la comisión... No, no

por favor, no piensen que... Los tiempos son los tiempos normales de un nombramiento del estilo...

Greg Burke:

Santidad hacemos una última pregunta. Si es sobre el viaje...

Catherine Marciano, «AFP»:

Santidad, uno de los objetivos de la Iglesia es luchar contra la pobreza. Chile en veinte años ha rebajado el nivel de pobreza del 40% al 11%. En su opinión, ¿es el resultado de una política liberal, hay liberalismo según usted? Y otra pequeña pregunta respecto al cardenal

Maradiaga... ¿Qué piensa usted de la noticia del dinero sobre él?

Sobre el cardenal Maradiaga, no es del viaje, pero respondo. Él ha hecho una declaración grabada, hay un vídeo, y yo digo lo que él ha dicho.

Sobre el liberalismo, yo diría que debemos estudiar bien los casos de política liberal. Hay otros países en América Latina con políticas liberales que han llevado al país a una pobreza más grande. Allí realmente no sabría qué responder porque no soy técnico en esto, pero, en

general, una política liberal que no implica a todo el pueblo es selectiva y reduce. Pero es una regla general, el caso de Chile realmente no lo conozco así como para poder responder. Pero vemos que en otros países de América Latina la cosa va disminuyendo cada vez más. Sobre el viaje yo quisiera decir algo que me ha conmovido mucho. La cárcel de las mujeres: yo tenía el corazón ahí. Siempre soy muy sensible a la cárcel y a los presos y siempre, cuando voy a una cárcel, me pregunto «por qué

ellos y no yo...». Ver estas mujeres, ver la creatividad de estas mujeres, la capacidad de cambiar y querer cambiar de vida, de reinsertarse en la sociedad con la fuerza del Evangelio... Uno de vosotros me ha dicho: «He visto la alegría del Evangelio». Me ha conmovido esto, realmente estaba muy conmovido en ese encuentro. Es una de las cosas más bonitas del viaje. Después, en Puerto Maldonado, ese encuentro con los aborígenes, no hace falta decir porque es obvio que es conmovedor, es

dar un signo al mundo... Ese día ha sido la primera reunión de la Comisión pre-sinodal del Sínodo para la Amazonia que será en 2019. Pero me conmoví en el Hogar «Principito»: ver estos niños, la mayoría abandonados, esos chicos y esas chicas que han conseguido, con la educación, ir adelante... Hay profesionales, allí... Esto me ha conmovido mucho. Las obras que llevan una persona «hacia arriba», así como las cosas que hemos hablado antes llevan la persona «hacia abajo». Esto me ha

conmovido mucho del viaje. Y después la gente, el calor de la gente. ¡Aquí hoy era como para no creer, cómo estaba Lima! ¡Para no creer! El calor de la gente... Yo digo: este pueblo tiene fe y esta fe me la contagia, y doy gracias a Dios por esto. Y doy gracias a vosotros por el trabajo que os espera para hacer los artículos y las noticias que tenéis que hacer. Gracias por la paciencia y gracias por haber hecho las preguntas precisas. Muchas gracias.

Greg Burke:

Gracias, Santidad por su
paciencia. Buen descanso,
buena cena. Gracias.

24 de enero de 2018.

Audiencia general. Sobre el viaje apostólico a Chile y Perú.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Esta audiencia se hace en dos lugares unidos: vosotros, aquí en la plaza, y un grupo de niños un poco enfermos, que están en el aula. Ellos os verán a vosotros y vosotros les veréis a ellos: y así estamos unidos. Saludamos a los niños que están en el Aula: pero era

mejor que no pasaran mucho frío, y por eso están allí.

Volví hace dos días del viaje apostólico en Chile y Perú. ¡Un aplauso a Chile y Perú! Dos pueblo buenos, buenos... Doy gracias al Señor porque todo fue bien: he podido ver al Pueblo de Dios en camino en esas tierras —también los que no están en camino, están un poco parados... pero es buena gente— y alentar el desarrollo social de esos países. Renuevo mi gratitud a las autoridades civiles y a los hermanos obispos, que me han acogido

con tanta atención y generosidad; como también a todos los colaboradores y los voluntarios. Pensad que en cada uno de los dos países había más de 20 mil voluntarios: más de 20 mil en Chile, 20 mil en Perú. Gente buena: la mayoría jóvenes. Mi llegada a Chile estuvo precedida de diferentes manifestaciones de protesta, por varios motivos, como vosotros habéis leído en los periódicos. Y esto hizo todavía más actual y vivo el lema de mi visita: «Mi paz os doy». Son las

palabras de Jesús dirigidas a los discípulos, que repetimos en cada misa: el don de la paz, que solo Jesús muerto y resucitado puede dar a quien se encomienda a Él. No solo cada uno de nosotros necesita paz, también el mundo, hoy, en esta tercera guerra mundial a pedazos... Por favor, irecemos por la paz!

En el encuentro con las autoridades políticas y civiles del país animé el camino de la democracia chilena, como espacio de encuentro solidario y capaz de incluir las

diversidades; para este fin indiqué como método la vía de la escucha: en particular la escucha a los pobres, los jóvenes y los ancianos, los inmigrantes, y también la escucha a la tierra.

En la primera eucaristía, celebrada por la paz y la justicia, resonaron las bienaventuranzas, especialmente

«Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios» (*Mt 5, 9*).

Una bienaventuranza para

testimoniar con el estilo de la proximidad, de la cercanía, del compartir, reforzando así, con la gracia de Cristo, el tejido de la comunidad eclesial y de toda la sociedad. En este estilo de proximidad cuentan más los gestos que las palabras, y un gesto importante que pude realizar fue visitar la cárcel femenina de Santiago: los rostros de esas mujeres, muchas de las cuales jóvenes madres, con sus hijos pequeños en brazos, expresaban a pesar de todo mucha esperanza. Las animé a exigir, a sí mismas y a

las instituciones, un serio camino de preparación a la reinserción, como horizonte que da sentido a la pena cotidiana. Nosotros no podemos pensar en una cárcel, cualquier cárcel, sin esta dimensión de la reinserción, porque si no está esta esperanza de la reinserción social, la cárcel es una tortura infinita. Sin embargo, cuando se trabaja para reinsertar —también los condenados a cadena perpetua pueden reinsertarse— mediante el trabajo de la cárcel a la sociedad, se abre un

diálogo. Pero una cárcel siempre debe tener esta dimensión de la reinserción, siempre.

Con los sacerdotes y los consagrados y con los obispos de Chile viví dos encuentros muy intensos, hechos todavía más fecundos por el sufrimiento compartido por algunas heridas que afligen a la Iglesia en ese país. En particular, confirmé a mis hermanos en el rechazo de todo compromiso con los abusos sexuales a menores, y al mismo tiempo en la

confianza en Dios, que a través de esta dura prueba purifica y renueva a sus ministros.

Las otras dos misas en Chile fueron celebradas una en el sur y otra en el norte. La del sur, en Araucanía, tierra donde habitan los indios Mapuche, transformó en alegría los dramas y las fatigas de este pueblo, lanzando un llamamiento por una paz que sea armonía de las diferencias y por el rechazo de toda violencia. La del norte, en Iquique, entre océano y desierto, fue un himno al

encuentro entre los pueblos, que se expresa de forma singular en la religiosidad popular.

Los encuentros con los jóvenes y con la Universidad Católica de Chile respondieron al desafío crucial de ofrecer un sentido grande a la vida de las nuevas generaciones. A los jóvenes dejé una palabra programática de san Alberto Hurtado: «¿Qué haría Cristo en mi lugar?». Y en la Universidad propuse un modelo de formación integral, que traduce la identidad católica en

capacidad de participar en la construcción de sociedades unidas y plurales, donde los conflictos no son ocultados sino gestionados en el diálogo. Siempre hay conflictos: también en casa; siempre hay. Pero, tratar mal los conflictos es todavía peor. No es necesario esconder los conflictos debajo de la cama: los conflictos que salen a la luz, se afrontan y se resuelven con el diálogo. Pensad vosotros en los pequeños conflictos que tenéis seguramente en vuestra casa: no es necesario

esconderlos sino afrontarlos.
Buscar el momento y se habla:
el conflicto se resuelve así, con
el diálogo.

En Perú el lema de la visita
fue: «Unidos por la
esperanza». Unidos no en una
uniformidad estéril, todos
iguales: sino en toda la riqueza
de las diferencias que
heredamos de la historia y de
la cultura. Lo testimonió de
forma emblemática
el encuentro con los pueblos de
la Amazonia peruana, que dio
inicio también al itinerario del
Sínodo Panamazónico

convocado para octubre de 2019, como también lo testimoniaron los momentos vividos con la población de Puerto Maldonado y con los niños de la Casa de acogida «El Principito». Juntos dijimos «no» a la colonización económica y a la colonización ideológica. Hablando a las autoridades políticas y civiles de Perú, aprecié el patrimonio ambiental, cultural y espiritual de ese país, y enfoqué las dos realidades que más gravemente lo amenazan: el degrado ecológico-social y la corrupción.

No sé si vosotros habéis escuchado aquí hablar de corrupción... no lo sé... No solo por allí hay: itambién aquí es más peligrosa que la gripe! Se mezcla y arruina los corazones. La corrupción arruina los corazones. Por favor, no a la corrupción. Y remarqué que nadie está exento de responsabilidad frente a estas dos plagas y que el compromiso para contrarrestarlas es de todos.

La primera misa pública en Perú la celebré en la orilla del océano, en la ciudad de Trujillo,

donde el temporal llamado «Niño costero» el año pasado golpeó duramente a la población. Por eso les animé a reaccionar a este, pero también a otros temporales como la maldad, la falta de educación, de trabajo y de alojamiento seguro. En Trujillo me reuní con los sacerdotes y los consagrados del norte de Perú, compartiendo con ellos la alegría de la llamada y de la misión, y la responsabilidad de la comunión en la Iglesia. Les exhorté a ser ricos de memoria y fieles a sus raíces. Y entre

estas raíces está la devoción popular a la Virgen María.

También en Trujillo tuvo lugar la celebración mariana en la que coroné a la Virgen de la Puerta, proclamándola «Madre de la Misericordia y de la Esperanza».

La jornada final del viaje, el domingo pasado, transcurrió en Lima, con un fuerte acento espiritual y eclesial. En el Santuario más célebre de Perú, en el que se venera la pintura de la Crucifixión llamado «Señor de los Milagros», me reuní con unas 500 religiosas

de clausura, de vida contemplativa: un verdadero «pulmón» de fe y de oración para la Iglesia y para toda la sociedad. En la catedral realicé un acto de oración especial para la intercesión de los santos peruanos, al que siguió el encuentro con los obispos del país, a los cuales propuse la figura ejemplar de san Toribio de Mogrovejo. También a los jóvenes peruanos indiqué los santos como hombres y mujeres que no han perdido tiempo en «maquillar» la propia imagen, sino que han

seguido a Cristo, que les ha mirado con esperanza. Como siempre, la palabra de Jesús da sentido pleno a todo, y así también el Evangelio de la última celebración eucarística resumió el mensaje de Dios a su pueblo en Chile y en Perú: «Convertíos y creed en la Buena Nueva» (Mc 1, 15). Así —parecía decir el Señor— recibiréis la paz que yo os doy y estaréis unidos en mi esperanza. Esto es más o menos el resumen de este viaje. Recemos por estas dos naciones hermanas, Chile y

Perú, para que el Señor les bendiga.

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los provenientes de España y Latinoamérica.

Que la potencia de la fidelidad y del amor misericordioso del Padre que se nos ofrece en Jesús, nos impulse a creer en el Evangelio y a iniciar un camino de conversión, que nos abran a acoger *la paz que él nos da* y a ser hombres y mujeres *unidos en su esperanza*. Muchas gracias.

26 de enero de 2018. Discurso
a los participantes en la
asamblea plenaria de
la Congregación para la
Doctrina de la Fe.

Viernes.

*Señores cardenales,
venerados hermanos en el
episcopado y en el sacerdocio,
queridos hermanos y
hermanas:*

Me complace poder
encontrarles al finalizar la
sesión plenaria de la
Congregación para la Doctrina

de la Fe. Doy las gracias al prefecto por su introducción con la que ha resumido las líneas más importantes de vuestro trabajo en estos últimos dos años.

Expreso mi aprecio por vuestro delicado servicio, que responde a la particular unión de vuestro dicasterio con el ministerio del sucesor de Pedro, el cual está llamado a confirmar a los hermanos en la fe y a la Iglesia en la unidad.

Os doy las gracias por vuestro compromiso cotidiano de apoyo al magisterio de los obispos, en

la tutela de la recta fe y de la santidad de los sacramentos, en todas las varias cuestiones que hoy requieren un discernimiento pastoral importante, como en el examen de los casos relativos a los *graviora delicta* y de las peticiones de disolución del vínculo matrimonial *in favorem fidei*.

Todas estas tareas resultan aún más actuales frente al horizonte, cada vez más fluido y variable, que caracteriza la autocomprensión del hombre de hoy y que influye no poco

en sus elecciones existenciales y éticas. El hombre de hoy no sabe quién es y, por tanto, le cuesta reconocer cómo actuar bien.

En este sentido, parece decisiva la tarea de vuestra

Congregación al recordar la vocación trascendente del hombre y la inseparable conexión de su razón con la verdad y el bien, al que introduce la fe en Jesucristo. Nada como el abrirse de la razón a la luz que viene de Dios ayuda al hombre a conocerse a sí mismo y el

diseño de Dios en el mundo. Aprecio, por tanto, el estudio iniciado por vosotros respecto a algunos aspectos de la salvación cristiana, al fin de reafirmar el significado de la redención, en referencia a las actuales tendencias neo-pelagianas y neo-gnósticas. Tales tendencias son expresiones de un individualismo que se fía de las propias fuerzas para salvarse. Nosotros, sin embargo, creemos que la salvación consiste en la comunión con Cristo resucitado que, gracias

al don de su Espíritu, nos ha introducido en un nuevo orden de relaciones con el Padre y entre los hombres. Así podemos unirnos al Padre como hijos en el Hijo y convertirnos en un solo cuerpo en Aquel que es «primogénito entre muchos hermanos» (*Rom 8, 29*).

Cómo no mencionar, después, los estudios que estáis llevando adelante sobre las implicaciones éticas de una adecuada antropología también en el campo económico-financiero. Solo una visión del hombre como persona, es decir

como sujeto esencialmente relacional y connotado de una peculiar y amplia racionalidad, es capaz de actuar en conformidad con el orden objetivo de la moral. El Magisterio de la Iglesia siempre ha confirmado con claridad, al respecto, que «la actividad económica debe ejercerse siguiendo sus métodos y leyes propias, dentro del ámbito del orden moral» (Conc. Ecum. Vat. II, Cost. past. *Gaudium et spes*, 64).

Durante esta Sesión Plenaria habéis profundizado también

algunas cuestiones delicadas sobre el acompañamiento de los enfermos terminales. Al respecto, el proceso de secularización, radicalizando los conceptos de autodeterminación y de autonomía, conllevó en muchos países un crecimiento de la petición de eutanasia como afirmación ideológica de la voluntad de poder del hombre sobre la vida. Esto ha llevado también a considerar la interrupción voluntaria de la existencia humana como una elección de «civilización». Está

claro que allí donde la vida vale no por su dignidad, sino por su eficacia y por su productividad, todo se hace posible. En este escenario es necesario reiterar que la vida humana, desde la concepción hasta su final natural, posee una dignidad que la hace intangible.

El dolor, el sufrimiento, el sentido de la vida y de la muerte son realidades que a la mentalidad contemporánea le cuesta afrontar con una mirada llena de esperanza. Y también, sin una esperanza fiable que le ayude a afrontar también el

dolor y la muerte, el hombre no logra vivir bien y conservar una perspectiva confiada delante de su futuro. Este es uno de los servicios que la Iglesia está llamada a hacer al hombre contemporáneo.

En este sentido, vuestra misión asume un rostro eminentemente pastoral. Son auténticos pastores aquellos que no abandonan al hombre a sí mismo, ni lo dejan preso de su desorientación y de sus errores, sino que con verdad y misericordia lo llevan a reencontrar su rostro auténtico

en el bien. Auténticamente pastoral es, por tanto, cada acción dirigida a tomar de la mano al hombre, cuando este ha perdido el sentido de su dignidad y de su destino, para conducirlo con confianza y descubrir la paternidad amorosa de Dios, su destino bueno y las vías para construir un mundo más humano. Esta es la gran tarea que le corresponde a vuestra Congregación y a cualquier otra institución pastoral en la Iglesia.

En la certeza de vuestra

dedicación a este importante servicio, que es desde siempre el camino maestro de la Iglesia, os renuevo mi gratitud y expreso a todos vosotros mi cercanía, impartiendo de corazón la bendición apostólica.

26 de enero de 2018. Discurso
a los miembros de la Pontificia
Academia de Teología.

Viernes.

*Señores cardenales,
venerados hermanos en el
episcopado y en el sacerdocio,
queridos hermanos y
hermanas:*

Estoy contento de acogerlos y
agradezco al presidente por las
palabras que me ha dirigido. La
celebración de un aniversario
siempre es un momento de
alegría, de acción de gracias

por lo sucedido en el pasado y, al mismo tiempo, un compromiso por el futuro. Esto sirve también para la Pontificia Academia Teológica, que celebra este año tres siglos de institución, iniciada el 23 de abril de 1718 con *Breve*, por parte del Papa Clemente XI. Tres siglos de vida constituyen una meta significativa, pero no deben ser la ocasión ni para mirar de forma narcisista a sí mismos ni para girarse de manera nostálgica al pasado. Sobre todo, representan el estímulo para una renovada

conciencia de la propia
identidad y para un
relanzamiento de la propia
misión en la Iglesia.

La Pontificia Academia de Teología ha conocido, en su historia, varios cambios de estructura y de organización para ir al encuentro siempre de nuevos desafíos de los diversos contextos sociales y eclesiales en los que se encuentra trabajando. De hecho, nace en las intenciones del cardenal Cosimo de' Girolami, como lugar de formación teológica de los eclesiásticos en un

momento en el que las demás instituciones resultaban carentes e inadecuadas para tal objetivo. Pero cuando el cambio de la situación histórica y cultural ya no pedía tal tarea, la Academia asumió la fisionomía —que todavía posee— de un grupo de estudiosos llamados a indagar y profundizar en temas teológicos de particular relevancia. Al mismo tiempo, se delineó, en la composición del cuerpo de los miembros, ese equilibrio entre miembros operantes en la Urbe y los operantes fuera de ella,

que distingue todavía la peculiar dimensión católica e internacional de la institución. Más allá de los varios cambios, hay un elemento constante que caracteriza a la Academia: estar al servicio de la Iglesia con el intento de promover, estimular y apoyar en sus varias formas la inteligencia de la fe en el Dios revelado en Cristo: fiel al magisterio de la Iglesia y abierta a las instancias y a los desafíos de la cultura, se pone como lugar de confrontación y diálogo para la comunicación del Evangelio en

contextos siempre nuevos, dejándose estimular por las urgencias que llegan desde la humanidad que sufre para ofrecer la contribución de un pensamiento creyente, encarnado y solidario: también el *Forum* sobre la creación que estáis actualmente teniendo os empuja precisamente en esta dirección.

Después hay otro aspecto que desde su origen ha caracterizado a vuestra Academia: se trata del vínculo con las demás instituciones universitarias y educativas

romanas, comenzando por la antigua Universidad «La Sapienza», continuando con las Escuelas del Seminario Romano, hasta aquellas que después se convertirán en las Pontificias Universidades de la Urbe. Los continuos contactos, en una relación de intercambio recíproco cultural, con estas instituciones y con muchas congregaciones religiosas a las que han pertenecido y pertenecen sus miembros, se han asegurado de que la Pontificia Academia de Teología no sea considerada una entidad

aislada, sino que ha desarrollado su propio papel dentro de una trama de relaciones de las que se enriquecen todos los interlocutores. Mirando a ese pasado, la Academia está llamada todavía hoy a acoger la propia identidad no con una perspectiva autorreferencial, sino como promotora de un encuentro entre teología, filosofía y ciencias humanas, con el fin de que la buena semilla del Evangelio lleve fruto al vasto campo del saber. La necesidad de una cada vez

más estrecha colaboración
entre instituciones
universitarias eclesiásticas
romanas requiere que la
Academia Teológica no se
separe, sino que se pueda
colocar en un diálogo fructífero
con cada una de ellas para
favorecer un trabajo común,
coordinado y compartido.
Con estas perspectivas para el
futuro, y asegurándoos mi
oración y mi cercanía, os
imparto la Bendición
Apostólica. Por favor, no os
olvidéis de rezar por mí.

27 de enero de 2018. Discurso
a los miembros de la cruz roja
italiana.

Sábado.

*Queridos hermanos y
hermanas.*

Os doy la bienvenida y doy las
gracias al presidente por sus
amables palabras. Estas me
han permitido también
repensar en el nacimiento de
vuestro movimiento, en la
inspiración que os sostiene y
los objetivos que os proponéis.
La Cruz Roja desarrolla en toda

Italia y en el mundo un servicio insustituible, valioso tanto por la obra que materialmente cumple, como por el espíritu con el que lo cumple, que contribuye a difundir una mentalidad nueva, más abierta, más solidaria.

Vuestra acción, además, merece todavía más la gratitud de todo ciudadano porque se realiza en las más diversas situaciones, teniendo que hacer frente a cansancios y peligros de distinto tipo. Es así en el caso de la asistencia prestada a las víctimas de los terremotos y

de otros desastres naturales, que alivia la prueba de las poblaciones golpeadas, representando un signo de la cercanía de todo el pueblo italiano. De igual valor es el compromiso que ponéis en el socorro de los migrantes durante el arduo recorrido por el mar, y al recibir a los que desembarcan y esperan ser acogidos e integrados.

La mano que les tendéis y que ellos aferran es un signo elevado, que se traduciría así: «No te ayudo solo en este instante, para sacarte del mar

y ponerte a salvo, sino que te aseguro que estaré y me tomaré en serio tu futuro». Por eso, vuestra presencia junto a los inmigrantes representa un signo profético, tan necesario en nuestro tiempo. He dicho la palabra «signo profético»: el profeta —por decirlo en una lengua que todos entendamos— el profeta es el que «abofetea»; con su modo de vivir, con el servicio que hace y las palabras... «abofetea»: despierta, da verdaderas bofetadas al egoísmo social, al egoísmo de las sociedades. ¡Y

hace despertar lo mejor que hay en el corazón! Pero da la bofetada con la palabra y con el testimonio, ino con la mano! La misión del voluntario, llamado a arrodillarse ante quien se encuentre en necesidad y a prestarle la ayuda de forma amorosa y desinteresada, recuerda la figura evangélica del Buen Samaritano (cf. *Lc 10, 25-37*). Es una palabra de Jesús cuya riqueza inagotable nos ofrece una preciosa luz sobre vuestra acción y sobre los valores aprobados en vuestro Estatuto.

El primero de los principios fundamentales que el Estatuto afirma es el de «humanidad», que lleva a «prevenir y aliviar en cualquier lugar el sufrimiento humano» (Art 1.3). La «humanidad», en virtud de la cual os hacéis cargo de los sufrimientos de tantas personas, es la misma que empuja al Buen Samaritano a arrodillarse ante el hombre herido y tendido en el suelo. Él siente compasión y se hace su prójimo: sin compasión, se mantendría en la distancia, y el hombre que tropezó con los

bandidos permanecería para él un sujeto sin rostro.

¡Cuántos son, también en nuestro mundo, los niños, los ancianos, las mujeres y los hombres cuyo rostro no es reconocido como único e irrepetible, y que permanecen invisibles porque están escondidos en el cono de la sombra de la indiferencia! Esto impide ver al otro, oír el reclamo y percibir los sufrimientos. La cultura del descarte —tan actual hoy— es una cultura anónima, sin lazos y sin rostros. Esta cuida solo de

algunos, excluyendo a tantos otros. Afirmar el principio de humanidad significa entonces hacerse promotores de una mentalidad enraizada en el valor de cada ser humano y de una praxis que ponga en el centro de la vida social no los intereses económicos, sino el cuidado de las personas. No el dinero en el centro, no: ¡las personas!

El segundo principio afirmado en el Estatuto es la «imparcialidad», que lleva a no basar la propia acción en «ninguna distinción de

nacionalidad, raza, credo religioso, clase u opinión política». Esta tiene como consecuencia la «neutralidad» —el tercer principio— por el que el movimiento no toma partido por ninguna de las partes en los conflictos y en las controversias políticas, raciales o religiosas. Este criterio de acción contrasta la tendencia, hoy lamentablemente tan difundida, de distinguir quién merece atención y socorro de quién, al contrario, no sea digno. Pero vosotros tenéis una política: esta es vuestra

política. ¿Y cuál es vuestro partido político? El presidente lo ha dicho: vosotros sois del partido político de los más necesitados, de esos que lo necesitan más.

El Samaritano del Evangelio actúa con imparcialidad: él no interroga al hombre tendido en el suelo, antes de ayudarlo, para saber cuáles eran su procedencia, su fe, o para entender si había sido golpeado con razón o por error. No. El Buen Samaritano no somete al hombre herido a ningún examen de prevención, no lo

juzga y no subordina su ayuda a prerrogativas morales, ni tampoco religiosas.

Simplemente, cura sus heridas y después lo encomienda a una posada, haciéndose cargo sobre todo de sus necesidades materiales, que no pueden ser pospuestas. El Samaritano actúa, paga en persona —como me gusta decir que el diablo entra por el bolsillo, así también las virtudes salen por los bolsillos: paga para ayudar al otro—, el Samaritano ama. Detrás de su figura se encuentra la del propio Jesús,

que se ha arrodillado ante la humanidad y sobre cada uno de aquellos que ha querido llamar hermanos, sin hacer distinción ninguna, sino ofreciendo su salvación a cada ser humano. La Cruz Roja italiana comparte los principios de humanidad, imparcialidad y neutralidad con el movimiento internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja que, recogiendo 190 movimientos nacionales, constituye una red internacional necesaria para coordinar y «globalizar» las ayudas, para hacer que

promuevan «la comprensión recíproca, la amistad, la cooperación y la paz duradera entre los pueblos» (cf. *Estatuto*, 1, 3).

Que estas palabras sean siempre el sentido de vuestra misión: la construcción de una recíproca comprensión entre las personas y los pueblos, y el nacimiento de una paz duradera, que pueda fundarse solo sobre un estilo de cooperación, de incentivar cada ámbito humano y social, y sentimientos de amistad. Quien, de hecho, mira a los

otros con las gafas de la amistad y no con las gafas de la competición o del conflicto, se hace constructor de un mundo más vivible y humano.

Y no quisiera terminar sin unas palabras a aquellos de vosotros que, en el ejercicio de la misión de ayuda, han perdido la vida.

Perdonadme: no la han perdido, no, no la han perdido: ella han donado! Son vuestros mártires, son vuestros mártires. Y Jesús nos dice que no hay amor más grande que el que da la vida por los otros; vosotros tenéis estos entre

vosotros. Que ellos nos inspiren, os inspiren, os ayuden, os protejan desde el cielo.

Y pidamos que el Espíritu del Resucitado, que es Espíritu de amor y de paz, nos enseñe este camino y nos ayude a realizarlo. Pido por esto sobre todos vosotros la bendición de Dios —Dios Padre de todos nosotros, Padre de todas las confesiones— y la invoco en particular por los que han perdido la vida cumpliendo su servicio y por sus seres queridos. Me encomiendo

también yo a vuestras
oraciones. Gracias.

28 de enero de 2018. Discurso a la comunidad greco-católica ucraniana en la visita a la basílica de santa Sofía, Roma.

Domingo.

Beatitud, querido hermano Sviatoslav, queridos obispos, sacerdotes, hermanos y hermanas, os saludo cordialmente, feliz de estar con vosotros. Os doy las gracias por vuestra acogida y por la fidelidad de siempre, fidelidad a Dios y al sucesor de Pedro, que no pocas veces ha sido pagada

a caro precio. Entrando en este lugar sagrado he tenido la alegría de mirar vuestros rostros, escuchar vuestros cantos. Si estamos aquí, reunidos en comunión fraterna, debemos dar gracias también por muchos rostros que ahora ya no vemos, pero que han sido un reflejo de la mirada de amor de Dios sobre nosotros. Pienso en particular en tres figuras: la primera es el cardenal Slipyj, del que en el año que acaba de terminar se ha recordado el 125 aniversario del nacimiento. Ha querido y edificado esta

luminosa basílica, para que resplandeciera como signo profético de libertad en los años en los que a tantos lugares de culto el acceso estaba prohibido. Pero con los sufrimientos padecidos y ofrecidos al Señor contribuyó a construir otro templo, incluso más grande y bonito, el edificio de piedras vivas que sois vosotros (cfr *1 Ped 2, 5*). Una segunda figura es la del obispo Chmil, muerto hace cuarenta años y aquí enterrado: una persona que me hizo mucho bien. Es indeleble

en mí el recuerdo de cuando, de joven —tenía doce años— asistía a su misa; él me ha enseñado a servir en la misa, a leer vuestro alfabeto, a responder a las diferentes partes...; de él he aprendido, en este servicio a la misa —tres veces a la semana lo hacía—, la belleza de vuestra liturgia; de sus historias, el vivo testimonio de cuánto la fe ha sido probada y forzada en medio de las terribles persecuciones ateas del siglo pasado. Estoy muy agradecido a él y a vuestros numerosos «héroes de la fe»:

aquellos que, como Jesús, han sembrado en el camino de la cruz, generando una cosecha fecunda.

Porque la verdadera victoria cristiana está siempre en el signo de la cruz, nuestro estandarte de esperanza.

Y la tercera persona que quisiera recordar es el cardenal Husar. Fuimos creados cardenales el mismo día. Él no ha sido solo «padre y jefe» de vuestra Iglesia, sino guía y hermano mayor de muchos; usted, querida beatitud, lo lleva en el corazón, y muchos

conservarán para siempre el afecto, la gentileza, la presencia vigilante y orante hasta el final. Ciego, pero veía más allá.

Estos testigos del pasado estuvieron abiertos al futuro de Dios y por eso dan esperanza al presente. Varios entre vosotros han tenido quizá la gracia de conocerlos. Cuando atraveséis el umbral de este templo, recordad, haced memoria de los padres y de las madres en la fe, porque son los pilares que nos sostienen: los que nos han enseñado el Evangelio con la

vida todavía nos orientan y nos acompañan en el camino. El arzobispo mayor ha hablado de las madres, de las abuelas ucranianas, que transmiten la fe, han transmitido la fe, con valentía; han bautizado a los hijos, a los nietos, con valentía. Y también hoy, [es grande] el bien —y esto lo digo porque lo conozco— el bien que estas mujeres hacen aquí en Roma, en Italia, cuidando a los niños, o como cuidadoras: transmiten la fe en las familias, algunas veces tibias en la experiencia de fe... Pero vosotros tenéis

una fe valiente. Y me viene a la memoria la lectura del pasado viernes, cuando Pablo le dice a Timoteo: «Tu madre y tu abuela». Detrás de cada uno de vosotros hay una madre, una abuela que ha transmitido la fe. Las abuelas ucranianas son heroicas, de verdad. ¡Damos gracias al Señor!

En el camino de vuestra comunidad romana la referencia estable es esta retórica. Junto a las comunidades greco-católicas ucranianas de todo el mundo, habéis expresado bien vuestro

programa pastoral en una frase: «La parroquia viviente es el lugar de encuentro con el Cristo viviente». Dos palabras que quisiera subrayar. La primera es *encuentro*. La Iglesia es *encuentro*, es el lugar donde sanar la soledad, donde vencer la tentación de aislarse y de cerrarse, donde sacar la fuerza para superar los pliegues hacia uno mismo. La comunidad es entonces el lugar donde compartir las alegrías y los cansancios, donde llevar los pesos del corazón, las insatisfacciones de la vida y la

nostalgia de casa. Aquí Dios os espera para hacer cada vez más segura vuestra esperanza, porque cuando se encuentra al Señor todo es atravesado por su esperanza. Os deseo que siempre saquéis de aquí el pan para el camino de cada día, el consuelo del corazón, la sanación de las heridas. La segunda palabra es viviente. Jesús es el viviente, ha resucitado y está vivo y así lo encontramos en la Iglesia, en la Liturgia, en la Palabra. Toda comunidad suya, entonces, no puede hacer otra cosa que

perfumar vida. La parroquia no es un museo de recuerdos del pasado o un símbolo de presencia en el territorio, sino que es el corazón de la misión de la Iglesia, donde se recibe y se comparte la vida nueva, esa vida que vence el pecado, la muerte, la tristeza, toda tristeza, y mantiene joven el corazón. Si la fe nace del encuentro y habla a la vida, el tesoro que habéis recibido de vuestros padres será bien custodiado. Así sabréis ofrecer los bienes inestimables de vuestra tradición también a las

jóvenes generaciones, que acogen la fe sobre todo cuando perciben la Iglesia cercana y vivaz. Los jóvenes necesitan percibir esto: que la Iglesia no es un museo, que la Iglesia no es un sepulcro, que Dios no es una cosa allí... no, que la Iglesia está viva, que la Iglesia da vida y que Dios es Jesucristo en medio de la Iglesia, es Cristo viviente.

Quisiera también dirigir un pensamiento de reconocimiento a las muchas mujeres —he hablado un poco de esto improvisando, me repito— que

en vuestras comunidades son apóstoles de caridad y de fe. Sois valiosas y lleváis a muchas familias italianas el anuncio de Dios en el mejor de los modos, cuando con vuestro servicio cuidáis a las personas a través de una presencia atenta y no invasiva. Esto es muy importante: no invasiva..., [hecha de] testimonio... Y entonces [hace decir]: «Esta mujer es buena...»; y la fe viene, es transmitida la fe. Os invito a considerar vuestro trabajo, cansado y a menudo poco gratificante, no solo como

un trabajo, sino como una misión: sois puntos de referencia en la vida de tantos ancianos, las hermanas que les hacen sentir que no están solos. Lleváis el consuelo y la ternura de Dios a quien, en la vida, se dispone a prepararse al encuentro con él. Es un gran ministerio de proximidad y de cercanía, agradable a Dios, por el que os doy las gracias. Y vosotros, que hacéis este trabajo de cuidadoras de ancianos, veis que ellos fallecen, y quizá les olvidáis, porque viene otro, y otro... Sí,

recordad los nombres... Pero serán ellos los que os abran la puerta, allí arriba, serán ellos. Comprendo que, mientras estáis aquí, el corazón late por vuestro país, y late no solo de afecto, sino también de angustia, sobre todo por el flagelo de la guerra y por las dificultades económicas. Estoy aquí para deciros que estoy cerca de vosotros: cerca con el corazón, cerca con la oración, cerca cuando celebro la eucaristía. Allí suplico al Príncipe de la Paz para que se callen las armas. Le pido

también que no tengáis más necesidad de realizar grandes sacrificios para mantener a vuestros seres queridos. Rezo para que en los corazones de cada uno no se apague nunca la esperanza, sino que se renueve la valentía de ir adelante, de recomenzar siempre. Os doy las gracias, en nombre de toda la Iglesia, mientras que a todos vosotros y a las personas que lleváis en el corazón doy mi bendición. Y os pido por favor que no os olvidéis de rezar por mí. Y quisiera también hacer una

confidencia, deciros un secreto. Por la noche, antes de ir a la cama, y por la mañana, cuando me levanto siempre «me encuentro con los ucranianos». ¿Por qué? Porque cuando vuestro arzobispo mayor vino a Argentina, cuando le vi yo pensé que quizá era un «monaguillo» de la Iglesia ucraniana: ¡pero era el arzobispo! Hizo un buen trabajo en Argentina. Nos encontrábamos juntos, bastante a menudo. Después, un día fue al Sínodo y volvió arzobispo mayor, para

despedirse. El día en el que se despidió, me regaló un icono bellísimo —así, la mitad [dobla por la mitad los folios que tiene en la mano para mostrar la dimensión]— de la Virgen de la ternura. Y yo en Buenos Aires la llevé a mi habitación, y cada noche la saludaba, y por la mañana también, una costumbre. Después me tocó a mí hacer el viaje a Roma y no poder volver —¡él pudo volver, yo no!—. Y pedí que me trajeran tres libros del breviario que no había traído, y las cosas más esenciales, y esa

Virgen de la ternura.

Y cada noche, antes de ir a la cama, beso a la Virgen de la ternura que me regaló vuestro arzobispo mayor, y por la mañana también, la saludo.

Así puedo decir que empiezo el día y lo termino «en ucraniano».

Y ahora os invito a rezar a la Virgen y os daré la bendición, que quisiera dar junto a vuestro arzobispo.

28 de enero de 2018. Homilía
en la Santa Misa con motivo de
la fiesta de la traslación del
icono de la *Salus Populi
Romani*.

Domingo.

Nos reunimos aquí, como
Pueblo de Dios en camino,
deteniéndonos en el templo de
la Madre. La presencia de la
Madre convierte este templo en
una casa familiar para nosotros
los hijos. Junto a generaciones
y generaciones de romanos,
reconocemos en esta casa

materna nuestra casa, la casa donde recobramos fuerzas, encontramos consuelo, protección, refugio. El pueblo cristiano comprendió desde el inicio que en las dificultades y en las pruebas es necesario acudir a la Madre, como indica la antífona mariana más antigua: *Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios, no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien líbranos de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita. Buscamos refugio.* Nuestros

Padres en la fe enseñaron que en los momentos turbulentos es necesario ponerse bajo el manto de la Santa Madre de Dios. En el pasado, los perseguidos y los necesitados buscaban refugio en las mujeres de la nobleza: cuando su manto, que se consideraba inviolable, se extendía como signo de acogida, la protección era concedida. Del mismo modo nos sucede a nosotros en relación a la Virgen, la mujer de mayor rango del género humano. Su manto está siempre abierto para acogernos

y congregarnos. Nos lo recuerda bien el Oriente cristiano, donde muchos festejan la Protección de la Madre de Dios, que está representada en un precioso icono en el que, con su manto, protege a los hijos y cubre el mundo entero. También los monjes antiguos aconsejaban refugiarse en las pruebas bajo el manto de la Santa Madre de Dios: invocarla —«Santa Madre de Dios»— era ya garantía de protección y ayuda, y esta oración repetida: «Santa Madre de Dios», «Santa Madre de

Dios»... Y sólo así.

Esta sabiduría que viene de lejos nos ayuda: la Madre custodia la fe, protege las relaciones, salva en las dificultades y preserva del mal. Allí donde la Virgen es de casa el diablo no entra. Donde la Virgen es de casa el diablo no entra. Donde está la Madre la turbación no prevalece, el miedo no vence. ¿Quién de nosotros no tiene necesidad de esto? ¿Quién de nosotros no ha estado alguna vez turbado o inquieto? ¿Cuántas veces el corazón es como un mar

tempestuoso, donde las olas de los problemas se suceden y los vientos de las preocupaciones no dejan de soplar? María es el arca segura en medio del diluvio. No serán las ideas o la tecnología lo que nos dará consuelo y esperanza, sino el rostro de la Madre, sus manos que acarician la vida, su manto que nos protege. Aprendamos a encontrar refugio, yendo cada día a la Madre.

No deseches nuestras súplicas, continúa la antífona. Cuando nosotros le suplicamos, María suplica por nosotros. Hay un

bonito título en griego que dice esto: *Grigorusa*, es decir «aquella que intercede prontamente». Y este *prontamente* es lo que usa Lucas en el Evangelio para decir cómo fue María a visitar a Isabel: rápido, inmediatamente. Intercede velozmente, no se demora, como hemos escuchado en el Evangelio, donde presenta inmediatamente a Jesús la necesidad concreta de aquella gente: «No tienen vino» (*Jn 2,3*), nada más. Así actúa cada vez, si la invocamos:

cuando nos falta la esperanza,
cuando escasea la alegría,
cuando se agotan las fuerzas,
cuando se oscurece la estrella
de la vida, la Madre interviene.
Está atenta a las fatigas,
sensible a los desasosiegos —
los desasosiegos de la vida—,
cercana al corazón. Y jamás
desprecia nuestras oraciones;
no deja sin atender ni tan
siquiera una. Es Madre, no se
avergüenza nunca de nosotros,
antes bien desea solamente
poder ayudar a sus hijos.
Un episodio puede ayudarnos a
comprender esto. Junto a la

cama de un hospital una madre velaba a su propio hijo, que sufría después de un accidente. Aquella madre estaba siempre allí, día y noche. Una vez se lamentó con el sacerdote, diciendo: «A nosotras las madres el Señor no nos ha permitido una cosa». «¿Qué?», preguntó el sacerdote. «Tomar el dolor de los hijos», respondió la mujer. He aquí el corazón de madre: no se avergüenza de las heridas, de las debilidades de los hijos, sino que quisiera tomarlas consigo. Y la Madre de Dios y nuestra sabe tomar

consigo, consolar, velar y sanar. Continúa la antífona, *líbranos de todo peligro*. El Señor mismo sabe que necesitamos refugio y protección en medio de tantos peligros. Por esto, en el momento más álgido, en la cruz, dijo al discípulo amado, a todo discípulo: «Ahí tienes a tu Madre» (*Jn 19,27*). La Madre no es algo *opcional*, no es opcional, es el testamento de Cristo. Y nosotros tenemos necesidad de ella como un caminante del descanso, como un niño de ser llevado en brazos. Es un gran peligro para

la fe vivir sin Madre, sin protección, dejándonos llevar por la vida como las hojas por el viento. El Señor lo sabe y nos recomienda acoger a la Madre. No son buenos modales espirituales, sino es una exigencia de vida. Amarla no es poesía, es saber vivir. Porque sin Madre no podemos ser hijos. Y nosotros, ante todo, somos hijos, hijos amados, que tienen a Dios por Padre y a la Virgen por Madre.

El Concilio Vaticano II enseña que María es «signo de esperanza cierta y de consuelo

para el Pueblo peregrinante de Dios» (Const. Lumen Gentium, VIII, V). Es signo, es el signo que Dios nos ha dado. Si no lo seguimos, nos salimos del camino, porque hay unas señales en la vida espiritual que deben ser respetadas. Estas nos indican a nosotros que todavía peregrinamos y nos hallamos «en peligros y ansiedad» (*ibíd.*, 62), la Madre, que ya ha llegado a la meta. ¿Quién mejor que ella puede acompañarnos en el camino? ¿Qué esperamos? Como el discípulo que bajo la cruz

acogió a la Madre con él, «como algo propio», dice el Evangelio (*Jn 19, 27*), también nosotros desde esta casa materna invitamos a María a nuestra casa, a nuestro corazón, a nuestra vida. No podemos permanecer indiferentes o apartados de la Madre, porque perderíamos nuestra identidad de hijos y nuestra identidad de pueblo, y viviríamos un cristianismo hecho de ideas, de programas, sin confianza, sin ternura, sin corazón. Pero sin corazón no hay amor y la fe corre el riesgo

de convertirse en una bonita fábula de otros tiempos. La Madre, en cambio, custodia y prepara a los hijos. Los ama y los protege, para que amen y protejan el mundo. Hagamos que la Madre sea el huésped de nuestra vida cotidiana, la presencia constante en nuestra casa, nuestro refugio seguro. Encomendémosle cada día. Invoquémosla en cada dificultad. Y no nos olvidemos de volver a ella para darle gracias.

Ahora viéndola, apenas salida del hospital, contemplémosla

con ternura y saludémosla
como la saludaron los cristianos
de Éfeso. Todos juntos, por tres
veces: «Santa Madre de Dios».
Todos juntos: «Santa Madre de
Dios, Santa Madre de Dios,
Santa Madre de Dios».

28 de enero de 2018.

ÁNGELUS.

Domingo.

*iQueridos hermanos y
hermanas, buenos días!*

El Evangelio de este domingo (cf. *Mc* 1, 21-28) forma parte de la narración más amplia conocida como la «jornada de Cafarnaúm». En el centro del pasaje de hoy está el evento del exorcismo, a través del cual Jesús es presentado como profeta poderoso en palabras y en obras.

Él entra en la sinagoga de Cafarnaúm en sábado y se pone a enseñar; las personas permanecen sorprendidas por sus palabras, porque no son palabras comunes, no se parecen a lo que escuchan normalmente. Los escribas, de hecho, enseñan pero sin tener una autoridad propia. Y Jesús enseña con autoridad. Jesús, sin embargo, enseña como uno que tiene autoridad, revelándose así como el Enviado de Dios, y no como un simple hombre que debe fundar la propia enseñanza solo sobre

las tradiciones precedentes. Jesús tiene una autoridad plena. Su doctrina es nueva y el Evangelio dice que la gente comentaba: «Una doctrina nueva, expuesta con autoridad» (*Mc 1, 27*).

Al mismo tiempo, Jesús se revela poderoso también en las obras. En la sinagoga de Cafarnaúm hay un hombre poseído por un espíritu inmundo, que se manifiesta gritando estas palabras: «¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres

tú: el Santo de Dios» (*Mc 1, 24*). El diablo dice la verdad: Jesús ha venido para destruir al diablo, para destruir al demonio, para vencerlo. Este espíritu inmundo conoce el poder de Jesús y proclama también la santidad. Jesús lo grita, diciéndole: «Cállate y sale de él» (*Mc 1, 25*). Estas pocas palabras de Jesús bastan para obtener la victoria de Satanás, el cual sale de ese hombre «agitándole violentamente», dice el Evangelio (*Mc 1, 26*). Este hecho impresiona mucho a

los presentes; todos se quedaron pasmados y se preguntan: «¿Qué es esto? [...] Manda hasta a los espíritus inmundos y le obedecen» (Mc 1, 27). El poder de Jesús confirma la autoridad de su enseñanza. Él no pronuncia solo palabras, sino que actúa. Así manifiesta el proyecto de Dios con las palabras y con el poder de las obras. En el Evangelio, de hecho, vemos que Jesús, en su misión terrena, revela el amor de Dios tanto con la predicación como con innumerables gestos de

atención y socorro a los enfermos, a los necesitados, a los niños, a los pecadores. Jesús es nuestro Maestro, poderoso en palabras y obras. Jesús nos comunica toda la luz que ilumina las calles, a veces oscuras, de nuestra existencia; nos comunica también la fuerza necesaria para superar las dificultades, las pruebas, las tentaciones. ¡Pensemos en la gran gracia que es para nosotros haber conocido a este Dios tan poderoso y bueno! Un maestro y un amigo, que nos indica el camino y nos cuida,

especialmente cuando lo necesitamos.

Que la Virgen María, mujer de escucha, nos ayude a hacer silencio alrededor y dentro de nosotros, para escuchar, en el estruendo de los mensajes del mundo, la palabra con más autoridad que hay: la de su Hijo Jesús, que anuncia el sentido de nuestra existencia y nos libera de toda esclavitud, también de la del Maligno.

Después del Ángelus:

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer llegó desde Afganistán la

dolorosa noticia de la terrible masacre terrorista que se produjo en la capital Kabul, con más de cien muertos y numerosos heridos. Hace pocos días, otro atentado, también en Kabul, sembró terror y muerte en un gran hotel. ¿Hasta cuándo el pueblo afgano deberá soportar esta violencia deshumana? Recemos en silencio por todas las víctimas y por sus familias; y recemos por cuantos, en ese país, siguen trabajando para construir la paz. Se celebra hoy la Jornada mundial de los enfermos de

lepra. Esta enfermedad lamentablemente golpea todavía sobre todo a las personas más desfavorecidas y más pobres. A estos hermanos y hermanas aseguramos nuestra cercanía y solidaridad; y rezamos también por aquellos que les asisten y trabajan por su reinserción en la sociedad. Saludo a las familias, las parroquias, las asociaciones y todos los que han venido de Italia y de tantas partes del mundo. En particular a los estudiantes de Badajoz (España), los fieles de Liubliana

(Eslovenia) y los de Venecia y Veglie. ¡Con gran afecto saludo a los chicos y las chicas de Acción Católica de la diócesis de Roma! Espero que también haciendo ruido sepáis hacer cosas buenas ¿no? Queridos jóvenes, también este año, acompañados del arzobispo vicario, de vuestros padres y educadores y de los sacerdotes asistentes, habéis venido en gran número al finalizar la «Caravana de la Paz». Os doy las gracias por esta iniciativa. ¡Muchas gracias! ¡No os canséis de ser instrumento de paz y de

alegría entre vuestros
compañeros! Escuchemos ahora
todos el mensaje que vuestros
amigos, aquí junto a mí, nos
leerán.

*[Después de la lectura del
mensaje el Papa se dirigió a los
dos niños que estaban con él:]*

«Gracias, gracias. ¡Quedaos
aquí. Saludad, saludad, saludad.
Sin miedo!» Y ahora, junto a
nuestras oraciones por la paz,
cada uno de nosotros en su
corazón rece por la paz. ¡Junto
a estas oraciones subirán al
cielo los globos!

[Finalmente, después del

*lanzamiento de los globos
Francisco concluyó:]*

¿Habéis visto estos globos?

Cuando nosotros rezamos mal, cuando llevamos una vida que no es la vida que Jesús quiere, nuestras oraciones no llegan y por eso debe venir una ayuda para hacerlas subir. Cuando vosotros sentís que vuestras oraciones no suben, buscad ayuda de alguien. A todos deseo un feliz domingo. Por favor no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

29 de enero de 2018. Discurso con ocasión de la inauguración del año judicial del tribunal de la Rota Romana.

Lunes.

Queridos prelados auditores:

Os saludo cordialmente, comenzando por el decano, a quien agradezco sus palabras. Junto con vosotros, saludo a los funcionarios, a los abogados y a todos los colaboradores del Tribunal Apostólico de la Rota romana. Os deseo lo mejor para el año judicial que hoy

inauguramos. Hoy quisiera reflexionar con vosotros sobre un aspecto significativo de vuestro servicio judicial, es decir, sobre la centralidad de la conciencia, que es al mismo tiempo la de cada uno de vosotros y la de las personas de cuyos casos os ocupáis. De hecho, vuestra actividad se expresa también como ministerio de la paz de las conciencias y pide ser ejercitada en toda conciencia, como bien expresa la fórmula con la que se emanan vuestras sentencias *ad consulendum*

conscientiae o ut consulatur conscientiae.

Con respecto a la declaración de nulidad o validez del vínculo matrimonial, os colocáis, de alguna manera, como expertos en la conciencia de los fieles cristianos. En este papel, estáis llamados a invocar incesantemente la ayuda divina para llevar a cabo con humildad y mesura la grave tarea confiada a la Iglesia, manifestando así la conexión entre la certeza moral, que el juez debe alcanzar *ex actis et probatis*, y el ámbito de su

conciencia, conocido únicamente por el Espíritu Santo y asistido por Él. De hecho, gracias a la luz del Espíritu, se os permite entrar en el área sagrada de la conciencia de los fieles. Es significativo que la antigua oración del *Adsumus*, que se proclamaba al comienzo de cada sesión del Concilio Vaticano II, se rece con tanta frecuencia en vuestro Tribunal. El ámbito de la conciencia ha sido muy importante para los Padres de los dos últimos Sínodos de los obispos, y ha

resonado de manera significativa en la exhortación apostólica postsinodal *Amoris laetitia*. Esto se deriva de la toma de conciencia del Sucesor de Pedro y de los padres sinodales sobre la urgente necesidad de escuchar, por parte de los pastores de la Iglesia, las instancias y las expectativas de aquellos fieles cuya conciencia se ha vuelto muda y ausente durante muchos años y después han sido ayudados por Dios y por la vida a recuperar algo de luz, dirigiéndose a la Iglesia para

tener la paz de sus conciencias. La conciencia asume un papel decisivo en las decisiones arduas que los novios deben afrontar para acoger y construir la unión conyugal y después la familia, según el diseño de Dios. La Iglesia, madre tierna, *ut consulatur conscientiae* de los fieles necesitados de verdad, ha notado la necesidad de invitar a cuantos trabajan en la pastoral matrimonial y familiar a una renovada sensibilización a la hora de ayudar a construir y cuidar el santuario íntimo de

sus conciencias cristianas. En este sentido, me gusta destacar que en los dos documentos en forma de *motu proprio*, emanados de la reforma del procedimiento matrimonial, he exhortado a instituir la encuesta pastoral diocesana para que el proceso fuera no solamente más diligente, sino también más justo, en el debido conocimiento de las causas y motivos que están en los orígenes del fracaso matrimonial. Por otro lado, en la exhortación apostólica *Amoris laetitia*, se

indicaban itinerarios pastorales para ayudar a los novios a entrar sin temor en el discernimiento y la consiguiente elección del estado futuro de vida conyugal y familiar, y se describía en los primeros cinco capítulos la extraordinaria riqueza de la alianza conyugal diseñada por Dios en las Escrituras y vivida por la Iglesia en el curso de la historia.

Es, cuanto menos, necesaria una continua experiencia de fe, esperanza y caridad, para que los jóvenes vuelvan a decidir,

con conciencia segura y serena que la unión conyugal abierta al don de los hijos es alegría grande para Dios, para la Iglesia, para la humanidad. El camino sinodal de reflexión sobre el matrimonio y la familia y la sucesiva exhortación apostólica *Amoris laetitia* han tenido un recorrido y un objetivo obligados: cómo salvar a los jóvenes del bullicio y del ruido ensordecedor de lo efímero, que les lleva a renunciar a asumir compromisos estables y positivos y por el bien

individual y colectivo. Un condicionamiento que silencia la voz de su libertad, de esa célula íntima —la conciencia, de hecho— que Dios solo ilumina y abre a la vida, si se le permite entrar.

¡Qué valiosa y urgente es la acción pastoral de toda la Iglesia por la recuperación, la salvaguardia, la custodia de una conciencia cristiana, iluminada por los valores evangélicos! Será una empresa larga y no fácil, que requiere a los obispos y sacerdotes un trabajo incansable para

iluminar, defender y sostener la conciencia cristiana de nuestro pueblo. La voz sinodal de los Padres obispos y la sucesiva exhortación apostólica *Amoris laetitia* han asegurado así un punto primordial: la relación necesaria entre la *regula fidei*, es decir, la fidelidad de la Iglesia al magisterio intocable sobre el matrimonio, así como sobre la Eucaristía, y la atención urgente de la Iglesia misma a los procesos psicológicos y religiosos de todas las personas llamadas a la elección del matrimonio y la

familia. Recogiendo los deseos de los padres sinodales, ya he tenido ocasión de recomendar el esfuerzo de un catecumenado matrimonial, entendido como itinerario indispensable de los jóvenes y de las parejas destinado a hacer revivir su conciencia cristiana, sostenida por la gracia de los dos sacramentos, el bautismo y el matrimonio. Como he reafirmado otras veces, el catecumenado es en sí único, en cuanto bautismal, es decir, radicado en el bautismo y al mismo tiempo en

la vida necesita el carácter permanente, siendo permanente la gracia del sacramento matrimonial, que precisamente porque la gracia es fruto del misterio, cuya riqueza no puede ser custodiada y asistida en la conciencia de los cónyuges como individuos y como pareja. Se trata, en realidad, de figuras peculiares de ese incesante *cura animarum* que es la razón de ser de la Iglesia, y de nosotros pastores en primer lugar. Sin embargo, el cuidado de las

conciencias no puede ser un compromiso exclusivo de los pastores, sino, con diferentes responsabilidades y modalidades, es la misión de todos, ministros y fieles bautizados. El beato Pablo VI exhortaba a la «fidelidad absoluta para salvaguardar la *regula fidei*» (*Enseñanzas XV* [1977], 663), que ilumina la conciencia y no puede ser ofuscada o disgregada. Para hacer esto —dice Pablo vi— «hay que evitar los extremismos opuestos, tanto por parte de los que apelan a la

tradición para justificar su desobediencia al supremo Magisterio y al Concilio ecuménico, como por parte de aquellos que se desenraízan del *humus* eclesial corrompiendo la doctrina verdadera de la Iglesia; ambas actitudes son un signo de subjetivismo indebido y tal vez inconsciente, cuando no desafortunadamente de obstinación, de testarudez, de desequilibrio; posturas que hieren en el corazón a la Iglesia, Madre y Maestra» (*Enseñanzas XIV* [1976], 500).

La fe es luz que ilumina no solo el presente sino también el futuro: el matrimonio y la familia son el futuro de la Iglesia y de la sociedad. Por lo tanto, es necesario promover un estado de catecumenado permanente para que la conciencia de los bautizados esté abierta a la luz del Espíritu. La intención sacramental nunca es el resultado de un automatismo, sino siempre de una conciencia iluminada por la fe, como resultado de una combinación de lo humano y lo divino. En

este sentido, se puede decir que la unión conyugal es verdadera solo si la intención humana de los cónyuges está orientada según lo que desean Cristo y la Iglesia. Para hacer cada vez más conscientes de ello a los futuros esposos es necesaria la aportación, además que de los obispos y sacerdotes, de otras personas involucradas en la pastoral, religiosos y fieles laicos corresponsables en la misión de la Iglesia.

Estimados jueces de la Rota romana, la estrecha conexión

entre la esfera de la conciencia y la de los procesos matrimoniales de los que os ocupáis diariamente requiere que se evite que el ejercicio de la justicia se reduzca a un mero trabajo burocrático. Si los tribunales eclesiásticos cayeran en esta tentación, traicionarían la conciencia cristiana. Por eso, en el procedimiento del *processus brevior*, he establecido no solo que el papel de vigilancia del obispo diocesano sea más evidente, sino también que él mismo, juez nativo en la Iglesia

que le fue confiada, juzgue en primera instancia los posibles casos de nulidad matrimonial. Debemos impedir que la conciencia de los fieles en dificultad con respecto a su matrimonio se cierre a un camino de gracia. Este objetivo se logra mediante el acompañamiento pastoral, el discernimiento de las conciencias (véase la exhortación apostólica *Amoris laetitia*, 242) y con el trabajo de nuestros tribunales. Este trabajo debe llevarse a cabo con sabiduría y en la búsqueda

de la verdad: solo de esta manera la declaración de nulidad produce una liberación de las conciencias.

Renuevo mi gratitud a cada uno por el bien que hacéis al pueblo de Dios, sirviendo a la justicia. Invoco la asistencia divina en vuestro trabajo y os imparto de todo corazón la bendición apostólica.

31 de enero de 2018.

Audiencia general. La Liturgia de la Palabra.

Miércoles.

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!

Continuamos hoy las catequesis sobre la misa. Después de habernos detenido en los ritos de introducción, consideramos ahora la Liturgia de la Palabra, que es una parte constitutiva porque nos reunimos precisamente para escuchar lo que Dios ha hecho y pretende

hacer todavía por nosotros. Es una experiencia que tiene lugar «en directo» y no por oídas, porque «cuando se leen las sagradas Escrituras en la Iglesia, Dios mismo habla a su pueblo, y Cristo, presente en su palabra, anuncia el Evangelio» (Instrucción General del Misal Romano, 29; cf.

Cost. Sacrosanctum Concilium, 7; 33). Y cuántas veces, mientras se lee la Palabra de Dios, se comenta: «Mira ese..., mira esa..., mira el sombrero que ha traído esa: es ridículo...». Y se empiezan a

hacer comentarios. ¿No es verdad? ¿Se deben hacer comentarios mientras se lee la Palabra de Dios? [responden: “¡No!”]. No, porque si tú chismorreas con la gente, no escuchas la Palabra de Dios. Cuando se lee la Palabra de Dios en la Biblia —la primera Lectura, la segunda, el Salmo responsorial y el Evangelio— debemos escuchar, abrir el corazón, porque es Dios mismo que nos habla y no pensar en otras cosas o hablar de otras cosas. ¿Entendido?... Os explicaré qué sucede en esta

Liturgia de la Palabra.

Las páginas de la Biblia cesan de ser un escrito para convertirse en palabra viva, pronunciada por Dios. Es Dios quien, a través de la persona que lee, nos habla e interpela para que escuchemos con fe. El Espíritu «que habló por medio de los profetas» (Credo) y ha inspirado a los autores sagrados, hace que «para que la Palabra de Dios actúe realmente en los corazones lo que hace resonar en los oídos» (*Leccionario*, Introd., 9). Pero para escuchar la Palabra de

Dios es necesario tener también el corazón abierto para recibir la palabra en el corazón. Dios habla y nosotros escuchamos, para después poner en práctica lo que hemos escuchado. Es muy importante escuchar. Algunas veces quizá no entendemos bien porque hay algunas lecturas un poco difíciles. Pero Dios nos habla igualmente de otra manera. [Es necesario estar] en silencio y escuchar la Palabra de Dios. No os olvidéis de esto. En la misa, cuando empiezan las lecturas, escuchamos la Palabra de Dios.

¡Necesitamos escucharlo! Es de hecho una cuestión de vida, como recuerda la fuerte expresión que «no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (*Mt 4, 4*). La vida que nos da la Palabra de Dios. En este sentido, hablamos de la Liturgia de la Palabra como de la «mesa» que el Señor dispone para alimentar nuestra vida espiritual. Es una mesa abundante la de la Liturgia, que se basa en gran medida en los tesoros de la Biblia (cf. SC, 51), tanto del Antiguo como del

Nuevo Testamento, porque en ellos la Iglesia anuncia el único e idéntico misterio de Cristo (cf. *Leccionario*, Introd., 5). Pensamos en las riquezas de las lecturas bíblicas ofrecidas por los tres ciclos dominicales que, a la luz de los Evangelios Sinópticos, nos acompañan a lo largo del año litúrgico: una gran riqueza. Deseo recordar también la importancia del Salmo responsorial, cuya función es favorecer la meditación de lo que escuchado en la lectura que lo precede. Está bien que el Salmo sea

resaltado con el canto, al menos en la antífona (cf. IGMR, 61; *Leccionario*, Introd., 19-22).

La proclamación litúrgica de las mismas lecturas, con los cantos tomados de la sagrada Escritura, expresa y favorece la comunión eclesial, acompañando el camino de todos y cada uno. Se entiende por tanto por qué algunas elecciones subjetivas, como la omisión de lecturas o su sustitución con textos no bíblicos, sean prohibidas. He escuchado que alguno, si hay

una noticia, lee el periódico, porque es la noticia de día. ¡No! ¡La Palabra de Dios es la Palabra de Dios! El periódico lo podemos leer después. Pero ahí se lee la Palabra de Dios. Es el Señor que nos habla. Sustituir esa Palabra con otras cosas empobrece y compromete el diálogo entre Dios y su pueblo en oración. Al contrario, [se pide] la dignidad del ambón y el uso del Leccionario, la disponibilidad de buenos lectores y salmistas. ¡Pero es necesario buscar buenos lectores!, los que sepan leer, no

los que leen [trabucando las palabras] y no se entiende nada. Y así. Buenos lectores. Se deben preparar y hacer la prueba antes de la misa para leer bien. Y esto crea un clima de silencio receptivo. Sabemos que la palabra del Señor es una ayuda indispensable para no perdernos, como reconoce el salmista que, dirigido al Señor, confiesa: «Para mis pies antorcha es tu palabra, luz para mi sendero» (*Sal* 119, 105). ¿Cómo podremos afrontar nuestra peregrinación

terrena, con sus cansancios y sus pruebas, sin ser regularmente nutridos e iluminados por la Palabra de Dios que resuena en la liturgia? Ciertamente no basta con escuchar con los oídos, sin acoger en el corazón la semilla de la divina Palabra, permitiéndole dar fruto. Recordemos la parábola del sembrador y de los diferentes resultados según los distintos tipos de terreno (cf. *Mc* 4, 14-20). La acción del Espíritu, que hace eficaz la respuesta, necesita de corazón que se

dejen trabajar y cultivar, de forma que lo escuchado en misa pase en la vida cotidiana, según la advertencia del apóstol Santiago: «Poned por obra la Palabra y no os contentéis solo con oírla, engañosos a vosotros mismos» (*Sant 1, 22*). La Palabra de Dios hace un camino dentro de nosotros. La escuchamos con las oídos y pasa al corazón; no permanece en los oídos, debe ir al corazón; y del corazón pasa a las manos, a las buenas obras. Este es el recorrido que hace la Palabra

de Dios: de los oídos al corazón y a las manos. Aprendamos estas cosas. ¡Gracias!

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española venidos de España y Latinoamérica; de modo especial a los seminaristas del Seminario Menor de Ciudad Real, y a los participantes en la Asamblea anual de Delegados diocesanos de Medios de Comunicación de España. Los invito a acoger cada día el alimento y la luz de la Palabra

de Dios que resuena en la liturgia, siendo capaces de ponerla en práctica con obras concretas.

Que Dios los bendiga. Y Muchas gracias.

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA CUARESMA 2018.

«Al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría» (Mt 24,12)

Queridos hermanos y hermanas:

Una vez más nos sale al encuentro la Pascua del Señor. Para prepararnos a recibirla, la Providencia de Dios nos ofrece cada año la Cuaresma, «signo sacramental de nuestra conversión»[\[1\]](#), que anuncia y realiza la posibilidad de volver al Señor con todo el corazón y

con toda la vida.

Como todos los años, con este mensaje deseo ayudar a toda la Iglesia a vivir con gozo y con verdad este tiempo de gracia; y lo hago inspirándome en una expresión de Jesús en el Evangelio de Mateo: «Al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría» (*Mt 24,12*).

Esta frase se encuentra en el discurso que habla del fin de los tiempos y que está ambientado en Jerusalén, en el Monte de los Olivos, precisamente allí donde tendrá comienzo la pasión del Señor.

Jesús, respondiendo a una pregunta de sus discípulos, anuncia una gran tribulación y describe la situación en la que podría encontrarse la comunidad de los fieles: frente a acontecimientos dolorosos, algunos falsos profetas engañarán a mucha gente hasta amenazar con apagar la caridad en los corazones, que es el centro de todo el Evangelio.

Los falsos profetas

Escuchemos este pasaje y preguntémonos: ¿qué formas asumen los falsos profetas?

Son como «encantadores de serpientes», o sea, se aprovechan de las emociones humanas para esclavizar a las personas y llevarlas adonde ellos quieren. Cuántos hijos de Dios se dejan fascinar por las lisonjas de un placer momentáneo, al que se le confunde con la felicidad. Cuántos hombres y mujeres viven como encantados por la ilusión del dinero, que los hace en realidad esclavos del lucro o de intereses mezquinos. Cuántos viven pensando que se bastan a sí mismos y caen

presa de la soledad.
Otros falsos profetas son esos «charlatanes» que ofrecen soluciones sencillas e inmediatas para los sufrimientos, remedios que sin embargo resultan ser completamente inútiles: cuántos son los jóvenes a los que se les ofrece el falso remedio de la droga, de unas relaciones de «usar y tirar», de ganancias fáciles pero deshonestas. Cuántos se dejan cautivar por una vida completamente virtual, en que las relaciones parecen más

sencillas y rápidas pero que después resultan dramáticamente sin sentido. Estos estafadores no sólo ofrecen cosas sin valor sino que quitan lo más valioso, como la dignidad, la libertad y la capacidad de amar. Es el engaño de la vanidad, que nos lleva a pavonearnos... haciéndonos caer en el ridículo; y el ridículo no tiene vuelta atrás. No es una sorpresa: desde siempre el demonio, que es «mentiroso y padre de la mentira» (*Jn 8,44*), presenta el mal como bien y lo falso como

verdadero, para confundir el corazón del hombre. Cada uno de nosotros, por tanto, está llamado a discernir y a examinar en su corazón si se siente amenazado por las mentiras de estos falsos profetas. Tenemos que aprender a no quedarnos en un nivel inmediato, superficial, sino a reconocer qué cosas son las que dejan en nuestro interior una huella buena y más duradera, porque vienen de Dios y ciertamente sirven para nuestro bien.

Un corazón frío

Dante Alighieri, en su descripción del infierno, se imagina al diablo sentado en un trono de hielo[2]; su morada es el hielo del amor extinguido.

Preguntémonos entonces: ¿cómo se enfría en nosotros la caridad? ¿Cuáles son las señales que nos indican que el amor corre el riesgo de apagarse en nosotros?

Lo que apaga la caridad es ante todo la avidez por el dinero, «raíz de todos los males» (1 *Tm* 6,10); a esta le sigue el rechazo de Dios y, por tanto, el no querer buscar consuelo en

él, prefiriendo quedarnos con nuestra desolación antes que sentirnos confortados por su Palabra y sus Sacramentos[3]. Todo esto se transforma en violencia que se dirige contra aquellos que consideramos una amenaza para nuestras «certezas»: el niño por nacer, el anciano enfermo, el huésped de paso, el extranjero, así como el prójimo que no corresponde a nuestras expectativas.

También la creación es un testigo silencioso de este enfriamiento de la caridad: la

tierra está envenenada a causa de los desechos arrojados por negligencia e interés; los mares, también contaminados, tienen que recubrir por desgracia los restos de tantos naufragos de las migraciones forzadas; los cielos —que en el designio de Dios cantan su gloria— se ven surcados por máquinas que hacen llover instrumentos de muerte. El amor se enfría también en nuestras comunidades: en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* traté de describir las señales más evidentes de esta

falta de amor. estas son: la acedia egoísta, el pesimismo estéril, la tentación de aislarse y de entablar continuas guerras fratricidas, la mentalidad mundana que induce a ocuparse sólo de lo aparente, disminuyendo de este modo el entusiasmo misionero[4].

¿Qué podemos hacer?

Si vemos dentro de nosotros y a nuestro alrededor los signos que antes he descrito, la Iglesia, nuestra madre y maestra, además de la medicina a veces amarga de la verdad, nos ofrece en este

tiempo de Cuaresma el dulce remedio de la oración, la limosna y el ayuno.

El hecho de dedicar más tiempo a la *oración* hace que nuestro corazón descubra las mentiras secretas con las cuales nos engañamos a nosotros mismos[5], para buscar finalmente el consuelo en Dios. Él es nuestro Padre y desea para nosotros la vida.

El ejercicio de la *limosna* nos libera de la avidez y nos ayuda a descubrir que el otro es mi hermano: nunca lo que tengo es sólo mío. Cuánto desearía

que la limosna se convirtiera para todos en un auténtico estilo de vida. Al igual que, como cristianos, me gustaría que siguiésemos el ejemplo de los Apóstoles y viésemos en la posibilidad de compartir nuestros bienes con los demás un testimonio concreto de la comunión que vivimos en la Iglesia. A este propósito hago mía la exhortación de san Pablo, cuando invitaba a los corintios a participar en la colecta para la comunidad de Jerusalén: «Os conviene» (2 Co 8,10). Esto vale especialmente

en Cuaresma, un tiempo en el que muchos organismos realizan colectas en favor de iglesias y poblaciones que pasan por dificultades. Y cuánto querría que también en nuestras relaciones cotidianas, ante cada hermano que nos pide ayuda, pensáramos que se trata de una llamada de la divina Providencia: cada limosna es una ocasión para participar en la Providencia de Dios hacia sus hijos; y si él hoy se sirve de mí para ayudar a un hermano, ¿no va a proveer también mañana a mis

necesidades, él, que no se deja ganar por nadie en generosidad?[\[6\]](#)

El *ayuno*, por último, debilita nuestra violencia, nos desarma, y constituye una importante ocasión para crecer. Por una parte, nos permite experimentar lo que sienten aquellos que carecen de lo indispensable y conocen el aguijón del hambre; por otra, expresa la condición de nuestro espíritu, hambriento de bondad y sediento de la vida de Dios. El ayuno nos despierta, nos hace estar más atentos a Dios y al

prójimo, inflama nuestra voluntad de obedecer a Dios, que es el único que sacia nuestra hambre.

Querría que mi voz traspasara las fronteras de la Iglesia Católica, para que llegara a todos ustedes, hombres y mujeres de buena voluntad, dispuestos a escuchar a Dios. Si se sienten afligidos como nosotros, porque en el mundo se extiende la iniquidad, si les preocupa la frialdad que paraliza el corazón y las obras, si ven que se debilita el sentido de una misma humanidad,

únanse a nosotros para invocar juntos a Dios, para ayunar juntos y entregar juntos lo que podamos como ayuda para nuestros hermanos.

El fuego de la Pascua

Invito especialmente a los miembros de la Iglesia a emprender con celo el camino de la Cuaresma, sostenidos por la limosna, el ayuno y la oración. Si en muchos corazones a veces da la impresión de que la caridad se ha apagado, en el corazón de Dios no se apaga. Él siempre nos da una nueva oportunidad

para que podamos empezar a amar de nuevo.

Una ocasión propicia será la iniciativa «24 horas para el Señor», que este año nos invita nuevamente a celebrar el Sacramento de la Reconciliación en un contexto de adoración eucarística. En el 2018 tendrá lugar el viernes 9 y el sábado 10 de marzo, inspirándose en las palabras del Salmo 130,4: «De ti procede el perdón» (Sal 130,4). En cada diócesis, al menos una iglesia permanecerá abierta durante 24 horas seguidas, para

permitir la oración de adoración y la confesión sacramental.

En la noche de Pascua reviviremos el sugestivo rito de encender el cirio pascual: la luz que proviene del «fuego nuevo» poco a poco disipará la oscuridad e iluminará la asamblea litúrgica. «Que la luz de Cristo, resucitado y glorioso, disipe las tinieblas de nuestro corazón y de nuestro espíritu» [\[7\]](#), para que todos podamos vivir la misma experiencia de los discípulos de Emaús: después de escuchar la Palabra del Señor y de

alimentarnos con el Pan
eucarístico nuestro corazón
volverá a arder de fe,
esperanza y caridad.

Los bendigo de todo corazón y
rezo por ustedes. No se olviden
de rezar por mí.

*Vaticano, 1 de noviembre de
2017*

Solemnidad de Todos los Santos
Francisco

[1] Misal Romano, I Dom. de
Cuaresma, Oración Colecta.

[2] «Salía el soberano del reino
del dolor fuera de la helada
superficie, desde la mitad del

pecho» (Infierno XXXIV, 28-29).

[3] «Es curioso, pero muchas veces tenemos miedo a la consolación, de ser consolados. Es más, nos sentimos más seguros en la tristeza y en la desolación. ¿Sabéis por qué? Porque en la tristeza nos sentimos casi protagonistas. En cambio en la consolación es el Espíritu Santo el protagonista» (Ángelus, 7 diciembre 2014).

[4] Núms. 76-109.

[5] Cf. Benedicto XVI, Enc. Spe

salvi, 33.

[6] Cf. Pío XII, Enc. Fidei donum, III.

[7] Misal Romano, Vigilia Pascual, Lucernario.

SANTO PADRE FRANCISCO.

Año 2018. Febrero.



Textos tomados de:

www.vatican.va

Compuestos por:

alphonsus2002@gmail.com

FEBRERO

2 de febrero de 2018.

Homilía en la concelebración eucarística para los consagrados.

2 de febrero de 2018.

Discurso a los participantes en la conferencia "tackling violence committed in the name of religion"

3 de febrero de 2018.

Discurso a los miembros de la consulta nacional antiusura.

4 de febrero de 2018.

ÁNGELUS.

7 de febrero de 2018.

Audiencia general. La proclamación del Evangelio.

9 de febrero de 2018.

Discurso a los miembros del grupo santa Marta.

10 de febrero de 2018.

Discurso a los participantes en el capítulo general de la congregación de los Sagrados Estigmas de Nuestro Señor Jesucristo (estigmatinos)

11 de febrero de 2018.

ÁNGELUS.

11 de febrero de 2018.

Mensaje para la XXXIII jornada mundial de la juventud.

12 de febrero de 2018.

Discurso a los miembros del sínodo Greco-Melquita.

12 de febrero de 2018.

Discurso a los participantes en la jornada mundial de reflexión y oración contra la trata de personas.

14 de febrero de 2018.

Homilía en la Santa Misa, bendición e imposición de la ceniza. Miércoles.

14 de febrero de 2018.

Audiencia general. La homilía. El Credo. La Oración universal.

18 de febrero de 2018.

ÁNGELUS.

23 de febrero de 2018.

Palabras del Papa Francisco en la conclusión de los ejercicios espirituales del Santo Padre y de la curia romana.

25 de febrero de 2018.

Homilía en la visita pastoral a la parroquia romana de san Gelasio I, papa, en Ponte Mammolo.

25 de febrero de 2018.

ÁNGELUS.

28 de febrero de 2018.

Audiencia general. La liturgia eucarística.

2 de febrero de 2018. Homilía
en la concelebración eucarística
para los consagrados.

Fiesta de la Presentación del
Señor. XXII jornada mundial de
la vida consagrada

Viernes.

Cuarenta días después de
Navidad celebramos al Señor
que, entrando en el templo, va
al encuentro de su pueblo. En
el Oriente cristiano, a esta
fiesta se la llama precisamente
la «Fiesta del encuentro»: es el

encuentro entre el Niño Dios, que trae novedad, y la humanidad que espera, representada por los ancianos en el templo.

En el templo sucede también otro encuentro, el de dos parejas: por una parte, los jóvenes María y José, por otra, los ancianos Simeón y Ana. Los ancianos reciben de los jóvenes, y los jóvenes de los ancianos. María y José encuentran en el templo las *raíces del pueblo*, y esto es importante, porque la promesa de Dios no se realiza

individualmente y de una sola vez, sino juntos y a lo largo de la historia. Y encuentran también las *raíces de la fe*, porque la fe no es una noción que se aprende en un libro, sino el arte de vivir con Dios, que se consigue por la experiencia de quien nos ha precedido en el camino. Así los dos jóvenes, encontrándose con los ancianos, se encuentran a sí mismos. Y los dos ancianos, hacia el final de sus días, reciben a Jesús, que es el sentido a sus vidas. En este episodio se cumple así la

profecía de Joel: «Vuestros hijos e hijas profetizarán, vuestros ancianos tendrán sueños y visiones» (Jl 3,1). En ese encuentro los jóvenes descubren su misión y los ancianos realizan sus sueños. Y todo esto porque en el centro del encuentro está Jesús. Mirémonos a nosotros, queridos hermanos y hermanas consagrados. Todo comenzó gracias al encuentro con el Señor. De un encuentro y de una llamada nació el camino de la consagración. Es necesario hacer memoria de ello. Y si

recordamos bien veremos que en ese encuentro no estábamos solos con Jesús: estaba también el pueblo de Dios —la Iglesia—, jóvenes y ancianos, como en el Evangelio. Allí hay un detalle interesante: mientras los jóvenes María y José observan fielmente las prescripciones de la Ley —el Evangelio lo dice cuatro veces —, y no hablan nunca, los ancianos Simeón y Ana acuden y profetizan. Parece que debería ser al contrario: en general, los jóvenes son quienes hablan con ímpetu del

futuro, mientras los ancianos custodian el pasado. En el Evangelio sucede lo contrario, porque cuando uno se encuentra en el Señor no tardan en llegar las sorpresas de Dios. Para dejar que sucedan en la vida consagrada es bueno recordar que no se puede renovar el encuentro con el Señor sin el otro: nunca dejar atrás, nunca hacer descartes generacionales, sino acompañarse cada día, con el Señor en el centro. Porque si los jóvenes están llamados a abrir nuevas puertas, los

ancianos tienen las llaves. Y la juventud de un instituto está en ir a las raíces, escuchando a los ancianos. No hay futuro sin este encuentro entre ancianos y jóvenes; no hay crecimiento sin raíces y no hay florecimiento sin brotes nuevos. Nunca profecía sin memoria, nunca memoria sin profecía; y, siempre encontrarse.

La vida frenética de hoy lleva a cerrar muchas puertas al encuentro, a menudo por el miedo al otro —las puertas de los centros comerciales y las

conexiones de red permanecen siempre abiertas—. Que no sea así en la vida consagrada: el hermano y la hermana que Dios me da son parte de mi historia, son dones que hay que custodiar. No vaya a suceder que miremos más la pantalla del teléfono que los ojos del hermano, o que nos fijemos más en nuestros programas que en el Señor. Porque cuando se ponen en el centro los proyectos, las técnicas y las estructuras, la vida consagrada deja de atraer y ya no comunica; no florece porque

olvida «lo que tiene sepultado», es decir, las raíces. La vida consagrada nace y renace del encuentro con Jesús tal como es: pobre, casto y obediente. Se mueve por una doble vía: por un lado, la iniciativa amorosa de Dios, de la que todo comienza y a la que siempre debemos regresar; por otro lado, nuestra respuesta, que es de amor verdadero cuando se da *sin peros ni excusas*, y cuando imita a Jesús pobre, casto y obediente. Así, mientras la vida del mundo trata de acumular, la vida

consagrada deja las riquezas que son pasajeras para abrazar a Aquel que permanece. La vida del mundo persigue los placeres y los deseos del yo, la vida consagrada libera el afecto de toda posesión para amar completamente a Dios y a los demás. La vida del mundo se empeña en hacer lo que quiere, la vida consagrada elige la obediencia humilde como la libertad más grande. Y mientras la vida del mundo deja pronto con las manos y el corazón vacíos, la vida según Jesús colma de paz hasta el

final, como en el Evangelio, en el que los ancianos llegan felices al ocaso de la vida, con el Señor en sus manos y la alegría en el corazón.

Cuánto bien nos hace, como Simeón, tener al Señor «en brazos» (Lc 2,28). No sólo en la cabeza y en el corazón, sino en las manos, en todo lo que hacemos: en la oración, en el trabajo, en la comida, al teléfono, en la escuela, con los pobres, en todas partes. Tener al Señor en las manos es el antídoto contra el misticismo aislado y el activismo

desenfrenado, porque el encuentro real con Jesús endereza tanto al devoto sentimental como al frenético factótum. Vivir el encuentro con Jesús es también el remedio para la *parálisis de la normalidad*, es abrirse a la cotidiana agitación de la gracia. Dejarse encontrar por Jesús, ayudar a encontrar a Jesús: este es el secreto para mantener viva la llama de la vida espiritual. Es la manera de escapar a una vida asfixiada, dominada por los lamentos, la amargura y las inevitables

decepciones. Encontrarse en Jesús como hermanos y hermanas, jóvenes y ancianos, para superar la retórica estéril de los «viejos tiempos pasados» —esa nostalgia que mata el alma—, para acabar con el «aquí no hay nada bueno». Si Jesús y los hermanos se encuentran todos los días, el corazón no se polariza en el pasado o el futuro, sino que vive el hoy de Dios en paz con todos. Al final de los Evangelios hay otro encuentro con Jesús que puede ayudar a la vida

consagrada: el de las mujeres en el sepulcro. Fueron a encontrar a un muerto, su viaje parecía inútil. También vosotros vais por el mundo a contracorriente: la vida del mundo rechaza fácilmente la pobreza, la castidad y la obediencia. Pero, al igual que aquellas mujeres, vais adelante, a pesar de la preocupación por las piedras pesadas que hay que remover (cf. *Mc 16,3*). Y al igual que aquellas mujeres, las primeras que encontraron al Señor resucitado y vivo, os abrazáis a

Él (cf. *Mt 28,9*) y lo anunciáis inmediatamente a los hermanos, con los ojos que brillan de alegría (cf. *Mt 28,8*). Sois por tanto el amanecer perenne de la Iglesia: vosotros, consagrados y consagradas, sois el alba perenne de la Iglesia. Os deseo que reavivéis hoy mismo el encuentro con Jesús, caminando juntos hacia Él; y así se iluminarán vuestros ojos y se fortalecerán vuestros pasos.

2 de febrero de 2018. Discurso
a los participantes en la
conferencia "tackling violence
committed in the name of
religion"

Viernes.

Queridos amigos:

Os doy la bienvenida y os doy
las gracias por vuestra
presencia. Es muy significativo
que los responsables políticos y
los jefes religiosos se
encuentren y discutan entre
ellos sobre cómo contrarrestar
la violencia cometida en

nombre de la religión.

Quisiera aquí mencionar lo que ya he podido decir en diferentes circunstancias, particularmente con ocasión de mi viaje a Egipto: «Dios, que ama la vida, no deja de amar al hombre y por ello lo insta a contrastar el camino de la violencia como requisito previo fundamental de toda alianza en la tierra. Siempre, pero sobre todo ahora, todas las religiones están llamadas a poner en práctica este imperativo, ya que mientras sentimos la urgente necesidad de lo

Absoluto, es indispensable excluir cualquier absolutización que justifique cualquier forma de violencia. La violencia, de hecho, es la negación de toda auténtica religiosidad. Estamos obligados a denunciar las violaciones que atentan contra la dignidad humana y contra los derechos humanos, a poner al descubierto los intentos de justificar todas las formas de odio en nombre de las religiones y a condenarlos como una falsificación idolátrica de Dios» (Discurso a la Conferencia Internacional por la

Paz, Al-Azhar Conference Centre, El Cairo, 28 abril de 2017).

La violencia de propaganda y realizada en nombre de la religión no puede hacer otra cosa que desacreditar la religión misma; como tal, debería ser condenada por todos y, con especial convicción, por el hombre auténticamente religioso, el cual sabe que Dios es solamente bondad, amor, compasión, y que en Él no puede haber espacio para el odio, el rencor y la venganza.

La persona religiosa sabe que una de las más grandes blasfemias es llamar a Dios como garante de los propios pecados y crímenes, llamarlo para justificar el homicidio, la masacre, la reducción a esclavitud, la explotación de todo tipo, la opresión y la persecución de personas y de enteras poblaciones.

La persona religiosa sabe que Dios es el Santo y que nadie puede pretender apelar su nombre para realizar el mal. Todo líder religioso está llamado a desenmascarar

cualquier intento de manipular a Dios para fines que nada tienen que ver con Él y su gloria. Es necesario mostrar, sin cansarse, que toda vida humana tiene en sí misma carácter sagrado, merece respeto, consideración, compasión, solidaridad, independientemente de la ética, la religión, la cultura, la orientación ideológica o política.

La pertenencia a una determinada religión no da ninguna dignidad o derechos suplementarios a quien se

adhiera, así como la no pertenencia no te quita ni disminuye.

Por eso es necesario comprometerse juntos, líderes políticos y responsables religiosos, profesores y trabajadores de la educación, de la formación y de la información, para advertir a quien sea tentado por formas perversas de religiosidad equivocada, que nada tienen que ver con el testimonio de una religión digna de este nombre.

Esto ayudará a los que con

buena voluntad buscan a Dios para encontrarlo realmente, para encontrar a Aquel que libera del miedo, del odio y de la violencia, que desea servirse de la creatividad y de las energías de cada uno para difundir su diseño de amor y de paz dirigido a todos.

Gentiles señoras y señores, expreso nuevamente mi aprecio por vuestra voluntad de reflexión y de diálogo sobre un tema tan dramáticamente importante, y por haber dado así una cualificada contribución al crecimiento de la cultura de

la paz fundada siempre sobre la
verdad y el amor. Dios os
bendiga a vosotros y a vuestro
trabajo.
Gracias.

3 de febrero de 2018. Discurso
a los miembros de la consulta
nacional antiusura.

Sábado.

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Me complace acogerlos y
compartir con vosotros este
momento de reflexión sobre
una plaga desafortunadamente
difundida y todavía muy
sumergida: la usura. Agradezco
al presidente por sus corteses
palabras y dirijo el
pensamiento al padre Massimo

Rastrelli, ausente porque está enfermo, que en 1991 construyó la primera Fundación Antiusura.

Sigo con particular atención vuestro camino de lucha contra la usura, que se vuelve cada vez más cualificado y concreto con la experiencia y con la constitución de nuevas Fundaciones distribuidas por todo el territorio nacional a través de cientos de Centros de escucha. Son espacios de ayuda, escuelas de humanidad y educación en la legalidad, fruto de una sensibilidad que

encuentra su inspiración iluminadora en la Palabra de Dios y que opera silenciosa y laboriosamente en las conciencias de las personas.

En vuestros primeros veintiséis años de servicio habéis salvado de las garras de la deuda de la usura y del riesgo de la usura a más de veinticinco mil familias; salvando sus casas y, a veces, sus pequeñas empresas, las habéis ayudado a recuperar la dignidad de la que habían sido expropiadas. Y esto merece un gran reconocimiento. Gracias, muchas gracias.

La usura humilla y mata. La usura es un mal antiguo y desafortunadamente todavía sumergido que, como una serpiente, estrangula a las víctimas. Es necesario prevenirla, apartando a las personas de la patología de la deuda hecha por subsistencia o para salvar la empresa. Y se puede prevenir educando para un estilo de vida sobrio, que sepa distinguir entre lo que es superfluo y lo que es necesario y que responsabilice para no contraer deudas para procurarse cosas a las que se

podría renunciar. Es importante recuperar las virtudes de la pobreza y del sacrificio: de la pobreza, para no convertirse en esclavos de las cosas y del sacrificio, porque de la vida no se puede recibir todo.

Es necesario formar una mentalidad basada en la legalidad y la honestidad, en los individuos y en las instituciones; incrementar la presencia de un voluntariado motivado y disponible para los necesitados, para que se sienten escuchados, aconsejados, guiados, para

levantarse de su condición humillante.

En la base de las crisis económicas y financieras hay siempre una concepción de la vida que otorga el primer puesto al beneficio y no a la persona. La dignidad humana, la ética, la solidaridad y el bien común deberían estar siempre en el centro de las políticas económicas de las instituciones públicas. De ellas se espera que desincentiven, con medidas apropiadas, los instrumentos que, directa o indirectamente, son causa de usura, como el

juego de azar, otra plaga. Yo he visto, he sabido de mujeres ancianas de Buenos Aires, que iban al banco a retirar la jubilación y desde allí, al sitio del juego de azar. ¡Es una patología que se aferra a ti y te mata!

La usura es un pecado grave: mata la vida, pisotea la dignidad de las personas, es vehículo de corrupción y obstaculiza el bien común. Debilita también los fundamentos sociales y económicos de un país. De hecho, con tantos pobres,

tantas familias endeudadas,
tantas víctimas de delitos
graves y tantas personas
corruptas, ningún país puede
programar una seria
recuperación económica y ni
siquiera sentirse seguro.

Queridos hermanos y
hermanas: sé bien que el
servicio que prestáis es
laborioso: se trata de colaborar
para que el sistema económico
y social sea humano y para que
el mensaje evangélico pueda
iluminar el corazón y el alma
de las personas, como un día le
sucedió a Zaqueo, rico y

corrupto jefe de los «publicanos» de Jericó (cf. *Lc* 19, 1-10) y a su compañero Mateo, que Jesús miró con misericordia y eligió como discípulo y que desde hace un año es patrón de las Fundaciones Antiusura (cf. *Mt* 9, 9-13). Una buena peregrinación que podéis hacer para ver el alma de un hombre apegado al dinero, a la usura es a San Luis de los Franceses, donde está la *Conversión de Mateo* de Caravaggio. Mateo hace así con el dinero [hace un gesto], como si fuera un hijo

suyo. Esto pinta bien la actitud del hombre pegado al dinero. Que el Señor nos inspire y sustente las autoridades públicas, con el fin de que las personas y las familias puedan disfrutar de los beneficios de ley como cualquier otra realidad económica; que inspire y sustente a los responsables del sistema bancario, para que vigilen la calidad ética de las actividades de los institutos de crédito. Vale la pena subrayar que muchos bancos han nacido y se han difundido por el mundo precisamente para

apartar a los pobres de la usura con préstamos sin compromiso y sin intereses.

Queridos hermanos, vuestro servicio os pide que seáis hombres y mujeres de encuentro, de escucha, de proximidad. Por eso os exhorto a tener la mirada y el corazón fijos sobre Jesús, a deteneros en las páginas del Evangelio donde se encuentra con los pobres y los mendigos, los leprosos y parálíticos y los «pone de pie» devolviéndoles la dignidad y el futuro. Enfrentándoos a la usura y a la

corrupción vosotros también podéis transmitir esperanza y fortaleza a las víctimas para que puedan recobrar la confianza y recuperarse de sus necesidades. Sed, para las instituciones, un estímulo para que garanticen respuestas concretas a quienes están desorientados, a veces desesperados y no saben cómo hacer para sacar adelante a su familia. ¡Podéis ser, para los mismos usureros, un reclamo al sentido de humanidad y de justicia, a que tomen conciencia de que en nombre

del dinero no se puede matar a los hermanos!

Además, os animo a dialogar con cuantos tienen responsabilidad en el campo de la economía y de la finanza, para que se promuevan iniciativas que contribuyan a la prevención de la usura. No me corresponde a mí poner ejemplos concretos: vosotros los tenéis bien presentes; pero siempre se trata de respetar los rostros, de poner realmente en el centro a la persona y a la familia no de palabra sino con hechos.

Las personas que habéis librado de la usura pueden atestiguar que la oscuridad dentro del túnel que han atravesado es densa y angustiosa, pero también hay una luz más fuerte que puede iluminar y confortar. Sed un referente de esperanza para los pobres, los endeudados, las empresas en dificultad. Continúad vuestro servicio con perseverancia y valentía: es una levadura preciosa para toda la sociedad. Bien lo saben las víctimas de la usura y del juego, aquí presentes con una

representación. Les saludo y les animo porque sé que se han emprendido un camino nuevo con la ayuda de Dios y la solidaridad de tantos hermanos. Transmitid a las personas que todavía están dentro del túnel vuestro coraje, contad vuestra experiencia, testimoniando que se puede salir de la usura y del juego de azar.

Juntos hagamos un llamamiento por un nuevo humanismo económico, que «ponga fin a la economía de la exclusión y de la falta de

equidad», a la economía que asesina, a los sistemas económicos en los que hombres y mujeres ya no son personas, sino que se han reducido a instrumentos de una lógica del descarte que genera profundos desequilibrios (*Mensaje al Simposio internacional sobre economía*, 26 de noviembre de 2016).

Os agradezco por vuestra presencia, por vuestro trabajo y de corazón os bendigo a vosotros y vuestro trabajo. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.

4 de febrero de 2018.

ÁNGELUS.

Domingo.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo prosigue la descripción de una jornada de Jesús en Cafarnaúm, un sábado, fiesta semanal para los judíos (cf. *Mc 1, 21-39*). Esta vez el evangelista Marcos destaca la relación entre la actividad taumatúrgica de Jesús y el despertar de la fe en las

personas que encuentra. De hecho, con los signos de curación que realiza para los enfermos de todo tipo, el Señor quiere suscitar como respuesta la fe.

La jornada de Jesús en Cafarnaúm empieza con la sanación de la suegra de Pedro y termina con la escena de la gente de todo el pueblo que se agolpa delante de la casa donde Él se alojaba, para llevar a todos los enfermos. La multitud, marcada por sufrimientos físicos y miserias espirituales, constituye, por así

decir, «el ambiente vital» en el que se realiza la misión de Jesús, hecha de palabras y de gestos que resanan y consuelan. Jesús no ha venido a llevar la salvación en un laboratorio; no hace la predicación de laboratorio, separado de la gente: ¡está en medio de la multitud! ¡En medio del pueblo! Pensad que la mayor parte de la vida pública de Jesús ha pasado en la calle, entre la gente, para predicar el Evangelio, para sanar las heridas físicas y espirituales. Es una humanidad

surcada de sufrimientos,
cansancios y problemas: a tal
pobre humanidad se dirige la
acción poderosa, liberadora y
renovadora de Jesús. Así, en
medio de la multitud hasta
tarde, se concluye ese sábado.
¿Y qué hace después Jesús?
Antes del alba del día siguiente,
Él sale sin que le vean por la
puerta de la ciudad y se retira
a un lugar apartado a rezar.
Jesús reza. De esta manera
quita su persona y su misión de
una visión triunfalista, que
malinterpreta el sentido de los
milagros y de su poder

carismático. Los milagros, de hecho, son «signos», que invitan a la respuesta de la fe; signos que siempre están acompañados de palabras, que las iluminan; y juntos, signos y palabras, provocan la fe y la conversión por la fuerza divina de la gracia de Cristo.

La conclusión del pasaje de hoy (*Mc 1, 35-39*) indica que el anuncio del Reino de Dios por parte de Jesús encuentra su lugar más propio en el camino. A los discípulos que lo buscan para llevarlo a la ciudad —los discípulos fueron a buscarlo

donde Él rezaba y querían llevarlo de nuevo a la ciudad—, ¿qué responde Jesús?

«Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí predique» (*Mc 1, 38*). Este ha sido el camino del Hijo de Dios y este será el camino de sus discípulos. Y deberá ser el camino de cada cristiano. El camino. Como lugar del alegre anuncio del Evangelio, pone la misión de la Iglesia bajo el signo del «ir», del camino, bajo el signo del «movimiento» y nunca de la quietud. Que la Virgen María

nos ayude a estar abiertos a la voz del Espíritu Santo, que empuja a la Iglesia a poner cada vez más la propia tienda en medio de la gente para llevar a todos la palabra sanadora de Jesús, médico de las almas y de los cuerpos.

Después del Ángelus:

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer, en Vigevano, fue proclamado beato el joven Teresio Olivelli, asesinado por su fe cristiana en 1945, en el campo de concentración de

Hersbruck. Él dio testimonio de Cristo en el amor hacia los más débiles y se une a la larga lista de los mártires del siglo pasado. Su heroico sacrificio sea semilla de esperanza y de fraternidad sobre todo para los jóvenes.

Hoy se celebra en Italia la Jornada por la vida, que tiene como tema «El evangelio de la vida, alegría para el mundo». Me uno al Mensaje de los obispos y expreso mi aprecio y aliento a las diferentes realidades eclesiales que de muchas maneras promueven y

sostienen la vida, en particular el Movimiento por la Vida, y saludo a los exponentes aquí presentes, no muy numerosos. Y esto me preocupa; no son muchos los que luchan por la vida en un mundo donde cada día se construyen más armas, cada día se hacen más leyes contra la vida, cada día va adelante esta cultura del descarte, de descartar lo que no sirve, lo que molesta. Por favor recemos para que nuestro pueblo sea más consciente de la defensa de la vida en este momento de destrucción y de

descarte de la humanidad. Deseo asegurar mi cercanía a la población de Madagascar, recientemente golpeada por un fuerte ciclón, que ha causado víctimas, desplazados y enormes daños. Que el Señor les conforte y les sostenga. Y ahora un anuncio. Delante del trágico prolongarse de situaciones de conflicto en distintas partes del mundo, invito a todos los fieles a una Jornada especial de oración y ayuno por la paz el 23 de febrero próximo, viernes de la primera semana de Cuaresma.

La ofreceremos en particular por las poblaciones de la República Democrática del Congo y de Sudán del Sur. Como en otras ocasiones similares, invito también a los hermanos y hermanas no católicos y no cristianos a asociarse a esta iniciativa en las modalidades que considerarán más oportunas, pero todos juntos. Nuestro Padre celeste escucha siempre a sus hijos que gritan a Él en el dolor y en la angustia, «sana a los de roto corazón y vendar sus heridas» (Sal 147, 3). Dirijo un

sentido llamamiento para que también nosotros escuchemos este grito y, cada uno en la propia conciencia, delante de Dios, nos preguntemos: «¿Qué puedo hacer yo por la paz?». Seguramente podemos rezar; pero no solo: cada uno puede decir concretamente «no» a la violencia en lo que depende de él o de ella. Porque las victorias obtenidas con la violencia son falsas victorias; mientras que trabajar por la paz hace bien a todos!

Os saludo a todos vosotros, fieles de Roma y peregrinos

venidos de Italia de varios países. Saludo al grupo de la diócesis de Cádiz y Ceuta (España), los alumnos del colegio «Charles Péguy » de París, los fieles de Sestri Levante, Empoli, Milán y Palermo, y la representación de la Ciudad de Agrigento, a quienes expreso aprecio por el compromiso de acogida e integración de los migrantes. ¡Gracias! Gracias por lo que hacéis. Un saludo cordial dirijo a los voluntarios y a los colaboradores de la asociación «Fraterna Domus» que trabaja

desde hace 50 años en Roma
por la acogida y la solidaridad.
Os deseo a todos un feliz
domingo. Por favor no os
olvidéis de rezar por mí. ¡Buen
almuerzo y hasta pronto!

7 de febrero de 2018.
Audiencia general. La
proclamación del Evangelio.

Miércoles.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Continuamos con las catequesis
sobre la santa misa. Habíamos
llegado a las lecturas.

El diálogo entre Dios y su
pueblo, desarrollado en la
Liturgia de la Palabra de la
misa, alcanza el culmen en la
proclamación del Evangelio. Lo
precede el canto del *Aleluya* —

o, en cuaresma, otra aclamación— con la que «la asamblea de los fieles acoge y saluda al Señor, quien hablará en el Evangelio»[\[1\]](#). Como los misterios de Cristo iluminan toda la revelación bíblica, así, en la Liturgia de la Palabra, el Evangelio constituye la luz para comprender el sentido de los textos bíblicos que lo preceden, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento. De hecho, «de toda la Escritura, como de toda la celebración litúrgica, Cristo es el centro y la plenitud»[\[2\]](#).

Siempre en el centro está Jesucristo, siempre.

Por eso, la misma liturgia distingue el Evangelio de las otras lecturas y lo rodea de particular honor y veneración[3]. De hecho, su lectura está reservada al ministro ordenado, que termina besando el libro; se escucha de pie y se hace el signo de la cruz en la frente, sobre la boca y sobre el pecho; los cirios y el incienso honran a Cristo que, mediante la lectura evangélica, hace resonar su palabra eficaz. De estos signos la asamblea

reconoce la presencia de Cristo que le dirige la «buena noticia» que convierte y transforma. Es un discurso directo el que sucede, como prueban las aclamaciones con las que se responde a la proclamación: «Gloria a ti, Señor Jesús» o «Te alabamos Señor». Nos levantamos para escuchar el Evangelio: es Cristo quien nos habla, allí. Y por esto nosotros estamos atentos, porque es un coloquio directo. Es el Señor que nos habla.

Por tanto, en la misa no leemos el Evangelio para saber cómo

fueron las cosas, sino que escuchamos el Evangelio para tomar conciencia de lo que Jesús hizo y dijo una vez; y esa Palabra está viva, la Palabra de Jesús que está en el Evangelio está viva y llega a mi corazón. Por esto, escuchar el Evangelio es tan importante, con el corazón abierto, porque es Palabra viva. Escribe san Agustín que «la boca de Cristo es el Evangelio. Él reina en el cielo, pero no cesa de hablar en la tierra» [\[4\]](#). Si es verdad que en la liturgia «Cristo anuncia todavía el Evangelio» [\[5\]](#), como

consecuencia, participando en la misa, debemos darle una respuesta. Nosotros escuchamos el Evangelio y debemos dar una respuesta en nuestra vida.

Para hacer llegar su mensaje, Cristo se sirve también de la palabra del sacerdote que, después del Evangelio, da la homilía[6]. Recomendada vivamente por el Concilio Vaticano II como parte de la misma liturgia[7], la homilía no es un discurso de circunstancia —ni una catequesis como esta que estoy haciendo ahora—, ni

una conferencia, ni una clase, la homilía es otra cosa. ¿Qué es la homilía? Es «retomar ese diálogo que ya está entablado entre el Señor y su pueblo»[\[8\]](#), para que encuentre realización en la vida. ¡La auténtica exégesis del Evangelio es nuestra vida santa! La palabra del Señor termina su recorrido haciéndose carne en nosotros, traduciéndose en obras, como sucedió en María y en los santos. Recordad lo que dije la última vez, la Palabra del Señor entra por las orejas, llega al corazón y va a las manos, a las

buenas obras. Y también la homilía sigue la Palabra del Señor y hace también este recorrido para ayudarnos para que la Palabra del Señor llegue a las manos, pasando por el corazón.

Ya traté este argumento de la homilía en la exhortación *Evangelii gaudium*, donde recordaba que el contexto litúrgico «exige que la predicación oriente a la asamblea, y también al predicador, a una comunión con Cristo en la Eucaristía que transforme la vida»[\[9\]](#).

Quien da la homilía debe cumplir bien su ministerio — aquel que predica, el sacerdote o el diácono o el obispo—, ofreciendo un servicio real a todos aquellos que participan en la misa, pero también cuantos la escuchan deben hacer su parte. Sobre todo prestando la debida atención, asumiendo las justas disposiciones interiores, sin pretextos subjetivos, sabiendo que todo predicador tiene méritos y límites. Si a veces hay motivos para aburrirse por la homilía larga o no centrada o

incomprensible, otras veces sin embargo el obstáculo es el prejuicio. Y quien hace la homilía debe ser consciente de que no está haciendo algo propio, está predicando, dando voz a Jesús, está predicando la Palabra de Jesús. Y la homilía debe estar bien preparada, debe ser breve, ¡breve! Me decía un sacerdote que una vez había ido a otra ciudad donde vivían los padres y el padre le dijo: «¡Sabes, estoy contento, porque con mis amigos hemos encontrado una iglesia donde se hace la misa sin homilía!». Y

cuántas veces vemos que en la homilía algunos se duermen, otros hablan o salen fuera a fumar un cigarrillo... Por esto, por favor, que sea breve, la homilía, pero que esté bien preparada. ¿Y cómo se prepara una homilía, queridos sacerdotes, diáconos, obispos? ¿Cómo se prepara? Con la oración, con el estudio de la Palabra de Dios y haciendo una síntesis clara y breve, no debe durar más de 10 minutos, por favor. Concluyendo podemos decir que en la Liturgia de la Palabra, a través del Evangelio

y la homilía, Dios dialoga con su pueblo, el cual lo escucha con atención y veneración y, al mismo tiempo, lo reconoce presente y operante. Si, por tanto, nos ponemos a la escucha de la «buena noticia», seremos convertidos y transformados por ella, por tanto capaces de cambiarnos a nosotros mismos y al mundo. ¿Por qué? Porque la Buena Noticia, la Palabra de Dios entra por las orejas, va al corazón y llega a las manos para hacer buenas obras.

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los grupos provenientes de España y América Latina. Contemplando a la Virgen María, esforcémonos como Ella para escuchar la Palabra del Señor con un corazón dócil y sencillo, y así poder hacerla carne en nosotros traduciéndola en obras de amor y de santidad. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias.

LLAMAMIENTOS

Jornada mundial de oración y reflexión contra la trata

Mañana, 8 de febrero, memoria litúrgica de santa Giuseppina Bakhita, se celebra la Jornada mundial de oración y reflexión contra la trata. El tema de este año es «Migración sin trata. ¡Sí a la libertad! ¡No a la trata!». Teniendo pocas posibilidades de canales regulares, muchos migrantes deciden aventurarse por otras vías, donde a menudo les esperan abusos de todo tipo, explotación y reducción a esclavitud. Las organizaciones

criminales, dedicadas a la trata de personas, usan estas rutas migratorias para esconder las propias víctimas entre los migrantes y los refugiados.

Invito por tanto a todos, ciudadanos e instituciones, a unir fuerzas para prevenir la trata y garantizar protección y asistencia a las víctimas.

Recemos, todos, para que el Señor convierta el corazón de los traficantes —es fea esta palabra, traficantes de personas— y dé esperanza de adquirir de nuevo la libertad a los que sufren por esta plaga

vergonzosa.

XXIII Juegos Olímpicos Invernales de Pyeongchang

Pasado mañana, viernes 9 de febrero, se abrirán los XXIII Juegos Olímpicos Invernales en la ciudad de Pyeongchang, en Corea del Sur, con la participación de 92 países. La tradicional tregua olímpica este año adquiere especial importancia: delegaciones de las dos Coreas desfilarán juntas bajo una única bandera y competirán como un único equipo. Este hecho da

esperanzas de un mundo en el que los conflictos se resuelvan pacíficamente con el diálogo y en el respeto recíproco, como también el deporte enseña a hacer. Dirijo mi saludo al Comité Olímpico Internacional, a los atletas y a las atletas que participan en los Juegos de Pyeongchang, a las autoridades y al pueblo de la península de Corea. Todos acompañan con la oración, mientras renuevo el compromiso de la Santa Sede para sostener toda iniciativa útil a favor de la paz y del encuentro entre los pueblos.

¡Que estas Olimpiadas sean una gran fiesta de la amistad y del deporte! ¡Que Dios os bendiga y os proteja!

[1] Instrucción general del misal romano, 62.

[2] Introducción al leccionario, 5.

[3] Cf. Instrucción general del misal romano, 60 e 134.

[4] Sermón 85, 1: PL 38, 520; cf. Tratado sobre el Evangelio de san Juan, XXX, I: PL 35,

1632; CCL 36, 289.

[5] Conc. Ecum. Vat. II,
Cost. Sacrosanctum Concilium,
33.

[6] Cf. Instrucción general del
misal romano, 65-
66; Introducción al leccionario,
24-27.

[7] Cf. Conc. Ecum. Vat. II,
Cost. Sacrosanctum Concilium,
52.

[8] Exhort. ap. Evangelii
gaudium, 137.

[9] Ibid., 138.

9 de febrero de 2018. Discurso
a los miembros del grupo Santa
Marta.

Viernes.

*Queridos hermanos obispos,
queridos amigos:*

Os doy la bienvenida,
miembros del Grupo Santa
Marta, al concluir vuestro
congreso, dedicado este año a
ofrecer una perspectiva
mundial sobre la trata de seres
humanos y sobre las formas
modernas de esclavitud. En
calidad de líderes de las fuerzas

del orden, de la investigación, de las políticas públicas y la asistencia pastoral, ofrecéis una contribución esencial para abordar las causas y los efectos de este flagelo moderno, que sigue causando indescriptibles sufrimientos humanos. Mi esperanza es que estos días de reflexión e intercambio de experiencias hayan arrojado todavía más luz sobre la interacción de las problemáticas mundiales y locales de la trata de personas humanas. La experiencia demuestra que esas formas

modernas de esclavitud están mucho más extendidas de lo que se podría imaginar, incluso —para nuestra vergüenza y escándalo— dentro de nuestras sociedades más prósperas. El grito de Dios a Caín, que se encuentra en las primeras páginas de la Biblia —«¿Dónde está tu hermano?»— nos empuja a examinar seriamente las diversas formas de complicidad con las que la sociedad tolera y alienta, particularmente con respecto a la trata con fines sexuales, la explotación de hombres,

mujeres y niños vulnerables (cf. Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, 211). Las iniciativas destinadas a combatir la trata de personas, en su objetivo concreto de desmantelar las redes criminales, deben tener cada vez más en cuenta los amplios sectores relacionados, como, por ejemplo, el uso responsable de las tecnologías y los medios de comunicación, sin mencionar el estudio de las implicaciones éticas de los modelos de crecimiento económico que dan la prioridad

a los beneficios en lugar de a las personas. Confío en que vuestras discusiones de estos días también contribuyan a incrementar la toma de conciencia sobre la creciente necesidad de ayudar a las víctimas de estos crímenes, acompañándolas en un camino de reintegración en la sociedad y restableciendo su dignidad humana. La Iglesia está agradecida por todos los esfuerzos realizados para llevar el bálsamo de la misericordia divina a los que sufren, porque este es también un paso

esencial para la rehabilitación y la renovación de la sociedad en su conjunto.

Queridos amigos, con gratitud por vuestro compromiso y vuestra colaboración en este sector crucial, os expreso mis mejores deseos, acompañados por la oración, para la continuación de vuestro trabajo. Sobre vosotros, vuestras familias y todos aquellos a quienes servís, invoco la bendición del Señor que da sabiduría, fuerza y paz. Y os pido, por favor, que recéis por mí.

10 de febrero de 2018.

Discurso a los participantes en el capítulo general de la congregación de los Sagrados Estigmas de Nuestro Señor Jesucristo (estigmatinos)

Sábado.

(Discurso que el Santo Padre tenía preparado y entregó a los presentes)

Queridos hermanos:

Bienvenidos, con ocasión de vuestro Capítulo General electivo. Os saludo a todos cordialmente, empezando por

el Superior General, al que doy las gracias por sus corteses palabras. Vosotros venís aquí desde quince naciones en las cuales os comprometéis a llevar el anuncio de la Palabra de Dios en todas sus formas, con una particular atención a las jóvenes generaciones y en colaboración fraterna con el clero diocesano.

Os doy las gracias por lo que hacéis al servicio del Evangelio y de las poblaciones encomendadas a vosotros, y os exhorto a reavivar en vosotros y en vuestras comunidades el

fuego de la Palabra de Dios: eso debe «incendiar» también los corazones de los que se encuentran en las periferias de los contextos urbanos y eclesiales.

En el Evangelio Jesús anuncia: «He venido para arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!» (Lc 12, 49).

Imitando al divino Maestro, también vosotros estáis llamado a llevar el fuego en el mundo. Pero hay un fuego equivocado y un fuego bueno, santo. El evangelista Lucas

cuenta que una vez Jesús, mientras estaba en camino hacia Jerusalén, mandó delante de sí a mensajeros que entraron en un pueblo de samaritanos, y estos no quisieron acogerlo. Entonces los dos discípulos y hermanos, Santiago y Juan dijeron: «Señor, ¿quieres que digamos que baje el fuego del cielo y los consuma?» (Lc 9, 54). Pero Jesús se volvió y les reprendió; y siguieron hacia otro pueblo. Este es el fuego equivocado. No gusta a Dios. Dios en la Biblia es comparado con el fuego pero

es un fuego de amor, que conquista el corazón de las personas, no con la violencia, sino respetando la libertad y los tiempos de cada uno.

El Evangelio se anuncia con mansedumbre y alegría, como hizo su fundador san Gaspar Bertoni. Este es el estilo de evangelización de Jesús, nuestros Maestro. Él acogía y se acercaba a todos y conquistaba a las personas con la bondad, la misericordia, con la palabra penetrante de la Verdad. Así vosotros, discípulos misioneros, que sois

evangelizadores, podéis llevar a las personas a la conversión, a la comunión con Cristo, por medio de la alegría de vuestra vida y con la mansedumbre. No siempre quien anuncia el Evangelio es acogido, aplaudido. A veces es rechazado, obstaculizado, perseguido, incluso encarcelado o asesinado. ¡Esto lo sabéis bien! Por eso es necesario perseverar, tener paciencia, pero no debemos tener miedo en el testimoniar a Jesús y su palabra de Verdad. El fuego bueno es el fuego de

Jesús, de aquel que bautiza en Espíritu Santo y fuego: «He venido a arrojar un fuego sobre la tierra» (*Lc 12, 49*). Es el fuego de caridad que purifica los corazones y que se ha ardido en la cruz de Cristo. Es el fuego del Espíritu Santo que ha bajado con poder en Pentecostés. Fuego que separa el oro de los otros metales, es decir que ayuda a distinguir lo que vale eternamente de lo que tiene poco valor. «Pues todos — dice Jesús — han de ser salados con fuego» (*Mc 9, 49*). Es el fuego de las pruebas y de las

dificultades que endurece, nos hace fuertes y sabios. Es también el fuego de la caridad fraterna. Los evangelizadores nacen y se forman en una comunidad reunida en el nombre del Señor, y por esta son enviados. «Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (*Mt 18, 20*). El testimonio de amor de una comunidad fraterna de misioneros es confirmación del anuncio evangélico, es la «prueba de fuego». Si en una comunidad falta el fuego

bueno, hay frialdad, oscuridad, soledad. Si está el fuego del carisma fraterno, está el calor, la luz y la fuerza para ir adelante. Y nuevas vocaciones son atraídas por la dulce misión de evangelizar.

Queridos misioneros estigmatinos, lleven este fuego a las comunidades cristianas, donde la fe de tantas personas necesita ser encendida de nuevo, encontrar fuerza para ser contagiosa. Al mismo tiempo, vayan, salgan a anunciar el Evangelio a los pobres, a esos que no se

sienten amados por nadie, a quien vive en la tristeza y en la desesperación, a los presos, a los sin hogar y sin techo, a los inmigrantes, a quien huye de las guerras. San Gaspar Bertoni les ha transmitido el amor a los santos esposos, María y José. Tengan por tanto una atención particular hacia la familia; junto con los laicos, anunciad la alegría del amor. Lleven el fuego de Cristo a los jóvenes, que necesitan de alguien que les escuche y les ayude a encontrar el sentido de la vida. Si anuncian a Jesús, se

sentirán atraídos; conducidles a Él con paciencia y perseverancia. Sed misioneros alegres y mansos, bien preparados para encontrar a cada persona.

San Gaspar Bertoni pensó su Congregación para preparar misioneros apostólicos para ayudar a los obispos en el anuncio del Evangelio. Ser misioneros, enviados por la Iglesia, no es en primer lugar un hacer algo, una actividad, sino una identidad. Cuando Dios elige y llama por una misión particular, al mismo

tiempo da un nombre nuevo, crea una realidad siempre nueva. Jesús os ha llamado para estar con Él, como discípulos misioneros. Por eso tenéis antes que nada que cultivar y custodiar vuestra comunión con Él, el Señor, contemplar su rostro en la oración, para reconocerlo y servirlo con amor en los rostros de los hermanos.

Resplandezca en varios campos de su servicio eclesial la adhesión fiel a Cristo y a su Evangelio. La Virgen María y san Gaspar les protejan y sean

guía segura del camino de su familia religiosa, para que pueda llevar a realización cada uno de sus buenos proyectos. Con estos deseos, mientras les pido que recen por mí, invoco la bendición del Señor sobre ustedes, sobre todo el Instituto y sobre cuántos encuentran en su apostolado cotidiano. ¡Que el Señor infunda siempre su misión con el fuego del Espíritu Santo!

11 de febrero de 2018.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

En estos domingos el Evangelio, según el relato de Marcos, nos presenta a Jesús que cura a los enfermos de todo tipo. En tal contexto se coloca bien la Jornada mundial del enfermo, que se celebra precisamente hoy, 11 de febrero, memoria de la Beata Virgen María de Lourdes. Por

eso, con la mirada del corazón dirigida a la gruta de Massabielle, contemplamos a Jesús como verdadero médico de los cuerpos y de las almas, que Dios Padre ha mandado al mundo para curar a la humanidad, marcada por el pecado y por sus consecuencias.

La página del Evangelio de hoy (cf. *Mc* 1, 40-45) nos presenta la curación de un hombre enfermo de lepra, patología que en el Antiguo Testamento se consideraba una grave impureza y que implicaba la

marginación del leproso de la comunidad: vivían solos. Su condición era realmente penosa, porque la mentalidad de aquel tiempo lo hacía sentir impuro incluso delante de Dios, no solo delante de los hombres. Incluso delante de Dios. Por eso el leproso del Evangelio suplica a Jesús con estas palabras: «Si quieres, puedes limpiarme» (*Mc 1, 40*).

Al oír eso, Jesús sintió compasión (*Mc 1, 41*). Es muy importante fijar la atención en esta resonancia interior de Jesús, como hicimos

largamente durante el Jubileo de la Misericordia. No se entiende la obra de Cristo, no se entiende a Cristo mismo si no se entra en su corazón lleno de compasión y de misericordia. Es esta la que lo empuja a extender la mano hacia aquel hombre enfermo de lepra, a tocarlo y a decirle: «Quiero; queda limpio» (*Mc 1, 41*). El hecho más impactante es que Jesús toca al leproso, porque aquello estaba totalmente prohibido por la ley mosaica. Tocar a un leproso significaba contagiarse también

dentro, en el espíritu, y, por lo tanto, quedar impuro. Pero en este caso, la influencia no va del leproso a Jesús para transmitir el contagio, sino de Jesús al leproso para darle la purificación. En esta curación nosotros admiramos, más allá de la compasión, la misericordia, también la audacia de Jesús, que no se preocupa ni del contagio ni de las prescripciones, sino que se conmueve solo por la voluntad de liberar a aquel hombre de la maldición que lo oprime. Hermanos y hermanas,

ninguna enfermedad es causa de impureza: la enfermedad ciertamente involucra a toda la persona, pero de ningún modo afecta o le inhabilita para su relación con Dios. De hecho, una persona enferma puede permanecer aún más unida a Dios. En cambio, el pecado sí que te deja impuro. El egoísmo, la soberbia, la corrupción, esas son las enfermedades del corazón de las cuales es necesario purificarse, dirigiéndose a Jesús como se dirigía el leproso: «Si quieres, puedes limpiarme».

Y ahora, guardemos un momento de silencio y cada uno de nosotros —todos vosotros, yo, todos— puede pensar en su corazón, mirar dentro de sí y ver las propias impurezas, los propios pecados. Y cada uno de nosotros, en silencio, pero con la voz del corazón decir a Jesús: «Si quieres, puedes limpiarme». Hagámoslo todos en silencio. «Si quieres, puedes limpiarme». «Si quieres, puedes limpiarme». Y cada vez que acudimos al

sacramento de la reconciliación con el corazón arrepentido, el Señor nos repite también a nosotros: «Quiero, queda limpio». ¡Cuánta alegría hay en esto! Así, la lepra del pecado desaparece, volvemos a vivir con alegría nuestra relación filial con Dios y quedamos reintegrados plenamente en la comunidad.

Por intercesión de la Virgen María, nuestra Madre Inmaculada, pidamos al Señor, que ha llevado también la salud a los enfermos, que sane nuestras heridas interiores con

su infinita misericordia, para que nos dé otra vez la esperanza y la paz del corazón.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy se abren las inscripciones para la Jornada mundial de la juventud, que se celebrará en Panamá en enero de 2019.

También yo, en presencia de dos jóvenes ahora me inscribo a través de internet [hace clic en la tableta]. He aquí, me he inscrito como peregrino en la Jornada mundial de la

juventud. ¡Debemos prepararnos! Invito a todos los jóvenes del mundo a vivir con fe y con entusiasmo este evento de gracia y de fraternidad tanto dirigiéndose a Panamá como participando en las propias comunidades.

El 15 de febrero, en Extremo Oriente y en varias partes del mundo, millones de hombres y mujeres celebrarán el fin del año lunar. Envío mi cordial saludo a todas sus familias, con el deseo de que en ellas se viva cada vez más la solidaridad, la fraternidad y el deseo de bien,

contribuyendo a crear una sociedad en la que cada persona es acogida, protegida, promovida e integrada. Invito a rezar por el don de la paz, tesoro valioso para perseguir con compasión, previsión y valor. Acompaño y bendigo a todos.

Saludo a la comunidad congoleña de Roma y me asocio a su oración por la paz en la República Democrática del Congo. Recuerdo que esta intención estará particularmente presente en la jornada de oración y de ayuno

que he establecido para el 23 de febrero.

Hoy están presentes tantas parroquias italianas y tantos chicos que vienen después de la confirmación, de la profesión de fe y del catequismo. No me es posible nombrar a cada grupo, pero os agradezco a todos por vuestra presencia y os animo a caminar con alegría, con generosidad, testimoniando en todas partes la bondad y la misericordia del Señor.

Un pensamiento en particular dirijo a los enfermos que, en cada parte del mundo, más allá

de la falta de salud, sufren a menudo la soledad y la marginación. Que la Virgen Santa, *Salus infirmorum*, ayude a cada uno a encontrar el consuelo en el cuerpo y en el espíritu, gracias a una adecuada asistencia sanitaria y a la caridad fraternal que sabe cómo prestar atención concreta y solidaria.

Os deseo a todos un buen domingo. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y ¡hasta pronto!

11 de febrero de 2018.

Mensaje para la XXXIII jornada mundial de la juventud.

(Domingo de Ramos, 25 de marzo de 2018)

«No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios» (Lc 1,30)

1. No temas

2. María

3. Has encontrado gracia ante Dios

4. Valentía en el presente

Queridos jóvenes:

La Jornada Mundial de la Juventud de 2018 es un paso más en el proceso de preparación de la Jornada internacional, que tendrá lugar en Panamá en enero de 2019. Esta nueva etapa de nuestra peregrinación cae en el mismo año en que se ha convocado la Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre el tema: *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. Es una buena coincidencia. La atención, la oración y la reflexión de la Iglesia estarán

puestas en vosotros, los jóvenes, con el deseo de comprender y, sobre todo, de «acoger» el don precioso que representáis para Dios, para la Iglesia y para el mundo.

Como ya sabéis, hemos elegido a María, la joven de Nazaret, a quien Dios escogió como Madre de su Hijo, para que nos acompañe en este viaje con su ejemplo y su intercesión. Ella camina con nosotros hacia el Sínodo y la JMJ de Panamá. Si el año pasado nos sirvieron de guía las palabras de su canto de alabanza: «El

Poderoso ha hecho obras grandes en mí» (Lc 1,49), enseñándonos a hacer memoria del pasado, este año tratamos de escuchar con ella la voz de Dios que infunde valor y da la gracia necesaria para responder a su llamada: «*No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios*» (Lc 1,30). Son las palabras pronunciadas por el mensajero de Dios, el arcángel Gabriel, a María, una sencilla jovencita de un pequeño pueblo de Galilea.

1. *No temas*

Es comprensible que la repentina aparición del ángel y su misterioso saludo:

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1,28)

hayan causado una fuerte *turbación* en María, sorprendida por esta primera revelación de su identidad y de su vocación, desconocida para ella entonces. María, como otros personajes de las Sagradas Escrituras, tiembla ante el misterio de la llamada de Dios, que en un instante la sitúa ante la inmensidad de su

propio designio y le hace sentir toda su pequeñez, como una humilde criatura. El ángel, leyendo en lo más profundo de su corazón, le dice: «¡No temas!». Dios también lee en nuestro corazón. Él conoce bien los desafíos que tenemos que afrontar en la vida, especialmente cuando nos encontramos ante las decisiones fundamentales de las que depende lo que seremos y lo que haremos en este mundo. Es la «emoción» que sentimos frente a las decisiones sobre nuestro

futuro, nuestro estado de vida, nuestra vocación. En esos momentos nos sentimos turbados y embargados por tantos miedos.

Y vosotros jóvenes, ¿qué *miedos* tenéis? ¿Qué es lo que más os preocupa en el fondo? En muchos de vosotros existe un miedo de «fondo» que es el de no ser amados, queridos, de no ser aceptados por lo que sois. Hoy en día, muchos jóvenes se sienten obligados a mostrarse distintos de lo que son en realidad, para intentar adecuarse a

estándares a menudo artificiales e inalcanzables. Hacen continuos «retoques fotográficos» de su imagen, escondiéndose detrás de máscaras y falsas identidades, hasta casi convertirse ellos mismos en un «*fake*». Muchos están obsesionados con recibir el mayor número posible de «me gusta». Y este sentido de inadecuación produce muchos temores e incertidumbres. Otros tienen miedo a no ser capaces de encontrar una seguridad afectiva y quedarse solos. Frente a la precariedad

del trabajo, muchos tienen miedo a no poder alcanzar una situación profesional satisfactoria, a no ver cumplidos sus sueños. Se trata de temores que están presentes hoy en muchos jóvenes, tanto creyentes como no creyentes. E incluso aquellos que han abrazado el don de la fe y buscan seriamente su vocación tampoco están exentos de temores. Algunos piensan: quizás Dios me pide o me pedirá demasiado; quizás, yendo por el camino que me ha

señalado, no seré realmente feliz, o no estaré a la altura de lo que me pide. Otros se preguntan: si sigo el camino que Dios me indica, ¿quién me garantiza que podré llegar hasta el final? ¿Me desanimaré? ¿Perderé el entusiasmo? ¿Seré capaz de perseverar toda mi vida? En los momentos en que las dudas y los miedos inundan nuestros corazones, resulta imprescindible el *discernimiento*. Nos permite poner orden en la confusión de nuestros pensamientos y

sentimientos, para actuar de una manera justa y prudente. En este proceso, lo primero que hay que hacer para superar los miedos es identificarlos con claridad, para no perder tiempo y energías con fantasmas que no tienen rostro ni consistencia. Por esto, os invito a mirar dentro de vosotros y «dar un nombre» a vuestros miedos. Preguntaos: hoy, en mi situación concreta, ¿qué es lo que me angustia, qué es lo que más temo? ¿Qué es lo que me bloquea y me impide avanzar? ¿Por qué no tengo el valor para

tomar las decisiones importantes que debo tomar? No tengáis miedo de mirar con sinceridad vuestros miedos, reconocerlos con realismo y afrontarlos. La Biblia no niega el sentimiento humano del miedo ni sus muchas causas. Abraham tuvo miedo (cf. *Gn* 12,10s.), Jacob tuvo miedo (cf. *Gn* 31,31; 32,8), y también Moisés (cf. *Ex* 2,14; 17,4), Pedro (cf. *Mt* 26,69ss.) y los Apóstoles (cf. *Mc* 4,38-40, *Mt* 26,56). Jesús mismo, aunque en un nivel incomparable, experimentó el

temor y la angustia
(Mt 26,37, Lc 22,44).

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?» (Mc 4,40). Este reproche de Jesús a sus discípulos nos permite comprender cómo el obstáculo para la fe no es con frecuencia la incredulidad sino el miedo. Así, el esfuerzo de discernimiento, una vez identificados los miedos, nos debe ayudar a superarlos abriéndonos a la vida y afrontando con serenidad los desafíos que nos presenta. Para los cristianos, en concreto, el

miedo nunca debe tener la última palabra, sino que nos da la ocasión para realizar un acto de fe en Dios... y también en la vida. Esto significa creer en la bondad fundamental de la existencia que Dios nos ha dado, confiar en que él nos lleva a un buen final a través también de las circunstancias y vicisitudes que a menudo son misteriosas para nosotros. Si por el contrario alimentamos el temor, tenderemos a encerrarnos en nosotros mismos, a levantar una barricada para defendernos de

todo y de todos, quedando paralizados. ¡Debemos reaccionar! ¡Nunca cerrarnos! En las Sagradas Escrituras encontramos 365 veces la expresión «no temas», con todas sus variaciones. Como si quisiera decir que todos los días del año el Señor nos quiere libres del temor.

El discernimiento se vuelve indispensable cuando se trata de encontrar la propia vocación. La mayoría de las veces no está clara o totalmente evidente, pero se comprende poco a poco. El

discernimiento, en este caso, no pretende ser un esfuerzo individual de introspección, con el objetivo de aprender más acerca de nuestros mecanismos internos para fortalecernos y lograr un cierto equilibrio. En ese caso, la persona puede llegar a ser más fuerte, pero permanece cerrada en el horizonte limitado de sus posibilidades y de sus puntos de vista. La vocación, en cambio, es una *llamada que viene de arriba* y el discernimiento consiste sobre todo en abrirse al Otro que

llama. Se necesita entonces el silencio de la oración para escuchar la voz de Dios que resuena en la conciencia. Él llama a la puerta de nuestro corazón, como lo hizo con María, con ganas de entablar en amistad con nosotros a través de la oración, de hablarnos a través de las Sagradas Escrituras, de ofrecernos su misericordia en el sacramento de la reconciliación, de ser uno con nosotros en la comunión eucarística.

Pero también es importante

hablar y dialogar *con otros*, hermanos y hermanas nuestros en la fe, que tienen más experiencia y nos ayudan a ver mejor y a escoger entre las diversas opciones. El joven Samuel, cuando oyó la voz del Señor, no lo reconoció inmediatamente y por tres veces fue a Elí, el viejo sacerdote, quien al final le sugirió la respuesta correcta que debería dar a la llamada del Señor: «Si te llama de nuevo, di: "Habla Señor, que tu siervo escucha"» (1 S 3,9). Cuando dudéis, sabed que

podéis contar con la Iglesia. Sé que hay buenos sacerdotes, consagrados y consagradas, fieles laicos, muchos de ellos jóvenes a su vez, que pueden acompañaros como hermanos y hermanas mayores en la fe; movidos por el Espíritu Santo, os ayudarán a despejar vuestras dudas y a leer el designio de vuestra vocación personal. El «otro» no es únicamente un guía espiritual, sino también el que nos ayuda a abrirnos a todas las riquezas infinitas de la existencia que Dios nos ha dado. Es necesario

que dejemos espacio en nuestras ciudades y comunidades para crecer, soñar, mirar nuevos horizontes. Nunca perdáis el gusto de disfrutar del encuentro, de la amistad, el gusto de soñar juntos, de caminar con los demás. Los cristianos auténticos no tienen miedo de abrirse a los demás, compartir su espacio vital transformándolo en espacio de fraternidad. No dejéis, queridos jóvenes, que el resplandor de la juventud se apague en la oscuridad de una habitación

cerrada en la que la única ventana para ver el mundo sea el ordenador y el *smartphone*.
Abrid las puertas de vuestra vida. Que vuestro ambiente y vuestro tiempo estén ocupados por personas concretas, relaciones profundas, con las que podáis compartir experiencias auténticas y reales en vuestra vida cotidiana.

2. *María*

«Te he llamado por tu nombre»
(*Is 43,1*). El primer motivo

para no tener miedo es precisamente el hecho de que Dios nos llama *por nuestro nombre*. El ángel, mensajero de Dios, llamó a María por su nombre. Poner nombres es propio de Dios. En la obra de la creación, él llama a la existencia a cada criatura por su nombre. Detrás del nombre hay una identidad, algo que es único en cada cosa, en cada persona, esa íntima esencia que sólo Dios conoce en profundidad. Esta prerrogativa divina fue compartida con el hombre, al cual Dios le

concedió que diera nombre a los animales, a los pájaros y también a los propios hijos (*Gn 2,19-21; 4,1*). Muchas culturas comparten esta profunda visión bíblica, reconociendo en el nombre la revelación del misterio más profundo de una vida, el significado de una existencia. Cuando Dios llama por el nombre a una persona, le revela al mismo tiempo su *vocación*, su proyecto de santidad y de bien, por el que esa persona llegará a ser alguien único y un don para los

demás. Y también cuando el Señor quiere ensanchar los horizontes de una existencia, decide dar a la persona a quien llama un *nombre nuevo*, como hace con Simón, llamándolo «Pedro». De aquí viene la costumbre de asumir un nuevo nombre cuando se entra en una orden religiosa, para indicar una nueva identidad y una nueva misión. La llamada divina, al ser personal y única, requiere que tengamos el valor de desvincularnos de la presión homogeneizadora de los lugares comunes, para que

nuestra vida sea de verdad un don original e irrepetible para Dios, para la Iglesia y para los demás.

Queridos jóvenes: Ser llamados por nuestro nombre es, por lo tanto, signo de la gran dignidad que tenemos a los ojos de Dios, de su predilección por nosotros.

Y Dios llama a cada uno de vosotros por vuestro nombre.

Vosotros sois *el «tú» de Dios*, preciosos a sus ojos, dignos de estima y amados (cf. *Is 43,4*).

Acoged con alegría este diálogo que Dios os propone, esta llamada que él os dirige

llamándoos por vuestro nombre.

3. Has encontrado gracia ante Dios

El motivo principal por el que María no debe temer es porque ha encontrado gracia ante Dios. La palabra «gracia» nos habla de amor gratuito e inmerecido. Cuánto nos anima saber que no tenemos que conseguir la cercanía y la ayuda de Dios presentando por adelantado un «currículum de excelencia», lleno de méritos y de éxitos. El

ángel dice a María que *ya* ha encontrado gracia ante Dios, no que la conseguirá en el futuro. Y la misma formulación de las palabras del ángel nos da a entender que la gracia divina es continua, no algo pasajero o momentáneo, y por esto nunca faltará. También en el futuro seremos sostenidos siempre por la gracia de Dios, sobre todo en los momentos de prueba y de oscuridad.

La presencia continua de la gracia divina nos anima a abrazar con confianza nuestra vocación, que exige un

compromiso de fidelidad que hay que renovar todos los días. De hecho, el camino de la vocación no está libre de cruces: no sólo las dudas iniciales, sino también las frecuentes tentaciones que se encuentran a lo largo del camino. La sensación de no estar a la altura acompaña al discípulo de Cristo hasta el final, pero él sabe que está asistido por la gracia de Dios. Las palabras del ángel se posan sobre los miedos humanos, disolviéndolos con la fuerza de la buena noticia de la que son

portadoras. Nuestra vida no es pura casualidad ni mera lucha por sobrevivir, sino que cada uno de nosotros es una historia amada por Dios. El haber «encontrado gracia ante Dios» significa que el Creador aprecia la belleza única de nuestro ser y tiene un designio extraordinario para nuestra vida. Ser conscientes de esto no resuelve ciertamente todos los problemas y no quita las incertidumbres de la vida, pero tiene el poder de transformarla en profundidad. Lo que el mañana nos deparará, y que no

conocemos, no es una amenaza oscura de la que tenemos que sobrevivir, sino que es un tiempo favorable que se nos concede para vivir el carácter único de nuestra vocación personal y compartirlo con nuestros hermanos y hermanas en la Iglesia y en el mundo.

4. Valentía en el presente

La fuerza para tener valor en el presente nos viene de la convicción de que la gracia de Dios está con nosotros: valor para llevar adelante lo que Dios

nos pide aquí y ahora, en cada ámbito de nuestra vida; valor para abrazar la vocación que Dios nos muestra; valor para vivir nuestra fe sin ocultarla o rebajarla.

Sí, cuando nos abrimos a la gracia de Dios, lo imposible se convierte en realidad. «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (*Rm 8,31*). La gracia de Dios toca el hoy de vuestra vida, os «aferra» así como sois, con todos vuestros miedos y límites, pero también revela los maravillosos planes de Dios.

Vosotros, jóvenes, tenéis necesidad de sentir que alguien confía realmente en vosotros. Sabed que el Papa confía en vosotros, que la Iglesia confía en vosotros. Y vosotros, confiad en la Iglesia!

A María, joven, se le confió una tarea importante, precisamente porque era joven. Vosotros, jóvenes, tenéis fuerza, atravesáis una fase de la vida en la que sin duda no faltan las energías. Usad esa fuerza y esas energías para mejorar el mundo, empezando por la realidad más cercana a

vosotros. Deseo que en la Iglesia se os confíen responsabilidades importantes, que se tenga la valentía de daros espacio; y vosotros, preparaos para asumir esta responsabilidad.

Os invito a seguir contemplando el amor de María: un amor atento, dinámico, concreto. Un amor lleno de audacia y completamente proyectado hacia el don de sí misma. Una Iglesia repleta de estas cualidades marianas será siempre Iglesia en salida, que

va más allá de sus límites y confines para hacer que se derrame la gracia recibida. Si nos dejamos contagiar por el ejemplo de María, viviremos de manera concreta la caridad que nos urge a amar a Dios más allá de todo y de nosotros mismos, a amar a las personas con quienes compartimos la vida diaria. Y también podremos amar a quien nos resulta poco simpático. Es un amor que se convierte en servicio y dedicación, especialmente hacia los más débiles y pobres, que

transforma nuestros rostros y nos llena de alegría.

Quisiera terminar con las hermosas palabras de san Bernardo en su famosa homilía sobre el misterio de la Anunciación, palabras que expresan la expectativa de toda la humanidad ante la respuesta de María: «Oíste, Virgen, que concebirás y darás a luz a un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el ángel aguarda tu respuesta. También nosotros esperamos, Señora, esta palabra de

misericordia. *Por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para ser llamados de nuevo a la vida. Esto mismo te pide el mundo todo postrado a tus pies. Oh Virgen, da pronto tu respuesta»*

(Homilía 4, 8-9: Opera Omnia, Ed. Cisterciense, 4 [1966] 53-54).

Queridos jóvenes: el Señor, la Iglesia, el mundo, esperan también vuestra respuesta a esa llamada única que cada uno recibe en esta vida. A medida que se aproxima la JMJ de Panamá, os invito a prepararos

para nuestra cita con la alegría y el entusiasmo de quien quiere ser partícipe de una gran aventura. La JMJ es para los valientes, no para jóvenes que sólo buscan comodidad y que retroceden ante las dificultades. ¿Aceptáis el desafío?

Vaticano, 11 de febrero de 2018, VI Domingo del Tiempo Ordinario.

Memoria de Nuestra Señora de Lourdes.

Francisco

12 de febrero de 2018.

Discurso a los miembros del
sínodo Greco-Melquita.

Lunes.

*Beatitud, queridos hermanos en
el episcopado:*

Os doy las gracias por vuestra
visita. La feliz ocasión viene
dada por la manifestación
pública de la comunión
eclesial, que tendrá lugar
mañana por la mañana durante
la celebración eucarística y que
ya he tenido forma de conceder
a vuestra beatitud en la Carta

del 22 de junio pasado, después de su elección como patriarca, *Pater et Caput*, por parte del Sínodo de los Obispos.

Entonces, como hoy, querido hermano, le aseguro mi constante cercanía en la oración: que el Señor Resucitado esté cerca de usted y le acompañe en la misión encomendada. Es una oración que no puede ser separada de esa por la amada Siria y por todo Oriente Medio, región en la cual vuestra Iglesia está profundamente enraizada y

desarrolla un precioso servicio por el bien del Pueblo de Dios. Una presencia, la vuestra, que no se limita a Oriente Medio, sino que se extiende, ya desde hace muchos años, a esos países en los cuales muchos fieles greco-melquitas se han trasladado buscando una vida mejor. También a estos fieles en diáspora y a sus pastores va mi oración y mi recuerdo afectuoso.

En este difícil periodo histórico muchas comunidades cristianas en Oriente Medio están llamadas a vivir la fe en el

Señor en medio de muchas pruebas. Deseo vivamente que, con su testimonio de vida, los obispos y los sacerdotes greco-melquitas puedan animar a los fieles a permanecer en la tierra donde la providencia divina ha querido que nacieran. En la mencionada carta de junio recordaba que «en este tiempo, particularmente difícil, los pastores están llamados a manifestar comunión, unidad, cercanía, solidaridad y transparencia ante el pueblo de Dios que sufre». Os invito a proseguir en este camino.

Como sabéis, he convocado, para el 23 de este mes, una jornada de oración y ayuno por la paz. En esa ocasión no dejaré de recordar, de forma especial, a Siria, golpeada en estos últimos años por sufrimientos indescriptibles. Llegáis peregrinos a Roma, ante la tumba del apóstol Pedro, en conclusión de vuestra última reunión sinodal, que se ha celebrado en Líbano en los primeros días del mes. Se trata siempre de un momento fundamental, de camino común, durante el que

patriarca y obispos están llamados a tomar decisiones importantes por el bien de los fieles, también a través de la elección de nuevos obispos, de pastores que sean testigos del Resucitado. Pastores que, como hizo el Señor con sus discípulos, reanimen los corazones de los fieles, estén cerca de ellos, consolándoles, bajando hacia ellos y hacia sus necesidades; pastores que, al mismo tiempo, les acompañen hacia lo alto, «buscad las cosas de arriba, donde está Cristo, buscad las cosas de arriba»

(cf. Col 3, 1-2). Necesitamos muchos pastores que abracen la vida con la amplitud del corazón de Dios, sin inclinarse en las satisfacciones terrenas, sin contentarse con mandar adelante lo que ya hay, sino apuntando siempre hacia arriba; pastores portadores de lo Alto, libres de las tentaciones de mantenerse «a baja cuota», desvinculados de las medidas reducidas de una vida tibia y de rutina; pastores pobres, no apegados al dinero y al lujo, en medio de un pueblo pobre que sufre; anunciadores coherentes

de la esperanza pascual, en perenne camino con los hermanos y las hermanas. Si bien me complace otorgar el asentimiento pontificio a los obispos que habéis elegido, me gustaría experimentar la grandeza de estos horizontes. Beatitud, excelencias, renuevo de corazón mi gran gratitud por vuestra visita fraterna. Cuando volváis a vuestras sedes y encontréis a los sacerdotes, los religiosos, las religiosas y los fieles, recordadles que están en el corazón y en la oración del Papa. Que la Toda Santa Madre

de Dios, Reina de la paz, os custodie y os proteja. Y mientras tengo la alegría de daros a vosotros y a vuestras comunidades mi bendición, os pido, por favor, que no os olvidéis de rezar por mí.

12 de febrero de 2018.

Discurso a los participantes en la jornada mundial de reflexión y oración contra la trata de personas.

Sala Clementina

Lunes.

1. [Joy Monday, en inglés]

En primer lugar deseamos darle las gracias por su incesante y benévola atención y preocupación por todos los migrantes y las víctimas de la trata. Nosotros hemos

experimentado muchas dificultades y sufrimientos antes de llegar a Italia. Llegados a Italia nos cuesta integrarnos y encontrar un trabajo digno es casi imposible. Quisiera hacer una pregunta. ¿Usted cree que el sorprendente silencio sobre lo que sucede con la trata se deba a la ignorancia del fenómeno?

Respuesta

Seguramente sobre el tema de la trata hay mucha ignorancia. Pero a veces parece que haya también poca voluntad de comprender la dimensión del

problema. ¿Por qué? Porque toca de cerca nuestras conciencias, porque es escabroso, porque nos avergüenza. Hay además quien, conociéndolo, no quiere hablar de ello porque se encuentra al final de la «cadena de consumo», como usuario de los «servicios» que son ofrecidos en la calle o en internet. Está, finalmente, quien no quiere que se hable, por estar implicado directamente en las organizaciones criminales que de la trata obtienen buenos

beneficios. Sí, es necesaria valentía y honestidad, «cuando encontramos o tratamos en la vida cotidiana con víctimas de la trata de personas, o cuando tenemos que elegir productos que con probabilidad podrían haber sido realizados mediante la explotación de otras personas»[\[1\]](#).

El trabajo de sensibilización debe empezar en casa, por nosotros mismos, porque solo así seremos capaces después de concienciar a nuestras comunidades, estimulando a comprometerse para que

ningún ser humano sea víctima de la trata.

Para los jóvenes esto parece una tarea más fácil, dado que son menos estructurados en el pensamiento, menos ofuscados por los prejuicios, más libres de razonar con la propia cabeza.

La voz de los jóvenes, más entusiasta y espontánea, puede romper el silencio para denunciar las injusticias de la trata y proponer soluciones concretas. Adultos que estén preparados para escuchar pueden ser de gran ayuda. Por mi parte, como habréis

notado, no he perdido nunca ocasión para denunciar abiertamente la trata como un crimen contra la humanidad. Es «una verdadera forma de esclavitud, lamentablemente cada vez más difundida, que atañe a cada país, incluso a los más desarrollados, y que afecta a las personas más vulnerables de la sociedad: las mujeres y las muchachas, los niños y las niñas, los discapacitados, los más pobres, a quien proviene de situaciones de disgregación familiar y social»[\[2\]](#)

También he dicho que «es

necesaria una toma de responsabilidad común y una más firme voluntad política para lograr vencer en este frente. Responsabilidad hacia quienes cayeron víctimas de la trata, para tutelar sus derechos, para asegurar su incolumidad y la de sus familiares, para impedir que los corruptos y criminales se sustraigan a la justicia y tengan la última palabra sobre las personas» [\[3\]](#).

2. [Silvia Migliorini. Liceo de Via Dalmazia, Roma]

Muchos de nosotros jóvenes queremos comprender mejor la trata, las migraciones y sus causas. Sí, queremos comprometernos para hacer este mundo más justo. Nos gustaría afrontar temas como este con los jóvenes de nuestra sociedad, también utilizando las redes sociales, vista su notable potencialidad de comunicación. Querido Papa Francisco, en los grupos parroquiales, en los movimientos juveniles, en las instituciones educativas católicas a veces no hay espacios adecuados y

suficientes para afrontar estos temas. Además, sería bonito que se organizaran actividades para promover la integración social y cultural con aquellos que son víctimas de la trata para que sea para ellos más sencillo superar su drama y reconstruirse una vida. ¿Qué podemos hacer nosotros los jóvenes? ¿Qué puede hacer la Iglesia?

Respuesta

Los jóvenes ocupan una posición privilegiada para encontrar a los supervivientes de la trata de seres humanos.

Id a vuestras parroquias, a una asociación cerca de casa, encontrad a las personas, escuchadlas. Desde ahí, crecerá una respuesta y un compromiso concreto de vuestra parte. Veo de hecho el riesgo de que esto se convierta en un problema abstracto, pero no es abstracto. Hay signos que podéis aprender a «leer», que os dicen: aquí podría haber una víctima de trata, un esclavo. Necesitamos promover la cultura del encuentro que lleva en sí una riqueza inesperada y grandes sorpresas. San Pablo nos da un

ejemplo: en Cristo, el esclavo Onésimo no es más un esclavo sino mucho más, es un hermano querido (cf. *Fil* 1, 16). La esperanza, vosotros jóvenes, la podéis encontrar en Cristo, y a Él lo podéis encontrar también en las personas migrantes, que han huido de casa, y permanecen atrapadas en las redes. No tengáis miedo de encontrarles. Abrid vuestro corazón, hacedles entrar, estad preparados para cambiar. El encuentro con el otro lleva naturalmente a un cambio, pero no es necesario

tener miedo de este cambio.

Será siempre el mejor.

Recordad las palabras del profeta Isaías: «ensancha el espacio de tu tienda» (cf. *Is* 54, 2).

La Iglesia debe promover y crear espacios de encuentro, por este motivo he pedido abrir las parroquias a la acogida. Es necesario reconocer el gran compromiso en respuesta a mi llamamiento, ¡gracias! Os pido a vosotros aquí presentes hoy trabajar a favor de la apertura al otro, sobre todo cuando está herido en la propia dignidad.

Haceos promotores de iniciativas que vuestras parroquias puedan acoger. Ayudad a la Iglesia a crear espacios de compartir experiencias e integración de fe y de vida.

También las redes sociales representan, sobre todo para los jóvenes, una oportunidad de encuentro que puede parecer sin límite: internet puede ofrecer mayores posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos, y esto es algo bueno, es un don de Dios. Sin embargo para cada

instrumento que se nos ofrece, es fundamental la elección que el hombre decide hacer. El ambiente comunicativo puede ayudarnos a crecer o, al contrario, a desorientarnos. No es necesario infravalorar los riesgos inherentes en algunos de estos espacios virtuales; a través de las redes muchos jóvenes son atraídos y arrastrados en una esclavitud de la cual después se convierte en más allá de las propias capacidades para liberarse. En este ámbito los adultos, padres y educadores —también

los hermanos y primos un poco más grandes— están llamados a la tarea de vigilar y proteger a los jóvenes. Vosotros tenéis que hacer lo mismo con vuestros parientes y compañeros. Percibir y señalar vulnerabilidad particulares, casos sospechosos sobre los cuales sea necesario arrojar luz.

Usad por tanto las redes para compartir una historia positiva de vuestras experiencias de encuentro con nuestros hermanos en el mundo, contad y compartid las buenas

prácticas y desencadenad un círculo virtuoso.

3. [Faith Outuru, en inglés]

Soy una de las muchas jóvenes procedentes de un país lejano, con cultura diferente, con condiciones de vida y experiencia de Iglesia diferentes. Ahora estoy aquí y deseo construir aquí mi futuro. Pero pienso en mi país, en muchos jóvenes que vienen ilusionados con falsas promesas, engañados, esclavizados, prostituidos. ¿Cómo podemos ayudar a estos

jóvenes a no caer en la trampa de las ilusiones y en las manos de los traficantes?

Respuesta

Como tú has dicho, es necesario hacer que los jóvenes no caigan «en las manos de los traficantes». ¡Y qué horrible es darse cuenta de que muchas jóvenes víctimas han sido primero abandonadas por sus familias, consideradas como descarte de su sociedad!

Muchos así han sido inducidos a la trata por sus propios parientes y por los llamados amigos. Ha sucedido también

en la Biblia: ¡recordad que los hermanos mayores vendieron al joven José como esclavo, y así fue llevado esclavo a Egipto!

También en condiciones de extremo malestar, la educación se revela importante. Esta es instrumento de protección contra la trata, de hecho ayuda a identificar los peligros y a evitar las ilusiones. Un sano ambiente escolar, como un sano ambiente parroquial, consiente a los jóvenes denunciar a los traficantes sin vergüenza y convertirse en portadores de

mensajes adecuados para otros jóvenes, para que no terminen en la misma trampa.

Todos aquellos que han sido víctimas de trata son fuente inagotable de apoyo para las nuevas víctimas e importantísimos recursos informativos para salvar a muchos otros jóvenes. Son a menudo falsas noticias, que llegan a través del pasapalabra o filtradas por las redes sociales, que atrapan a los inocentes. Los jóvenes que han encontrado la criminalidad organizada pueden jugar un rol

clave en el describir los peligros. Los traficantes a menudo son personas sin escrúpulos, sin moral ni ética que viven de las desgracias de otros, aprovechando las emociones humanas y la desesperación de la gente para subyugarla a su voluntad, haciéndola esclava y sometido. Basta pensar en las mujeres africanas jovencísimas que llegan a nuestras costas esperando empezar una vida mejor, pensando en ganarse la vida honestamente, y sin embargo son esclavizadas,

obligadas a prostituirse.
Para los jóvenes es fundamental construir paso a paso la propia identidad y tener un punto de referencia, un faro-guía. La Iglesia desde siempre quiere estar al lado de las personas que sufren, en particular de los niños y de los jóvenes, protegiéndoles y promoviendo su desarrollo humano integral. Los menores son a menudo «invisibles», sujetos a peligros y amenazas, solos y manipulables; queremos, también en las realidades más precarias, ser

vuestro faro de esperanzas y apoyo, porque Dios está siempre con vosotros.

«La valentía y la esperanza son dotes de todos, pero en particular son propias de los jóvenes: valentía y esperanza. Ciertamente, el futuro está en las manos de Dios, las manos de un Padre providente. Esto no significa negar las dificultades y los problemas, sino verlos, eso sí, como pasajeros y superables. Las dificultades, las crisis, con la ayuda de Dios y la buena voluntad de todos, se pueden

superar, vencer,
transformar» [\[4\]](#).

4. [Antonio Maria Rossi. Liceo de la Via Dalmazia, Roma]

Nosotros los jóvenes italianos nos confrontamos con un contexto marcado cada día más por la pluralidad de culturas y religiones. Se trata de un desafío abierto. A menudo la falta de respeto por el diferente, la cultura del descarte y la corrupción, de las que se origina la trata, parecen normales. Papa Francisco, por

favor, continúe alentando a nuestros gobernantes con el fin de que contrasten la corrupción, la venta de armas y la cultura del descarte; aliente también a todos los líderes religiosos para garantizar espacios donde las diferentes culturas y religiones puedan conocerse y valorarse mutuamente, de tal modo que todos compartan la misma espiritualidad de acogida. Quisiera preguntarle, ¿qué podemos hacer nosotros aquí, para que desaparezca definitivamente la plaga de la

trata?

Respuesta

Cuando los países son víctimas de la pobreza extrema, la violencia y la corrupción, la economía, el marco normativo y la infraestructura básica son ineficientes y no son capaces de garantizar la seguridad, los bienes y los derechos esenciales. En tal contexto, los autores de estos crímenes actúan impunemente. La criminalidad organizada y el tráfico ilegal de drogas y de seres humanos eligen las presas entre las personas que

hoy tienen escasos medios de subsistencia y aún menos esperanzas por el mañana. La respuesta es, por lo tanto, crear oportunidad para un desarrollo humano integral, iniciando con una instrucción de calidad desde la primera infancia, creando sucesivamente oportunidades de crecimiento a través de la ocupación. Estas dos modalidades de crecimiento, en las diversas fases de la vida, representan los antídotos a la vulnerabilidad y a la trata. La que he indicado más veces

como «cultura del descarte» está en la base de comportamientos que, en el mercado y en el mundo globalizado, llevan a la explotación de los seres humanos, a todos los niveles. «La pobreza, las necesidades, los dramas de tantas personas terminan por entrar en la normalidad» [\[5\]](#).

Algunos estados promueven, dentro de la comunidad internacional, una política particularmente dura al querer derrotar a la trata de seres humanos; ese comportamiento

es de por sí engañoso, porque, a causa de intereses económicos que están detrás, no se quieren afrontar las causas profundas.

Además, no siempre la posición a nivel internacional es coherente con las políticas internas. Espero realmente que podáis enviar un mensaje a los líderes de cada nivel de gobierno, en el mundo de las relaciones y de la sociedad, pidiendo el acceso a una instrucción de calidad y por lo tanto, a una ocupación justa y sostenible.

Una estrategia que comprenda un mayor conocimiento del tema de la trata, a partir de una terminología clara y de testimonios concretos de los protagonistas, puede ser ciertamente de ayuda. La conciencia real sobre el tema centra, sin embargo, la atención en la «demanda de trata» que se encuentra detrás de la oferta (cadena de consumo); todos estamos llamados a salir de la hipocresía y enfrentar la idea de ser parte del problema en lugar de mirar a otro lado proclamando

nuestra inocencia.

Dejadme que lo diga, si hay tantas chicas víctimas de la trata que terminan en las calles de nuestras ciudades es porque muchos hombres aquí — jóvenes, de mediana edad, ancianos— piden estos servicios y están dispuestos a pagar por su placer. Me pregunto entonces, ¿son realmente los traficantes la causa principal de la trata? Yo creo que la causa principal es el egoísmo sin escrúpulos de tantas personas hipócritas de nuestro mundo. Ciertamente, arrestar a los

traficantes es un deber de justicia. Pero la verdadera solución es la conversión de los corazones, cortar la demanda para sanear el mercado.

5. [Maria Magdalene Savini]

Papa Francisco, en un mensaje suyo dirigido a los alcaldes de las grandes ciudades reunidas en el Vaticano, decía que «para ser verdaderamente eficaz, el compromiso común para la construcción de una conciencia ecológica y la lucha contra la esclavitud moderna —la trata de seres humanos y de

órganos, la prostitución, el trabajo negro— debe comenzar desde las periferias»[\[6\]](#).

También nosotros, los jóvenes, nos encontramos a menudo en la periferia y sufrimos la exclusión, la inseguridad por no tener trabajo y acceso a una educación de calidad, por vivir en situaciones de guerra, de violencia, por vernos obligados a dejar nuestras tierras, por pertenecer a minorías étnicas y religiosas. Sobre todo las mujeres somos penalizadas y las principales víctimas. ¿Qué espacio se dará en el Sínodo de

los Jóvenes a las jóvenes y a los jóvenes que provienen de las periferias de la marginación causada por un modelo de desarrollo ya superado, que continúa produciendo degradación humana? ¿Cómo se puede hacer para que estas chicas y chicos sean los protagonistas del cambio en la sociedad y en la Iglesia?

Respuesta

Deseo, para los que son testigos reales de los riesgos de la trata en sus países de origen, que puedan encontrar en el Sínodo un lugar para

expresarse, desde el cual
llamar a la Iglesia a la acción.
Por lo tanto, es mi gran deseo
que los jóvenes representantes
de las «periferias» sean los
protagonistas de este Sínodo.
Espero que puedan ver el
Sínodo como un lugar para
enviar un mensaje a los
gobernantes de los países de
origen y llegada para solicitar
protección y apoyo. Espero que
estos jóvenes lancen un
mensaje global para una
movilización juvenil mundial,
para construir juntos una casa
común inclusiva y acogedora.

Espero que sean un ejemplo de esperanza para aquellos que atraviesan por el drama existencial del desaliento. La Iglesia católica tiene la intención de intervenir en todas las fases de la trata de seres humanos: quiere protegerlos del engaño y de la seducción; quiere encontrarlos y liberarlos cuando sean transportados y reducidos a la esclavitud; quiere asistirlos una vez que sean liberados. A menudo, las personas que han sido atrapadas y maltratadas pierden la capacidad de confiar

en los demás, y la Iglesia es a menudo el último ancla de salvación.

Es absolutamente importante responder de modo concreto a las vulnerabilidades de aquellos que están en riesgo, para después acompañar el proceso de liberación comenzando a poner a salvo sus vidas. Los grupos eclesiales pueden abrir espacios de seguridad allí donde sea necesario, en lugares de reclutamiento, en las rutas del tráfico en los países de llegada. Mi esperanza es que el Sínodo sea también

una oportunidad para las Iglesias locales para aprender a trabajar juntos y convertirse en «una red de salvación».

Quisiera finalmente concluir citando a santa Josefina Bakhita. Esta grande sudanesa «es un testigo ejemplar de esperanza para las numerosas víctimas de la esclavitud y un apoyo en los esfuerzos de todos aquellos que se dedican a luchar contra esta “llaga en el cuerpo de la humanidad contemporánea, una herida en la carne de Cristo”» [\[7\]](#). Que pueda inspirarnos para realizar

gestos de hermandad con aquellos que se encuentran en un estado de sumisión. A dejarnos interpelar, a dejarnos invitar al encuentro.

Recemos:

Santa Josefina Bakhita, de niña fuiste vendida como esclava y tuviste que enfrentar dificultades y sufrimientos indecibles.

Una vez liberada de tu esclavitud física, encontraste la verdadera redención en el encuentro con Cristo y su Iglesia.

Santa Josefina Bakhita, ayuda

a todos aquellos que están atrapados en la esclavitud. En su nombre, intercede ante el Dios de la Misericordia, de modo que las cadenas de su cautiverio puedan romperse. Que Dios mismo pueda liberar a todos los que han sido amenazados, heridos o maltratados por la trata y el tráfico de seres humanos. Lleva consuelo a aquellos que sobreviven a esta esclavitud y enséñales a ver a Jesús como modelo de fe y esperanza, para que puedan sanar sus propias heridas.

Te suplicamos que reces e intercedas por todos nosotros: para que no caigamos en la indiferencia, para que abramos los ojos y podamos mirarlas miserias y las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de su dignidad y de su libertad y escuchar su grito de ayuda. Amén.

[1] Mensaje para la XLVIII
Jornada Mundial de la Paz
2015 No esclavos sino

hermanos, n.6

[2] Discurso a un grupo de nuevos embajadores con motivo de la presentación de sus cartas credenciales, 12 de diciembre de 2013

[3] Ibid.

[4] Discurso a los jóvenes de la diócesis de Abruzzo y Molise, 5 de julio de 2014.

[5] Catequesis, Audiencia General del 5 de junio de 2013.

[6] Discurso a los participantes del Workshop Modern slavery

and climate change: the
commitment of the cities,
organizado por las Academias
Pontificias de las Ciencias y de
las Ciencias Sociales, 21 de
julio de 2015.

[7] Mensaje para la XLVIII
Jornada Mundial de la Paz
2015 No esclavos sino
hermanos, n.6

14 de febrero de 2018. Homilía en la Santa Misa, bendición e imposición de la ceniza.

Miércoles.

El tiempo de Cuaresma es tiempo propicio para afinar los acordes disonantes de nuestra vida cristiana y recibir la siempre nueva, alegre y esperanzadora noticia de la Pascua del Señor. La Iglesia en su maternal sabiduría nos propone prestarle especial atención a todo aquello que pueda enfriar y oxidar nuestro

corazón creyente.

Las tentaciones a las que estamos expuestos son múltiples. Cada uno de nosotros conoce las dificultades que tiene que enfrentar. Y es triste constatar cómo, frente a las vicisitudes cotidianas, se alzan voces que, aprovechándose del dolor y la incertidumbre, lo único que saben es sembrar desconfianza. Y si el fruto de la fe es la caridad —como le gustaba repetir a la Madre Teresa de Calcuta—, el fruto de la desconfianza es la apatía y la

resignación. Desconfianza, apatía y resignación: esos demonios que cauterizan y paralizan el alma del pueblo creyente.

La Cuaresma es tiempo rico para desenmascarar éstas y otras tentaciones y dejar que nuestro corazón vuelva a latir al palpitar del Corazón de Jesús. Toda esta liturgia está impregnada con ese sentir y podríamos decir que se hace eco en tres palabras que se nos ofrecen para volver a «recalentar el corazón creyente»: *Detente, mira y vuel*

Detente un poco de esa agitación, y de correr sin sentido, que llena el alma con la amargura de sentir que nunca se llega a ningún lado. *Detente* de ese mandamiento de vivir acelerado que dispersa, divide y termina destruyendo el tiempo de la familia, el tiempo de la amistad, el tiempo de los hijos, el tiempo de los abuelos, el tiempo de la gratuidad... el tiempo de Dios.

Detente un poco delante de la necesidad de aparecer y ser visto por todos, de estar

continuamente en «cartelera», que hace olvidar el valor de la intimidad y el recogimiento.

Detente un poco ante la mirada altanera, el comentario fugaz y despreciante que nace del olvido de la ternura, de la piedad y la reverencia para encontrar a los otros, especialmente a quienes son vulnerables, heridos e incluso inmersos en el pecado y el error.

Detente un poco ante la compulsión de querer controlar todo, saberlo todo, devastar todo; que nace del olvido de la

gratitud frente al don de la vida y a tanto bien recibido.

Detente un poco ante el ruido ensordecedor que atrofia y aturde nuestros oídos y nos hace olvidar del poder fecundo y creador del silencio.

Detente un poco ante la actitud de fomentar sentimientos estériles, infecundos, que brotan del encierro y la auto-compasión y llevan al olvido de ir al encuentro de los otros para compartir las cargas y sufrimientos.

Detente ante la vacuidad de lo instantáneo, momentáneo y

fugaz que nos priva de las raíces, de los lazos, del valor de los procesos y de sabernos siempre en camino.

¡Detente para mirar y contemplar!

Mira los signos que impiden apagar la caridad, que mantienen viva la llama de la fe y la esperanza. Rostros vivos de la ternura y la bondad operante de Dios en medio nuestro.

Mira el rostro de nuestras familias que siguen apostando día a día, con mucho esfuerzo para sacar la vida adelante y,

entre tantas premuras y penurias, no dejan todos los intentos de hacer de sus hogares una escuela de amor. *Mira* el rostro interpelante de nuestros niños y jóvenes cargados de futuro y esperanza, cargados de mañana y posibilidad, que exigen dedicación y protección. Brotes vivientes del amor y de la vida que siempre se abren paso en medio de nuestros cálculos mezquinos y egoístas. *Mira* el rostro surcado por el paso del tiempo de nuestros ancianos; rostros portadores de

la memoria viva de nuestros pueblos. Rostros de la sabiduría operante de Dios.

Mira el rostro de nuestros enfermos y de tantos que se hacen cargo de ellos; rostros que en su vulnerabilidad y en el servicio nos recuerdan que el valor de cada persona no puede ser jamás reducido a una cuestión de cálculo o de utilidad.

Mira el rostro arrepentido de tantos que intentan revertir sus errores y equivocaciones y, desde sus miserias y dolores, luchan por transformar las

situaciones y salir adelante.

Mira y contempla el rostro del Amor crucificado, que hoy desde la cruz sigue siendo portador de esperanza; manotendida para aquellos que se sienten crucificados, que experimentan en su vida el peso de sus fracasos, desengaños y desilusión.

Mira y contempla el rostro concreto de Cristo crucificado por amor a todos y sin exclusión. ¿A todos? Sí, a todos. Mirar su rostro es la invitación esperanzadora de este tiempo de Cuaresma para

vencer los demonios de la desconfianza, la apatía y la resignación. Rostro que nos invita a exclamar: ¡El Reino de Dios es posible!

Detente, mira y vuelve. Vuelve a la casa de tu Padre.

¡*Vuelve!*, sin miedo, a los brazos anhelantes y expectantes de tu Padre rico en misericordia (cf. *Ef 2,4*) que te espera.

¡*Vuelve!*, sin miedo, este es el tiempo oportuno para volver a casa; a la casa del Padre mío y Padre vuestro (cf. *Jn 20,17*).

Este es el tiempo para dejarse tocar el corazón... Permanecer en el camino del mal es sólo fuente de ilusión y de tristeza. La verdadera vida es algo bien distinto y nuestro corazón bien lo sabe. Dios no se cansa ni se cansará de tender la mano (cf. Bula *Misericordiae vultus*, 19).

¡*Vuelve!*, sin miedo, a participar de la fiesta de los perdonados.

¡*Vuelve!*, sin miedo, a experimentar la ternura sanadora y reconciliadora de Dios. Deja que el Señor sane las heridas del pecado y cumpla

la profecía hecha a nuestros padres: «Les daré un corazón nuevo y pondré en ustedes un espíritu nuevo: les arrancaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne» (*Ez 36,26*).
¡Detente, mira y vuelve!

14 de febrero de 2018.

Audiencia general. La homilía.
El Credo. La Oración universal.

Miércoles.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

Buenos días incluso si el día
está un poco feo. Si el alma
está alegre, siempre es un
buen día. Así que ¡buenos días!
Hoy la audiencia se hará en dos
partes: un pequeño grupo de
enfermos está en el Aula, por
el tiempo, y nosotros estamos
aquí. Pero nosotros les vemos a

ellos y ellos nos ven en la pantalla gigante. Les saludamos con un aplauso. Continuamos con las catequesis sobre la misa. La escucha de las lecturas bíblicas, prolongada en la homilía ¿a qué responde? Responde a un derecho: el derecho espiritual del Pueblo de Dios a recibir con abundancia el tesoro de la Palabra de Dios (cf. *Introducción al Leccionario*, 45). Cada uno de nosotros cuando va a misa tiene el derecho de recibir abundantemente la Palabra de Dios bien leída, bien dicha y

después bien explicada en la homilía. ¡Es un derecho! Y cuando la Palabra de Dios no está bien leída, no es predicada con fervor por el diácono, por el sacerdote o por el obispo, se falta a un derecho de los fieles. Nosotros tenemos el derecho de escuchar la Palabra de Dios. El Señor habla para todos, pastores y fieles. Él llama al corazón de cuantos participan en la misa, cada uno en su condición de vida, edad, situación. El Señor consuela, llama, suscita brotes de vida nueva y reconciliada. Y esto,

por medio de su Palabra. ¡Su Palabra llama al corazón y cambia los corazones!

Por eso, después de la homilía, un tiempo de silencio permite sedimentar en el alma la semilla recibida, con el fin de que nazcan propósitos de adhesión a lo que el Espíritu ha sugerido a cada uno. El silencio después de la homilía. Un hermoso silencio se debe hacer allí y cada uno debe pensar en lo que ha escuchado.

Después de este silencio, ¿cómo continúa la misa? La respuesta personal de fe se

incluye en la profesión de fe de la Iglesia, expresada en el «Credo». Todos nosotros recitamos el «Credo» en la misa. Recitado por toda la asamblea, el símbolo manifiesta la respuesta común a lo que se ha escuchado juntos de la Palabra de Dios (cf. Catequismo de la Iglesia católica, 185–197). Hay un nexo vital entre escucha y fe. Están unidas. Esta —la fe—, de hecho, no nace de la fantasía de mentes humanas, sino como recuerda san Pablo «viene de la predicación y la predicación,

por la Palabra de Cristo»
(*Rom 10, 17*). La fe se
alimenta, por lo tanto, con la
predicación y conduce al
Sacramento. Así, el rezo del
«Credo» hace que la asamblea
litúrgica «recuerde, confiese y
manifieste los grandes
misterios de la fe, antes de
comenzar su celebración en la
Eucaristía» (*Instrucción
General del Misal romano*, 67).
El símbolo de la fe vincula la
Eucaristía con el Bautismo,
recibido «en el nombre del
Padre y del Hijo y del Espíritu
Santo» y nos recuerda que los

Sacramentos son comprensibles a la luz de la fe de la Iglesia. La respuesta a la Palabra de Dios acogida con fe se expresa después en la súplica común, denominada Oración universal, porque abraza las necesidades de la Iglesia y del mundo (cf. IGMR, 69-71; *Introducción al Leccionario*, 30-31). Se le llama también Oración de los fieles.

Los Padres del Vaticano II quisieron restaurar esta oración después del Evangelio y la homilía, especialmente en el domingo y en las fiestas, para

que «con la participación del pueblo se hagan súplicas por la santa Iglesia, por los gobernantes, por los que sufren cualquier necesidad, por todos los hombres y por la salvación del mundo entero»

(Const. Sacrosanctum

Concilium, 53; cf. 1 *Tim* 2, 1-2).

Por tanto, bajo la guía del sacerdote que introduce y concluye, «el pueblo [...] ejercitando el oficio de su sacerdocio bautismal, ofrece súplicas a Dios por la salvación de todos » (IGMR, 69). Y después las intenciones

individuales, propuestas por el diacono o un lector, la asamblea una su voz invocando:

«Escúchanos Señor».

Recordamos, de hecho, cuando nos ha dicho el Señor Jesús:

«Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis» (*Jn 15, 7*).

«Pero nosotros no creemos esto, porque tenemos poca fe».

Pero si nosotros tuviéramos una fe —dice Jesús— como el grano de mostaza, recibiríamos todo. «Pedid y lo conseguiréis». Y en este momento de la

oración universal después del Credo, está el momento de pedir al Señor las cosas más fuertes en la misa, las cosas que nosotros necesitamos, lo que queremos. «Lo conseguiréis»; en un modo u otro pero «lo conseguiréis». «Todo es posible para quien cree», ha dicho el Señor. ¿Qué respondió ese hombre al cual el Señor se dirigió para decir esta palabra —todo es posible para quien cree—? Dijo: «Creo Señor. Ayuda mi poca fe». También nosotros podemos decir: «Señor, yo creo. Pero

ayuda mi poca fe». Y la oración debemos hacerla con este espíritu de fe: «Creo Señor, ayuda mi poca fe». Las pretensiones de lógicas mundanas, sin embargo, no despegan hacia el Cielo, así como permanecen sin ser escuchadas las peticiones autorreferenciales (*Jue 4, 2-3*). Las intenciones por las que se invita al pueblo fiel a rezar deben dar voz a las necesidades concretas de la comunidad eclesial y del mundo, evitando recurrir a fórmulas convencionales y

miopes. La oración «universal», que concluye la liturgia de la Palabra, nos exhorta a hacer nuestra la mirada de Dios, que cuida de todos sus hijos.

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española provenientes de España y América Latina, y de modo particular saludo al grupo de peregrinos de Caravaca de la Cruz, con su Obispo Mons. José Manuel Lorca. Hoy, miércoles de Ceniza, al comenzar el tiempo de cuaresma, tiempo de

gracia y de misericordia, le pedimos a la Virgen María que nos ayude a prepararnos para celebrar la pascua de Cristo con un corazón purificado. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias.

18 de febrero de 2018.

ÁNGELUS.

I Domingo de Cuaresma.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este primer domingo de Cuaresma, el Evangelio menciona los temas de la tentación, la conversión y la Buena Noticia. Escribe el evangelista Marcos: «El Espíritu le empuja al desierto, y permaneció en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás» (Mc 1, 12-13).

Jesús va al desierto a prepararse para su misión en el mundo. Él no necesita conversión, pero, en cuanto hombre, debe pasar a través de esta prueba, ya sea por sí mismo, para obedecer a la voluntad del Padre, como por nosotros, para darnos la gracia de vencer las tentaciones. Esta preparación consiste en la lucha contra el espíritu del mal, es decir, contra el diablo. También para nosotros la Cuaresma es un tiempo de «agonismo» espiritual, de lucha espiritual: estamos llamados a

afrontar al maligno mediante la oración para ser capaces, con la ayuda de Dios, de vencerlo en nuestra vida cotidiana.

Nosotros lo sabemos, el mal está lamentablemente funcionando en nuestra existencia y entorno a nosotros, donde se manifiestan violencias, rechazo del otro, clausuras, guerras, injusticias. Todas estas son obra del maligno, del mal.

Inmediatamente después de las tentaciones en el desierto, Jesús empieza a predicar el Evangelio, es decir, la Buena

Noticia, la segunda palabra. La primera era «tentación»; la segunda, «Buena Noticia». Y esta Buena Noticia exige del hombre conversión —tercera palabra— y fe. Él anuncia: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca»; después dirige la exhortación: «convertíos y creed en la Buena Nueva» (*Mc 1, 15*), es decir creed en esta Buena Noticia que el Reino de Dios está cerca. En nuestra vida siempre necesitamos conversión —itodos los días!—, y la Iglesia nos hace rezar por

esto. De hecho, no estamos nunca suficientemente orientados hacia Dios y debemos continuamente dirigir nuestra mente y nuestro corazón a Él. Para hacer esto es necesario tener la valentía de rechazar todo lo que nos lleva fuera del camino, los falsos valores que nos engañan atrayendo nuestro egoísmo de forma sutil. Sin embargo, debemos fiarnos del Señor, de su bondad y de su proyecto de amor para cada uno de nosotros.

La Cuaresma es un tiempo de

penitencia, sí, pero no es un tiempo triste! Es un tiempo de penitencia, pero no es un tiempo triste, de luto. Es un compromiso alegre y serio para despojarnos de nuestro egoísmo, de nuestro hombre viejo, y renovarnos según la gracia de nuestro bautismo. Solamente Dios nos puede donar la verdadera felicidad: es inútil que perdamos nuestro tiempo buscándola en otro lugar, en las riquezas, en los placeres, en el poder, en la carrera... El Reino de Dios es la realización de todas nuestras

aspiraciones, porque es, al mismo tiempo, salvación del hombre y gloria de Dios.

En este primer domingo de Cuaresma, estamos invitados a escuchar con atención y recoger este llamamiento de Jesús a convertirnos y a creer en el Evangelio. Somos exhortados a iniciar con compromiso el camino hacia la Pascua, para acoger cada vez más la gracia de Dios, que quiere transformar el mundo en un reino de justicia, de paz, de fraternidad.

Que María Santísima nos ayude

a vivir esta Cuaresma con fidelidad a la Palabra de Dios y con una oración incesante, como hizo Jesús en el desierto. ¡No es imposible! Se trata de vivir las jornadas con el deseo de acoger el amor que viene de Dios y que quiere transformar nuestra vida y el mundo entero.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Dentro de un mes, del 19 al 24 de marzo, vendrán a Roma unos 300 jóvenes de todo el

mundo para una reunión preparatoria del Sínodo de octubre. Deseo con fuerza que todos los jóvenes puedan ser protagonistas de esta preparación. Por eso, ellos podrán intervenir online a través de grupos lingüísticos moderados por otros jóvenes. La aportación de los «grupos de la red» se unirá a la de la reunión de Roma. Queridos jóvenes, podéis encontrar las informaciones en la página web de la Secretaría del Sínodo de los Obispos. ¡Os doy las gracias por vuestra

contribución para caminar juntos! Os saludo a vosotros, familias, grupos parroquiales, asociaciones y todos los peregrinos venidos de Italia y de diferentes países. Saludos a los fieles de Murcia, Vannes, Varsovia y Breslavia; así como a los de Erba, Vignole, Fontaneto d'Agogna, Silvi y Troina. Saludo a los jóvenes del decanato de Baggio (Milán) y a los de Melito Porto Salvo.

Al inicio de la Cuaresma, que — como decía— es un camino de conversión y de lucha contra el mal, quiero dirigir un

pensamiento particular a las personas detenidas: queridos hermanos y hermanas que estáis en la cárcel, os animo a cada uno de vosotros a vivir el periodo cuaresmal como ocasión de reconciliación y de renovación de la propia vida bajo la mirada misericordiosa del Señor. Él no se cansa nunca de perdonar.

Pido a todos un recuerdo en la oración por mí y por mis colaboradores de la Curia Romana, que esta tarde empezamos la semana de Ejercicios Espirituales.

Os deseo feliz domingo.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!

23 de febrero de 2018.

Palabras del Papa Francisco en la conclusión de los ejercicios espirituales del Santo Padre y de la curia romana.

Viernes.

Padre, quisiera agradecerle, en nombre de todos, por este acompañamiento en estos días, que hoy se prolongarán con la jornada de ayuno y oración por Sudán del Sur, el Congo y también Siria.

Gracias, padre, por habernos hablado de la Iglesia, por

habernos hecho sentir la Iglesia, este pequeño rebaño. ¡Y también por habernos advertido de no «encogerlo» con nuestras mundanidades burocráticas! Gracias por habernos recordado que la Iglesia no es una jaula para el Espíritu Santo, que el Espíritu vuela también fuera y trabaja fuera. Y con las citas y las cosas que él nos ha dicho nos ha hecho ver cómo trabaja en nosotros creyentes, en los «paganos», en las personas de otras confesiones religiosas: es universal, es el Espíritu de

Dios, que es para todos.
También hoy hay «Cornelios» y «centuriones», «guardianes de la cárcel de Pedro» que viven una búsqueda interior o también saben distinguir cuando hay algo que llama.
Gracias por esa llamada a abrirnos sin miedo, sin rigidez, por ser blandos en el Espíritu y no momificarnos en nuestras estructuras que nos cierran.
Gracias, padre. Y continúe rezando por nosotros. Como decía la madre superiora a las hermanas: «¡Somos hombres!», pecadores, todos.

Gracias, padre. Y que el Señor
le bendiga.

25 de febrero de 2018. Homilía en la visita pastoral a la parroquia romana de san Gelasio I, papa, en Ponte Mammolo.

Domingo.

Jesús se deja ver a los Apóstoles como es en el cielo: glorioso, luminoso, triunfante, vencedor. Y esto lo hace para prepararles a soportar la Pasión, el escándalo de la cruz, porque ellos no podían entender que Jesús hubiera muerto como un criminal, no

podían entenderlo.

Ellos pensaban que Jesús fuera un libertador, pero como son los libertadores terrenales, los que ganan en la batalla, los que son siempre triunfadores. Y el camino de Jesús es otro: Jesús triunfa a través de la humillación, la humillación de la cruz. Pero puesto que esto hubiera sido un escándalo para ellos, Jesús les hace ver lo que viene después, lo que hay después de la cruz, lo que nos espera a todos nosotros. Esta gloria y este cielo.

¡Y eso es muy hermoso! Es

muy hermoso porque Jesús —y esto escuchadlo bien— nos prepara siempre para la prueba. En un modo o en otro, pero este es el mensaje: nos prepara siempre. Nos da la fuerza para ir adelante en los momentos de prueba y vencerlos con su fuerza.

Jesús no nos deja solos en las pruebas de la vida: siempre nos prepara, nos ayuda, como ha preparado a estos [los discípulos], con la visión de su gloria. Y así ellos después recordaron esto [el momento] para soportar el peso de la

humillación.

Esto es lo primero que nos enseña la Iglesia: Jesús nos prepara siempre para las pruebas y en las pruebas está con nosotros, no nos deja solos. Nunca. Lo segundo, podemos tomarlo de las palabras de Dios: «Este es mi Hijo, el amado. Escuchadle». Este es el mensaje que el Padre da a los Apóstoles. El mensaje de Jesús es prepararlos, haciéndoles ver su gloria; el mensaje del Padre es: «Escuchadle». No hay un momento en la vida que no se pueda vivir plenamente

escuchando a Jesús. En los momentos hermosos, deteneos y escuchad a Jesús; en los momentos malos, deteneos y escuchad a Jesús. Este es el camino. Él nos dirá lo que tenemos que hacer. Siempre. Y vamos adelante en esta Cuaresma con estas dos cosas: en las pruebas, recordad la gloria de Jesús, es decir, lo que nos espera; que Jesús está presente siempre, con esa gloria para darnos fuerza. Y durante toda la vida, escuchad a Jesús, lo que nos dice Jesús: en el Evangelio, en

la liturgia, siempre nos habla; o en el corazón.

En la vida cotidiana, tal vez tengamos problemas, o tengamos que resolver muchas cosas. Hagámonos esta pregunta: ¿Qué nos dice Jesús hoy? Y busquemos escuchar la voz de Jesús, la inspiración desde dentro. Y así seguimos el consejo del Padre: «Este es mi Hijo, el amado. Escuchadle». Será la Virgen la que te dé el segundo consejo en Caná, en Galilea, cuando se produce el milagro del agua [trasformada] en vino. ¿Qué dice la Virgen?

«Haced lo que Él diga».

Escuchar a Jesús y hacer lo que Él dice: este es el camino seguro. Ir adelante con el recuerdo de la gloria de Jesús, con este consejo: escuchar a Jesús y hacer lo que Él nos dice.

Antes de regresar al Vaticano, saludó a los fieles que estaban reunidos fuera de la parroquia: Estoy pensando en algo: abrir una parroquia en el Polo Norte, y vosotros que habéis pasado tanto frío podéis ir allí para hacer la parroquia... ¿Qué

decís? ¿Os gusta? Gracias,
gracias por quedaros aquí, al
frío.

25 de febrero de 2018.
ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio hoy, segundo
domingo de Cuaresma, nos
invita a contemplar la
transfiguración de Jesús
(cf. *Mc 9, 2-10*).

Este episodio está ligado a lo
que sucedió seis días antes,
cuando Jesús había desvelado a
sus discípulos que en Jerusalén
debería «sufrir mucho y ser

reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitado a los tres días»
(*Mc 8, 31*).

Este anuncio había puesto en crisis a Pedro y a todo el grupo de discípulos, que rechazaban la idea de que Jesús terminara rechazado por los jefes del pueblo y después matado. Ellos, de hecho, esperaban a un Mesías poderoso, fuerte, dominador; en cambio, Jesús se presenta como humilde, como manso, siervo de Dios, siervo de los hombres, que deberá

entregar su vida en sacrificio, pasando por el camino de la persecución, del sufrimiento y de la muerte.

Pero, ¿cómo poder seguir a un Maestro y Mesías cuya vivencia terrenal terminaría de ese modo? Así pensaban ellos. Y la respuesta llega precisamente de la transfiguración. ¿Qué es la transfiguración de Jesús? Es una aparición pascual anticipada.

Jesús toma consigo a los tres discípulos Pedro, Santiago y Juan y «los lleva, a ellos solos, a parte, a un monte alto»

(Mc 9, 2); y allí, por un momento, les muestra su gloria, gloria de Hijo de Dios. Este evento de la transfiguración permite así a los discípulos afrontar la pasión de Jesús de un modo positivo, sin ser arrastrados. Lo vieron como será después de la pasión, glorioso. Y así Jesús les prepara para la prueba. La transfiguración ayuda a los discípulos, y también a nosotros, a entender que la pasión de Cristo es un misterio de sufrimiento, pero es sobre todo un regalo de amor,

de amor infinito por parte de Jesús.

El evento de Jesús transfigurándose sobre el monte nos hace entender mejor también su resurrección. Para entender el misterio de la cruz es necesario saber con antelación que el que sufre y que es glorificado no es solamente un hombre, sino el Hijo de Dios, que con su amor fiel hasta la muerte nos ha salvado. El padre renueva así su declaración mesiánica sobre el Hijo, ya hecha en la orilla del Jordán después del bautismo y

exhorta: «Escuchadle» (*Mc 9, 7*).

Los discípulos están llamados a seguir al Maestro con confianza, con esperanza, a pesar de su muerte; la divinidad de Jesús debe manifestarse precisamente en la cruz, precisamente en su morir «de aquel modo», tanto que el evangelista Marcos pone en la boca del centurión la profesión de fe:

«Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios» (*Mc 15, 39*). Nos dirigimos ahora en oración a la Virgen María, la

criatura humana transfigurada interiormente por la gracia de Cristo. Nos encomendamos confiados a su maternal ayuda para proseguir con fe y generosidad el camino de la Cuaresma.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

En estos días mi pensamiento está a menudo dirigido a la amada y martirizada Siria, donde la guerra se ha intensificado, especialmente en Guta oriental. Este mes de

febrero ha sido uno de los más violentos en seis años de conflicto: centenares, millares de víctimas civiles, niños, mujeres, ancianos; los hospitales han sido golpeados; la gente no puede procurarse comida... Hermanos y hermanas, todo esto es inhumano. No se puede combatir el mal con otro mal. Y la guerra es un mal. Por lo tanto, dirijo mi sentido llamamiento para que cese inmediatamente la violencia, se dé acceso a las ayudas humanitarias —comida y

medicinas— y se evacúe a los heridos y a los enfermos.

Pidamos juntos a Dios que esto suceda inmediatamente. [Pausa de silencio]

Dios te salve María...

Os dirijo un cordial saludo a todos vosotros peregrinos de Roma, de Italia y de diversos países, en particular a los que vienen de Spis, en Eslovaquia. Saludo a los representantes de la cadena de televisión diocesana de Prato con su obispo, los jóvenes de la orquesta Oppido Mamertina y los scout de Génova. Saludo a

los confirmandos y a los muchachos de la profesión de fe de Serravalle Scrivia, Verdellino, Zingonia, Lodi, Renate y Verduggio. Saludo al grupo que ha venido con motivo del «Día de las enfermedades raras», con un estímulo a las asociaciones que trabajan en este campo. Gracias. Gracias por lo que hacéis. A todos os deseo un buen domingo. No os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo ¡y hasta pronto!

28 de febrero de 2018.

Audiencia general. La liturgia eucarística.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuamos con la catequesis sobre la santa misa. En la liturgia de la Palabra —sobre la que me he detenido en las pasadas catequesis— sigue otra parte constitutiva de la misa, que es la liturgia eucarística. En ella, a través de los santos signos, la Iglesia hace

continuamente presente el Sacrificio de la nueva alianza sellada por Jesús sobre el altar de la Cruz (cf. Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, 47). Fue el primer altar cristiano, el de la Cruz, y cuando nosotros nos acercamos al altar para celebrar la misa, nuestra memoria va al altar de la Cruz, donde se hizo el primer sacrificio. El sacerdote, que en la misa representa a Cristo, cumple lo que el Señor mismo hizo y confió a los discípulos en la Última Cena:

tomó el pan y el cáliz, dio gracias, los pasó a sus discípulos diciendo: «Tomad, comed... bebed: esto es mi cuerpo... este es el cáliz de mi sangre. Haced esto en memoria mía».

Obediente al mandamiento de Jesús, la Iglesia ha dispuesto en la liturgia eucarística el momento que corresponde a las palabras y a los gestos cumplidos por Él en la vigilia de su Pasión. Así, en la preparación de los dones. son llevados al altar el pan y el vino, es decir los elementos

que Cristo tomó en sus manos. En la Oración eucarística damos gracias a Dios por la obra de la redención y las ofrendas se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. Siguen la fracción del Pan y la Comunión, mediante la cual revivimos la experiencia de los Apóstoles que recibieron los dones eucarísticos de las manos de Cristo mismo (cf. Instrucción General del Misal Romano, 72). Al primer gesto de Jesús: «tomó el pan y el cáliz del vino», corresponde por tanto la preparación de los dones. Es la

primera parte de la Liturgia eucarística. Está bien que sean los fieles los que presenten el pan y el vino, porque estos representan la ofrenda espiritual de la Iglesia ahí recogida para la eucaristía. Es bonito que sean los propios fieles los que llevan al altar el pan y el vino. Aunque hoy «los fieles ya no traigan, de los suyos, el pan y el vino destinados para la liturgia, como se hacía antiguamente, sin embargo el rito de presentarlos conserva su fuerza y su significado espiritual»

(*ibíd.*, 73). Y al respecto es significativo que, al ordenar un nuevo presbítero, el obispo, cuando le entrega el pan y el vino dice: «Recibe las ofrendas del pueblo santo para el sacrificio eucarístico» (*Pontifical Romano – Ordenación de los obispos, de los presbíteros y de los diáconos*). ¡El Pueblo de Dios que lleva la ofrenda, el pan y el vino, la gran ofrenda para la misa! Por tanto, en los signos del pan y del vino el pueblo fiel pone la propia ofrenda en las manos del sacerdote, el cual la depone en

el altar o mesa del Señor, «que es el centro de toda la Liturgia Eucarística» (IGMR, 73). Es decir, el centro de la misa es el altar, y el altar es Cristo; siempre es necesario mirar el altar que es el centro de la misa. En el «fruto de la tierra y del trabajo del hombre», se ofrece por tanto el compromiso de los fieles a hacer de sí mismos, obedientes a la divina Palabra, «sacrificio agradable a Dios, Padre todopoderoso», «por el bien de toda su santa Iglesia». Así «la vida de los fieles, su alabanza, su

sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo» (Catecismo de la Iglesia Católica, 1368).

Ciertamente, nuestra ofrenda es poca cosa, pero Cristo necesita de este poco. Nos pide poco, el Señor, y nos da tanto. Nos pide poco. Nos pide, en la vida ordinaria, buena voluntad; nos pide corazón abierto; nos pide ganas de ser mejores para acogerle a Él que se ofrece a sí mismo a nosotros en la eucaristía; nos pide estas

ofrendas simbólicas que después se convertirán en su cuerpo y su sangre. Una imagen de este movimiento oblato de oración se representa en el incienso que, consumido en el fuego, libera un humo perfumado que sube hacia lo alto: incensar las ofrendas, como se hace en los días de fiesta, incensar la cruz, el altar, el sacerdote y el pueblo sacerdotal manifiesta visiblemente el vínculo del ofertorio que une todas estas realidades al sacrificio de Cristo (cf. IGMR, 75). Y no olvidar:

está el altar que es Cristo, pero siempre en referencia al primer altar que es la Cruz, y sobre el altar que es Cristo llevamos lo poco de nuestros dones, el pan y el vino que después se convertirán en el tanto: Jesús mismo que se da a nosotros. Y todo esto es cuanto expresa también la oración sobre las ofrendas. En ella el sacerdote pide a Dios aceptar los dones que la Iglesia les ofrece, invocando el fruto del admirable intercambio entre nuestra pobreza y su riqueza. En el pan y el vino le

presentamos la ofrenda de nuestra vida, para que sea transformada por el Espíritu Santo en el sacrificio de Cristo y se convierta con Él en una sola ofrenda espiritual agradable al Padre. Mientras se concluye así la preparación de los dones, nos dispones a la Oración eucarística (cf. *ibíd.*, 77).

Que la espiritualidad del don de sí, que este momento de la misa nos enseña, pueda iluminar nuestras jornadas, las relaciones con los otros, las cosas que hacemos, los

sufrimientos que encontramos, ayudándonos a construir la ciudad terrena a la luz del Evangelio.

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica.

En este tiempo de cuaresma los animo a vivir profundamente la *espiritualidad de la entrega* que la Eucaristía nos enseña, de modo que la oración, el ayuno y la limosna de estos días, den frutos

concretos de auténtica
conversión del corazón. Muchas
gracias.

SANTO PADRE FRANCISCO. Año 2018. Marzo.



Textos tomados de:

www.vatican.va

Compuestos por:

alphonsus2002@gmail.com

MARZO

3 de marzo de 2018. Discurso a los miembros de la federación de colegios profesionales de enfermeros, asistentes sanitarios, cuidadoras de niños (IPASVI)

4 de marzo de 2018.
ÁNGELUS.

7 de marzo de 2018.
Audiencia general. La Oración eucarística.

8 de marzo de 2018. Discurso a los miembros de la comisión católica internacional para las migraciones.

9 de marzo de 2018. Discurso a los participantes en el XXIX curso sobre el fuero interno organizado por la Penitenciaría Apostólica.

9 de marzo de 2018. Homilía en la celebración penitencial.

14 de marzo de 2018.

Audiencia general. El «Padre Nuestro».

16 de marzo de 2018. Carta del Papa Francisco a los jóvenes del UNIV.

17 de marzo de 2018.

Homilía en la concelebración eucarística durante la visita pastoral del Papa Francisco a

Pietrelcina y san Giovanni
Rotondo.

17 de marzo de 2018.

Discurso en el encuentro con
los fieles durante la visita
pastoral del Papa Francisco a
Pietrelcina y san Giovanni
Rotondo

18 de marzo de 2018.

ÁNGELUS.

21 de marzo de 2018.

Audiencia general. La comunión
sacramental, con el cuerpo y la
sangre de Cristo.

25 de marzo de 2018.

Homilía en la celebración del
domingo de ramos y de la

pasión del Señor.

25 de marzo de 2018.

ÁNGELUS.

25 de marzo de 2018.

Mensaje para la XXXIII jornada mundial de la juventud.

28 de marzo de 2018.

Audiencia general. El Triduo Pascual.

29 de marzo de 2018.

Homilía en la Santa Misa Crismal.

30 de marzo de 2018.

Oración del Santo Padre Francisco. Vía crucis en el Coliseo.

31 de marzo de 2018.

Homilía en la vigilia pascual en la noche santa.

3 de marzo de 2018. Discurso a los miembros de la federación de colegios profesionales de enfermeros, asistentes sanitarios, cuidadoras de niños (IPASVI)

Sábado.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Me complace encontraros y, antes que nada, quisiera expresar mi reconocimiento y mi estima por el trabajo tan valioso que desarrolláis hacia tantas personas y por el bien

de toda la sociedad. Gracias,
¡muchas gracias!

Dirijo mi cordial saludo a la
presidenta y a toda la
Federación Nacional de
profesiones de enfermería,
representada por vosotros hoy.
Aun proviniendo de una larga
tradición asociativa, se puede
decir que tal federación es
«neonata» y está cumpliendo
ahora sus primeros pasos. Su
constitución, confirmada desde
hace algunos días por el
Parlamento italiano, destaca
mejor el valor de las
profesiones de enfermería y

garantiza una mayor valorización de vuestra profesionalidad. Con casi 450 inscritos, formáis el orden profesional italiano más grande y representáis una referencia también para otras categorías de profesionales. El camino común que cumplís os permite no solo tener una sola voz y una mayor fuerza contractual, sino sobre todo, compartir valores e intenciones que están en la base de vuestra obra. Es realmente insustituible el papel de los enfermeros en la asistencia al enfermo. Como

ningún otro, el enfermero tiene una relación directa y continua con los pacientes, les cuida cotidianamente, escucha sus necesidades y entra en contacto con su mismo cuerpo, que se ocupa de ellos. Es peculiar el acercamiento al cuidado que realizáis con vuestra acción, haciéndoos cargo integralmente de las necesidades de las personas, con esa típica premura que los pacientes os reconocen y que representa una parte fundamental en el proceso de curación y sanación.

El código deontológico internacional de enfermería, en el que se inspira también el italiano, individua cuatro tareas fundamentales de vuestra profesión: «promover la salud, prevenir la enfermedad, restablecer la salud y aliviar el sufrimiento» (*Introducción*). Se trata de funciones complejas y múltiples, que afectan a todas las áreas de las curas, y que se llevan a cabo en colaboración con otros profesionales del sector. El carácter tanto curativo como preventivo, de rehabilitación y paliativo de

vuestra acción requiere de vosotros un alto nivel de profesionalidad, lo que requiere especialización y actualización, debido a la evolución constante de la tecnología y de las curas. Esta profesionalidad, sin embargo, no solo se manifiesta en el ámbito técnico, sino también, y quizás aún más, en la esfera de las relaciones humanas. Al estar en contacto con los médicos y familiares, así como con los enfermos, os convertís, en los hospitales, en las clínicas y en los hogares, en el cruce de caminos de miles de

relaciones que requieren atención, experiencia y consuelo. Y es precisamente en esta síntesis de habilidades técnicas y sensibilidad humana donde se manifiesta plenamente el valor y la valía de vuestro trabajo.

Al cuidar a mujeres y hombres, niños y ancianos, en todas las etapas de su vida, desde el nacimiento hasta la muerte, participáis en una escucha continua, encaminada a comprender cuáles son las necesidades de ese enfermo, en la etapa que está atravesando.

De hecho, frente a la singularidad de cada situación, nunca es suficiente seguir una fórmula, sino que se requiere un continuo —iy fatigoso!— esfuerzo de discernimiento y atención a cada persona . Todo esto hace de vuestra profesión una misión verdadera y propia, y de vosotros «expertos en humanidad», llamados a realizar una tarea irremplazable de humanización en una sociedad distraída, que demasiado a menudo deja en sus márgenes a las personas más débiles, y

se interesa solamente de los que «valen» o cumplen con los criterios de eficiencia o de ganancia. Que la sensibilidad que adquirís estando día a día en contacto con los pacientes haga de vosotros promotores de la vida y la dignidad de las personas. Sed capaces de reconocer los límites correctos de la técnica, que nunca pueden convertirse en un absoluto y relegar la dignidad humana a un segundo plano. Prestad atención al deseo, que a veces no se expresa, de espiritualidad y asistencia

religiosa, que representa para muchos pacientes un elemento esencial de sentido y de serenidad de la vida, aún más urgente en la fragilidad debida a la enfermedad.

Para la Iglesia, los enfermos son personas en las que de modo especial está presente Jesús, que se identifica en ellos cuando dice: «estaba enfermo y me visitasteis» (*Mt 25, 36*). en todo su ministerio, Jesús estuvo cerca de los enfermos, se acercó a ellos con amor y a muchos los sanó. Al encontrarse con el leproso que

le pide que le cure, extiende su mano y la toca (cf. *Mt 8, 2-3*). No se nos debe escapar la importancia de este simple gesto: la ley mosaica prohibía tocar a los leprosos y les prohibía a ellos acercarse a los lugares habitados. Pero Jesús va al corazón de la ley, que encuentra su compendio en el amor del prójimo y tocando al leproso reduce la distancia con él, para que ya no esté separado de la comunidad de los hombres y perciba, a través de un simple gesto, la cercanía de Dios mismo. Así, la sanación

que Jesús le da no es solo física, sino que alcanza el corazón porque el leproso no solo ha sido sanado sino que se ha sentido también amado. No os olvidéis de la «medicina de las caricias»: ¡es muy importante! Una caricia, una sonrisa, está llena de significado para el enfermo. Es simple el gesto, pero lo lleva arriba, se siente acompañado, siente cercana la sanación, se siente persona, no un número. No lo olvidéis.

Estando con los enfermos y ejerciendo vuestra profesión,

vosotros mismos tocáis a los enfermos y, más que cualquier otro, cuidáis de su cuerpo. Cuando lo hagáis acordaos de cómo Jesús tocó al leproso: de una manera que no fue distraída, indiferente o molesta, sino atenta y amorosa, que le hizo sentirse respetado y cuidado. Haciéndolo así, el contacto que se establece con los pacientes les da como una reverberación de la cercanía de Dios Padre, de su ternura por cada uno de sus hijos. Precisamente la ternura: la ternura es la «clave» para

entender a los enfermos. Con la dureza no se entiende al enfermo. La ternura es la clave para entenderlos y también es una medicina preciosa para su curación. Y la ternura pasa del corazón a las manos, pasa por un «tocar» las heridas lleno de respeto y amor.

Hace años, un religioso me confió que la frase más conmovedora que le habían dirigido en la vida fue una de un enfermo, al que había asistido en la fase terminal de su enfermedad. «Le agradezco, padre —le había dicho— porque

usted siempre me ha hablado de Dios, aunque sin nombrarlo nunca»: esto hace la ternura. He aquí la grandeza del amor que dirigimos a los demás, que lleva escondido en sí, incluso si no lo pensamos, el amor mismo de Dios.

Nunca os canséis de estar cerca de las personas con este estilo humano y fraternal, encontrando siempre la motivación y el impulso para llevar a cabo vuestra tarea. Tened cuidado, sin embargo, de no gastaros casi hasta consumiros, como sucede si se

está involucrado en la relación con los pacientes hasta el punto de hacerse absorber, viviendo en primera persona todo lo que les sucede. El vuestro es un trabajo cansado, además de estar expuestos a riesgos e involucrarse excesivamente, junto con la dureza de las tareas y los turnos, podría haceros perder la frescura y la serenidad que necesitáis. ¡Tened cuidado! Otro elemento que hace que desempeñar vuestra profesión sea laborioso y en ocasiones insostenible es la falta de

personal, que no ayuda a mejorar los servicios ofrecidos, y que una buena administración no puede considerar en modo alguno como una fuente de ahorro. Consciente de la exigente tarea que lleváis a cabo, aprovecho esta oportunidad para exhortar a los pacientes a que nunca den por descontado lo que reciben de vosotros. También vosotros, enfermos, prestad atención a la humanidad de los enfermeros que os asisten. Pedid sin exigir; no esperéis solo una sonrisa,

sino ofrecedla también a quienes se dedican a vosotros. En este sentido, una anciana me dijo que, cuando va al hospital para las curas que necesita, está tan agradecida a los médicos y a los enfermeros por su trabajo, que trata de ponerse elegante y guapa para devolverles a su vez algo. Que nadie dé por sentado lo que los enfermeros hacen por él o ella, sino que alimente siempre por vosotros el sentido de respeto y gratitud que se os debe. Y con vuestro permiso, me gustaría rendir homenaje a una

enfermera que me salvó la vida. Era una monja enfermera: una monja italiana, dominica, a la que mandaron a Grecia como profesora, muy culta... Pero también como enfermera vino después a Argentina. Y cuando yo, con veinte años, estaba a punto de morir, fue ella la que dijo a los médicos, incluso discutiendo con ellos: «No, esto no funciona, hay que darle más». Y gracias a estas cosas, sobreviví. ¡Se lo agradezco tanto! Se lo agradezco. Y quisiera mencionarla aquí, ante

vosotros: Sor Cornelia Caraglio. Una mujer buena, valiente, hasta llegar a contradecir a los médicos. Humilde, pero segura de lo que hacía. ¡Y tantas vidas se salvan gracias a vosotros! Porque estáis todo el día allí, y veis lo que le pasa al enfermo. Gracias por todo esto.

Mientras os saludo, expreso mi esperanza de que el Congreso que celebraréis en los próximos días sea una fructífera ocasión para reflexionar, confrontar y compartir. Invoco la bendición de Dios sobre todos vosotros; y

vosotros también, por favor,
rezad por mí.

Y ahora, en silencio, porque
sois de diversas confesiones
religiosas, en silencio recemos
a Dios, Padre de todos
nosotros, para que nos
bendiga.

¡El Señor bendiga a todos
vosotros y a los enfermos a los
que cuidáis!

¡Gracias!

4 de marzo de 2018. ÁNGELUS.

Domingo.

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!

El Evangelio de hoy presenta, en la versión de Juan, el episodio en el que Jesús expulsa a los vendedores del templo de Jerusalén (cf. *Jn 2, 13-25*). Él hizo este gesto ayudándose con un látigo, volcó las mesas y dijo: «No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado» (*Jn 2, 16*). Esta acción decidida,

realizada en proximidad de la Pascua, suscitó gran impresión en la multitud y la hostilidad de las autoridades religiosas y de los que se sintieron amenazados en sus intereses económicos. Pero, ¿cómo debemos interpretarla?

Ciertamente no era una acción violenta, tanto es verdad que no provocó la intervención de los tutores del orden público: de la policía. ¡No! Sino que fue entendida como una acción típica de los profetas, los cuales a menudo denunciaban, en nombre de Dios, abusos y

excesos. La cuestión que se planteaba era la de la autoridad. De hecho los judíos preguntaron a Jesús: «¿Qué señal nos muestras para obrar así?» (*Jn 2, 18*), es decir ¿qué autoridad tienes para hacer estas cosas? Como pidiendo la demostración de que Él actuaba en nombre de Dios. Para interpretar el gesto de Jesús de purificar la casa de Dios, sus discípulos usaron un texto bíblico tomado del salmo 69: «El cielo por tu casa me devorará» (*Jn 2, 17*); así dice el salmo: «pues me devora el

celo de tu casa». Este salmo es una invocación de ayuda en una situación de extremo peligro a causa del odio de los enemigos: la situación que Jesús vivirá en su pasión. El celo por el Padre y por su casa lo llevará hasta la cruz: su celo es el del amor que lleva al sacrificio de sí, no el falso que presume de servir a Dios mediante la violencia. De hecho, el «signo» que Jesús dará como prueba de su autoridad será precisamente su muerte y resurrección: «Destruid este santuario —dice

— y en tres días lo levantaré» (*Jn 2, 19*). Y el evangelista anota: «Él hablaba del Santuario de su cuerpo» (*Jn 2, 21*). Con la Pascua de Jesús inicia el nuevo culto en el nuevo templo, el culto del amor, y el nuevo templo es Él mismo.

La actitud de Jesús contada en la actual página evangélica, nos exhorta a vivir nuestra vida no en la búsqueda de nuestras ventajas e intereses, sino por la gloria de Dios que es el amor. Somos llamados a tener siempre presentes esas

palabras fuertes de Jesús: «No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado» (*Jn 2, 16*). Es muy feo cuando la Iglesia se desliza hacia esta actitud de hacer de la casa de Dios un mercado. Estas palabras nos ayudan a rechazar el peligro de hacer también de nuestra alma, que es la casa de Dios, un lugar de mercado que viva en la continua búsqueda de nuestro interés en vez de en el amor generoso y solidario. Esta enseñanza de Jesús es siempre actual, no solamente para las comunidades

eclesiales, sino también para los individuos, para las comunidades civiles y para toda la sociedad. Es común, de hecho, la tentación de aprovechar las buenas actividades, a veces necesarias, para cultivar intereses privados, o incluso ilícitos. Es un peligro grave, especialmente cuando instrumentaliza a Dios mismo y el culto que se le debe a Él, o el servicio al hombre, su imagen. Por eso Jesús esa vez usó «las maneras fuertes», para sacudirnos de este peligro

mortal. Que la Virgen María nos sostenga en el compromiso de hacer de la Cuaresma una buena ocasión para reconocer a Dios como único Señor de nuestra vida, quitando de nuestro corazón y de nuestras obras todo tipo de idolatría.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo a todos vosotros, procedentes de Roma, de Italia y de distintos países, en particular los peregrinos de las diócesis de Granada, Málaga y

Córdoba, en España.

Saludo a los numerosos grupos parroquiales, entre ellos fieles de Spinaceto, Milán y Nápoles, como también los jóvenes de Azzano Mella y los chicos de confirmación de la diócesis de Vicenza, que animo, ianimo! a testimoniar con alegría el Evangelio, especialmente entre sus coetáneos.

¡Y deseo a todos un feliz domingo! Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!

7 de marzo de 2018. Audiencia general. La Oración eucarística.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuamos las catequesis sobre la santa misa y con esta catequesis nos detenemos en la Oración eucarística. Concluido el rito de la presentación del pan y del vino, inicia la Oración eucarística, que cualifica la celebración de la misa y constituye el momento central, encaminado a la santa

Comunión. Corresponde a lo que Jesús mismo hizo, a la mesa con los apóstoles en el Última Cena, cuando «dio gracias» sobre el pan y después el cáliz de vino (cf. *Mt* 26, 27; *Mc* 14, 23; *Lc*, 22, 17-19; *1 Cor* 11, 24): su acción de gracias revive en cada eucaristía nuestra, asociándose a su sacrificio de salvación. Y en esta solemne oración —la Oración eucarística es solemne — la Iglesia expresa lo que esta cumple cuando celebra la eucaristía y el motivo por el que la celebra, o sea, hacer

comuni3n con Cristo realmente presente en el pan y en el vino consagrados. Despu3s de haber invitado al pueblo a levantar los corazones al Se1or y darle gracias, el sacerdote pronuncia la Oraci3n en voz alta, en nombre de todos los presentes, dirigi3ndose al Padre por medio de Jesucristo en el Esp3ritu Santo. «El sentido de esta oraci3n es que toda la asamblea de los fieles se una con Cristo en la confesi3n de las maravillas de Dios y en la ofrenda del sacrificio»

(Instrucci3n General del Misal)

Romano, 78). Y para unirse debe entender. Por esto, la Iglesia ha querido celebrar la misa en la lengua que la gente entiende, para que cada uno pueda unirse a esta alabanza y a esta gran oración con el sacerdote. En verdad, «el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio» (Catecismo de la Iglesia Católica, 1367).

En el Misal hay varias fórmulas de Oración eucarística, todas constituidas por elementos característicos, que quisiera

ahora recordar (cf. IGMR,
79; CIC, 1352-1354). Todas
son bellísimas. En primer lugar
está el Prefacio, que es una
acción de gracias por los dones
de Dios, en particular por el
envío de su Hijo como Salvador.
El Prefacio se concluye con la
aclamación del «Santo»,
normalmente cantada. Es
bonito cantar el «Santo»:
«Santo, Santo, Santo el
Señor». Es bonito cantarlo.
Toda la asamblea une la propia
voz a la de los ángeles y los
santos para alabar y glorificar a
Dios.

Después está la invocación del Espíritu para que con su poder consagre el pan y el vino.

Invocamos al Espíritu para que venga y en el pan y el vino esté Jesús. La acción del Espíritu Santo y la eficacia de las mismas palabras de Cristo pronunciadas por el sacerdote, hacen realmente presente, bajo las especies del pan y del vino, su Cuerpo y su Sangre, su sacrificio ofrecido en la cruz de una vez para todas (cf. CIC, 1375). Jesús en esto ha sido clarísimo. Hemos escuchado cómo san Pablo al principio

cuenta las palabras de Jesús: «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre». «Esta es mi sangre, este es mi cuerpo». Es Jesús mismo quien dijo esto.

Nosotros no tenemos que tener pensamientos extraños: «Pero, cómo una cosa que...». Es el cuerpo de Jesús; ¡es así! La fe: nos ayuda la fe; con un acto de fe creemos que es el cuerpo y la sangre de Jesús. Es el «misterio de la fe», como nosotros decimos después de la consagración. El sacerdote dice: «Misterio de la fe» y nosotros respondemos con una

aclamación. Celebrando el memorial de la muerte y resurrección del Señor, en la espera de su regreso glorioso, la Iglesia ofrece al Padre el sacrificio que reconcilia cielo y tierra: ofrece el sacrificio pascual de Cristo ofreciéndose con Él y pidiendo, en virtud del Espíritu Santo, de convertirse «en Cristo, un solo cuerpo y un solo espíritu» (*Oración Eucarística* III; cf. *Sacrosanctum Concilium*, 48; IGMR, 79f). La Iglesia quiere unirnos a Cristo y convertirse con el Señor en un

solo cuerpo y un solo espíritu. Y esta es la gracia y el fruto de la Comunión sacramental: nos nutrimos del Cuerpo de Cristo para convertirnos, nosotros que lo comemos, en su Cuerpo viviente hoy en el mundo.

Misterio de comunión es esto, la Iglesia se une a la ofrenda de Cristo y a su intercesión y en esta luz, «en las catacumbas, la Iglesia es con frecuencia representada como una mujer en oración, los brazos extendidos en actitud de orante [...] como Cristo que extendió los brazos sobre la

cruz, por él, con él y en él, la Iglesia se ofrece e intercede por todos los hombres» (CIC, 1368). La Iglesia que ora, que reza. Es bonito pensar que la Iglesia ora, reza. Hay un pasaje en el Libro de los Hechos de los Apóstoles; cuando Pedro estaba en la cárcel, la comunidad cristiana dice: «Rezaba incesantemente por Él». La Iglesia que reza, la Iglesia orante. Y cuando nosotros vamos a misa es para hacer esto: hacer Iglesia orante. La Oración eucarística pide a Dios reunir a todos sus hijos en

la perfección del amor, en unión con el Papa y el obispo, mencionados por su nombre, signo de que celebramos en comunión con la Iglesia universal y con la Iglesia particular. La súplica, como la ofrenda, es presentada a Dios por todos los miembros de la Iglesia, vivos y difuntos, en espera de la beata esperanza para compartir la herencia eterna del cielo, con la Virgen María (cf. CIC, 1369-1371). Nada ni nadie es olvidado en la Oración eucarística, sino que cada cosa es reconducida a

Dios, como recuerda la doxología que la concluye. Nadie es olvidado. Y si tengo alguna persona, parientes, amigos, que están en necesidad o han pasado de este mundo al otro, puedo nominarlos en ese momento, interiormente y en silencio o hacer escribir que el nombre sea dicho. «Padre, ¿cuánto debo pagar para que mi nombre se diga ahí?» —«Nada». ¿Entendido esto? ¡Nada! La misa no se paga. La misa es el sacrificio de Cristo, que es gratuito. La redención es gratuita. Si tú quieres hacer

una ofrenda, hazla, pero no se paga. Esto es importante entenderlo. Esta fórmula codificada de oración, tal vez podemos sentirla un poco lejana —es cierto, es una fórmula antigua— pero, si comprendemos bien el significado, entonces seguramente participaremos mejor. Esta, de hecho, expresa todo lo que cumplimos en la celebración eucarística; y además nos enseña a cultivar tres actitudes que no deberían nunca faltar en los discípulos de Jesús. Las tres actitudes:

primera, aprender a «dar gracias, siempre y en cada lugar» y no solo en ciertas ocasiones, cuando todo va bien; segunda, hacer de nuestra vida un don de amor, libre y gratuito; tercera, construir una concreta comunión, en la Iglesia y con todos. Por lo tanto, esta oración central de la misa nos educa, poco a poco, en hacer de toda nuestra vida una «eucaristía», es decir, una acción de gracias.

Saludos:

Saludo cordialmente a los

peregrinos de lengua española,
en particular a los provenientes
de España y Latinoamérica.

Que el Señor nos conceda
hacer de nuestra vida una
«eucaristía», que sea acción de
gracias, don de amor y de
comunión. Muchas gracias.

* * *

Dentro de dos días se abrirán
los Juegos Paralímpicos en la
ciudad de Pyeongchang, en
Corea del Sur, que hospedó
recientemente las Olimpiadas.
Estas demostraron cómo el
deporte puede tender puentes
entre países en conflicto y dar

una válida contribución a perspectivas de paz entre los pueblos. Los Juegos Paralímpicos, incluso más, certifican que a través del deporte se pueden superar las propias discapacidades. Los atletas y las atletas paralímpicos son para todos un ejemplo de coraje, de constancia, de tenacidad en el no dejarse vencer por los límites. El deporte parece así una gran escuela de inclusión, pero también de inspiración por la propia vida y de compromiso para transformar la sociedad.

Dirijo mi saludo al Comité Paralímpico Internacional, a los atletas y a las atletas, a las autoridades y al pueblo coreano. Aseguro mi oración para que este evento pueda favorecer días de paz y de alegría para todos.

* * *

El viernes próximo, en la Basílica de San Pedro, celebraré la liturgia penitencial por las 24 horas por el Señor. Espero que nuestras iglesias puedan permanecer abiertas durante largo tiempo para acoger a cuantos quieran

prepararse para la Santa Pascua, celebrando el sacramento de la Reconciliación y experimentar de este modo la misericordia de Dios.

[Saludo a los peregrinos presentes en la Basílica de San Pedro]

Ahora, antes de saludaros, os daré la bendición, para vosotros, para vuestras familias, para todas las cosas que tenéis en el corazón. Pero antes recemos a la Virgen todos juntos.
«Ave María» y bendición.

Y rezad por mí, ino os olvidéis!

8 de marzo de 2018. Discurso a los miembros de la comisión católica internacional para las migraciones.

Jueves.

Queridos hermanos y hermanas:

Os doy la bienvenida con motivo del Consejo Plenario de la Comisión Católica Internacional para las migraciones. Agradezco cordialmente al presidente, el cardenal Njue —que tiene un gran sentido del humor— sus

palabras de saludo y la breve síntesis de vuestros trabajos. Como ya hizo san Juan Pablo II, haciéndose eco de las palabras del beato Giovanni Battista Montini, quiero reiterar que la causa de este organismo al que pertenecéis es la causa de Cristo mismo (cf. Discurso a los miembros de la ICMC, 12 de noviembre 2001: Enseñanzas XXIV 2 [2001], 712). Esta realidad no ha cambiado con el tiempo, de hecho, el compromiso se ha reforzado en vista de las condiciones inhumanas en las que se

encuentran millones de hermanos y hermanas migrantes y refugiados en diferentes partes del mundo. Como ocurrió en los tiempos del pueblo de Israel esclavo en Egipto, el Señor escucha su clamor y conoce sus sufrimientos (cf. *Ex 3, 7*). La liberación de los miserables, de los oprimidos y de los perseguidos es una parte integral, hoy como ayer, de la misión que Dios ha confiado a la Iglesia. Y el trabajo de vuestra Comisión es una expresión tangible de este

compromiso misionero. Muchas cosas han cambiado desde 1951, fecha de su fundación: las necesidades son cada vez más complejas; las herramientas para responder a ellas se han vuelto más sofisticadas; el servicio se ha ido haciendo gradualmente más profesional. Ninguno de estos cambios, sin embargo, ha logrado —gracias a Dios— disminuir la fidelidad de la Comisión a su misión. Gracias. El Señor mandó a Moisés en medio de su pueblo oprimido para secar sus lágrimas y dar

esperanza (cf. *Ex* 3, 16-17). En más de 65 años de actividad, la Comisión se ha distinguido en la realización, en nombre de la Iglesia, de una obra poliédrica de asistencia a los migrantes y refugiados en las más variadas situaciones de vulnerabilidad. Las múltiples iniciativas adoptadas en los cinco continentes son formas ejemplares de los 4 verbos — sostener, proteger, promover e integrar— con los que quise hacer explícita la respuesta pastoral de la Iglesia frente a las migraciones (cf. *Mensaje*

para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado 2018, 15 de agosto, 2017).

Espero que esta obra prosiga, animando a las Iglesias locales a afanarse por las personas que han sido forzadas a abandonar su patria y que se convierten, demasiado a menudo, en víctimas de engaños, violencia y abusos de todo tipo. Gracias a la experiencia inestimable, acumulada durante tantos años de trabajo, la Comisión podrá prestar una asistencia calificada a las Conferencias Episcopales y a las diócesis que

todavía están tratando de organizarse con el fin de responder mejor a este reto histórico.

«Ahora, pues, ve; yo te envío a Faraón para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto» (*Ex 3, 10*). Así el Señor envió a Moisés a Faraón para convencerlo de que liberase a su pueblo. Para liberar a los oprimidos, a los descartados y a los esclavos de hoy, es esencial promover un diálogo abierto y sincero con los gobernantes, un diálogo que atesore la experiencia vivida, el

sufrimiento y las aspiraciones de la gente, para llamar a cada una de sus responsabilidades. Los procesos iniciados por la comunidad internacional hacia un pacto global sobre los refugiados y otro para la migración segura, ordenada y regular representan una oportunidad ideal para lograr este diálogo.

También en este sentido, la Comisión está a la vanguardia para ofrecer una contribución valiosa y competente con el fin de encontrar esas nuevas formas propuestas por la

comunidad internacional para responder de forma acertada a estos fenómenos que caracterizan nuestra época. Y me alegro de que muchas de las Conferencias Episcopales aquí representadas estén caminando en esa dirección, en comunión de intenciones que da testimonio ante el mundo entero de la solicitud pastoral de la Iglesia hacia nuestros hermanos y hermanas migrantes y refugiados. El trabajo no está terminado. Juntos debemos alentar a los Estados a que concuerden las

respuestas más adecuadas y eficaces a los desafíos de los fenómenos migratorios; y podemos hacerlo sobre la base de los principios fundamentales de la doctrina social de la Iglesia. También tenemos que esforzarnos por asegurar que a las palabras —codificadas en los dos Pactos mencionados— les sigan compromisos concretos en nombre de la responsabilidad global y compartida. Pero el compromiso de la Comisión va más allá. Pido al Espíritu Santo que continúe iluminando vuestra

importante misión,
manifestando el amor
misericordioso de Dios a
nuestros hermanos y hermanas
migrantes y refugiados.
Os aseguro mi cercanía y mi
oración; y vosotros, os lo
ruego, no os olvidéis de rezar
por mí. Gracias.

9 de marzo de 2018. Discurso a los participantes en el XXIX curso sobre el fuero interno organizado por la Penitenciaría Apostólica.

Viernes.

Queridos hermanos, ¡buenos días!

Os saludo cordialmente, empezando por el cardenal Mauro Piacenza, al que doy las gracias por sus palabras.

Saludo a toda la familia de la Penitenciaría apostólica y a los participantes del Curso del

Fuero interno, que este año, mirando al próximo Sínodo sobre los jóvenes, ha afrontado la relación entre confesión sacramental y discernimiento vocacional. Se trata de un tema más oportuno que nunca, que merece alguna reflexión que deseo compartir con vosotros. Vosotros, confesores, especialmente vosotros, futuros confesores, tenéis la ventaja — digamos así— de ser jóvenes, y por tanto, de poder vivir el sacramento de la reconciliación como «jóvenes entre los jóvenes»; y, no por casualidad,

la cercanía en la edad favorece el diálogo también sacramental, por una natural afinidad de lenguajes. Esto puede constituir una facilitación y es una circunstancia para vivir adecuadamente, para la edificación de auténticas personalidades cristianas. Sin embargo, es una condición no privada de límites e incluso de riesgos, porque estáis al inicio de vuestro ministerio y por tanto, debéis todavía adquirir todo el bagaje de experiencia que un «confesor consumado» tiene, después de decenios de

escucha a los penitentes.
¿Cómo vivir, entonces, esta
circunstancia? ¿Qué atenciones
tener en la escucha de las
confesiones sacramentales,
sobre todo de los jóvenes,
también para un eventual
discernimiento vocacional?
En primer lugar diría que es
necesario siempre redescubrir,
como afirma santo Tomás de
Aquino, la dimensión
instrumental de nuestro
ministerio. El sacerdote
confesor no es la fuente de la
Misericordia ni de la Gracia; ni
es el instrumento

indispensable, isino siempre solo instrumento! Y cuando el sacerdote se adueña de esto, impide que Dios actúe en los corazones. Esta consciencia debe favorecer una atenta vigilancia sobre el riesgo de convertirse en «dueños de las conciencias», sobre todo en la relación con los jóvenes, cuya personalidad está todavía en formación y, por eso, mucho más fácilmente influenciabile. Recordar ser, y deber ser, solo instrumentos de la reconciliación es el primer requisito para asumir una

actitud de humilde escucha del Espíritu Santo, que garantiza un auténtico esfuerzo de discernimiento. Ser instrumentos no es una disminución del ministerio, sino, al contrario, es la plena realización, ya que en la medida en la que desaparece el sacerdote y aparece más claramente Cristo sumo y eterno sacerdote, se realiza nuestra vocación de «siervos inútiles».

En segundo lugar es necesario saber escuchar las preguntas, antes de ofrecer las respuestas.

Dar respuestas, sin estar preocupados por escuchar las preguntas de los jóvenes y, donde sea necesario, sin haber tratado de suscitar preguntas auténticas, sería una actitud errónea. El confesor está llamado a ser hombre de la escucha: escucha humana del penitente y escucha divina del Espíritu Santo. Escuchando realmente al hermano en el coloquio sacramental, nosotros escuchamos a Jesús mismo, pobre y humilde; escuchando al Espíritu Santo nos ponemos en atenta obediencia, nos

convertimos en auditores de la Palabra y por tanto ofrecemos el más grande servicio a nuestros jóvenes penitentes: los ponemos en contacto con Jesús mismo. Cuando se cumplen estos dos elementos, el coloquio sacramental puede abrirse realmente a ese camino prudente y orante que es el discernimiento vocacional. Cada joven debería poder oír la voz de Dios tanto en la propia conciencia, como a través de la escucha de la Palabra. Y en este camino es importante que sea sostenido por el

acompañamiento sabio del confesor, que a veces puede también convertirse —por petición de los jóvenes mismos y nunca autoproponiéndose— en padre espiritual. El discernimiento vocacional es sobre todo una lectura de los signos, que Dios mismo ha puesto ya en la vida del joven, a través de sus cualidades e inclinaciones personales, a través de los encuentros hechos, y a través de la oración: una oración prolongada, en la cual repetir, con sencillez, las palabras de

Samuel: «Habla Señor, que tu siervo escucha» (1 *Samuel* 3, 9).

El coloquio de la confesión sacramental se convierte así en ocasión privilegiada de encuentro, para ponerse ambos, penitente y confesor, en escucha de la voluntad de Dios, descubriendo cuál pueda ser su proyecto, independientemente de la forma de la vocación. De hecho, la vocación no coincide, ni puede nunca coincidir, con una forma! ¡Esto llevaría al formalismo! La vocación es la relación misma con Jesús:

relación vital e imprescindible. Corresponden a la realidad las categorías con las cuales se define el confesor: «médico y juez», «padre y pastor», «maestro y educador». Pero especialmente para los más jóvenes, el confesor está llamado a ser sobre todo un testigo. Testigo en el sentido de «mártir», llamado a compadecer por los pecados de los hermanos, como el Señor Jesús; y después testigo de la misericordia, de ese corazón del Evangelio que es el abrazo del Padre al hijo pródigo que

vuelve a casa. El confesor-testigo hace más eficaz la experiencia de la misericordia, abriendo de par en par a los fieles un horizonte nuevo y grande, que solo Dios puede dar al hombre. Queridos jóvenes sacerdotes, futuros sacerdotes y queridos penitenciaros, sed testigos de la misericordia, sed humildes oyentes de los jóvenes y de la voluntad de Dios para ellos, sed siempre respetuosos con la conciencia y la libertad de quien se acerca al confesionario, porque Dios

mismos ama su libertad.

Y encomendad a los penitentes
a aquella que es refugio de los
pecadores y Madre de
misericordia.

9 de marzo de 2018. Homilía
en la celebración penitencial.

Viernes.

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Cuánta alegría y consuelo nos dan las palabras de san Juan que hemos escuchado: es tal el amor que Dios nos tiene, que nos hizo sus hijos, y, cuando podamos verlo cara a cara, descubriremos aún más la grandeza de su amor (cf. *1 Jn* 3,1-10.19-22). No sólo eso. El amor de Dios es siempre

más grande de lo que podemos imaginar, y se extiende incluso más allá de cualquier pecado que nuestra conciencia pueda reprocharnos. Es un amor que no conoce límites ni fronteras; no tiene esos obstáculos que nosotros, por el contrario, solemos poner a una persona, por temor a que nos quite nuestra libertad.

Sabemos que la condición de pecado tiene como consecuencia el alejamiento de Dios. De hecho, el pecado es una de las maneras con que *nosotros* nos alejamos de

Él. Pero esto no significa que *él* se aleje de nosotros. La condición de debilidad y confusión en la que el pecado nos sitúa, constituye una razón más para que Dios permanezca cerca de nosotros. Esta certeza debe acompañarnos siempre en la vida. Las palabras del Apóstol son un motivo que impulsa a nuestro corazón a tener una fe inquebrantable en el amor del Padre: «En caso de que nos condene nuestro corazón, [pues] Dios es mayor que nuestro corazón» (1 Jn 3,20).

Su gracia continúa trabajando en nosotros para fortalecer cada vez más la esperanza de que nunca seremos privados de su amor, a pesar de cualquier pecado que hayamos cometido, rechazando su presencia en nuestras vidas.

Esta esperanza es la que nos empuja a tomar conciencia de la desorientación que a menudo se apodera de nuestra vida, como le sucedió a Pedro, en el pasaje del Evangelio que hemos escuchado: «Y enseguida cantó un gallo. Pedro se acordó de aquellas palabras

de Jesús: "Antes de que cante el gallo me negarás tres veces". Y saliendo afuera, lloró amargamente» (*Mt 26,74-75*). El evangelista es extremadamente sobrio. El canto del gallo sorprende a un hombre que todavía está confundido, después recuerda las palabras de Jesús y por último se rompe el velo, y Pedro comienza a vislumbrar, a través de las lágrimas, que Dios se revela en ese Cristo abofeteado, insultado, renegado por él, pero que va a morir por él. Pedro, que habría

querido morir por Jesús,
comprende ahora que debe
dejar que muera por él. Pedro
quería enseñar a su Maestro,
quería adelantársele, en
cambio, es Jesús quien va a
morir por Pedro; y esto Pedro
no lo había entendido, no lo
había querido entender.

Pedro se encuentra ahora con
la caridad del Señor y entiende
por fin que él lo ama y le pide
que se deje amar. Pedro se da
cuenta de que siempre se había
negado a dejarse amar, se
había negado a dejarse salvar
plenamente por Jesús y, por lo

tanto, no quería que Jesús lo amara totalmente.

¡Qué difícil es dejarse amar verdaderamente! Siempre nos gustaría que algo de nosotros no esté obligado a la gratitud, cuando en realidad estamos en deuda por todo, porque Dios es el primero y nos salva completamente, con amor.

Pidamos ahora al Señor la gracia de conocer la grandeza de su amor, que borra todos nuestros pecados.

Dejémonos purificar por el amor para reconocer el amor verdadero.

14 de marzo de 2018.

Audiencia general. El «Padre Nuestro».

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuamos con la catequesis sobre la santa misa. En la Última Cena, después de que Jesús tomó el pan y el cáliz del vino, y dio gracias a Dios, sabemos que «partió el pan». A esta acción corresponde, en la Liturgia Eucarística de la misa, la fracción del Pan, precedida

por la oración que el Señor nos ha enseñado, es decir, por el «Padre Nuestro».

Y así comenzamos los ritos de la Comunión, prolongando la alabanza y la súplica de la Oración eucarística con el rezo comunitario del «Padre Nuestro». Esta no es una de las muchas oraciones cristianas, sino que es la oración de los hijos de Dios: es la gran oración que nos enseñó Jesús. De hecho, entregado el día de nuestro bautismo, el «Padre Nuestro» nos hace resonar en nosotros esos mismos

sentimientos que estaban en Cristo Jesús. Cuando nosotros rezamos el «Padre Nuestro», rezamos como rezaba Jesús. Es la oración que hizo Jesús, y nos la enseñó a nosotros; cuando los discípulos le dijeron: «Maestro, enséñanos a rezar como tú rezas. Y Jesús rezaba así. ¡Es muy hermoso rezar como Jesús! Formados en su divina enseñanza, osamos dirigirnos a Dios llamándolo «Padre» porque hemos renacido como sus hijos a través del agua y el Espíritu Santo (cf. *Efe* 1, 5). Ninguno,

en realidad, podría llamarlo familiarmente «Abbà» —«Padre»— sin haber sido generado por Dios, sin la inspiración del Espíritu, como enseña san Pablo (cf. *Rom 8, 15*). Debemos pensar: nadie puede llamarlo «Padre» sin la inspiración del Espíritu.

Cuántas veces hay gente que dice «Padre Nuestro», pero no sabe qué dice. Porque sí, es el Padre, ¿pero tú sientes que cuando dices «Padre» Él es el Padre, tu Padre, el Padre de la humanidad, el Padre de Jesucristo? ¿Tú tienes una

relación con ese Padre? Cuando rezamos el «Padre Nuestro», nos conectamos con el Padre que nos ama, pero es el Espíritu quien nos da ese vínculo, ese sentimiento de ser hijos de Dios. ¿Qué oración mejor que la enseñada por Jesús puede disponernos a la Comunión sacramental con Él? Más allá de en la misa, el «Padre Nuestro» debe rezarse por la mañana y por la noche, en los Laudes y en las Vísperas; de tal modo, el comportamiento filial hacia Dios y de fraternidad con el

prójimo contribuyen a dar forma cristiana a nuestros días. En la oración del Señor —en el «Padre nuestro»— pidamos el «pan cotidiano», en el que vemos una referencia particular al Pan Eucarístico, que necesitamos para vivir como hijos de Dios. Imploramos también el «perdón de nuestras ofensas» y para ser dignos de recibir el perdón de Dios nos comprometemos a perdonar a quien nos ha ofendido. Y esto no es fácil. Perdonar a las personas que nos han ofendido no es fácil; es una gracia que

debemos pedir: «Señor, enséñame a perdonar como tú me has perdonado». Es una gracia. Con nuestras fuerzas nosotros no podemos: es una gracia del Espíritu Santo perdonar. Así, mientras nos abre el corazón a Dios, el «Padre nuestro» nos dispone también al amor fraternal. Finalmente, le pedimos nuevamente a Dios que nos «libre del mal» que nos separa de Él y nos separa de nuestros hermanos. Entendemos bien que estas son peticiones muy adecuadas para prepararnos

para la Sagrada Comunión (cf. Instrucción General del Misal Romano, 81). De hecho, lo que pedimos en el «Padre nuestro» se prolonga con la oración del sacerdote que, en nombre de todos, suplica: «Líbranos, Señor, de todos los males, danos la paz en nuestros días». Y luego recibe una especie de sello en el rito de la paz: lo primero, se invoca por Cristo que el don de su paz (cf. *Jn* 14, 27) —tan diversa de la paz del mundo— haga crecer a la Iglesia en la unidad y en la paz, según su voluntad; por lo

tanto, con el gesto concreto intercambiado entre nosotros, expresamos «la comunión eclesial y la mutua caridad, antes de la comunión sacramental» (IGMR, 82). En el rito romano, el intercambio de la señal de paz, situado desde la antigüedad antes de la comunión, está encaminado a la comunión eucarística. Según la advertencia de san Pablo, no es posible comunicarse con el único pan que nos hace un solo cuerpo en Cristo, sin reconocerse a sí mismos pacificados por el amor fraterno

(cf. *1 Cor* 10, 16-17; 11, 29).

La paz de Cristo no puede arraigarse en un corazón incapaz de vivir la fraternidad y de recomponerla después de haberla herido. La paz la da el Señor: Él nos da la gracia de perdonar a aquellos que nos han ofendido.

El gesto de la paz va seguido de la fracción del Pan, que desde el tiempo apostólico dio nombre a la entera celebración de la Eucaristía (cf. IGMR, 83; Catequismo de la Iglesia Católica, 1329). Cumplido por Jesús durante la Última Cena,

el partir el Pan es el gesto revelador que permitió a los discípulos reconocerlo después de su resurrección. Recordemos a los discípulos de Emaús, los que, hablando del encuentro con el Resucitado, cuentan «cómo le habían conocido en la fracción del pan» (cf. *Lc 24, 30-31.35*).

La fracción del Pan eucarístico está acompañada por la invocación del «Cordero de Dios», figura con la que Juan Bautista indicó en Jesús al «que quita el pecado del mundo» (*Juan 1, 29*). La

imagen bíblica del cordero habla de la redención (cf. *Esdr* 12, 1-14; *Is* 53, 7; *1 Ped* 1, 19; *Ap* 7, 14). En el Pan eucarístico, partido por la vida del mundo, la asamblea orante reconoce al verdadero Cordero de Dios, es decir, el Cristo redentor y le suplica: «ten piedad de nosotros... danos la paz».

«Ten piedad de nosotros», «danos la paz» son invocaciones que, de la oración del «Padre nuestro» a la fracción del Pan, nos ayudan a disponer el ánimo a participar

en el banquete eucarístico, fuente de comunión con Dios y con los hermanos. No olvidemos la gran oración: lo que Jesús enseñó, y que es la oración con la cual Él rezaba al Padre. Y esta oración nos prepara para la comunión.

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española provenientes de España y América Latina, en particular al grupo de la Fundación "Líderes Globales para el Fomento de los Gobiernos Locales". En nuestro

camino cuaresmal de
preparación para la Pascua del
Señor, pidamos a la Virgen
María que no deje de mirarnos
con amor para que, con la
ayuda del Espíritu Santo, haga
fecundos nuestros propósitos
de una mayor entrega y
generosidad en nuestra vida
cristiana. Que el Señor los
bendiga. Muchas gracias.

16 de marzo de 2018. Carta del Papa Francisco a los jóvenes del UNIV.

Con motivo del 50 aniversario del encuentro universitario UNIV, el Papa Francisco ha enviado un mensaje a los participantes. Ofrecemos la carta y su transcripción.

A los jóvenes del UNIV Vaticano.

Queridos jóvenes:

Con ocasión del cincuenta aniversario de este encuentro universitario promovido por la

Prelatura del Opus Dei, venís una vez más a la Ciudad Eterna movidos por el amor a Dios, a la Iglesia y al Papa. Se os ofrece así una linda oportunidad para encontraros con Cristo durante la Semana Santa y madurar en la fe y en vuestro compromiso, junto a otros jóvenes de culturas y experiencias diversas, pero animados por un mismo deseo de felicidad, plenitud y entrega generosa.

Vuestro encuentro tiene lugar precisamente en el año en que

se va a celebrar el Sínodo sobre «los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional». Os animo a prepararos para participar en este evento eclesial, y para ello os hará bien dirigir la mirada a Juan, el joven discípulo a quien Jesús amaba y a quien le entregó a María como Madre nuestra. Él os enseñará a reconocer a Jesús que pasa por vuestra vida y a seguirlo con el ímpetu y esa alegría que «llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús» (Evangelii gaudium, 1).

Sí, el Señor nos invita a todos a seguirlo con alegría y a amar sin reservas a Dios y a los demás. Os servirá de gran ayuda ese consejo de san Josemaría: «Que busques a Cristo: Que encuentres a Cristo: Que ames a Cristo» (Camino 382). No dejéis de cultivar cada día vuestro trato de amistad con Cristo, preguntándoos con frecuencia: «¿Qué haría Jesús en mi lugar? ¿Qué puedo hacer por parecerme cada vez más a Él y llevarlo a los demás?».

Buscadlo en la oración, en los sacramentos, en todas las circunstancias de vuestra vida y también en las personas que os rodean: amigos, familiares, compañeros de estudio, y en las más necesitadas y olvidadas del mundo, en quienes se refleja de manera especial el rostro de Cristo. Os invito a salir de vosotros mismos, venciendo la comodidad y el egoísmo de pensar sólo a vuestras cosas, para ponerlos en camino al encuentro de las personas necesitadas, y servirlos con vuestros talentos.

Ese es el mejor modo de seguir a Cristo y de tener siempre el corazón enamorado de Él.

Rezo por vosotros, y por vuestros proyectos e ilusiones, para que sintáis en todo momento el amor del Señor, que nos llamó a una vida de entrega y de servicio.

Os ruego también que no os olvidéis de rezar por mí. Que Jesús os bendiga y la Virgen Santa os cuide.

Cordialmente,

Francisco

17 de marzo de 2018. Homilía en la concelebración eucarística durante la visita pastoral del Papa Francisco a Pietrelcina y san Giovanni Rotondo.

Atrio de la iglesia de San Pío de Pietrelcina (San Giovanni Rotondo)

Sábado.

De las lecturas bíblicas que hemos escuchado, quisiera tomar tres palabras: oración, pequeñez, sabiduría.

Oración. El Evangelio de hoy

nos presenta a Jesús que reza. De su corazón brotan estas palabras: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra» (*Mt 11, 25*). Para Jesús, la oración surgía espontáneamente, pero no era algo opcional: solía retirarse a lugares solitarios para rezar (cf. *Mc 1, 35*); el diálogo con el Padre ocupaba el primer lugar. Y los discípulos descubrieron así, de manera natural, lo importante que era la oración, hasta que un día le pidieron: «Señor, enséñanos a orar» (*Lc 11, 1*). Si queremos imitar

a Jesús, comencemos desde donde comenzaba Él, es decir, desde la oración.

Podemos preguntarnos: ¿Nosotros, los cristianos rezamos lo suficiente? A menudo, en el momento de rezar, nos vienen a la mente tantas excusas, tantas cosas urgentes que hacer... A veces, se deja de lado la oración porque somos presa de un activismo que se convierte en vano cuando se olvida «la parte buena» (Lc 10, 42), cuando olvidamos que sin Él no podemos hacer nada (cf. Jn 15,

5) y dejamos de lado la oración. San Pío, cincuenta años después de su partida al Cielo, nos ayuda, porque quiso dejarnos en herencia la oración. Recomendaba: «Rezad mucho, hijos míos, rezad siempre, sin cansaros nunca». (*Palabras en la II Conferencia Internacional de Grupos de Oración*, 5 de mayo de 1966). Jesús en el Evangelio también nos muestra cómo orar. En primer lugar dice: «Te alabo, Padre»; no empieza diciendo «necesito esto y aquello», sino diciendo «Te alabo». No

conocemos al Padre sin abrirnos a la alabanza, sin dedicarle tiempo solo a Él, sin adorar. ¡Cuánto nos hemos olvidado de la oración de adoración, de la oración de alabanza! Debemos retomarla. Cada uno puede preguntarse ¿Cómo adoro yo? ¿Cuándo adoro yo? ¿Cuándo adoro a Dios? Retomar la oración de adoración y de alabanza. Es el contacto personal, de tú a tú, el estar en silencio ante el Señor el secreto para entrar cada vez más en comunión con Él. La oración puede nacer como

una petición, incluso de intervención urgente, pero madura en la alabanza y en la adoración. Oración madura. Entonces se vuelve verdaderamente personal, como para Jesús, que luego dialoga libremente con el Padre: «Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito» (*Mt 11, 26*). Y así, en un diálogo libre y confiado, la oración se carga de toda la vida y la lleva ante Dios.

Y entonces preguntémonos: ¿nuestras oraciones se parecen a las de Jesús o se reducen a

ocasionales llamadas de emergencia? «Necesito esto», y entonces voy corriendo a rezar. Y cuando no lo necesitas ¿qué haces? ¿O las usamos como tranquilizantes que deben tomarse en dosis regulares para aliviar un poco el estrés? No, la oración es un gesto de amor, es estar con Dios y llevarle la vida del mundo: es una obra indispensable de misericordia espiritual. Y si nosotros no confiamos los hermanos, las situaciones al Señor, ¿quién lo hará? ¿Quién intercederá, quién se

preocupará de llamar al corazón de Dios para abrir la puerta de la misericordia a la humanidad necesitada? Para ello el Padre Pío nos dejó los grupos de oración. Y les dijo: «Es la oración, esta fuerza unida de todas las almas buenas, que mueve el mundo, que renueva las conciencias, [...] que sana a los enfermos, que santifica el trabajo, que eleva la atención médica, que da fuerza moral [...], que expande la sonrisa y la bendición de Dios sobre cada languidez y debilidad» (*ibíd.*).

Custodiemos estas palabras y preguntémonos de nuevo: ¿rezo? Y cuando rezo, ¿sé alabar, sé adorar, sé llevar mi vida y la de toda la gente ante Dios?

Segunda palabra: *Pequeñez*. En el Evangelio, Jesús alaba al Padre porque ha revelado los misterios de su Reino a los pequeños. ¿Quiénes son estos pequeños que saben cómo acoger los secretos de Dios? Los pequeños son aquellos que necesitan a los grandes, que no son autosuficientes, que no creen que pueden bastarse a sí

mismos. Pequeños son aquellos que tienen el corazón humilde y abierto, pobre y necesitado, que sienten la necesidad de orar, de confiarse y de dejarse acompañar. El corazón de estos pequeños es como una antena, capta la señal de Dios, inmediatamente, se da cuenta enseguida. Porque Dios busca el contacto con todos, pero el que se hace grande crea una interferencia enorme, no llega el deseo de Dios: Cuando uno está lleno de sí mismo, no hay lugar para Dios. Por lo tanto, Él prefiere a los pequeños, se

revela a ellos, y la forma de encontrarse con Él es bajarse, encogerse dentro, reconocerse necesitado. El misterio de Jesucristo es misterio de pequeñez: Él se bajó, se aniquiló. El misterio de Jesús como vemos en la Hostia en cada misa, es un misterio de pequeñez: de amor humilde, y solo se puede comprender siendo pequeño y frecuentando a los pequeños.

Y ahora podemos preguntarnos: ¿sabemos cómo buscar a Dios allí dónde está? Aquí hay un santuario especial

donde está presente, porque hay tantos de los pequeños que Él prefiere. San Pío lo llamó «templo de oración y ciencia», donde todos están llamados a ser «reservas de amor» para los demás (*Discurso por el I aniversario de la inauguración*, 5 de mayo de 1957): es la Casa de reposo del sufrimiento. En el enfermo se encuentra Jesús, y en el amoroso cuidado de aquellos que se inclinan sobre las heridas del prójimo, está el camino para encontrar a Jesús. Quien cuida a los niños está del

lado de Dios y vence a la cultura del descarte, que, por el contrario, prefiere a los poderosos y considera inútiles a los pobres. Los que prefieren a los pequeños proclaman una profecía de vida contra los profetas de muerte de todos los tiempos, también de hoy, que descartan a la gente, descartan a los niños, a los ancianos, porque no sirven. De pequeño, en la escuela, nos enseñaban la historia de los espartanos. A mí siempre me llamaba la atención lo que nos decía la maestra, que cuando

nacía un niño o una niña con malformaciones lo llevaban a la cima del monte y lo arrojaban desde allí para que no hubiera niños como ellos. Nosotros, los niños, decíamos: «¡Pero que crueldad!». Hermanos y hermanas, nosotros hacemos lo mismo, con más crueldad, con más ciencia. Lo que no sirve, lo que no produce, se descarta. Esta es la cultura del descarte; hoy no se quiere a los pequeños. Por eso Jesús se deja de lado.

Finalmente, la tercera palabra. En la primera lectura, Dios

dice: «No se alabe el sabio por su sabiduría, ni se alabe el valiente por su valentía» (*Jer 9, 22*). La verdadera sabiduría no estriba en tener grandes cualidades y la verdadera fuerza no está en la potencia. Los que se muestran fuertes y los que responden al mal con el mal no son sabios. La única arma sabia e invencible es la caridad animada por la fe, porque tiene el poder de desarmar a las fuerzas del mal. San Pío luchó contra el mal durante toda su vida y luchó con sabiduría,

como el Señor: con humildad, con obediencia, con la cruz, ofreciendo el dolor por amor. Y todos están admirados; pero pocos hacen lo mismo. Todos hablan bien, pero ¿cuántos imitan? Muchos están dispuestos a poner un «me gusta» en la página de los grandes santos, pero ¿quién hace cómo ellos? Porque la vida cristiana no es un «me gusta»; es un «me consagro». La vida perfuma cuando se ofrece como un don; se vuelve insípida cuando se guarda para uno mismo.

Y en la primera lectura, Dios también explica de dónde sacar la sabiduría de la vida: «se alabe quien se alabare: en tener seso y conocerme, porque yo soy Yahveh, que hago merced, derecho y justicia sobre la tierra» (*Jer 9, 23*).

Conocerle, es decir encontrarlo, como Dios que salva y perdona: este es el camino de la sabiduría. En el Evangelio, Jesús reafirma: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados» (*Mt 11, 28*).

¿Quién de nosotros puede sentirse excluido de la

invitación? ¿Quién puede decir: «No lo necesito»? San Pío ofreció su vida y sus innumerables sufrimientos para hacer que los hermanos se encontrasen con el Señor. Y el medio decisivo para encontrarlo era la Confesión, el sacramento de la Reconciliación.

Allí comienza y recomienza una vida sabia, amada y perdonada, allí comienza la curación del corazón. El Padre Pío fue un apóstol del confesionario.

También hoy nos invita allí; él nos dice: «¿Dónde vas? ¿Dónde Jesús o dónde tu tristeza? ¿A

dónde vuelves? ¿A quién te salva o a tu abatimiento, a tus remordimientos, a tus pecados? Ven, ven, el Señor te está esperando. Coraje, no existe un motivo tan grave como para excluirte de su misericordia». Los grupos de oración, los enfermos de la Casa de reposo, el confesionario; tres signos visibles que nos recuerdan tres valiosos legados: la oración, la pequeñez y la sabiduría de la vida. Pidamos la gracia de cultivarlos todos los días.

17 de marzo de 2018. Discurso en el encuentro con los fieles durante la visita pastoral del Papa Francisco a Pietrelcina y san Giovanni Rotondo

Explanada adyacente al Aula litúrgica de Piana Romana, Pietrelcina.

Sábado.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Me alegra encontrarme en este pueblo, donde Francesco Forgione nació y comenzó su

larga y fecunda vida humana y espiritual. En esta comunidad matizó su propia humanidad, aprendió a rezar y reconocer en los pobres la carne del Señor, hasta que creció en el seguimiento de Cristo y pidió ser admitido entre los Frailes Menores Capuchinos, convirtiéndose así en Fray Pío de Pietrelcina. Aquí comenzó a experimentar la maternidad de la Iglesia, de la cual siempre fue un hijo devoto. Amaba a la Iglesia, amaba a la Iglesia con todos sus problemas, con todos sus apuros, con todos nuestros

pecados. Porque todos nosotros somos pecadores, nos avergonzamos, pero el Espíritu de Dios nos ha convocado en esta Iglesia que es santa. Y él amaba a la Iglesia santa y a sus hijos pecadores, todos. Este era san Pío. Aquí meditó con intensidad el misterio de Dios que nos amó hasta entregarse por nosotros (cf. *Gal*, 20).

Recordando con estima y afecto a este santo discípulo de San Francisco, os saludo a todos vosotros, paisanos suyos, a vuestro párroco y al alcalde junto con el pastor de la

diócesis, Monseñor Felice Accrocca, a la comunidad de los capuchinos y a todos los que han querido estar presentes. Nos encontramos hoy en el mismo terreno sobre el que el padre Pío se detuvo en septiembre de 1911 para «respirar un poco de aire más sano». En aquel tiempo no había antibióticos y las enfermedades se curaban volviendo al pueblo natal, de la madre, para comer las cosas que sientan bien, respirar bien el aire y rezar. Así hizo él, como un hombre cualquiera,

como un campesino. Esa era su nobleza. Nunca renegó de su pueblo, nunca renegó de sus orígenes, nunca renegó de su familia. En aquel tiempo, de hecho, él vivía en su pueblo natal por motivos de salud. Ese no fue, para él, un periodo fácil: estaba fuertemente atormentado en su corazón y temía caer en el pecado, sintiéndose asaltado por el demonio. Y eso no da paz, porque se mueve [se da qué hacer]. Pero ¿vosotros creéis que el demonio existe? ¿No estáis muy convencidos? Diré al

obispo que haga unas catequesis... ¿Existe o no el demonio? responden: [«¡Sí!»]. Y va, va a todas partes, se mete dentro de nosotros, nos mueve, nos atormenta, nos engaña. Y él [el Padre Pío] tenía miedo de que el demonio lo asaltara, lo empujase al pecado. Podía hablar con pocas personas, tanto por correspondencia, como en el pueblo: solamente al arcipreste, don Salvatore Pannullo, le manifestó «casi todo» su «intento de tener algunas iluminaciones» (Carta

57, en Epistolario I p. 250) porque no entendía, quería aclarar lo que pasaba en su alma. ¡Era un buen chico!

En aquellos momentos terribles Padre Pío obtuvo linfa vital de la oración constante y de la confianza que supo depositar en el Señor: «Todos los malos fantasmas —así decía— que el demonio me va metiendo en la mente desaparecen cuando me abandono confiado en los brazos de Jesús». ¡Aquí está toda la teología! Tú tienes un problema, estás triste, estás enfermo: abandónate en los

brazos de Jesús. Y eso fue lo que hizo él. Amaba a Jesús y se fiaba de Él. Así escribía al Ministro Provincial, aseverando que su corazón se sentía «atraído por una fuerza superior antes de unirse a Él por la mañana en sacramento». «Y esta hambre y esta sed en vez de saciarse» después de recibirlo, «se aumenta[ba] cada vez más» (Carta 31, en Epistolario I, p. 217). El Padre Pío se sumergió después en la oración para adherirse cada vez mejor a los designios divinos. A través de la celebración de la

santa misa, que constituía el corazón de cada una de sus jornadas y la plenitud de su espiritualidad, alcanzó un elevado nivel de unión con el Señor. Durante este período, recibió de las alturas dones místicos especiales, que precedieron a la manifestación en su carne de los signos de la Pasión de Cristo.

Estimados hermanos y hermanas de Pietrelcina y de la diócesis de Benevento, vosotros contáis con el Padre Pío entre las figuras más bellas y luminosas de vuestro pueblo.

Este humilde fraile capuchino asombró al mundo con su vida completamente entregada a la oración y a la escucha paciente de los hermanos, sobre cuyos sufrimientos derramaba como un bálsamo la caridad de Cristo. Imitando su heroico ejemplo y sus virtudes, también vosotros podéis convertirlos en instrumentos del amor de Dios, del amor de Jesús por los más débiles. Al mismo tiempo, considerando su fidelidad incondicional a la Iglesia, daréis testimonio de comunión, porque solo la

comunión —es decir, estar siempre unidos, en paz entre nosotros, la comunión entre nosotros— edifica y construye. Un pueblo que discute todos los días no crece, no se construye; asusta a la gente. Es un pueblo enfermo y triste. En cambio, un pueblo donde se busca la paz, donde todos se quieren —más o menos, pero se quieren— donde no se desee el mal a otros, este pueblo, aunque sea pequeño crece, crece, crece, se ensancha y se vuelve fuerte. Por favor, no perdáis tiempo ni fuerzas riñendo entre vosotros.

No conduce a ninguna parte.
¡No os hace crecer! ¡No os hace
avanzar! Pensemos en un niño
que llora, llora, llora y no
quiere moverse de la cuna y
llora, llora. Y cuando su madre
lo pone en el suelo para que
empiece a gatear, llora, llora y
se vuelve a la cuna. Os
pregunto ¿ese niño podrá
andar? No, porque está siempre
en la cuna. Si un pequeño
pueblo pelea, pelea y pelea,
¿podrá crecer? No. Porque todo
el tiempo, todas las fuerzas se
usan para discutir. Por favor,
paz entre vosotros, comunión

entre vosotros. Y si a alguno le entran ganas de chismorrear de otro, que se muerda la lengua. Le sentará bien, le sentará bien al alma, porque la lengua se hinchará, pero le sentará bien; también al pueblo. Dad este testimonio de comunión.

Espero que este territorio pueda sacar una nueva linfa de las enseñanzas de vida del Padre Pío en un momento no fácil como el presente, mientras la población disminuye progresivamente y envejece porque muchos jóvenes se ven obligados a ir a

otros lugares para buscar trabajo. La migración interna de los jóvenes, un problema. Rezad a la Virgen para que os conceda la gracia de que los jóvenes encuentren trabajo aquí, entre vosotros, cerca de la familia y no estén obligados a irse a buscarlo a otra parte y el pueblo se venga abajo, abajo, abajo. La población envejece, pero es un tesoro, ¡los ancianos son un tesoro! Por favor, no marginéis a los ancianos. No hay que marginar a los ancianos, no. Los viejos son la sabiduría. Y que los

viejos aprendan a hablar con los jóvenes y los jóvenes aprendan a hablar con los ancianos. Ellos, los ancianos, tienen la sabiduría de un pueblo. Cuando llegué me gustó mucho saludar a uno de 99 años y a una «jovencita» de 97. ¡Hermosísimo! Estos son vuestra sabiduría. Hablad con ellos. ¡Que sean los protagonistas del crecimiento de este pueblo. ¡Que la intercesión de vuestro santo paisano sostenga los propósitos de unir las fuerzas, con el fin de ofrecer sobre todo a las

jóvenes generaciones
perspectivas concretas para un
futuro de esperanza. Que no
falte una atención cuidadosa y
cargada de ternura —como ya
he dicho— hacia los ancianos
que son patrimonio de
nuestras comunidades. Me
gustaría que una vez se diera
el Premio Nobel a los ancianos
que dan la memoria a la
humanidad.

Animo a esta tierra a custodiar
como un tesoro precioso el
testimonio cristiano y
sacerdotal de san Pío de
Pietrelcina: que sea para cada

uno de vosotros un estímulo a vivir plenamente vuestra existencia, en el estilo de las bienaventuranzas y con las obras de misericordia. Que la Virgen María, a quien veneráis con el título de Virgen de la libertad, os ayude a caminar con alegría por la senda de la santidad. Y, por favor, rezad por mí, porque lo necesito. Gracias.

18 de marzo de 2018.

ÁNGELUS.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de hoy (cf. *Jn* 12, 20-33) cuenta un episodio sucedido en los últimos días de la vida de Jesús. La escena se desarrolla en Jerusalén, donde Él se encuentra por la fiesta de la Pascua hebrea. Para esta celebración, habían llegado también algunos griegos; se trata de hombres animados por

sentimientos religiosos, atraídos por la fe del pueblo hebreo y que, habiendo escuchado hablar de este gran profeta, se acercaron a Felipe, uno de los doce apóstoles y le dijeron: «Señor, queremos ver a Jesús» (*Jn 12, 21*). Juan resalta esta frase, centrada en el verbo ver, que en el vocabulario del evangelista significa ir más allá de las apariencias para recoger el misterio de una persona. El verbo que utiliza Juan, «ver» es llegar hasta el corazón, llegar con la vista, con la

comprensión hasta lo íntimo de la persona, dentro de la persona.

La reacción de Jesús es sorprendente. Él no responde con un «sí» o con un «no», sino que dice: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre» (*Jn 12, 23*). Estas palabras, que parecen a primera vista ignorar la pregunta de aquellos griegos, en realidad dan la verdadera respuesta, porque quien quiere conocer a Jesús debe mirar dentro de la cruz, donde se revela su gloria. Mirar dentro

de la cruz. El Evangelio de hoy nos invita a dirigir nuestra mirada hacia el crucifijo, que no es un objeto ornamental o un accesorio para vestir —a veces manido!— sino que es un símbolo religioso para contemplar y comprender. En la imagen de Jesús crucificado se desvela el misterio de la muerte del hijo como supremo acto de amor, fuente de vida y de salvación para la humanidad de todos los tiempos. En sus llagas fuimos curados. Puedo pensar: «¿Cómo miro el crucifijo? ¿Como una obra de

arte, para ver si es hermoso o no es hermoso? ¿O miro dentro, en las llagas de Jesús, hasta su corazón? ¿Miro el misterio del Dios aniquilado hasta la muerte, como un esclavo, como un criminal?». No os olvidéis de esto: mirad el crucifijo, pero miradlo dentro. Está esta hermosa devoción de rezar un Padre Nuestro por cada una de las cinco llagas: cuando rezamos ese Padre Nuestro, intentamos entrar a través de las llagas de Jesús, dentro, precisamente a su corazón. Y allí aprenderemos la

gran sabiduría del misterio de Cristo, la gran sabiduría de la cruz.

Y para explicar el significado de su muerte y resurrección, Jesús se sirve de una imagen y dice «si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (*Jn 12, 24*). Quiere hacer entender que su caso extremo —es decir, la cruz, muerte y resurrección— es un acto de fecundidad —sus llagas nos han curado—, una fecundidad que dará fruto para muchos. Así se compara a sí mismo con el

grano de trigo que pudriéndose en la tierra genera nueva vida. Con la Encarnación, Jesús vino a la tierra; pero eso no basta: Él debe también morir, para rescatar a los hombres de la esclavitud del pecado y darles una nueva vida reconciliada en el amor. He dicho «para rescatar a los hombres»: pero, para rescatar a mí, a ti, a todos nosotros, a cada uno de nosotros, Él pagó ese precio. Este es el misterio de Cristo. Ve hacia sus llagas. Entra, contempla; ve a Jesús, pero desde dentro.

Y este dinamismo del grano de trigo, cumplido en Jesús, debe realizarse también en nosotros sus discípulos: estamos llamados a hacer nuestra esa ley pascual del perder la vida para recibirla nueva y eterna. ¿Y qué significa perder la vida? Es decir, ¿qué significa ser el grano de trigo? Significa pensar menos en sí mismos, en los intereses personales y saber «ver» e ir al encuentro de las necesidades de nuestro prójimo, especialmente de los últimos. Cumplir con alegría obras de caridad hacia los que

sufren en el cuerpo y en el espíritu es el modo más auténtico de vivir el Evangelio, es el fundamento necesario para que nuestras comunidades crezcan en la fraternidad y en la acogida recíproca. Quiero ver a Jesús, pero verlo desde dentro. Entra en sus llagas y contempla ese amor en su corazón por ti, por ti, por ti, por mí, por todos.

Que la Virgen María, que ha tenido siempre la mirada del corazón fija en su Hijo, desde el pesebre de Belén hasta la cruz en el Calvario, nos ayude

a encontrarlo y conocerlo así como Él quiere, para que podamos vivir iluminados por Él y llevar al mundo frutos de justicia y de paz.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Dirijo un cordial saludo a todos los presentes aquí, fieles de Roma y de muchas partes del mundo. Saludo a los peregrinos de Eslovaquia y a los de Madrid; a los grupos parroquiales provenientes de Sant'Agnes, Pescara, Chieti e

Cheremule; a los chicos de la diócesis de Brescia y a los del decanato «Romana-Vittoria» de Milán. Saludo a la Unión Folclórica Italiana, al grupo de familias de Rubiera y a los confirmandos de Novi di Modena.

Ayer visité Pietrelcina y San Giovanni Rotondo. Saludo con afecto y agradezco a las comunidades de las diócesis de Benevento y Manfredonia, a los obispos —monseñor Accrocca y monseñor Castoro— a los consagrados, a los fieles, a las autoridades; les agradezco la

cálida bienvenida y les llevo a todos en mi corazón, pero especialmente a los enfermos de la Casa de Alivio del sufrimiento, los ancianos y los jóvenes. Agradezco a aquellos que prepararon esta visita que no olvidaré. Que el Padre Pío bendiga a todos. A todos deseo un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.
¡Buen almuerzo y hasta pronto!

21 de marzo de 2018.

Audiencia general. La comunión sacramental, con el cuerpo y la sangre de Cristo.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Y hoy es el primer día de primavera: ¡buena primavera!

Pero, ¿qué sucede en primavera? Florecen las plantas, florecen los árboles. Yo os haré alguna pregunta. ¿Un árbol o una planta enfermos, florecen bien si están

enfermos? ¡No! Un árbol, una planta que ha cortado las raíces y que no tiene raíces, ¿puede florecer? No. Pero, ¿sin raíces se puede florecer? ¡No! Y este es un mensaje: la vida cristiana debe ser una vida que debe florecer en las obras de caridad, al hacer el bien. Pero si tú no tienes raíces, no podrás florecer y, ¿la raíz quien es? ¡Jesús! Si tú no estás con Jesús, allí, en la raíz, no florecerás. Si no riegas tu vida con la oración y los sacramentos, ¿tendrás flores cristianas? ¡No! Porque la

oración y los sacramentos riegan las raíces y nuestra vida florece. Os deseo que esta primavera para vosotros sea una primavera florida, como será la Pascua florida. Florida de buenas obras, de virtud, de hacer el bien a los demás.

Recordad esto, este es un verso muy hermoso de mi patria: «Lo que el árbol tiene de florecido, viene de lo que tiene de enterrado». Nunca cortéis las raíces con Jesús.

Y continuamos ahora con la catequesis sobre la santa misa. La celebración de la misa, de la

que estamos recorriendo los
varios momentos, está
encaminada a la Comunión, es
decir, a unirnos con Jesús. La
comunión sacramental: no la
comunión espiritual, que
puedes hacerla en tu casa
diciendo: «Jesús, yo quisiera
recibirte espiritualmente». No,
la comunión sacramental, con
el cuerpo y la sangre de Cristo.
Celebramos la eucaristía para
nutrirnos de Cristo, que se nos
da a sí mismo, tanto en la
Palabra como en el Sacramento
del altar, para conformarnos a
Él. Lo dice el Señor mismo: «El

que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él» (*Jn 6, 56*). De hecho, el gesto de Jesús que dona a sus discípulos su Cuerpo y Sangre en la última Cena, continúa todavía hoy a través del ministerio del sacerdote y del diácono, ministros ordinarios de la distribución a los hermanos del Pan de la vida y del Cáliz de la salvación.

En la misa, después de haber partido el Pan consagrado, es decir, el cuerpo de Jesús, el sacerdote lo muestra a los fieles invitándoles a participar

en el banquete eucarístico. Conocemos las palabras que resuenan desde el santo altar: «Dichosos los invitados a la Cena del Señor: he aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». Inspirado en un pasaje del Apocalipsis —«Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero» (*Apocalipsis* 19, 9): dice «bodas» porque Jesús es el esposo de la Iglesia— esta invitación nos llama a experimentar la íntima unión con Cristo, fuente de alegría y de santidad. Es una invitación

que alegra y juntos empuja hacia un examen de conciencia iluminado por la fe. Si por una parte, de hecho, vemos la distancia que nos separa de la santidad de Cristo, por la otra creemos que su Sangre viene «esparcida para la remisión de los pecados». Todos nosotros fuimos perdonados en el bautismo y todos nosotros somos perdonados o seremos perdonados cada vez que nos acercamos al sacramento de la penitencia. Y no os olvidéis: Jesús perdona siempre. Jesús no se cansa de perdonar.

Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón. Precisamente pensando en el valor salvador de esa Sangre, san Ambrosio exclama: «Yo que pecco siempre, debo siempre disponer de la medicina» (*De sacramentis*, 4, 28: PL 16, 446a). En esta fe, también nosotros queremos la mirada al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y lo invocamos: «oh, Señor, no soy digno de que entres en mi casa: pero una palabra bastará para sanarme». Esto lo decimos en cada Misa.

Si somos nosotros los que nos movemos en procesión para hacer la comunión, nosotros vamos hacia el altar en procesión para hacer la comunión, en realidad es Cristo quien viene a nuestro encuentro para asimilarnos a él. ¡Hay un encuentro con Jesús! Nutrirse de la eucaristía significa dejarse mutar en lo que recibimos. Nos ayuda san Agustín a comprenderlo, cuando habla de la luz recibida al escuchar decir de Cristo: «Manjar soy de grandes: crece y me comerás. Y tú no me

transformarás en ti como al
manjar de tu carne, sino tú te
transformarás en mí»

(*Confesiones* VII, 10, 16: pl 32,

742). Cada vez que nosotros

hacemos la comunión, nos

parecemos más a Jesús, nos

transformamos más en Jesús.

Como el pan y el vino se

convierten en Cuerpo y Sangre

del Señor, así cuantos le

reciben con fe son

transformados en eucaristía

viviente. Al sacerdote que,

distribuyendo la eucaristía, te

dice: «El Cuerpo de Cristo», tú

respondes: «Amén», o sea

reconoces la gracia y el compromiso que conlleva convertirse en Cuerpo de Cristo. Porque cuando tú recibes la eucaristía te conviertes en cuerpo de Cristo. Es bonito, esto; es muy bonito. Mientras nos une a Cristo, arrancándonos de nuestros egoísmos, la comunión nos abre y une a todos aquellos que son una sola cosa en Él. Este es el prodigio de la comunión: inos convertimos en lo que recibimos!

La Iglesia desea vivamente que también los fieles reciban el

Cuerpo del Señor con hostias consagradas en la misma misa; y el signo del banquete eucarístico se expresa con mayor plenitud si la santa comunión se hace bajo las dos especies, incluso sabiendo que la doctrina católica enseña que bajo una sola especie se recibe a Cristo todo e íntegro (cf. Instrucción General del Misal Romano, 85; 281-282). Según la praxis eclesial, el fiel se acerca normalmente a la eucaristía en forma de procesión, como hemos dicho, y se comunica en pie con

devoción, o de rodillas, como establece la Conferencia Episcopal, recibiendo el sacramento en la boca o, donde está permitido, en la mano, como se prefiera (cf. IGMR, 160-161). Después de la comunión, para custodiar en el corazón el don recibido nos ayuda el silencio, la oración silenciosa. Prologar un poco ese momento de silencio, hablando con Jesús en el corazón nos ayuda mucho, como también cantar un salmo o un himno de alabanza (cf. IGMR, 88) que nos ayuda a estar con el Señor. La

Liturgia eucarística se concluye con la oración después de la comunión. En esta, en nombre de todos, el sacerdote se dirige a Dios para darle las gracias por habernos hecho sus comensales y pedir que lo que hemos recibido transforme nuestra vida. La eucaristía nos hace fuertes para dar frutos de buenas obras para vivir como cristianos. Es significativa la oración de hoy, en la que pedimos al Señor que «el sacramento que acabamos de recibir sea medicina para nuestra debilidad, sane las

enfermedades de nuestro espíritu y nos asegure tu constante protección» (*Misal Romano*, Miércoles de la V semana de Cuaresma).

Acerquémonos a la eucaristía: recibir a Jesús que nos transforma en Él, nos hace más fuertes. ¡Es muy bueno y muy grande el Señor!

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los grupos provenientes de España y América Latina. Exhorto a la

comuni3n frecuente, haciendo presente el misterio de amor que se encierra en el Sacramento, para que la unidad con Cristo y con su Iglesia se manifieste en nuestro actuar cotidiano y testimonie nuestra vida nueva en Cristo. Gracias.

25 de marzo de 2018. Homilía
en la celebración del domingo
de ramos y de la pasión del
Señor.

XXXIII Jornada Mundial de la
Juventud.

Domingo.

Jesús entra en Jerusalén. La
liturgia nos invitó a hacernos
partícipes y tomar parte de la
alegría y fiesta del pueblo que
es capaz de gritar y alabar a su
Señor; alegría que se empaña
y deja un sabor amargo y

doloroso al terminar de escuchar el relato de la Pasión. Pareciera que en esta celebración se entrecruzan historias de alegría y sufrimiento, de errores y aciertos que forman parte de nuestro vivir cotidiano como discípulos, ya que logra desnudar los sentimientos contradictorios que también hoy, hombres y mujeres de este tiempo, solemos tener: capaces de amar mucho... y también de odiar —y mucho—; capaces de entregas valerosas y también de saber «lavarnos

las manos» en el momento oportuno; capaces de fidelidades pero también de grandes abandonos y traiciones.

Y se ve claro en todo el relato evangélico que la alegría que Jesús despierta es motivo de enojo e irritación en manos de algunos.

Jesús entra en la ciudad rodeado de su pueblo, rodeado por cantos y gritos de algarabía. Podemos imaginar que es la voz del hijo perdonado, la del leproso sanado o el balar de la oveja

perdida, que resuenan a la vez con fuerza en ese ingreso. Es el canto del publicano y del impuro; es el grito del que vivía en los márgenes de la ciudad. Es el grito de hombres y mujeres que lo han seguido porque experimentaron su compasión ante su dolor y su miseria... Es el canto y la alegría espontánea de tantos postergados que tocados por Jesús pueden gritar: «Bendito el que llega en nombre del Señor». ¿Cómo no alabar a Aquel que les había devuelto la dignidad y la esperanza? Es la

alegría de tantos pecadores perdonados que volvieron a confiar y a esperar. Y estos gritan. Se alegran. Es la alegría.

Esta alegría y alabanza resulta incómoda y se transforma en sinrazón escandalosa para aquellos que se consideran a sí mismos justos y «fieles» a la ley y a los preceptos rituales[1]. Alegría insoportable para quienes han bloqueado la sensibilidad ante el dolor, el sufrimiento y la miseria. Muchos de estos piensan: «¡Mira que pueblo más

maleducado!»). Alegría intolerable para quienes perdieron la memoria y se olvidaron de tantas oportunidades recibidas. ¡Qué difícil es comprender la alegría y la fiesta de la misericordia de Dios para quien quiere justificarse a sí mismo y acomodarse! ¡Qué difícil es poder compartir esta alegría para quienes solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros![\[2\]](#)

Y así nace el grito del que no le tiembla la voz para gritar: «¡Crucifícalo!»). No es un grito

espontáneo, sino el grito armado, producido, que se forma con el desprestigio, la calumnia, cuando se levanta falso testimonio. Es el grito que nace cuando se pasa del hecho a lo que se cuenta, nace de lo que se cuenta. Es la voz de quien manipula la realidad y crea un relato a su conveniencia y no tiene problema en «manchar» a otros para salirse con la suya. Esto es un falso relato. El grito del que no tiene problema en buscar los medios para hacerse más fuerte y silenciar las voces

disonantes. Es el grito que nace de «trucar» la realidad y pintarla de manera tal que termina desfigurando el rostro de Jesús y lo convierte en un «malhechor». Es la voz del que quiere defender la propia posición desacreditando especialmente a quien no puede defenderse. Es el grito fabricado por la «tramoya» de la autosuficiencia, el orgullo y la soberbia que afirma sin problemas: «Crucifícalo, crucifícalo».

Y así se termina silenciando la fiesta del pueblo, derribando la

esperanza, matando los sueños, suprimiendo la alegría; así se termina blindando el corazón, enfriando la caridad. Es el grito del «sálvate a ti mismo» que quiere adormecer la solidaridad, apagar los ideales, insensibilizar la mirada... el grito que quiere borrar la compasión, ese «padecer con», la compasión, que es la debilidad de Dios. Frente a todos estos titulares, el mejor antídoto es mirar la cruz de Cristo y dejarnos interpelar por su último grito. Cristo murió gritando su amor

por cada uno de nosotros; por jóvenes y mayores, santos y pecadores, amor a los de su tiempo y a los de nuestro tiempo. En su cruz hemos sido salvados para que nadie apague la alegría del evangelio; para que nadie, en la situación que se encuentre, quede lejos de la mirada misericordiosa del Padre. Mirar la cruz es dejarse interpelar en nuestras prioridades, opciones y acciones. Es dejar cuestionar nuestra sensibilidad ante el que está pasando o viviendo un momento de dificultad.

Hermanos y hermanas: ¿Qué mira nuestro corazón?

¿Jesucristo sigue siendo motivo de alegría y alabanza en nuestro corazón o nos avergüenzan sus prioridades hacia los pecadores, los últimos, los olvidados?

Y a ustedes, queridos jóvenes, la alegría que Jesús despierta en ustedes es para algunos motivo de enojo y también de irritación, ya que un joven alegre es difícil de manipular. ¡Un joven alegre es difícil de manipular!

Pero existe en este día la

posibilidad de un tercer grito: «Algunos fariseos de entre la gente le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos» y él responde: «Yo les digo que, si éstos callan, gritarán las piedras» (Lc 19,39-40).

Hacer callar a los jóvenes es una tentación que siempre ha existido. Los mismos fariseos increpan a Jesús y le piden que los calme y silencie.

Hay muchas formas de silenciar y de volver invisibles a los jóvenes. Muchas formas de anestesiarlos y adormecerlos para que no hagan «ruido»,

para que no se pregunten y cuestionen. «¡Estad callados!». Hay muchas formas de tranquilizarlos para que no se involucren y sus sueños pierdan vuelo y se vuelvan ensoñaciones rastreras, pequeñas, tristes.

En este Domingo de ramos, festejando la Jornada Mundial de la Juventud, nos hace bien escuchar la respuesta de Jesús a los fariseos de ayer y de todos los tiempos, también a los de hoy: «Si ellos callan, gritarán las piedras» (Lc 19,40).

Queridos jóvenes: Está en ustedes la decisión de gritar, está en ustedes decidirse por el Hosanna del domingo para no caer en el «crucifícalo» del viernes... Y está en ustedes no quedarse callados. Si los demás callan, si nosotros los mayores y responsables —tantas veces corruptos— callamos, si el mundo calla y pierde alegría, les pregunto: ¿Ustedes gritarán?

Por favor, decídanse antes de que griten las piedras.

[1] Cf. R. Guardini, El Señor, 383.

[2] Cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium, 94.

25 de marzo de 2018.
ÁNGELUS.

Domingo de Ramos.

Antes del Ángelus recitado en la plaza San Pedro al finalizar la misa, el Papa saludó a los representantes de los jóvenes que participaron en la reunión presinodal, quienes le pidieron hacerse un «selfie» en grupo con él.

¿Habéis visto?: hoy no se puede concebir un joven que no haga un «selfie»... y lo han

hecho. ¡Han sido buenos!
Antes de concluir esta
celebración, deseo saludaros a
todos vosotros, romanos y
peregrinos, que habéis
participado, especialmente los
jóvenes procedentes de
distintas partes del mundo,
también aquellos —unos 15 mil
— que han participado unidos
virtualmente: ¡saludo a todos!
Pensando con gratitud en mi
reciente viaje a Perú, saludo
con afecto a la comunidad
peruana presente en Italia. La
actual Jornada mundial de la
juventud, que se celebra a

nivel diocesano, es una etapa importante en el camino hacia el Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes en el próximo mes de octubre, como también en el recorrido de preparación de la Jornada internacional, que se desarrollará en Panamá en enero de 2019. Que María nos ayude a todos a vivir bien la Semana Santa. Aprendamos de Ella el silencio interior, la mirada del corazón, la fe amorosa para seguir a Jesús que conduce a la luz alegre de la Resurrección. Y antes de recitar el Ángelus quisiera

agradecer realmente al
cardenal Baldisseri, monseñor
Fabene y toda la Secretaría del
Sínodo y todos los
colaboradores: ¡muchas
gracias!

Angelus Domini...

25 de marzo de 2018. Mensaje para la XXXIII jornada mundial de la juventud.

Domingo de Ramos.

«No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios» (Lc 1,30)

Queridos jóvenes:

La Jornada Mundial de la Juventud de 2018 es un paso más en el proceso de preparación de la Jornada internacional, que tendrá lugar en Panamá en enero de 2019.

Esta nueva etapa de nuestra peregrinación cae en el mismo año en que se ha convocado la Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre el tema: *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. Es una buena coincidencia. La atención, la oración y la reflexión de la Iglesia estarán puestas en vosotros, los jóvenes, con el deseo de comprender y, sobre todo, de «acoger» el don precioso que representáis para Dios, para la Iglesia y para el mundo. Como ya sabéis, hemos elegido

a María, la joven de Nazaret, a quien Dios escogió como Madre de su Hijo, para que nos acompañe en este viaje con su ejemplo y su intercesión. Ella camina con nosotros hacia el Sínodo y la JMJ de Panamá. Si el año pasado nos sirvieron de guía las palabras de su canto de alabanza: «El Poderoso ha hecho obras grandes en mí» (*Lc 1,49*), enseñándonos a hacer memoria del pasado, este año tratamos de escuchar con ella la voz de Dios que infunde valor y da la gracia necesaria para

responder a su llamada: «*No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios*» (Lc 1,30). Son las palabras pronunciadas por el mensajero de Dios, el arcángel Gabriel, a María, una sencilla jovencita de un pequeño pueblo de Galilea.

1. *No temas*

Es comprensible que la repentina aparición del ángel y su misterioso saludo:

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1,28) hayan causado una fuerte *turbación* en María,

sorprendida por esta primera revelación de su identidad y de su vocación, desconocida para ella entonces. María, como otros personajes de las Sagradas Escrituras, tiembla ante el misterio de la llamada de Dios, que en un instante la sitúa ante la inmensidad de su propio designio y le hace sentir toda su pequeñez, como una humilde criatura. El ángel, leyendo en lo más profundo de su corazón, le dice: «¡No temas!». Dios también lee en nuestro corazón. Él conoce bien los desafíos que tenemos que

afrontar en la vida,
especialmente cuando nos
encontramos ante las
decisiones fundamentales de
las que depende lo que
seremos y lo que haremos en
este mundo. Es la «emoción»
que sentimos frente a las
decisiones sobre nuestro
futuro, nuestro estado de vida,
nuestra vocación. En esos
momentos nos sentimos
turbados y embargados por
tantos miedos.

Y vosotros jóvenes,
¿qué *miedos* tenéis? ¿Qué es lo
que más os preocupa en el

fondo? En muchos de vosotros existe un miedo de «fondo» que es el de no ser amados, queridos, de no ser aceptados por lo que sois. Hoy en día, muchos jóvenes se sienten obligados a mostrarse distintos de lo que son en realidad, para intentar adecuarse a estándares a menudo artificiales e inalcanzables. Hacen continuos «retoques fotográficos» de su imagen, escondiéndose detrás de máscaras y falsas identidades, hasta casi convertirse ellos mismos en un «fake». Muchos

están obsesionados con recibir el mayor número posible de «me gusta». Y este sentido de inadecuación produce muchos temores e incertidumbres. Otros tienen miedo a no ser capaces de encontrar una seguridad afectiva y quedarse solos. Frente a la precariedad del trabajo, muchos tienen miedo a no poder alcanzar una situación profesional satisfactoria, a no ver cumplidos sus sueños. Se trata de temores que están presentes hoy en muchos jóvenes, tanto creyentes como

no creyentes. E incluso aquellos que han abrazado el don de la fe y buscan seriamente su vocación tampoco están exentos de temores. Algunos piensan: quizás Dios me pide o me pedirá demasiado; quizás, yendo por el camino que me ha señalado, no seré realmente feliz, o no estaré a la altura de lo que me pide. Otros se preguntan: si sigo el camino que Dios me indica, ¿quién me garantiza que podré llegar hasta el final? ¿Me desanimaré? ¿Perderé el

entusiasmo? ¿Seré capaz de perseverar toda mi vida?

En los momentos en que las dudas y los miedos inundan nuestros corazones, resulta imprescindible

el *discernimiento*. Nos permite poner orden en la confusión de nuestros pensamientos y sentimientos, para actuar de una manera justa y prudente.

En este proceso, lo primero que hay que hacer para superar los miedos es identificarlos con claridad, para no perder tiempo y energías con fantasmas que no tienen rostro ni

consistencia. Por esto, os invito a mirar dentro de vosotros y «dar un nombre» a vuestros miedos. Preguntaos: hoy, en mi situación concreta, ¿qué es lo que me angustia, qué es lo que más temo? ¿Qué es lo que me bloquea y me impide avanzar? ¿Por qué no tengo el valor para tomar las decisiones importantes que debo tomar? No tengáis miedo de mirar con sinceridad vuestros miedos, reconocerlos con realismo y afrontarlos. La Biblia no niega el sentimiento humano del miedo ni sus muchas causas.

Abraham tuvo miedo (cf. *Gn* 12,10s.), Jacob tuvo miedo (cf. *Gn* 31,31; 32,8), y también Moisés (cf. *Ex* 2,14; 17,4), Pedro (cf. *Mt* 26,69ss.) y los Apóstoles (cf. *Mc* 4,38-40, *Mt* 26,56). Jesús mismo, aunque en un nivel incomparable, experimentó el temor y la angustia (*Mt* 26,37, *Lc* 22,44). «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?» (*Mc* 4,40). Este reproche de Jesús a sus discípulos nos permite comprender cómo el obstáculo para la fe no es con frecuencia

la incredulidad sino el miedo. Así, el esfuerzo de discernimiento, una vez identificados los miedos, nos debe ayudar a superarlos abriéndonos a la vida y afrontando con serenidad los desafíos que nos presenta. Para los cristianos, en concreto, el miedo nunca debe tener la última palabra, sino que nos da la ocasión para realizar un acto de fe en Dios... y también en la vida. Esto significa creer en la bondad fundamental de la existencia que Dios nos ha dado, confiar en que él nos

lleva a un buen final a través también de las circunstancias y vicisitudes que a menudo son misteriosas para nosotros. Si por el contrario alimentamos el temor, tenderemos a encerrarnos en nosotros mismos, a levantar una barricada para defendernos de todo y de todos, quedando paralizados. ¡Debemos reaccionar! ¡Nunca cerrarnos! En las Sagradas Escrituras encontramos 365 veces la expresión «no temas», con todas sus variaciones. Como si quisiera decir que todos los días

del año el Señor nos quiere libres del temor.

El discernimiento se vuelve indispensable cuando se trata de encontrar la propia vocación. La mayoría de las veces no está clara o totalmente evidente, pero se comprende poco a poco. El discernimiento, en este caso, no pretende ser un esfuerzo individual de introspección, con el objetivo de aprender más acerca de nuestros mecanismos internos para fortalecernos y lograr un cierto equilibrio. En ese caso, la persona puede

llegar a ser más fuerte, pero permanece cerrada en el horizonte limitado de sus posibilidades y de sus puntos de vista. La vocación, en cambio, es una *llamada que viene de arriba* y el discernimiento consiste sobre todo en abrirse al Otro que llama. Se necesita entonces el silencio de la oración para escuchar la voz de Dios que resuena en la conciencia. Él llama a la puerta de nuestro corazón, como lo hizo con María, con ganas de entablar en amistad con nosotros a

través de la oración, de hablarnos a través de las Sagradas Escrituras, de ofrecernos su misericordia en el sacramento de la reconciliación, de ser uno con nosotros en la comunión eucarística.

Pero también es importante hablar y dialogar *con otros*, hermanos y hermanas nuestros en la fe, que tienen más experiencia y nos ayudan a ver mejor y a escoger entre las diversas opciones. El joven Samuel, cuando oyó la voz del Señor, no lo reconoció

inmediatamente y por tres veces fue a Elí, el viejo sacerdote, quien al final le sugirió la respuesta correcta que debería dar a la llamada del Señor: «Si te llama de nuevo, di: "Habla Señor, que tu siervo escucha"» (1 S 3,9). Cuando dudéis, sabed que podéis contar con la Iglesia. Sé que hay buenos sacerdotes, consagrados y consagradas, fieles laicos, muchos de ellos jóvenes a su vez, que pueden acompañaros como hermanos y hermanas mayores en la fe; movidos por el Espíritu Santo,

os ayudarán a despejar vuestras dudas y a leer el designio de vuestra vocación personal. El «otro» no es únicamente un guía espiritual, sino también el que nos ayuda a abrirnos a todas las riquezas infinitas de la existencia que Dios nos ha dado. Es necesario que dejemos espacio en nuestras ciudades y comunidades para crecer, soñar, mirar nuevos horizontes. Nunca perdáis el gusto de disfrutar del encuentro, de la amistad, el gusto de soñar juntos, de caminar con los

demás. Los cristianos auténticos no tienen miedo de abrirse a los demás, compartir su espacio vital transformándolo en espacio de fraternidad. No dejéis, queridos jóvenes, que el resplandor de la juventud se apague en la oscuridad de una habitación cerrada en la que la única ventana para ver el mundo sea el ordenador y el *smartphone*. Abrid las puertas de vuestra vida. Que vuestro ambiente y vuestro tiempo estén ocupados por personas concretas, relaciones profundas, con las

que podáis compartir experiencias auténticas y reales en vuestra vida cotidiana.

2. *María*

«Te he llamado por tu nombre» (*Is 43,1*). El primer motivo para no tener miedo es precisamente el hecho de que Dios nos llama *por nuestro nombre*. El ángel, mensajero de Dios, llamó a María por su nombre. Poner nombres es propio de Dios. En la obra de la creación, él llama a la existencia a cada criatura por

su nombre. Detrás del nombre hay una identidad, algo que es único en cada cosa, en cada persona, esa íntima esencia que sólo Dios conoce en profundidad. Esta prerrogativa divina fue compartida con el hombre, al cual Dios le concedió que diera nombre a los animales, a los pájaros y también a los propios hijos (*Gn 2,19-21; 4,1*). Muchas culturas comparten esta profunda visión bíblica, reconociendo en el nombre la revelación del misterio más profundo de una vida, el

significado de una existencia. Cuando Dios llama por el nombre a una persona, le revela al mismo tiempo su *vocación*, su proyecto de santidad y de bien, por el que esa persona llegará a ser alguien único y un don para los demás. Y también cuando el Señor quiere ensanchar los horizontes de una existencia, decide dar a la persona a quien llama un *nombre nuevo*, como hace con Simón, llamándolo «Pedro». De aquí viene la costumbre de asumir un nuevo nombre cuando se entra en una

orden religiosa, para indicar una nueva identidad y una nueva misión. La llamada divina, al ser personal y única, requiere que tengamos el valor de desvincularnos de la presión homogeneizadora de los lugares comunes, para que nuestra vida sea de verdad un don original e irrepetible para Dios, para la Iglesia y para los demás.

Queridos jóvenes: Ser llamados por nuestro nombre es, por lo tanto, signo de la gran dignidad que tenemos a los ojos de Dios, de su predilección por nosotros.

Y Dios llama a cada uno de vosotros por vuestro nombre. Vosotros sois *el «tú» de Dios*, preciosos a sus ojos, dignos de estima y amados (cf. *Is 43,4*). Acoged con alegría este diálogo que Dios os propone, esta llamada que él os dirige llamándoos por vuestro nombre.

3. Has encontrado gracia ante Dios

El motivo principal por el que María no debe temer es porque ha encontrado gracia ante Dios. La palabra «gracia» nos habla

de amor gratuito e inmerecido. Cuánto nos anima saber que no tenemos que conseguir la cercanía y la ayuda de Dios presentando por adelantado un «currículum de excelencia», lleno de méritos y de éxitos. El ángel dice a María que *ya* ha encontrado gracia ante Dios, no que la conseguirá en el futuro. Y la misma formulación de las palabras del ángel nos da a entender que la gracia divina es continua, no algo pasajero o momentáneo, y por esto nunca faltará. También en el futuro seremos sostenidos siempre por

la gracia de Dios, sobre todo en los momentos de prueba y de oscuridad.

La presencia continua de la gracia divina nos anima a abrazar con confianza nuestra vocación, que exige un compromiso de fidelidad que hay que renovar todos los días. De hecho, el camino de la vocación no está libre de cruces: no sólo las dudas iniciales, sino también las frecuentes tentaciones que se encuentran a lo largo del camino. La sensación de no estar a la altura acompaña al

discípulo de Cristo hasta el final, pero él sabe que está asistido por la gracia de Dios. Las palabras del ángel se posan sobre los miedos humanos, disolviéndolos con la fuerza de la buena noticia de la que son portadoras. Nuestra vida no es pura casualidad ni mera lucha por sobrevivir, sino que cada uno de nosotros es una historia amada por Dios. El haber «encontrado gracia ante Dios» significa que el Creador aprecia la belleza única de nuestro ser y tiene un designio extraordinario para nuestra

vida. Ser conscientes de esto no resuelve ciertamente todos los problemas y no quita las incertidumbres de la vida, pero tiene el poder de transformarla en profundidad. Lo que el mañana nos deparará, y que no conocemos, no es una amenaza oscura de la que tenemos que sobrevivir, sino que es un tiempo favorable que se nos concede para vivir el carácter único de nuestra vocación personal y compartirlo con nuestros hermanos y hermanas en la Iglesia y en el mundo.

4. *Valentía en el presente*

La fuerza para tener valor en el presente nos viene de la convicción de que la gracia de Dios está con nosotros: valor para llevar adelante lo que Dios nos pide aquí y ahora, en cada ámbito de nuestra vida; valor para abrazar la vocación que Dios nos muestra; valor para vivir nuestra fe sin ocultarla o rebajarla.

Sí, cuando nos abrimos a la gracia de Dios, lo imposible se convierte en realidad. «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?»

(Rm 8,31). La gracia de Dios toca el hoy de vuestra vida, os «aferra» así como sois, con todos vuestros miedos y límites, pero también revela los maravillosos planes de Dios. Vosotros, jóvenes, tenéis necesidad de sentir que alguien confía realmente en vosotros. Sabed que el Papa confía en vosotros, que la Iglesia confía en vosotros. Y vosotros, ¡confiad en la Iglesia!

A María, joven, se le confió una tarea importante, precisamente porque era joven. Vosotros, jóvenes, tenéis fuerza,

atravesáis una fase de la vida en la que sin duda no faltan las energías. Usad esa fuerza y esas energías para mejorar el mundo, empezando por la realidad más cercana a vosotros. Deseo que en la Iglesia se os confíen responsabilidades importantes, que se tenga la valentía de daros espacio; y vosotros, preparaos para asumir esta responsabilidad.

Os invito a seguir contemplando el amor de María: un amor atento, dinámico, concreto. Un amor

lleno de audacia y completamente proyectado hacia el don de sí misma. Una Iglesia repleta de estas cualidades marianas será siempre Iglesia en salida, que va más allá de sus límites y confines para hacer que se derrame la gracia recibida. Si nos dejamos contagiar por el ejemplo de María, viviremos de manera concreta la caridad que nos urge a amar a Dios más allá de todo y de nosotros mismos, a amar a las personas con quienes compartimos la vida diaria. Y también

podremos amar a quien nos resulta poco simpático. Es un amor que se convierte en servicio y dedicación, especialmente hacia los más débiles y pobres, que transforma nuestros rostros y nos llena de alegría.

Quisiera terminar con las hermosas palabras de san Bernardo en su famosa homilía sobre el misterio de la Anunciación, palabras que expresan la expectativa de toda la humanidad ante la respuesta de María: «Oíste, Virgen, que concebirás y darás a luz a un

hijo; oíste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el ángel aguarda tu respuesta. También nosotros esperamos, Señora, esta palabra de misericordia. *Por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para ser llamados de nuevo a la vida. Esto mismo te pide el mundo todo postrado a tus pies. Oh Virgen, da pronto tu respuesta»*

(Homilía 4, 8-9: Opera Omnia, Ed. Cisterciense, 4 [1966] 53-54).

Queridos jóvenes: el Señor, la

Iglesia, el mundo, esperan también vuestra respuesta a esa llamada única que cada uno recibe en esta vida. A medida que se aproxima la JMJ de Panamá, os invito a prepararos para nuestra cita con la alegría y el entusiasmo de quien quiere ser partícipe de una gran aventura. La JMJ es para los valientes, no para jóvenes que sólo buscan comodidad y que retroceden ante las dificultades. ¿Aceptáis el desafío?

Vaticano, 11 de febrero de 2018, VI Domingo del Tiempo

Ordinario.

*Memoria de Nuestra Señora de
Lourdes.*

Francisco

28 de marzo de 2018.

Audiencia general. El Triduo Pascual.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy quisiera detenerme para meditar sobre el Triduo Pascual que empieza mañana, para profundizar un poco en lo que los días más importantes del año litúrgico representan para nosotros creyentes. Quisiera haceros una pregunta: ¿Qué fiesta es la más importante

para nuestra fe: la Navidad o la Pascua? La Pascua porque es la fiesta de nuestra salvación, la fiesta del amor de Dios por nosotros, la fiesta, la celebración de su muerte y Resurrección. Y por esto yo quisiera reflexionar con vosotros sobre esta fiesta, sobre estos días, que son días pascuales, hasta la Resurrección del Señor. Estos días constituyen la memoria celebrativa de un único gran misterio: la muerte y la Resurrección del Señor Jesús. El Triduo empieza mañana, con

la misa de la Cena del Señor y se concluirá con las vísperas del Domingo de Resurrección. Después viene la «Pasquetta» para celebrar esta gran fiesta: un día más. Pero este es postlitúrgico: es la fiesta familiar, es la fiesta de la sociedad. Esto marca las etapas fundamentales de nuestra fe y de nuestra vocación en el mundo, y todos los cristianos están llamados a vivir los tres Días santos —jueves, viernes, sábado; y el domingo (se entiende), pero el sábado es la Resurrección— los tres Días

santos como, por así decir, la «matriz» de su vida personal, de su vida comunitaria, como vivieron nuestros hermanos judíos el éxodo de Egipto.

Estos tres Días reproponen al pueblo cristiano los grandes eventos de la salvación realizados por Cristo, y así lo proyectan en el horizonte de su destino futuro y lo refuerzan en su compromiso de testimonio en la historia. La mañana de Pascua, recorriendo las etapas vividas en el Triduo, el Canto de la *Secuencia*, es decir un himno o una especie de Salmo,

hará escuchar solemnemente el anuncio de la resurrección; y dice así: «Cristo, nuestra esperanza, ha resucitado y nos precede en Galilea». Esta es la gran afirmación: Cristo resucitó.

Y en muchos pueblos del mundo, sobre todo en el este de Europa, la gente se saluda en estos días pascuales no con «buenos días», «buenas tardes», sino con «Cristo ha resucitado», para afirmar el gran saludo pascual. «Cristo ha resucitado». En estas palabras —«Cristo ha resucitado»— de

exaltación conmovida culmina el Triduo. Estas no contienen solamente un anuncio de alegría y de esperanza, sino también un llamamiento a la responsabilidad y a la misión. Y no termina con la «colomba», los huevos de chocolate, las fiestas —incluso si esto es bonito porque es la fiesta de familia— pero no termina así. Empieza ahí el camino a la misión, al anuncio: Cristo ha resucitado. Y este anuncio, al cual el Triduo conduce preparándonos a acogerlo, es el centro de nuestra fe y nuestra

esperanza, es el núcleo, es el anuncio, es —la palabra difícil, pero que dice todo—, es el *kerygma*, que continuamente evangeliza a la Iglesia y que a su vez es enviada a evangelizar.

San Pablo resume el evento pascual en esta expresión: «Nuestro cordero pascual, Cristo, ha sido inmolado» (1 Cor 5, 7), como el cordero. Ha sido inmolado. Por lo tanto —continúa— «para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Cor 5,

15). Renacidos. Y por esto, en el día de Pascua desde el principio se bautizaba la gente. También en la noche de este sábado yo bautizaré aquí, en San Pedro, a ocho personas adultas que empiezan la vida cristiana. Y empieza todo porque nacerán de nuevo. Y con otra fórmula sintética explica san Pablo que Cristo «fue entregado por nuestros pecados, y fue resucitado para nuestra justificación» (*Rom 4, 25*). El único, el único que nos justifica; el único que hace renacer de nuevo es Jesucristo.

Nadie más. Y por esto no se debe pagar nada, porque la justificación —el hacerse justo— es gratuita. Y esta es la grandeza del amor de Jesús: da la vida gratuitamente para hacernos santos, para renovarnos, para perdonarnos. Y este es el núcleo propio de este Triduo pascual. En el Triduo pascual la memoria de este advenimiento fundamental se hace celebración llena de reconocimiento y, al mismo tiempo, renueva en los bautizados el sentimiento de su nueva condición, que el apóstol

Pablo expresa siempre así: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba [...] Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. (Col 3, 1-3). Mirar arriba, mirar el horizonte, ampliar los horizontes: esta es nuestra fe, esta es nuestra justificación, este es el estado de gracia! Por el bautismo, de hecho, resucitamos con Jesús y morimos para las cosas y la lógica del mundo; renacemos como criaturas nuevas: una realidad que pide convertirse en existencia concreta día a

día. Un cristiano, si verdaderamente se deja lavar por Cristo, si verdaderamente se deja despojar por Él del hombre viejo para caminar en una vida nueva, incluso permaneciendo pecador — porque todos lo somos— ya no puede ser corrupto, la justificación de Jesús nos salva de la corrupción, somos pecadores, pero no corruptos; ya no puede vivir con la muerte en el alma y tampoco ser causa de muerte. Y aquí debo decir una cosa triste y dolorosa... Hay falsos cristianos: aquellos que

dicen: «Jesús ha resucitado», «yo he sido justificado por Jesús», estoy en la vida nueva, pero vivo una vida corrupta. Y estos cristianos fingidos terminarán mal. El cristiano, repito, es pecador —todos lo somos, yo lo soy— pero tenemos la seguridad de que cuando pedimos perdón, el Señor nos perdona. El corrupto hace como que es una persona honorable, pero, al final, en su corazón hay podredumbre. Una vida nueva nos da Jesús. El cristiano no puede vivir con la muerte en el alma, ni tampoco

ser causa de muerte. Pensemos —para no ir lejos— pensemos en casa, pensemos en los llamados «cristianos mafiosos». Pero estos de cristianos no tienen nada: se dicen cristianos, pero llevan la muerte en el alma y a los demás. Recemos por ellos, para que el Señor toque su alma. El prójimo, sobre todo el más pequeño y el más sufriente, se convierte en el rostro concreto a quién donar el amor que Jesús nos donó a nosotros. Y el mundo se convierte en el espacio de nuestra nueva vida

de resucitados. Nosotros resucitamos con Jesús: en pie, con la frente alta y podemos compartir la humillación de aquellos que todavía hoy, como Jesús, están en el sufrimiento, en la desnudez, en la necesidad, en la soledad, en la muerte, para convertirse, gracias a Él y con Él, en instrumento de rescate y de esperanza, símbolos de vida y de resurrección. En muchos países —aquí en Italia y también en mi patria— existe la costumbre de que cuando el día de Pascua se escuchan las

campanas, las madres, las abuelas llevan a los niños a lavarse los ojos con el agua, con el agua de la vida, como señal para poder ver las cosas de Jesús, las cosas nuevas. En esta Pascua, dejémonos lavar el alma, lavar los ojos del alma, para ver las cosas hermosas y hacer cosas hermosas. ¡Y esto es maravilloso! Esta es precisamente la Resurrección de Jesús después de su muerte, que fue el precio por salvarnos a todos nosotros.

Queridos hermanos y hermanas, dispongámonos a

vivir este Triduo Santo ya inminente —comienza mañana—, para estar cada vez más profundamente integrados en el misterio de Cristo, muerto y resucitado por nosotros. Que nos acompañe en este itinerario espiritual la Virgen Santísima, que siguió a Jesús en su pasión —Ella estaba allí, miraba, sufría...— estuvo presente y unida a Él bajo su cruz, pero no se avergonzaba del hijo. ¡Una madre nunca se avergüenza del hijo! Estaba allí y recibió en su corazón de madre la inmensa alegría de la

resurrección. Que Ella nos dé la gracia de ser interiormente acogidos por las celebraciones de los próximos días, para que nuestro corazón y nuestra vida se transformen realmente. Y al dejaros estos pensamientos, os formulo a todos vosotros los más cordiales deseos de una alegre y santa Pascua, junto a vuestras comunidades y a vuestros seres queridos. Y os aconsejo: la mañana de Pascua llevad a los niños al grifo y hacedles lavar los ojos. Será un signo de cómo ver a Jesús Resucitado.

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Pero estos de habla española son barulleros. Dispongámonos a vivir bien este Triduo Santo para que, con la ayuda de la Virgen María, entremos de lleno en el misterio de Cristo muerto y resucitado por nosotros y así dejemos que él transforme nuestra vida. Antes de terminar quiero desearles a todos los

presentes, a sus familias y comunidades una profunda vivencia del Triduo Pascual, y a todos una feliz y Santa Pascua. Y también un pedido. Les quiero pedir una cosa: Que cada uno de ustedes, así como hacen tanto barullo lindo, tengan el coraje de ir a confesarse en estos días. Hagan una buena confesión. Gracias.

29 de marzo de 2018. Homilía
en la [Santa Misa Crismal](#).

Jueves Santo.

*Queridos hermanos, sacerdotes
de la diócesis de Roma y de las
demás diócesis del mundo:*

Leyendo los textos de la liturgia
de hoy me venía a la mente, de
manera insistente, el pasaje del
Deuteronomio que dice:

«Porque ¿dónde hay una nación
tan grande que tenga unos
dioses tan cercanos como el
Señor, nuestro Dios, siempre
que lo invocamos?» (Dt 4,7).

La cercanía de Dios... nuestra cercanía apostólica.

En el texto del profeta Isaías contemplamos al enviado de Dios ya «ungido y enviado», en medio de su pueblo, cercano a los pobres, a los enfermos, a los prisioneros... y al Espíritu que «está sobre él», que lo impulsa y lo acompaña por el camino.

En el Salmo 88, vemos cómo la compañía de Dios, que ha conducido al rey David de la mano desde que era joven y que le prestó su brazo, ahora que es anciano, toma el

nombre de fidelidad: la cercanía mantenida a lo largo del tiempo se llama fidelidad. El Apocalipsis nos acerca, hasta que podemos verlo, al «*Erjómenos*», al Señor que siempre «está viniendo» en Persona. La alusión a que «lo verán los que lo traspasaron» nos hace sentir que siempre están a la vista las llagas del Señor resucitado, siempre está viniendo a nosotros el Señor si nos queremos «hacer próximos» en la carne de todos los que sufren, especialmente de los niños.

En la imagen central del Evangelio de hoy, contemplamos al Señor a través de los ojos de sus paisanos que estaban «fijos en él» (Lc 4,20). Jesús se alzó para leer en su sinagoga de Nazaret. Le fue dado el rollo del profeta Isaías. Lo desenrolló hasta que encontró el pasaje del enviado de Dios. Leyó en voz alta: «El Espíritu del Señor está sobre mí, me ha ungido y enviado...» (Is 61,1). Y terminó estableciendo la cercanía tan provocadora de esas palabras: «Hoy se ha cumplido esta

Escritura que acabáis de oír»
(Lc 4,21).

Jesús encuentra el pasaje y lee con la competencia de los escribas. Él habría podido perfectamente ser un escriba o un doctor de la ley, pero quiso ser un «evangelizador», un predicador callejero, el «portador de alegres noticias» para su pueblo, el predicador cuyos pies son hermosos, como dice Isaías (cf. *Is 52,7*). El predicador es cercano.

Esta es la gran opción de Dios: el Señor eligió ser alguien cercano a su pueblo. ¡Treinta

años de vida oculta! Después comenzará a predicar. Es la pedagogía de la encarnación, de la inculturación; no solo en las culturas lejanas, también en la propia parroquia, en la nueva cultura de los jóvenes... La cercanía es más que el nombre de una virtud particular, es una actitud que involucra a la persona entera, a su modo de vincularse, de estar a la vez en sí mismo y atento al otro. Cuando la gente dice de un sacerdote que «es cercano» suele resaltar dos cosas: la primera es que «siempre está»

(contra el que «nunca está»: «Ya sé, padre, que usted está muy ocupado», suelen decir). Y la otra es que sabe encontrar una palabra para cada uno. «Habla con todos», dice la gente: con los grandes, los chicos, los pobres, con los que no creen... Curas cercanos, que están, que hablan con todos... Curas callejeros.

Y uno que aprendió bien de Jesús a ser predicador callejero fue Felipe. Dicen los Hechos que recorría anunciando la Buena Nueva de la Palabra predicando en todas las

ciudades y que estas se llenaban de alegría (cf. *Hch* 8,4.5-8). Felipe era uno de esos a quienes el Espíritu podía «arrebatarse» en cualquier momento y hacerlo salir a evangelizar, yendo de un lado para otro, uno capaz hasta de bautizar gente de buena fe, como el ministro de la reina de Etiopía, y hacerlo ahí mismo, en la calle (cf. *Hch* 8,5; 36-40). Queridos hermanos, la cercanía es la clave del evangelizador porque es una actitud clave en el Evangelio (el Señor la usa para describir el Reino).

Nosotros tenemos incorporado que la proximidad es la clave de la misericordia, porque la misericordia no sería tal si no se las ingeniara siempre, como «buena samaritana», para acortar distancias. Pero creo que nos falta incorporar más el hecho de que la cercanía es también la clave de la verdad. No sólo de la misericordia, sino también de la verdad. ¿Se pueden acortar distancias en la verdad? Sí se puede. Porque la verdad no es solo la definición que hace nombrar las situaciones y las cosas a

distancia de concepto y de razonamiento lógico. No es solo eso. La verdad es también fidelidad (*emeth*), esa que te hace nombrar a las personas con su nombre propio, como las nombra el Señor, antes de ponerles una categoría o definir «su situación». Y aquí hay una costumbre –fea, ¿verdad?– de la «cultura del adjetivo»: «Este es así, este es un tal, este es un cual...». No, este es hijo de Dios. Después, tendrá virtudes o defectos, pero... la verdad fiel de la persona y no el adjetivo convertido en sustancia.

Hay que estar atentos a no caer en la tentación de hacer ídolos con algunas verdades abstractas. Son ídolos cómodos que están a mano, que dan cierto prestigio y poder y son difíciles de discernir. Porque la «verdad-ídolo» se mimetiza, usa las palabras evangélicas como un vestido, pero no deja que le toquen el corazón. Y, lo que es mucho peor, aleja a la gente simple de la cercanía sanadora de la Palabra y de los sacramentos de Jesús.

En este punto, acudimos a María, Madre de los sacerdotes.

La podemos invocar como «Nuestra Señora de la Cercanía»: «Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente *la cercanía del amor de Dios*» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 286), de modo tal que nadie se sienta excluido. Nuestra Madre no solo es cercana por ir a servir con esa «prontitud» (*ibíd.*, 288) que es un modo de cercanía, sino también por su manera de decir las cosas. En Caná, el momento oportuno y el tono

suyo con el cual dice a los servidores «Hagan todo lo que él les diga» (*Jn 2,5*), hará que esas palabras sean el molde materno de todo lenguaje eclesial. Pero para decir las como ella, además de pedirle la gracia, hay que saber estar allí donde «se cocinan» las cosas importantes, las de cada corazón, las de cada familia, las de cada cultura. Solo en esta cercanía –podemos decir «de cocina»– uno puede discernir cuál es el vino que falta y cuál es el de mejor calidad que quiere dar el Señor.

Les sugiero meditar tres ámbitos de cercanía sacerdotal en los que estas palabras: «Hagan todo lo que Jesús les diga» deben resonar —de mil modos distintos pero con un mismo tono materno— en el corazón de las personas con las que hablamos: el ámbito del acompañamiento espiritual, el de la confesión y el de la predicación.

La cercanía en la conversación espiritual la podemos meditar contemplando el encuentro del Señor con la Samaritana. El Señor le enseña a discernir

primero cómo adorar, en Espíritu y en verdad; luego, con delicadeza, la ayuda a poner nombre a su pecado, sin ofenderla; y, por fin, el Señor se deja contagiar por su espíritu misionero y va con ella a evangelizar a su pueblo.

Modelo de conversación espiritual es el del Señor, que sabe hacer salir a la luz el pecado de la Samaritana sin que proyecte su sombra sobre su oración de adoradora ni ponga obstáculos a su vocación misionera.

La cercanía en la confesión la

podemos meditar contemplando el pasaje de la mujer adúltera. Allí se ve claro cómo la cercanía lo es todo porque las verdades de Jesús siempre acercan y se dicen (se pueden decir siempre) cara a cara. Mirando al otro a los ojos —como el Señor cuando se puso de pie después de haber estado de rodillas junto a la adúltera que querían apedrear, y puede decir: «Yo tampoco te condeno» (*Jn 8,11*), no es ir contra la ley. Y se puede agregar «En adelante no peques más» (*Jn 8,11*), no con

un tono que pertenece al ámbito jurídico de la verdad-definición —el tono de quien siente que tiene que determinar cuáles son los condicionamientos de la Misericordia divina— sino que es una frase que se dice en el ámbito de la verdad-fiel, que le permite al pecador mirar hacia adelante y no hacia atrás. El tono justo de este «no peques más» es el del confesor que lo dice dispuesto a repetirlo setenta veces siete.

Por último, *el ámbito de la predicación*. Meditamos en él

pensando en los que están lejos, y lo hacemos escuchando la primera prédica de Pedro, que debe incluirse dentro del acontecimiento de Pentecostés. Pedro anuncia que la palabra es «para los que están lejos» (*Hch 2,39*), y predica de modo tal que el kerigma les «traspasó el corazón» y les hizo preguntar: «¿Qué tenemos que hacer?» (*Hch 2,37*). Pregunta que, como decíamos, debemos hacer y responder siempre en tono mariano, eclesial. La homilía es la piedra de toque «para evaluar la

cercanía y la capacidad de encuentro de un Pastor con su pueblo» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 135). En la homilía se ve qué cerca hemos estado de Dios en la oración y qué cerca estamos de nuestro pueblo en su vida cotidiana.

La buena noticia se da cuando estas dos cercanías se alimentan y se curan mutuamente. Si te sientes lejos de Dios, por favor, acércate a su pueblo, que te sanará de las ideologías que te entibiaran el fervor. Los pequeños te enseñarán a mirar de otra

manera a Jesús. Para sus ojos, la Persona de Jesús es fascinante, su buen ejemplo da autoridad moral, sus enseñanzas sirven para la vida. Y si tú te sientes lejos de la gente, acércate al Señor, a su Palabra: en el Evangelio, Jesús te enseñará su modo de mirar a la gente, qué valioso es a sus ojos cada uno de aquellos por los que derramó su sangre en la Cruz. En la cercanía con Dios, la Palabra se hará carne en ti y te volverás un cura cercano a toda carne. En la cercanía con el pueblo de Dios,

su carne dolorosa se volverá palabra en tu corazón y tendrás de qué hablar con Dios, te volverás un cura intercesor. Al sacerdote cercano, ese que camina en medio de su pueblo con cercanía y ternura de buen pastor (y unas veces va adelante, otras en medio y otras veces va atrás, pastoreando), no es que la gente solamente lo aprecie mucho; va más allá: siente por él una cosa especial, algo que solo siente en presencia de Jesús. Por eso, no es una cosa más esto de «discernir nuestra

cercanía». En ella nos jugamos «hacer presente a Jesús en la vida de la humanidad» o dejar que se quede en el plano de las ideas, encerrado en letras de molde, encarnado a lo sumo en alguna buena costumbre que se va convirtiendo en rutina.

Queridos hermanos sacerdotes, pidamos a María, «Nuestra Señora de la Cercanía», que «nos acerque» entre nosotros y, a la hora de decirle a nuestro pueblo que «haga todo lo que Jesús le diga», nos unifique el tono, para que en la diversidad de nuestras opiniones, se haga

presente su cercanía materna,
esa que con su «sí» nos acercó
a Jesús para siempre.

30 de marzo de 2018.

Oración del Santo Padre
Francisco. Vía crucis en el
Coliseo.

Viernes Santo.

Señor Jesús, nuestra mirada
está dirigida a ti, llena de
vergüenza, de arrepentimiento
y de esperanza. Que ante tu
amor supremo nos impregna la
vergüenza para haberte dejado
solo y sufrir por nuestros
pecados:

la vergüenza por haber

escapado ante la prueba incluso habiendo dicho miles de veces: «aunque todos te dejen, yo no te dejaré»;

la vergüenza de haber elegido a Barrabás y no a ti, el poder y no a ti, la apariencia y no a ti, el dios dinero y no a ti, la mundanidad y no la eternidad;

la vergüenza por haberte tentado con la boca y con el corazón, cada vez que nos hemos encontrado ante una prueba, diciéndote: «¡si tú eres el mesías, sálvate y nosotros

creeremos!»;

la vergüenza porque muchas personas, e incluso algunos ministros tuyos, se han dejado engañar por la ambición y de la vana gloria perdiendo su dignidad y su primer amor;

la vergüenza porque nuestras generaciones están dejando a los jóvenes un mundo fracturado por las divisiones y las guerras; un mundo devorado por el egoísmo donde los jóvenes, los pequeños, los enfermos, los ancianos son

marginados;

la vergüenza de haber perdido
la vergüenza;

Señor Jesús, idanos siempre la
gracia de la santa vergüenza!

Nuestra mirada está llena
también de un arrepentimiento
que ante su silencio elocuente
suplica tu misericordia:

el arrepentimiento que brota de
la certeza de que solo tú
puedes salvarnos del mal, solo
tú puedes sanarnos de nuestra
lepra de odio, de egoísmo, de
soberbia, de codicia, de

venganza, de avaricia, de idolatría, solo tú puedes abrazarnos y darnos de nuevo la dignidad filial y alegrarnos por nuestra vuelta a casa, a la vida;

el arrepentimiento que florece del sentir nuestra pequeñez, nuestro nada, nuestra vanidad y que se deja acariciar por tu invitación suave y poderosa a la conversión;

el arrepentimiento de David que del abismo de su miseria reencuentra en ti su única

fuerza;

el arrepentimiento que nace de nuestra vergüenza, que nace de la certeza de que nuestro corazón permanecerá siempre inquieto hasta que no te encuentre a ti y en ti su única fuente de plenitud y de quietud;

el arrepentimiento de Pedro que encontrando tu mirada lloró amargamente por haberte negado delante de los hombres. Señor Jesús, idanos siempre la gracia del santo

arrepentimiento!

Delante de tu suprema
majestad se enciende, en la
tenebrosidad de nuestra
desesperación, la chispa de la
esperanza porque sabemos que
tu única medida para amarnos
es la de amarnos sin medida;

la esperanza porque tu
mensaje continúa inspirando,
todavía hoy, a muchas personas
y pueblos a los que solo el bien
puede derrotar el mal y la
maldad, solo el perdón puede
derrumbar el rencor y la
venganza, solo el abrazo

fraterno puede dispersar la
hostilidad y el miedo al otro;

la esperanza porque tu
sacrificio continúe, todavía hoy,
emanando el perfume del amor
divino que acaricia los
corazones de tantos jóvenes
que continúan consagrándote
sus vidas convirtiéndose en
ejemplos vivos de caridad y de
gratuidad en este nuestro
mundo devorado por la lógica
del beneficio y de la fácil
ganancia;

la esperanza porque tantos

misioneros y misioneras
continúan, todavía hoy,
desafiando la adormecida
conciencia de la humanidad
arriesgando la vida para
servirte en los pobres, en los
descartados, en los
inmigrantes, en los invisibles,
en los explotados, en los
hambrientos y en los presos;

la esperanza porque tu Iglesia,
santa y hecha de pecadores,
continúa, todavía hoy, no
obstante todos los intentos de
desacreditarla, siendo un luz
que ilumina, alienta, levanta y

testimonia tu amor ilimitado por la humanidad, un modelo de altruismo, un arca de salvación y una fuente de certeza y de verdad;

la esperanza porque de tu cruz, fruto de la avaricia y la cobardía de tantos doctores de la Ley e hipócritas, ha surgido la Resurrección transformando las tinieblas de la tumba en el brillo del alba del Domingo sin puesta de sol, enseñándonos que tu amor es nuestra esperanza.

¡Señor Jesús, danos siempre la gracia de la santa esperanza! Ayúdanos, Hijo del hombre, a despojarnos de la arrogancia del ladrón puesto a tu izquierda y de los miopes y de los corruptos, que han visto en ti una oportunidad para explotar, un condenado para criticar, un derrotado del que burlarse, otra ocasión para cargar sobre otros, e incluso sobre Dios, las propias culpas.

Sin embargo te pido, Hijo de Dios, que nos identifiquemos con el ladrón bueno que te ha

mirado con ojos llenos de vergüenza, de arrepentimiento y de esperanza; que, con los ojos de la fe, ha visto en tu aparente derrota la divina victoria y así se ha arrodillado delante de tu misericordia y con honestidad ha robado el paraíso! ¡Amén!

31 de marzo de 2018. Homilía en la vigilia pascual en la noche santa.

Sábado Santo.

Esta celebración la hemos comenzado fuera... inmersos en la oscuridad de la noche y en el frío que la acompaña. Sentimos el peso del silencio ante la muerte del Señor, un silencio en el que cada uno de nosotros puede reconocerse y cala hondo en las hendiduras del corazón del discípulo que ante la cruz se queda sin

palabras.

Son las horas del discípulo enmudecido frente al dolor que genera la muerte de Jesús: ¿Qué decir ante tal situación? El discípulo que se queda sin palabras al tomar conciencia de sus reacciones durante las horas cruciales en la vida del Señor: frente a la injusticia que condenó al Maestro, los discípulos hicieron silencio; frente a las calumnias y al falso testimonio que sufrió el Maestro, los discípulos callaron. Durante las horas difíciles y dolorosas de la Pasión, los

discípulos experimentaron de forma dramática su incapacidad de «jugársela» y de hablar en favor del Maestro. Es más, no lo conocían, se escondieron, se escaparon, callaron (cfr. *Jn* 18,25-27).

Es la noche del silencio del discípulo que se encuentra entumecido y paralizado, sin saber hacia dónde ir frente a tantas situaciones dolorosas que lo agobian y rodean. Es el discípulo de hoy, enmudecido ante una realidad que se le impone haciéndole sentir, y lo que es peor, creer que nada

puede hacerse para revertir tantas injusticias que viven en su carne nuestros hermanos. Es el discípulo atolondrado por estar inmerso en una rutina aplastante que le roba la memoria, silencia la esperanza y lo habitúa al «siempre se hizo así». Es el discípulo enmudecido que, abrumado, termina «normalizando» y acostumbrándose a la expresión de Caifás: «¿No les parece preferible que un solo hombre muera por el pueblo y no perezca la nación entera?» (*Jn 11,50*).

Y en medio de nuestros silencios, cuando callamos tan contundentemente, entonces las piedras empiezan a gritar (cf. *Lc 19,40*)[\[1\]](#) y a dejar espacio para el mayor anuncio que jamás la historia haya podido contener en su seno: «No está aquí ha resucitado» (*Mt 28,6*). La piedra del sepulcro gritó y en su grito anunció para todos un nuevo camino. Fue la creación la primera en hacerse eco del triunfo de la Vida sobre todas las formas que intentaron callar y enmudecer la alegría del

evangelio. Fue la piedra del sepulcro la primera en saltar y a su manera entonar un canto de alabanza y admiración, de alegría y de esperanza al que todos somos invitados a tomar parte.

Y si ayer, con las mujeres contemplábamos «al que traspasaron» (*Jn 19,36*; cf. *Za 12,10*); hoy con ellas somos invitados a contemplar la tumba vacía y a escuchar las palabras del ángel: «no tengan miedo... ha resucitado» (*Mt 28,5-6*). Palabras que quieren tocar nuestras

convicciones y certezas más hondas, nuestras formas de juzgar y enfrentar los acontecimientos que vivimos a diario; especialmente nuestra manera de relacionarnos con los demás. La tumba vacía quiere desafiar, movilizar, cuestionar, pero especialmente quiere animarnos a creer y a confiar que Dios «acontece» en cualquier situación, en cualquier persona, y que su luz puede llegar a los rincones menos esperados y más cerrados de la existencia. Resucitó de la muerte, resucitó

del lugar del que nadie esperaba nada y nos espera — al igual que a las mujeres— para hacernos tomar parte de su obra salvadora. Este es el fundamento y la fuerza que tenemos los cristianos para poner nuestra vida y energía, nuestra inteligencia, afectos y voluntad en buscar, y especialmente en generar, caminos de dignidad. ¡No está aquí...ha resucitado! Es el anuncio que sostiene nuestra esperanza y la transforma en gestos concretos de caridad. ¡Cuánto necesitamos dejar que

nuestra fragilidad sea ungida por esta experiencia, cuánto necesitamos que nuestra fe sea renovada, cuánto necesitamos que nuestros miopes horizontes se vean cuestionados y renovados por este anuncio! Él resucitó y con él resucita nuestra esperanza y creatividad para enfrentar los problemas presentes, porque sabemos que no vamos solos. Celebrar la Pascua, es volver a creer que Dios irrumpie y no deja de irrumpir en nuestras historias desafiando nuestros «conformantes» y

paralizadores determinismos.

Celebrar la Pascua es dejar que Jesús venza esa pusilánime actitud que tantas veces nos rodea e intenta sepultar todo tipo de esperanza.

La piedra del sepulcro tomó parte, las mujeres del evangelio tomaron parte, ahora la invitación va dirigida una vez más a ustedes y a mí:

invitación a romper las rutinas, renovar nuestra vida, nuestras opciones y nuestra existencia. Una invitación que va dirigida allí donde estamos, en lo que hacemos y en lo que somos;

con la «cuota de poder» que poseemos. ¿Queremos tomar parte de este anuncio de vida o seguiremos enmudecidos ante los acontecimientos?

¡No está aquí ha resucitado! Y te espera en Galilea, te invita a volver al tiempo y al lugar del primer amor y decirte: No tengas miedo, sígueme.

[1]«Les aseguro que si ellos callan, gritarán las piedras».

SANTO PADRE FRANCISCO.

Año 2018. Abril.



Textos tomados de:

www.vatican.va

Compuestos por:

alphonsus2002@gmail.com

ABRIL

1 de abril de 2018. Homilía en la Santa Misa del domingo de Resurrección.

2 de abril de 2018. REGINA COELI.

4 de abril de 2018. Audiencia general. La bendición impartida por el sacerdote y la despedida del pueblo.

7 de abril de 2018. Discurso a la asociación de sacerdotes del Prado.

7 de abril de 2018. Discurso a los muchachos de la diócesis de Brescia.

8 de abril de 2018. Homilía en la Santa Misa de la Divina Misericordia.

8 de abril de 2018. REGINA COELI.

10 de abril de 2018. Homilía en la Santa Misa con los misioneros de la misericordia.

11 de abril de 2018. Audiencia general. La vida cristiana. El bautismo.

15 de abril de 2018. Homilía en la visita pastoral a la parroquia romana de san Pablo de la Cruz.

15 de abril de 2018. REGINA COELI.

18 de abril de 2018.

Audiencia general. El bautismo
(II)

22 de abril de 2018. Homilía
en la Santa Misa con
ordenaciones sacerdotales.

22 de abril de 2018. REGINA
COELI.

25 de abril de 2018.

Audiencia general. El bautismo
(III)

28 de abril de 2018. Discurso
a los participantes en una
conferencia internacional
organizado por el Consejo
Pontificio de la Cultura.

29 de abril de 2018. REGINA

COELI.

1 de abril de 2018. Homilía en la Santa Misa del domingo de Resurrección.

Domingo de Pascua.

Después de la escucha de la Palabra de Dios, de este paso del Evangelio, me nace decir tres cosas.

Primero: el *anuncio*. Ahí hay un anuncio: el Señor ha resucitado. Este anuncio que desde los primeros tiempos de los cristianos iba de boca en boca; era el saludo: el Señor ha resucitado. Y las mujeres,

que fueron a ungir el cuerpo del Señor, se encontraron frente a una sorpresa. La sorpresa... Los anuncios de Dios son siempre sorpresas, porque nuestro Dios es el Dios de las sorpresas. Y así desde el inicio de la historia de la salvación, desde nuestro padre Abraham, Dios te sorprende: «Pero ve, ve, deja, vete de tu tierra». Y siempre hay una sorpresa detrás de la otra. Dios no sabe hacer un anuncio sin sorprendernos. Y la sorpresa es lo que te conmueve el corazón, lo que te toca precisamente

allí, donde tú no lo esperas. Para decirlo un poco con un lenguaje de los jóvenes: la sorpresa es un golpe bajo; tú no te lo esperas. Y Él va y te conmueve. Primero: el anuncio hecho sorpresa.

Segundo: la *prisa*. Las mujeres corren, van de prisa a decir: «¡Pero hemos encontrado esto!».

Las sorpresas de Dios nos ponen en camino, inmediatamente, sin esperar. Y así corren para ver. Y Pedro y Juan corren. Los pastores la noche de Navidad corren:

«Vamos a Belén a ver lo que nos han dicho los ángeles». Y la Samaritana, corre para decir a su gente: «Esta es una novedad: he encontrado a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho». Y la gente sabía las cosas que ella había hecho. Y aquella gente, corre, deja lo que está haciendo, también la ama de casa deja las patatas en la cazuela —las encontrará quemadas— pero lo importante es ir, correr, para ver esa sorpresa, ese anuncio. También hoy sucede. En nuestros barrios, en los

pueblos cuando sucede algo extraordinario, la gente corre a ver. Ir deprisa. Andrés no perdió tiempo y fue deprisa donde Pedro a decirle: «Hemos encontrado al Mesías».

Las sorpresas, las buenas noticias, se dan siempre así: deprisa. En el Evangelio hay uno que se toma un poco de tiempo; no quiere arriesgar. Pero el Señor es bueno, lo espera con amor, es Tomás. «Yo creeré cuando vea las llagas», dice. También el Señor tiene paciencia para aquellos que no van tan deprisa.

El anuncio-sorpresa, la respuesta deprisa y lo tercero que yo quisiera decir hoy es una pregunta: «¿Y yo qué? ¿Tengo el corazón abierto a las sorpresas de Dios? ¿Soy capaz de ir deprisa, o siempre con esa cantilena, “veré mañana, mañana”? ¿Qué me dice a mí la sorpresa?». Juan y Pedro fueron deprisa al sepulcro. De Juan el Evangelio nos dice: «Creed». También Pedro: «Creed», pero a su modo, con la fe un poco mezclada con el remordimiento de haber negado al Señor. El

anuncio causó sorpresa, la
carrera/ir deprisa y la
pregunta: ¿Y yo hoy en esta
Pascua de 2018 qué hago? ¿Tú,
qué haces?

2 de abril de 2018. REGINA
COELI.

Lunes del Ángel.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

El lunes después de Pascua se llama «Lunes del Ángel», según una tradición muy hermosa que corresponde a las fuentes bíblicas sobre la Resurrección.

Narran, de hecho, los Evangelios (cf. *Mt* 28, 1-10, *Mc* 16, 1-7; *Lc* 24, 1-12) que, cuando las mujeres fueron al Sepulcro, lo encontraron

abierto. Temieron no poder entrar porque la tumba había estado cerrada con una gran piedra. En cambio estaba abierta; y desde dentro una voz les dijo que Jesús no estaba allí, que había resucitado. Por primera vez se pronunciaron las palabras: «Ha resucitado». Los evangelistas nos refieren que este primer anuncio fue dado por los ángeles, es decir, los mensajeros de Dios. Hay un significado en esta presencia angélica: como quien anunció la Encarnación del Verbo fue un

ángel, Gabriel, así también no era suficiente una palabra humana para anunciar por primera vez la Resurrección. Era necesario un ser superior para comunicar una realidad tan sobrecogedora, tan increíble, que tal vez ningún hombre habría osado pronunciarla. Después de este primer anuncio, la comunidad de los discípulos comenzó a repetir: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» (*Lc, 24, 34*). Es hermoso este anuncio. Podemos decirlo todos juntos

ahora: «Verdaderamente el Señor ha resucitado». Este primer anuncio —«realmente ha resucitado»— requería una inteligencia superior a la humana.

El de hoy es un día de celebración y convivencia que generalmente se vive con la familia. Es un día familiar. Después de celebrar la Pascua, sentimos la necesidad de reunirnos con nuestros seres queridos y con amigos para hacer fiesta. Porque la fraternidad es el fruto de la Pascua de Cristo que, con su

muerte y resurrección derrotó el pecado que separaba al hombre de Dios, al hombre de sí mismo, al hombre de sus hermanos. Pero nosotros sabemos que el pecado siempre separa, siempre hace enemistad. Jesús abatió el muro de división entre los hombres y restableció la paz, empezando a tejer la red de una nueva fraternidad. Es muy importante, en este tiempo nuestro, redescubrir la fraternidad, así como se vivía en las primeras comunidades cristianas. Redescubrir cómo

dar espacio a Jesús que nunca separa, siempre une. No puede haber una verdadera comunión y un compromiso por el bien común y la justicia social sin la fraternidad y sin compartir. Sin un intercambio fraterno, no se puede crear una auténtica comunidad eclesial o civil: existe sólo un grupo de individuos motivados por sus propios intereses. Pero la fraternidad es una gracia que hace Jesús.

La Pascua de Cristo hizo estallar algo más en el mundo: la novedad del diálogo y de la

relación, algo nuevo que se ha convertido en una responsabilidad para los cristianos. De hecho, Jesús dijo: «En esto conocerán que todos sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (*Jn 13, 35*). He aquí por qué no podemos cerrarnos en nuestro privado, en nuestro grupo, sino que estamos llamados a ocuparnos del bien común, a cuidar de los hermanos, especialmente de aquellos más débiles y marginados. Solo la fraternidad puede

garantizar una paz duradera, vencer la pobreza, extinguir las tensiones y las guerras y erradicar la corrupción y la criminalidad. Que el ángel que nos dice: «ha resucitado», nos ayude a vivir la fraternidad y la novedad del diálogo y de la relación y la preocupación por el bien común.

Que la Virgen María, que en este tiempo pascual invocamos con el título de Reina del Cielo, nos sustente con su oración para que la fraternidad y la comunión que experimentamos en estos días pascuales puedan

convertirse en nuestro estilo de vida y en el alma de nuestras relaciones.

Después del Regina Coeli:

Queridos hermanos y hermanas:

En el clima pascual que caracteriza la jornada de hoy, saludo cordialmente a todos vosotros, familias, grupos parroquiales, asociaciones y peregrinos, venidos de Italia y de varias partes del mundo. Deseo que cada uno de vosotros pase estos días de la

Octava de Pascua en serenidad,
en los que se prolonga la
alegría de la Resurrección de
Cristo. Aprovechad cada buena
ocasión para presenciar la paz
del Señor resucitado
especialmente con respecto a
los más frágiles y
desfavorecidos. En este
sentido, deseo asegurar una
oración especial para el Día
mundial de la concienciación
del autismo, que se celebra
hoy.

Invocamos el don de la paz
para todo el mundo,
especialmente para la población

que más sufre por culpa de los conflictos en curso. Renuevo mi llamado para que las personas secuestradas o injustamente privadas de libertad sean liberadas y puedan regresar a sus casas.

¡Buen Lunes del Ángel! Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto y: «Verdaderamente el Señor ha resucitado».

4 de abril de 2018. Audiencia general. La bendición impartida por el sacerdote y la despedida del pueblo.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y buena Pascua!

Vosotros veis que hoy hay flores: las flores dicen alegría. En ciertos lugares, la Pascua se llama también «Pascua florida», porque florece el Cristo resucitado: es la flor nueva; florece nuestra justificación;

florece la santidad de la Iglesia. Por eso, muchas flores: es nuestra alegría. Toda la semana nosotros festejamos la Pascua, toda la semana. Y por eso, nos damos, una vez más, todos nosotros, el deseo de «Buena Pascua». Digamos juntos: «Buena Pascua», ¡todos!
[responden: «Buena Pascua»]. Quisiera también que felicitáramos la Pascua — porque fue Obispo de Roma— al amado Papa Benedicto, que nos sigue por televisión. Al Papa Benedicto, todos deseamos Buena Pascua: [dicen: «¡Buena

Pascua!»] Y un aplauso, fuerte. Con esta catequesis concluimos el ciclo dedicado a la misa, que es precisamente la conmemoración, pero no solamente como memoria, se vive de nuevo la Pasión y la Resurrección de Jesús. La última vez llegamos hasta la Comunión y la oración después de la Comunión; después de esta oración, la misa se concluye con la bendición impartida por el sacerdote y la despedida del pueblo (cf. Instrucción General del Misal Romano, 90). Como se

había iniciado con la señal de la cruz, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, se sella de nuevo en el nombre de la Trinidad la misa, es decir, la acción litúrgica.

Sin embargo, sabemos que mientras la misa finaliza, se abre el compromiso del testimonio cristiano. Los cristianos no van a misa para hacer una tarea semanal y después se olvidan, no. Los cristianos van a misa para participar en la Pasión y Resurrección del Señor y después vivir más como

cristianos: se abre el compromiso del testimonio cristiano. Salimos de la iglesia para «ir en paz» y llevar la bendición de Dios a las actividades cotidianas, a nuestras casas, a los ambientes de trabajo, entre las ocupaciones de la ciudad terrenal, «glorificando al Señor con nuestra vida». Pero si nosotros salimos de la iglesia charlando y diciendo: «mira esto, mira aquello...», con la lengua larga, la misa no ha entrado en mi corazón. ¿Por qué? Porque no soy capaz de

vivir el testimonio cristiano. Cada vez que salgo de la misa, debo salir mejor de como entré, con más vida, con más fuerza, con más ganas de dar testimonio cristiano. A través de la eucaristía el Señor Jesús entra en nosotros, en nuestro corazón y en nuestra carne, para que podamos «expresar en la vida el sacramento recibido en la fe» (*Misal Romano*. Colecta del lunes en la Octava Pascua).

De la celebración a la vida, por lo tanto, consciente de que la misa encuentra el término en

las elecciones concretas de quien se hace involucrar en primera persona en los misterios de Cristo. No debemos olvidar que celebramos la eucaristía para aprender a convertirnos en hombres y mujeres eucarísticos. ¿Qué significa esto? Significa dejar actuar a Cristo en nuestras obras: que sus pensamientos sean nuestros pensamientos, sus sentimientos los nuestros, sus elecciones nuestras elecciones. Y esto es santidad: hacer como hizo Cristo es santidad

cristiana. Lo expresa con precisión san Pablo, hablando de la propia asimilación con Jesús, y dice así: «Con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (*Gal 2, 19-20*). Este es el testimonio cristiano. La experiencia de Pablo nos ilumina también a nosotros: en la medida en la que mortificamos nuestro egoísmo, es decir, hacemos morir lo que se opone al Evangelio y al amor de Jesús, se crea dentro de nosotros un mayor espacio para la potencia de su Espíritu. Los

cristianos son hombres y mujeres que se dejan agrandar el alma con la fuerza del Espíritu Santo, después de haber recibido el Cuerpo y la Sangre de Cristo. ¡Dejaos agrandar el alma! No estas almas tan estrechas y cerradas, pequeñas, egoístas, ¡no! Almas anchas, almas grandes, con grandes horizontes... dejaos alargar el alma con la fuerza del Espíritu, después de haber recibido el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Ya que la presencia real de Cristo en el Pan consagrado no

termina con la misa
(cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1374), la eucaristía es custodiada en el tabernáculo para la comunión para los enfermos y para la adoración silenciosa del Señor en el Santísimo Sacramento; el culto eucarístico fuera de la misa, tanto de forma privada como comunitaria, nos ayuda de hecho a permanecer en Cristo (cf. ibíd., 1378-1380).

Los frutos de la misa, por tanto, están destinados a madurar en la vida de cada día. Podemos decir así, un poco forzando la

imagen: la misa es como el grano, el grano de trigo que después en la vida ordinaria crece, crece y madura en las buenas obras, en las actitudes que nos hacen parecernos a Jesús. Los frutos de la misa, por tanto, están destinados a madurar en la vida de cada día. En verdad, aumentando nuestra unión con Cristo, la eucaristía actualiza la gracia que el Espíritu nos ha donado en el bautismo y en la confirmación, para que nuestro testimonio cristiano sea creíble (cf. *ibíd.*, 1391-1392).

Entonces, encendiendo en nuestros corazones la caridad divina, ¿la eucaristía qué hace?

Nos separa del pecado:

«Cuanto más participamos en la vida de Cristo y más progresamos en su amistad, tanto más difícil se nos hará romper con Él por el pecado mortal» (*ibíd.*, 1395).

El habitual acercarnos al

Convite eucarístico renueva, fortalece y profundiza la unión con la comunidad cristiana a la que pertenecemos, según el principio que la eucaristía hace la Iglesia (cf. *ibíd.*, 1396), nos

une a todos.

Finalmente, participar en la eucaristía compromete en relación con los otros, especialmente con los pobres, educándonos a pasar de la carne de Cristo a la carne de los hermanos, en los que él espera ser reconocido por nosotros, servido, honrado, amado (cf. *ibíd.*, 1397).

Llevando el tesoro de la unión con Cristo en vasijas de barro (cf. 2 *Cor* 4, 7), necesitamos continuamente volver al santo altar, hasta cuando, en el paraíso, disfrutemos

plenamente la bienaventuranza del banquete de bodas del Cordero (cf. *Ap* 19, 9).

Demos gracias al Señor por el camino de redescubrimiento de la santa misa que nos ha donado para realizar juntos, y dejémonos atraer con fe renovada a este encuentro real con Jesús, muerto y resucitado por nosotros, nuestro contemporáneo. Y que nuestra vida «florezca» siempre así, como la Pascua, con las flores de la esperanza, de la fe, de las buenas obras. Que nosotros encontremos siempre la fuerza

para esto en la Eucaristía, en la unión con Jesús. ¡Buena Pascua a todos!

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española venidos de España y Latinoamérica. En esta semana de Pascua, en la que la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte resuena con toda su fuerza y belleza, los invito a nutrirse constantemente de la Eucaristía, dejándose renovar con el encuentro real con Jesús, hasta que gustemos

plenamente del banquete que nos tiene preparado por toda la eternidad.

Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

7 de abril de 2018. Discurso a la asociación de sacerdotes del Prado.

Sábado.

Queridos hermanos y hermanas:

Me complace daros la bienvenida con motivo de vuestra peregrinación a Roma, como miembros de la familia del Prado, comprometidos a dar la vida todos los días siguiendo los pasos y el ejemplo del Padre Antoine Chevrier al servicio de los más pobres. Este encuentro

me ofrece la oportunidad de dar gracias al Señor por el camino recorrido desde la época en que vuestro beato fundador, conmovido por la indigencia de los más desheredados de su tiempo, decidió hacerse prójimo de ellos para que pudieran conocer y amar a Jesucristo. Desde entonces la planta se ha desarrollado admirablemente: ahora formáis una hermosa familia de sacerdotes, de monjas y de laicas consagradas, distribuidos en varios países, habitados por el

mismo amor de Jesús que se hizo pobre entre los pobres, y por el mismo ardor de evangelizar.

Nuestra época también conoce sus pobreza, viejas y nuevas, materiales y espirituales, y son muchos los que a nuestro alrededor experimentan el sufrimiento, las heridas, las miserias y las angustias de todo tipo. Muy a menudo están lejos de la Iglesia e ignoran por completo la alegría y el consuelo que provienen del Evangelio. La misión que cumplir entre ellos es inmensa

y la Madre Iglesia es feliz de poder contar con el apoyo de los discípulos del Padre Chevrier. Efectivamente, no puedo por menos que aprobar y alentar la acción pastoral que lleváis a cabo según el carisma propio de vuestros institutos, un carisma que me toca personalmente y que está en el centro de la renovación misionera a la que está llamada toda la Iglesia; por "la íntima conexión que existe entre evangelización y promoción humana, que necesariamente debe expresarse y desarrollarse

en toda acción evangelizadora".
(Exhortación
apostólica *Evangelii Gaudium*,
178).

El santo Papa Juan Pablo II, con
ocasión de la beatificación del
Padre Chevrier, en 1986 en
Lyon, os propuso diferentes
orientaciones, que conocéis
muy bien, para fortalecer
vuestro dinamismo y, por mi
parte, solo puedo renovarlas.
Para retomar solamente una,
os pedía: "Hablad de Jesucristo
con la misma intensidad de fe
que el Padre Chevrier. [...] Los
pobres tienen derecho a que se

les hable de Jesucristo. Tienen derecho al Evangelio y a la totalidad del Evangelio " (*Discurso al Instituto del Prado, 7 de octubre de 1986*). De hecho, me gusta recordar, que la inmensa mayoría de los pobres tiene una apertura particular a la fe; necesitan a Dios, y la falta de atención espiritual hacia ellos constituye la peor discriminación: "La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria". (*Evangelii*

gaudium, 200).

Queridos hermanos y hermanas, os invito a regresar continuamente a la magnífica figura de vuestro fundador, a meditar sobre su vida, a pedir su intercesión. La experiencia espiritual que vivió intensamente —una inmensa compasión por los pobres, la comprensión y el compartir su sufrimiento y, al mismo tiempo, una contemplación del despojarse de Cristo que se convirtió en uno de ellos— fue la fuente de su ardor apostólico. Y también lo será de

vuestro dinamismo misionero. Que el Espíritu Santo os ilumine en los caminos que os llama a recorrer; os consuele frente a los desafíos y las dificultades. Al confiar vuestros Institutos y todos sus miembros a la intercesión del Beato Antoine Chevrier, ruego a la Virgen María que los mantenga bajo su protección materna, y os imparto de todo corazón mi bendición apostólica.

Boletín de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, 7 de abril de 2018.

7 de abril de 2018. Discurso a los muchachos de la diócesis de Brescia.

Sábado.

*Queridos chicos y chicas,
¡bienvenidos!*

Dicen que donde hay jóvenes hay ruido, pero aquí hay silencio [*exclamaciones alegres de los presentes*].

Os agradezco vuestro alegre recibimiento. Doy las gracias a vuestro obispo por su presentación y a las personas que os han acompañado en

esta peregrinación. ¡Gracias a todos!

Me impresionaron las palabras de ese joven al que el obispo acaba de citar –y que ya conocía antes–: "¿Realmente creen los obispos que los jóvenes pueden ayudar a la Iglesia a cambiar?". No sé si ese joven, que hizo esta pregunta, está aquí entre vosotros... ¿Está aquí? ... No está; de acuerdo. Pero en cualquier caso puedo decirle a él y a todos vosotros que esta pregunta también es muy importante para mí. Me importa

mucho que el próximo Sínodo de los Obispos, que tratará de "Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional", se prepare *escuchando realmente* a los jóvenes. Y puedo atestiguar que se está haciendo. También me lo demostráis vosotros, con el trabajo que se está llevando a cabo en vuestras diócesis. Y cuando digo "*escuchando realmente*" también me refiero a la disponibilidad para cambiar algo, para caminar juntos, para compartir sueños, como dijo ese joven.

Pero yo también tengo derecho a hacer preguntas y quiero haceros una pregunta.

Preguntáis con razón si los obispos estamos dispuestos a escucharos realmente y a cambiar algo en la Iglesia. Y yo os pregunto: *¿Vosotros, estáis dispuestos a escuchar a Jesús y a cambiar algo de vosotros?* Dejo ahí la pregunta para que entre en vuestro corazón. La repito. *¿Estáis dispuestos a escuchar a Jesús y a cambiar algo de vosotros mismos?* Si estáis aquí creo que es así, pero no puedo y no

quiero darlo por sentado. Que cada uno de vosotros reflexione para sí mismo, en su corazón: ¿Estoy dispuesto a hacer míos los sueños de Jesús? ¿O tengo miedo de que sus sueños pueden "*perturbar*" mis sueños?

¿Y cuál es el sueño de Jesús? El sueño de Jesús es lo que en los Evangelios se llama *el reino de Dios*. El reino de Dios significa amor con Dios y amor entre nosotros, formando una gran familia de hermanos y hermanas con Dios como Padre, que ama a todos sus hijos y se

llena de alegría cuando uno que se ha perdido vuelve a casa. Este es el sueño de Jesús. Pregunto: ¿Estáis dispuesto a hacerlo vuestro? ¿Estáis dispuestos a hacerlo vuestro? ¿También estáis dispuestos a cambiar para abrazar este sueño? [Los jóvenes responden: ¡Sí!]. Muy bien Jesús es muy claro. Dice: "Si uno quiere venir en pos de mí, es decir conmigo, tras de mí, niéguese a sí mismo". ¿Por qué usa esta palabra que suena un poco fea, "negarse a sí mismo"? ¿Por qué? ¿En qué sentido

debería entenderse? No significa despreciar lo que Dios mismo nos ha dado: la vida, los deseos, el cuerpo, las relaciones... No; todo esto Dios lo ha querido y lo quiere para nuestro bien. Sin embargo, Jesús pide al que quiere seguirlo que se "niegue a sí mismo", porque en cada uno de nosotros hay lo que en la Biblia se llama el "hombre viejo": hay un hombre viejo, un yo egoísta que no sigue la lógica de Dios, la lógica del amor, sino que sigue la lógica opuesta, la del egoísmo, la del interés propio,

a menudo enmascarado con una fachada buena, para ocultarlo. Vosotros sabéis todo esto, son cosas de la vida. Jesús murió en la cruz para liberarnos de esta esclavitud del hombre viejo, que no es exterior, es interior. Cuántos de nosotros somos esclavos del egoísmo, del apego a las riquezas, de los vicios. Estas son las esclavitudes interiores. Es el pecado, lo que nos hace morir por dentro. Solo Él, Jesús, puede salvarnos de este mal, pero necesita nuestra colaboración, que cada uno de

nosotros diga: "Jesús, perdóname, dame un corazón como el tuyo, humilde y lleno de amor". Es bonita esta oración: "Jesús, perdóname, dame un corazón como el tuyo, humilde y lleno de amor". Así amaba Jesús, así vivía Jesús. ¿Sabéis? Una oración como esa, ¡Jesús la toma en serio! Sí, y a los que se fían de Él les regala experiencias sorprendentes. Por ejemplo, sentir una nueva alegría al leer el Evangelio, la Biblia, una sensación de la belleza y de la verdad de su Palabra. O la de

sentirse atraído por participar en la Misa, que para un joven no es muy común, ¿no es verdad? Y en su lugar siente el deseo de estar con Dios, de permanecer en silencio ante la Eucaristía. O Jesús nos hace sentir su presencia en las personas que sufren, en los enfermos, en los excluidos.. Pensad en lo que habéis sentido cuando habéis hecho algo bueno, cuando habéis ayudado a alguien. ¿No es verdad que os habéis sentido bien? Es lo que da Jesús. Es Él quien nos cambia; es así. O nos da valor

para hacer su voluntad yendo a contracorriente, pero sin orgullo, sin presunción, sin juzgar a los demás ... Todas estas cosas son regalos suyos – son sus regalos– que hacen que nos sintamos cada vez más vacíos de nosotros mismos y más llenos de Él.

Los santos nos demuestran todo esto. San Francisco de Asís, por ejemplo: era un joven lleno de sueños, pero eran los sueños del mundo, no los de Dios. Jesús le habló en el crucifijo, en la iglesia de san Damián, y su vida cambió.

Abrazó el sueño de Jesús, se despojó de su hombre viejo, negó su yo egoísta y acogió a Jesús, humilde, pobre, sencillo, misericordioso, lleno de alegría y admiración por la belleza de las criaturas.

Y pensemos también en

Giovanni Battista

Montini, Pablo VI: estamos acostumbrados, con razón, a recordarlo como Papa. Pero antes fue un hombre joven, un chico como vosotros, de un pueblo de vuestra tierra. Me gustaría ponerlos unos deberes, unos “deberes para casa”:

descubrir cómo era Giovanni Battista Montini cuando era joven; como era en su familia, como estudiante, como era en el oratorio...; cuáles eran sus "sueños"... Intentad encontrarlo.

Queridos chicos y chicas, os agradezco esta visita, que me da alegría, tanta alegría.

Gracias. El Señor os bendiga y Nuestra Señora os acompañe en el camino. La vida es un camino. Hay que andar... Y por favor: no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!

Y ahora me gustaría daros la

bendición, pero antes recemos todos juntos a la Virgen: "Dios te salve, María..."

Boletín de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, 7 de abril de 2018.

8 de abril de 2018. Homilía en la Santa Misa de la Divina Misericordia.

II Domingo de Pascua.

En el Evangelio de hoy aparece varias veces el verbo *ver*: «Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor» (*Jn 20,20*); luego, dijeron a Tomás: «Hemos visto al Señor» (*Jn 20,25*). Pero el Evangelio no describe al Resucitado ni *cómo* lo vieron; solo hace notar un detalle: «Les enseñó las manos y el costado»

(Jn 20,20). Es como si quisiera decirnos que los discípulos reconocieron a Jesús de ese modo: a través de sus llagas. Lo mismo sucedió a Tomás; también él quería *ver* «en sus manos la señal de los clavos» (Jn 20,25) y después de *haber visto* creyó (Jn 20,27).

A pesar de su incredulidad, debemos agradecer a Tomás que no se conformara con escuchar a los demás decir que Jesús estaba vivo, ni tampoco con verlo en carne y hueso, sino que quiso *ver en profundidad*, tocar sus heridas,

los signos de su amor. El Evangelio llama a Tomás «Dídimo» (*Jn 20,24*), es decir, *mellizo*, y en su actitud es verdaderamente nuestro hermano mellizo. Porque tampoco para nosotros es suficiente saber que Dios existe; no nos llena la vida un Dios resucitado pero lejano; no nos atrae un Dios distante, por más que sea justo y santo. No, tenemos también la necesidad de "ver a Dios", de palpar que él resucitó, resucitó por nosotros.

¿Cómo podemos verlo? Como

los discípulos, a través de sus llagas. Al mirarlas, ellos comprendieron que su amor no era una farsa y que los perdonaba, a pesar de que estuviera entre ellos quien lo renegó y quien lo abandonó. Entrar en sus llagas es contemplar el amor inmenso que brota de su corazón. Este es el camino. Es entender que su corazón palpita por mí, por ti, por cada uno de nosotros. Queridos hermanos y hermanas: Podemos considerarnos y llamarnos cristianos, y hablar de los

grandes valores de la fe, pero, como los discípulos, necesitamos ver a Jesús *tocando su amor*. Solo así vamos al corazón de la fe y encontramos, como los discípulos, una paz y una alegría (cf. *Jn 20,19-20*) que son más sólidas que cualquier duda.

Tomás, después de haber visto las llagas del Señor, exclamó: «¡Señor mío y Dios mío!» (*Jn 20,28*). Quisiera llamar la atención sobre este adjetivo que Tomás repite: *mío*. Es un adjetivo posesivo y, si

reflexionamos, podría parecer fuera de lugar atribuirlo a Dios: ¿Cómo puede Dios ser mío? ¿Cómo puedo hacer mío al Omnipotente? En realidad, diciendo *mío* no profanamos a Dios, sino que honramos su misericordia, porque él es el que ha querido "hacerse nuestro". Y como en una historia de amor, le decimos: "Te hiciste hombre *por mí*, moriste y resucitaste *por mí*, y entonces no eres solo Dios; eres *mi Dios*, eres *mi vida*. En ti he encontrado el amor que buscaba y mucho más de lo que

jamás hubiera imaginado". Dios no se ofende de ser "nuestro", porque el amor pide intimidad, la misericordia suplica confianza. Cuando Dios comenzó a dar los diez mandamientos ya decía: «Yo soy el Señor, *tu Dios*» (Ex 20,2) y reiteraba: «Yo, el Señor, *tu Dios*, soy un Dios celoso» (Jn 20,5). He aquí la propuesta de Dios, amante celoso que se presenta como *tu Dios*. Y la respuesta brota del corazón conmovido de Tomás: «*¡Señor mío y Dios mío!*». Entrando hoy en el misterio de Dios a través

de las llagas, comprendemos que la misericordia no es una entre otras cualidades suyas, sino el latido mismo de su corazón. Y entonces, como Tomás, no vivimos más como discípulos inseguros, devotos pero vacilantes, sino que nos convertimos también en verdaderos enamorados del Señor. No tengamos miedo a esta palabra: *enamorados* del Señor.

¿Cómo saborear este amor, cómo tocar hoy con la mano la misericordia de Jesús? Nos lo sugiere el Evangelio, cuando

pone en evidencia que la misma noche de Pascua (cf. *Jn 20,19*), lo primero que hizo Jesús apenas resucitado fue dar el Espíritu para *perdonar los pecados*. Para experimentar el amor hay que pasar por allí: dejarse perdonar. Dejarse perdonar. Me pregunto a mí, y a cada uno de vosotros: ¿Me dejo perdonar? Para experimentar ese amor, se necesita pasar por esto: ¿Me dejo perdonar? "Pero, Padre, ir a confesarse parece difícil...", porque nos viene la tentación ante Dios de hacer como los

discípulos en el Evangelio:
atrincherarnos con las puertas
cerradas. Ellos lo hacían por
miedo y nosotros también
tenemos miedo, vergüenza de
abrirnos y decir los pecados.
Que el Señor nos conceda la
gracia de comprender
la *vergüenza*, de no
considerarla como una puerta
cerrada, sino como el primer
paso del encuentro. Cuando
sentimos vergüenza, debemos
estar agradecidos: quiere decir
que no aceptamos el mal, y
esto es bueno. La vergüenza es
una invitación secreta del alma

que necesita del Señor para vencer el mal. El drama está cuando no nos avergonzamos ya de nada. No tengamos miedo de sentir vergüenza. Pasemos de la vergüenza al perdón. No tengáis miedo de sentir vergüenza. No tengáis miedo.

Existe, en cambio, una puerta cerrada ante el perdón del Señor, la de la *resignación*. La resignación es siempre una puerta cerrada. La experimentaron los discípulos, que en la Pascua constataban amargamente que todo había

vuelto a ser como antes. Estaban todavía allí, en Jerusalén, desalentados; el "capítulo Jesús" parecía terminado y después de tanto tiempo con él nada había cambiado, se resignaron. También nosotros podemos pensar: "Soy cristiano desde hace mucho tiempo y, sin embargo, en mí no cambia nada, cometo siempre los mismos pecados". Entonces, desalentados, renunciamos a la misericordia. Pero el Señor nos interpela: "¿No crees que mi misericordia es más grande que

tu miseria? ¿Eres reincidente en pecar? Sé reincidente en pedir misericordia, y veremos quién gana". Además —quien conoce el sacramento del perdón lo sabe—, no es cierto que todo sigue como antes. En cada perdón somos renovados, animados, porque nos sentimos cada vez más amados, más abrazados por el Padre. Y cuando siendo amados caemos, sentimos más dolor que antes. Es un dolor benéfico, que lentamente nos separa del pecado. Descubrimos entonces que la fuerza de la vida es

recibir el perdón de Dios y seguir adelante, de perdón en perdón. Así es la vida: de vergüenza en vergüenza, de perdón en perdón. Esta es la vida cristiana.

Además de la vergüenza y la resignación, hay otra puerta cerrada, a veces blindada: *nuestro pecado*, el mismo pecado. Cuando cometo un pecado grande, si yo —con toda honestidad— no quiero perdonarme, ¿por qué debe hacerlo Dios? Esta puerta, sin embargo, está cerrada solo de una parte, la nuestra; que para

Dios nunca es infranqueable. A él, como enseña el Evangelio, le gusta entrar precisamente “con las puertas cerradas” —lo hemos escuchado—, cuando todo acceso parece bloqueado. Allí Dios obra maravillas. Él no decide jamás separarse de nosotros, somos nosotros los que le dejamos fuera. Pero cuando nos confesamos acontece lo inaudito: descubrimos que precisamente ese pecado, que nos mantenía alejados del Señor, se convierte en el lugar del encuentro con él. Allí, el Dios herido de amor

sale al encuentro de nuestras
heridas. Y hace que nuestras
llagas miserables sean
similares a sus llagas gloriosas.
Existe una transformación: mi
llaga miserable se parece a sus
llagas gloriosas. Porque él es
misericordia y obra maravillas
en nuestras miserias. Pidamos
hoy como Tomás la gracia de
reconocer a nuestro Dios, de
encontrar en su perdón nuestra
alegría, de encontrar en su
misericordia nuestra
esperanza.

8 de abril de 2018. REGINA
COELI.

Domingo de la Divina
Misericordia.

*Queridos hermanos y
hermanas:*

Antes de la bendición final, nos dirigiremos en oración a nuestra Madre celeste. Pero antes quiero daros las gracias a todos vosotros que habéis participado en esta celebración, en particular a los Misioneros de la Misericordia, reunidos para su encuentro. ¡Gracias por

vuestro servicio!

A nuestros hermanos y hermanas de las Iglesias Orientales que hoy, según el calendario juliano, celebran la Solemnidad de Pascua, envié mis deseos más cordiales. El Señor resucitado les colme de luces y de paz, y conforte a las comunidades que viven en situaciones particularmente difíciles.

Un saludo especial dirijo a los gitanos y a los sinti aquí presentes, con ocasión de su Jornada Internacional, el «*Romanò Dives*». Deseo paz y

hermandad a los miembros de estos antiguos pueblos, y deseo que la jornada de hoy favorezca la cultura del encuentro, con la buena voluntad de conocerse y respetarse recíprocamente. Es este el camino que nos lleva a una verdadera integración.

Queridos gitanos y sinti, rezad por mí y recemos juntos por vuestros hermanos refugiados sirios.

Saludo a todos los demás peregrinos aquí presentes, a los grupos parroquiales, a las familias, a las asociaciones; y

juntos nos ponemos bajo el manto de María, Madre de la Misericordia. (...)

Regina Caeli...

LLAMAMIENTO

Llegan de Siria noticias terribles de bombardeos con decenas de víctimas, muchas de ellas son mujeres y niños. Noticias de muchas personas golpeadas por los efectos de sustancias químicas contenidas en las bombas. Rezamos por todos los difuntos, por los heridos, por las familias que sufren. No hay una guerra buena y una mala, y nada,

nada puede justificar el uso de tales instrumentos de exterminio contra personas y poblaciones inermes. Recemos para que los responsables políticos y militares elijan el otro camino, el de la negociación, el único que puede llevar a una paz que no sea la de la muerte y de la destrucción.

10 de abril de 2018. Homilía en la Santa Misa con los misioneros de la misericordia.

Martes.

Hemos escuchado en el Libro de los Hechos: "Los apóstoles con gran poder, daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús" (*Hech 4, 33*). Todo comienza desde la Resurrección de Jesús: de allí viene el testimonio de los apóstoles y, a través de él, se generan la fe y la vida nueva de los miembros de la

comunidad, con su franco estilo evangélico.

Las lecturas de la misa de hoy ponen de manifiesto estos dos aspectos inseparables: *el renacimiento personal y la vida de la comunidad*. Y ahora, dirigiéndome a vosotros, queridos hermanos, pienso en vuestro ministerio que lleváis cabo desde el Jubileo de la Misericordia. Un ministerio que se mueve en ambas direcciones: al servicio de las personas, para que "renazcan desde lo alto" y al servicio de la comunidad, para que puedan

vivir el mandamiento del amor con alegría y coherencia.

Hoy la Palabra de Dios ofrece dos indicaciones que me gustaría brindaros, pensando precisamente en vuestra misión.

El Evangelio recuerda que aquel que está llamado a dar testimonio de la Resurrección de Cristo debe, *en primera persona, "nacer de lo alto"* (Jn 3, 7). De lo contrario, se termina como Nicodemo que, a pesar de ser un maestro en Israel, no entendía las palabras de Jesús cuando decía que

para "ver el reino de Dios" hay que "nacer de lo alto", nacer "del agua y del Espíritu" (cf. *Jn 3, 3-5*). Nicodemo no entendía la lógica de Dios, que es la lógica de la gracia, de la misericordia, por la cual el que se hace pequeño se vuelve grande, el que se hace último pasa a ser el primero, el que se reconoce enfermo se cura. Esto significa dejar realmente la primacía al Padre, a Jesús y al Espíritu Santo en nuestra vida. Atención: no se trata de convertirse en sacerdotes "poseídos", casi como si se

fuera depositario de un carisma extraordinario. No. Sacerdotes ordinarios, simples, humildes, equilibrados, pero capaces de dejarse regenerar constantemente por el Espíritu, dóciles a su fuerza, interiormente libres —sobre todo de sí mismos— porque les mueve el "viento" del Espíritu que sopla donde quiere (*Jn 3, 8*).

La segunda indicación se refiere al servicio a la comunidad: ser sacerdotes capaces de "*levantar*" en el "*desierto*"

del mundo el signo de la salvación, es decir, la Cruz de Cristo, como fuente de conversión y renovación para toda la comunidad y para el mundo mismo (ver *Jn 3, 14-15*). En particular, me gustaría hacer hincapié en que el Señor muerto y resucitado es la fuerza que crea la comunión en la Iglesia y, a través de la Iglesia, en toda la humanidad. Jesús lo dijo antes de la Pasión: "Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (*Jn 12, 32*). Esta fuerza de comunión se manifestó desde el

principio en la comunidad de Jerusalén donde —como atestigua el Libro de los Hechos — "la multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma" (*Hech 4,32*). Era una comunión que compartía los bienes de forma concreta, de modo que "todo era en común entre ellos" (*Hech 4,32*) Y "no había entre ellos ningún necesitado" (*Hech 4, 34*). Pero este estilo de vida de la comunidad también era "contagioso" para el exterior: la presencia viva del Señor resucitado produce

una fuerza de atracción que, a través del testimonio de la Iglesia y de las diversas formas de proclamación de la Buena Nueva, tiende a alcanzar a todos, ninguno excluido.

Vosotros, queridos hermanos, poned al servicio de este dinamismo vuestro ministerio específico de Misioneros de la Misericordia. En efecto, tanto la Iglesia como el mundo de hoy tienen una necesidad particular de Misericordia para que la unidad deseada por Dios en Cristo prevalezca sobre la acción negativa del maligno

que aprovecha muchos medios actuales, en sí mismos buenos, pero que, mal utilizados, en lugar de unir, dividen. Estamos convencidos de que "la unidad es superior al conflicto"

(*Evangelii gaudium*, 228), pero también sabemos que sin la Misericordia este principio no tiene fuerza para actuarse en lo concreto de la vida y de la historia.

Queridos hermanos, salid de este encuentro con la alegría de ser confirmados en el ministerio de la Misericordia. Antes que nada confirmados en

la grata confianza de ser
vosotros los primeros llamados
a renacer siempre de nuevo
"desde lo alto", desde el amor
de Dios. Y al mismo tiempo
confirmados en la misión de
ofrecer a todos el signo de
Jesús "levantado" de la tierra,
para que la comunidad sea
signo e instrumento de unidad
en medio del mundo.

11 de abril de 2018. Audiencia general. La vida cristiana. El bautismo.

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Los cincuenta días del tiempo litúrgico pascual son propicios para reflexionar sobre la vida cristiana que, por su naturaleza, es la vida que proviene de Cristo mismo.

Somos, de hecho, cristianos en la medida en la que dejamos vivir a Jesús en nosotros. ¿De

dónde partir entonces para reavivar esta conciencia si no desde el principio, desde el sacramento que encendió en nosotros la vida cristiana? Eso es el bautismo. La Pascua de Cristo, con su carga de novedad, nos alcanza a través del bautismo para transformarnos a su imagen: los bautizados son de Jesucristo, es Él el Señor de su existencia. El bautismo es «el fundamento de toda la vida cristiana» (*Catequismo de la Iglesia Católica*, 1213). Y el primero de los sacramentos, en

cuanto a que es la puerta que permite a Cristo Señor establecerse en nuestra persona y a nosotros sumergirnos en su Misterio. El verbo griego «bautizar» significa «sumergir» (cf. CCC, 1214). El baño con el agua es un rito común a varias creencias para expresar el paso de una condición a otra, señal de purificación para un nuevo inicio. Pero a nosotros cristianos no se nos debe escapar que si es el cuerpo lo que se sumerge en el agua, es el alma lo que se sumerge en

Cristo para recibir el perdón del pecado y resplandecer de luz divina (cf. Tertuliano, *De resurrectione mortuorum* VIII, 3: CCL 2, 931; PL 2, 806). En virtud del Espíritu Santo, el bautismo nos sumerge en la muerte y resurrección del Señor, ahogando en la fuente bautismal al hombre viejo, dominado por el pecado que separa de Dios y haciendo nacer al hombre nuevo, recreado en Jesús. En Él, todos los hijos de Adán están llamados a una vida nueva. El bautismo, es decir, es un

renacimiento. Estoy seguro, segurísimo de que todos nosotros recordamos la fecha de nuestro nacimiento: seguro. Pero me pregunto yo, un poco dubitativo, y os pregunto a vosotros: ¿cada uno de vosotros recuerda cuál fue la fecha de su bautismo? Alguno dicen que sí, está bien. Pero es un sí un poco débil porque tal vez muchos no recuerdan esto —. Pero si nosotros festejamos el día del nacimiento, ¿cómo no festejar —al menos recordar— el día del renacimiento? Os daré una tarea para casa, una

tarea hoy para hacer en casa. Aquellos de vosotros que no os acordéis de la fecha del bautismo, que pregunten a la madre, a los tíos, a los sobrinos, preguntad: «¿Tú sabes cuál es la fecha de mi bautismo?» y no la olvidéis nunca. Y ese día agradeced al Señor, porque es precisamente el día en el que Jesús entró en mí, el Espíritu Santo entró en mí. ¿Habéis entendido bien la tarea para casa? Todos debemos saber la fecha de nuestro bautismo. Es otro cumpleaños: el cumpleaños del

renacimiento. No os olvidéis de hacer esto, por favor.

Recordemos las últimas palabras del Resucitado a los apóstoles, son un mandato preciso: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Mt 28, 19*). A través de la pila bautismal, quien cree en Cristo se sumerge en la vida misma de la Trinidad.

No es, de hecho, un agua cualquiera la del bautismo, sino el agua en la que se ha invocado el Espíritu que «da la

vida» (Credo). Pensemos en lo que Jesús dijo a Nicodemo para explicarle el nacimiento en la vida divina: «El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es Espíritu» (*Jn 3, 5-6*). Por eso, el bautismo se llama también «regeneración»: creemos que Dios nos ha salvado «según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo» (*Tit 3, 5*).

El bautismo es por eso un signo

eficaz de renacimiento, para caminar en novedad de vida. Lo recuerda san Pablo a los cristianos de Roma: «¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva» (*Rom 6, 3-4*).

Sumergiéndonos en Cristo, el bautismo nos convierte

también en miembros de su Cuerpo, que es la Iglesia y partícipes de su misión en el mundo (cf. CCC, 1213).

Nosotros bautizados no estamos aislados: somos miembros del Cuerpo de Cristo. La vitalidad que brota de la fuente bautismal está ilustrada por estas palabras de Jesús: «Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto» (cf. *Jn* 15, 5). Una misma vida, la del Espíritu Santo, corre de Cristo a los bautizados, uniéndolos en un

solo Cuerpo (cf. *1 Cor* 12, 13),
ungido con la santa unción y
alimentado en el banquete
eucarístico.

El bautismo permite a Cristo
vivir en nosotros y a nosotros
vivir unidos a Él, para colaborar
en la Iglesia, cada uno según la
propia condición, en la
transformación del mundo.

Recibido una sola vez, el lavado
bautismal ilumina toda nuestra
vida, guiando nuestros pasos
hasta la Jerusalén del Cielo.

Hay un antes y un después del
bautismo. El sacramento
supone un camino de fe, que

llamamos catecumenado, evidente cuando es un adulto quien pide el bautismo. Pero también los niños, desde la antigüedad son bautizados en la fe de los padres (cf. *Rito del Bautismo de los niños*.

Introducción, 2). Y sobre esto yo quisiera decir una cosa. Algunos piensan: ¿Pero por qué bautizar a un niño que no entiende? Esperemos a que crezca, que entienda y sea él mismo quien pida el bautismo. Pero esto significa no tener confianza en el Espíritu Santo, porque cuando nosotros

bautizamos a un niño, en ese niño entra el Espíritu Santo y el Espíritu Santo hace crecer en ese niño, desde niño, virtudes cristianas que después florecen. Siempre se debe dar esta oportunidad a todos, a todos los niños, de tener dentro el Espíritu Santo que les guíe durante la vida. ¡No os olvidéis de bautizar a los niños! Nadie merece el bautismo, que es siempre un don para todos, adultos y recién nacidos. Pero como sucede con una semilla llena de vida, este don emana y da fruto en un terreno

alimentado por la fe. Las promesas bautismales que cada año renovamos en la Vigilia Pascual deben ser reiniciadas cada día para que el bautismo «cristifique»: no debemos tener miedo de esta palabra; el bautismo nos «cristifica», quien ha recibido el bautismo y va «cristificado». Se asemeja a Cristo, se transforma en Cristo y lo convierte verdaderamente en otro Cristo.

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española

venidos de España y
Latinoamérica. En este tiempo
pascual, los animo a recordar el
día de su bautismo, que es el
mayor regalo que hemos
recibido, para que haciendo
memoria de nuestra condición
de cristianos tomemos
conciencia de que
pertenecemos a Dios y estamos
llamados a ser testigos, en el
ámbito donde vivimos, de la
alegría de la salvación.
Que Dios los bendiga. Muchas
gracias.

15 de abril de 2018. Homilía en la visita pastoral a la parroquia romana de san Pablo de la Cruz.

Domingo.

Los discípulos sabían que Jesús había resucitado, porque lo había dicho María Magdalena por la mañana; después Pedro lo había visto, después los discípulos que habían vuelto de Emaús habían contado el encuentro con Jesús resucitado. Lo sabían: ha resucitado y vive. Pero esa verdad no había

entrado en el corazón. Esa verdad, sí, la sabían, pero dudaban. Preferían tener esa verdad en la mente, quizá. Es menos peligroso tener una verdad en la mente que tenerla en el corazón. Es menos peligroso.

Estaban todos reunidos y apareció el Señor. Y ellos desde antes se asustaron y creían que era un espíritu. Pero Jesús mismo les dijo: «¡No, mirad, tocadme. Ved las llagas. Un espíritu no tiene cuerpo. Mirad, soy yo!». ¿Pero por qué no creían? ¿Por qué dudaban? Hay

una palabra en el Evangelio que nos da la explicación: «Pero ya que por la alegría no creían todavía y estaban llenos de estupor...». Por la alegría no podían creer. ¡Era mucha esa alegría! ¡Si esto es verdad, es una alegría inmensa! «Ah, yo no creo. No puedo». No podían creer que hubiera tanta alegría; la alegría que lleva a Cristo.

Nos pasa también a nosotros cuando nos dan una buena noticia. Antes de acogerla en el corazón decimos: «¿Pero es verdad? ¿Pero cómo lo sabes?

¿Dónde lo has escuchado?». Lo hacemos para estar seguros, porque si esto es verdad, es una alegría grande. Esto nos sucede a nosotros en lo pequeño, ¡imagina a los discípulos! Era tanta la alegría que era mejor decir: «No, yo no lo creo». ¡Pero estaba allí! Sí, pero no podían. No podían aceptar; no podían dejar pasar en el corazón esa verdad que veían. Y al final, obviamente, creyeron. Y esta es la «renovada juventud» que nos dona el Señor. En la oración Colecta lo hemos hablado: la

«renovada juventud». Nosotros estamos acostumbrados a envejecer con el pecado... El pecado envejece el corazón, siempre. Te hace un corazón duro, viejo, cansado. El pecado cansa el corazón y perdemos un poco la fe en Cristo Resucitado: «No, no creo... Sería mucha alegría esto... Sí, sí, está vivo, pero está en el Cielo por sus cosas...». Pero ¡sus cosas soy yo! ¡Cada uno de nosotros! Pero esta unión no somos capaces de hacerla. El apóstol Juan, en la segunda lectura, dice: «Si alguno ha

pecado tenemos un abogado ante el Padre». No tengáis miedo, Él perdona. Él nos renueva. El pecado nos envejece, pero Jesús, resucitado, vivo, nos renueva. Esta es la fuerza de Jesús resucitado. Cuando nosotros nos acercamos al sacramento de la penitencia es para ser renovados, para rejuvenecer. Y esto lo hace Jesucristo. Es Jesús resucitado quien hoy está en medio de nosotros: estará aquí sobre el altar; está en la Palabra... Y sobre el altar estará así: ¡resucitado! Es

Cristo que quiere defendernos,
el abogado, cuando nosotros
hemos pecado, para
rejuvenecernos.

Hermanos y hermanas,
pidamos la gracia de creer que
Cristo está vivo, ¡ha resucitado!
Esta es nuestra fe, y si
nosotros creemos esto, las
demás cosas son secundarias.
Esta es nuestra vida, esta es
nuestra verdadera juventud. La
victoria de Cristo sobre la
muerte, la victoria de Cristo
sobre el pecado. Cristo está
vivo. «Sí, sí, ahora recibiré la
comunión...». Pero cuando tú

recibes la Comunión, ¿estás seguro de que Cristo está vivo ahí, ha resucitado? «Sí, es un poco de pan bendecido...». No, ¡eres Jesús! Cristo está vivo, ha resucitado en medio de nosotros y si nosotros no creemos esto, no seremos nunca buenos cristianos, no podremos serlo.

«Pero ya que por la alegría no creían todavía y estaban llenos de estupor». Pidamos al Señor la gracia de que la alegría no nos impida creer, la gracia de tocar a Jesús resucitado: tocarlo en el encuentro

mediante la oración; en el encuentro mediante los sacramentos; en el encuentro con su perdón que es la renovada juventud de la Iglesia; en el encuentro con los enfermos, cuando vamos a visitarles, con los presos, con los que están más necesitados, con los niños, con los ancianos. Si nosotros sentimos las ganas de hacer algo bueno, es Jesús resucitado quien nos empuja a esto. Y siempre la alegría, la alegría que nos hace jóvenes. Pidamos la gracia de ser una comunidad alegre, porque cada

uno de nosotros está seguro,
tiene fe, ha encontrado a Jesús
resucitado.

15 de abril de 2018. REGINA
COELI.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

En el centro de este tercer domingo de Pascua está la experiencia del Resucitado hecha por sus discípulos, todos juntos. Eso se evidencia especialmente en el Evangelio que nos introduce de nuevo otra vez en el Cenáculo, donde Jesús se manifiesta a los apóstoles, dirigiéndoles este

saludo: «La paz con vosotros» (Lc 24, 36). Es el saludo del Cristo Resucitado, que nos da la paz: «La paz con vosotros». Se trata tanto de la paz interior, como de la paz que se establece en las relaciones entre las personas. El episodio contado por el evangelista Lucas insiste mucho en el realismo de la Resurrección. Jesús no es un fantasma. De hecho, no se trata de una aparición del alma de Jesús, sino de su presencia real con el cuerpo resucitado. Jesús se da cuenta de que los

apóstoles están desconcertados al verlo porque la realidad de la Resurrección es inconcebible para ellos. Creen que están viendo un espíritu pero Jesús resucitado no es un espíritu, es un hombre con cuerpo y alma. Por eso, para convencerlos, les dice: «Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo» (Lc 24, 39). Y puesto que esto parece no servir para vencer la incredulidad de los discípulos, el Evangelio dice también una cosa interesante:

era tanta la alegría que tenían dentro que esta alegría no podían creerla: «¡No puede ser! ¡No puede ser así! ¡Tanta alegría no es posible!». Y Jesús, para convencerles, les dice: «¿Tenéis aquí algo de comer?» (Lc 24, 41). Ellos le ofrecen un pez asado; Jesús lo toma y lo come frente a ellos, para convencerles.

La insistencia de Jesús en la realidad de su Resurrección ilumina la perspectiva cristiana sobre el cuerpo: el cuerpo no es un obstáculo o una prisión del alma. El cuerpo está creado

por Dios y el hombre no está completo sino es una unión de cuerpo y alma. Jesús, que venció a la muerte y resucitó en cuerpo y alma, nos hace entender que debemos tener una idea positiva de nuestro cuerpo. Este puede convertirse en una ocasión o en un instrumento de pecado, pero el pecado no está provocado por el cuerpo, sino por nuestra debilidad moral. El cuerpo es un regalo maravilloso de Dios, destinado, en unión con el alma, a expresar plenamente la imagen y semejanza de Él. Por

lo tanto, estamos llamados a tener un gran respeto y cuidado de nuestro cuerpo y el de los demás. Cada ofensa o herida o violencia al cuerpo de nuestro prójimo, es un ultraje a Dios creador. Mi pensamiento va, en particular para los niños, las mujeres, los ancianos maltratados en el cuerpo. En la carne de estas personas encontramos el cuerpo de Cristo. Cristo herido, burlado, calumniado, humillado, flagelado, crucificado... Jesús nos ha enseñado el amor. Un amor que, en su Resurrección

demostró ser más poderoso que el pecado y que la muerte, y quiere salvar a todos aquellos que experimentan en su propio cuerpo las esclavitudes de nuestros tiempos. En un mundo donde prevalece la prepotencia contra los más débiles y el materialismo que sofoca el espíritu, el Evangelio de hoy nos llama a ser personas capaces de mirar profundamente, llenas de asombro y gran alegría por haber encontrado al Señor resucitado. Nos llama a ser personas que saben recoger y

valorar la novedad de vida que Él siembra en la historia, para orientarla hacia los cielos nuevos y la tierra nueva. Que nos sostenga en este camino la Virgen María, a cuya materna intercesión nos encomendamos con confianza.

Después del Regina Coeli:

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, en Vohipeno, en Madagascar, se proclama beato el mártir Luciano Botovaso, padre de familia, coherente

testigo de Cristo hasta el don heroico de la vida. Arrestado y asesinado por haber manifestado su voluntad de permanecer fiel al Señor y a la Iglesia, representa para todos nosotros un ejemplo de caridad y de fortaleza en la fe. Estoy profundamente preocupado por la situación mundial actual, en la cual, a pesar de los instrumentos a disposición de la comunidad internacional, es difícil acordar una acción común a favor de la paz en Siria y en otras regiones del mundo. Mientras rezo

incesantemente por la paz e invito a todas las personas de buena voluntad a continuar haciendo lo mismo, mi llamamiento nuevamente a todos los responsables políticos, para que prevalezcan la justicia y la paz.

Con dolor he recibido la noticia del asesinato de tres hombres secuestrados a finales de marzo en la frontera entre Ecuador y Colombia. Rezo por ellos y por sus familiares y estoy cerca del querido pueblo ecuatoriano, animándolo a ir adelante unido y pacífico, con la ayuda del

Señor y de su Santísima Madre. Encomiendo a vuestra oración a personas como Vincent Lambert, en Francia, al pequeño Alfie Evans, en Inglaterra, y a otros en diversos países, que viven, a veces durante mucho tiempo, en estado de grave enfermedad, asistidos médicamente para las necesidades primarias. Son situaciones delicadas, muy dolorosas y complejas. Oramos para que cada enfermo sea respetado en su dignidad y tratado de manera adecuada a

su condición, con el acuerdo de los familiares, médicos y los trabajadores de la salud con gran respeto por la vida. Os saludo con afecto a todos vosotros, peregrinos provenientes de Italia y de muchas partes del mundo: a las familias, a los grupos parroquiales, las escuelas, las asociaciones. Saludo en particular a los fieles de California; como también a aquellos de Arluno, Pontelongo, Scandicci, Génova-Pegli y Vibo Valentia; a los niños de la escuela «Hijas de Jesús» de

Módena y al grupo «Amigos de Pablo VI» de Pescara.

Os deseo a todos un buen domingo. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

18 de abril de 2018. Audiencia general. El bautismo (II)

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuamos, en este Tiempo de Pascua, las catequesis sobre el bautismo. El significado del bautismo destaca claramente de su celebración, por eso dirigimos a ella nuestra atención. Considerando los gestos y las palabras de la liturgia podemos acoger la gracia y el compromiso de este

sacramento, que está siempre por redescubrir.

Hacemos memoria en la aspersión con el agua bendita que se puede hacer el domingo al inicio de la misa, como también en la renovación de las promesas bautismales durante la Vigilia Pascual. De hecho, lo que sucede en la celebración del bautismo suscita una dinámica espiritual que atraviesa toda la vida de los bautizados; es el inicio de un proceso que permite vivir unidos a Cristo en la Iglesia. Por lo tanto, regresar a la

fuentes de la vida cristiana nos lleva a comprender mejor el don recibido en el día de nuestro bautismo y a renovar el compromiso de corresponder en las condiciones en las que hoy nos encontramos. Renovar el compromiso, comprender mejor este don que es el bautismo y recordar el día de nuestro bautismo, qué día fui bautizado. Yo sé que algunos de vosotros los saben, otro, no; los que no lo saben, que pregunten a los parientes, a aquellas personas, a los padrinos, a las madrinas... que

pregunten: «¿Cuál es la fecha de mi bautizo?». Porque el bautismo es un renacimiento y es como si fuera el segundo cumpleaños. ¿Entendido? Hacer esta tarea en casa, preguntar: «¿Cuál es la fecha de mi bautizo?»

En primer lugar, en el rito de acogida se pregunta el nombre del candidato, porque el nombre indica la identidad de una persona. Cuando nos presentamos decimos inmediatamente nuestro nombre: «Yo me llamo así», para salir del anonimato, el

anónimo es aquel que no tiene nombre. Para salir del anonimato inmediatamente decimos nuestro nombre. Sin nombre se permanece como desconocidos, sin derechos ni deberes. Dios llama a cada uno por el nombre, amándonos individualmente, en la concreción de nuestra historia. El bautismo enciende la vocación personal de vivir como cristianos, que se desarrollará durante toda la vida. E implica una respuesta personal y no prestada con un «copia y pega». La vida cristiana, de

hecho, está entretendida por una serie de llamadas y de respuestas: Dios continúa pronunciando nuestro nombre en el transcurso de los años, haciendo resonar de mil maneras su llamado a ser conformes a su Hijo Jesús. ¡Es importante, por lo tanto, el nombre! ¡Es muy importante! Los padres piensan en el nombre que dar al hijo ya desde antes del nacimiento: también esto forma parte de la espera de un hijo que, en el nombre propio, tendrá su identidad original, también

para la vida cristiana unida a Dios. Ciertamente, ser cristianos es un don que nace de lo alto (*Jn 3, 3-8*). La fe de no se puede comprar, pero sí pedir y recibir como regalo. «Señor, regálame el don de la fe» es una hermosa oración. «Que yo tenga fe» es una hermosa oración. Pedirla como regalo, pero no se puede comprar, se pide. De hecho, «el bautismo es el sacramento de esa fe con la que los hombres, iluminados por la gracia del Espíritu Santo, responden al Evangelio de Cristo». (*Ritual*

del bautismo de niños, Introd. gen., n. 3). A suscitar y despertar la fe sincera en respuesta al Evangelio tienden la formación de los catecúmenos y la preparación de los padres, como la escucha de la Palabra de Dios en la misma celebración del bautismo.

Si los catecúmenos adultos manifiestan en primera persona lo que desean recibir como don de la Iglesia, los niños son presentados por los padres, con los padrinos. El diálogo con ellos permite expresar la

voluntad de que los pequeños reciban el bautismo y a la Iglesia la intención de celebrarlo. «Expresión de todo esto es la señal de la cruz, que el celebrante y los padres trazan sobre la frente de los niños» (*Ritual del bautismo de niños*, Introd., n. 16). «La señal de la cruz, al comienzo de la celebración, señala la impronta de Cristo sobre el que le va a pertenecer y significa la gracia de la redención que Cristo nos ha adquirido por su cruz. (*Catecismo de la Iglesia católica*, 1235). En la

ceremonia hacemos sobre los niños la señal de la cruz. Pero quisiera volver sobre un tema del que os he hablado.

¿Nuestros niños sabe hacer el signo de la cruz bien? Muchas veces he visto a niños que para hacer la señal de la cruz hacen así..., no saben hacerlo, vosotros, padres, madres, abuelos, abuelas, padrinos, madrinas, debéis enseñarles a hacer bien la señal de la cruz porque es repetir lo que se ha hecho en el bautismo. ¿Habéis entendido bien? Enseñar a los niños a hacer bien la señal de

la cruz. Si lo aprenden desde niños lo harán bien después, de mayores. La cruz es el distintivo que manifiesta quién somos: nuestro hablar, pensar, mirar, obrar, está bajo el signo de la cruz, es decir, bajo la señal del amor de Jesús hasta el fin. Los niños son marcados en la frente. Los catecúmenos adultos son marcados también en los sentidos, con estas palabras: «Recibid la señal de la cruz en los oídos para escuchar la voz del Señor»; «en los ojos para ver la claridad de Dios»; «en la boca,

para responder a la palabra de Dios»; «en el pecho, para que Cristo habite por la fe en vuestros corazones»; «en la espalda, para llevar el suave yugo de Cristo» (*Rito de la iniciación cristiana de los adultos*, n. 85). Cristiano se es en la medida en la que la cruz se imprime en nosotros como una marca «pascual» (cf. *Ap* 14, 2; 22, 4), haciendo visible, también exteriormente, el modo cristiano de afrontar la vida.

Hacer la señal de la cruz cuando nos despertamos, antes

de las comidas, ante un peligro, en defensa contra el mal, la noche antes de dormir, significa decirnos a nosotros mismos y a los demás a quién pertenecemos, quien queremos ser. Por eso, es muy importante enseñar a los niños a hacer bien la señal de la cruz. Y, como hacemos entrando en la iglesia, podemos hacerlo también en casa, conservando un pequeño vaso un poco de agua bendita —algunas familias lo hacen: así, cada vez que entramos o salimos, haciendo el signo de la cruz con el agua recordamos

que estamos bautizados. No os olvidéis, repito: enseñar a los niños a hacer la señal de la cruz.

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española provenientes de España y Latinoamérica. En este tiempo de Pascua, pidamos a la Virgen María que nos ayude a renovar la gracia del bautismo que hemos recibido, para vivir cada día más unidos a Cristo como miembros de la Iglesia. Que el Señor los bendiga. Muchas

gracias.

(Al finalizar la audiencia el Papa lanzó un llamamiento al Banco Mundial y otro por Vincent Lambert y Alfie Evans.)

El próximo sábado tendrán lugar en Washington las reuniones primaverales del Banco Mundial. Aliento los esfuerzos que, mediante la inclusión financiera buscan promover la vida de los pobres, favoreciendo un auténtico desarrollo integral y respetuoso de la dignidad humana. Llamo la atención de nuevo

sobre Vincent Lambert y sobre el pequeño Alfie Evans, y quisiera reiterar y confirmar con fuerza que el único dueño de la vida, desde el inicio al final natural, ¡es Dios! Y nuestro deber, nuestro deber es hacer de todo para custodiar la vida. Pensemos en silencio y recemos para que sea respetada la vida de todas las personas y especialmente de estos dos hermanos nuestros. Rezamos en silencio.

22 de abril de 2018. Homilía en la Santa Misa con ordenaciones sacerdotales.

Domingo.

Hermanos queridísimos:

Estos días nuestros hijos han sido llamados al orden del presbiterio. Reflexionemos atentamente a qué ministerio serán elevados en la Iglesia. Como vosotros bien sabéis, el Señor Jesús es el único Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento, pero en Él también todo el pueblo santo de Dios

fue constituido pueblo sacerdotal. Sin embargo, entre todos sus discípulos, el Señor Jesús quiere elegir a algunos en particular, para que ejerciendo públicamente en la Iglesia en su nombre el oficio sacerdotal a favor de todos los hombres, continuara su misión personal de maestro, sacerdote y pastor.

Como, de hecho, por esto Él había sido enviado por el Padre, así Él envió a su vez en el mundo primero a los apóstoles y después a los obispos y a sus sucesores, a los que finalmente

fueron dados como colaboradores los presbíteros que, a ellos unidos en el ministerio sacerdotal, están llamados al servicio del Pueblo de Dios. Después de una madura reflexión, ahora estamos a punto de elevar a la orden de los presbíteros a estos nuestros hermanos, para que, al servicio de Cristo, Maestro, Sacerdote, Pastor, cooperen para edificar el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia en Pueblo de Dios y Templo santo del Espíritu. Ellos estarán, de hecho, configurados para Cristo

Sumo y Eterno Sacerdote, es decir, serán consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento y a este título, que les une en el sacerdocio a su obispo, serán predicadores del Evangelio, Pastores del Pueblo de Dios y presidirán las acciones de culto, especialmente en la celebración del sacrificio del Señor. En cuanto a vosotros, amados hijos y hermanos, que estáis a punto de ser promovidos al presbiterio, considerad que al ejercer el ministerio de la Sagrada Doctrina, vosotros

seréis partícipes de la misión de Cristo, único Maestro.

Dispensad a todos la Palabra de Dios que vosotros mismos habéis recibido con alegría.

Leed y meditad asiduamente la Palabra del Señor para creer lo que habéis leído, para enseñar lo que ha aprendido en la fe, vivir lo que habéis enseñado.

Que sea, por lo tanto, nutrición para el pueblo vuestra doctrina, alegría y sustento a los fieles de Cristo el perfume de vuestra vida. Y que con la palabra y el ejemplo podáis edificar la Casa de Dios que es la Iglesia.

Vosotros continuaréis la obra santificadora de Cristo.

Mediante vuestro ministerio, el sacrificio espiritual de los fieles se hace perfecto, porque está unido al sacrificio de Cristo, que por vuestras manos, en nombre de toda la Iglesia, se ofrece sin derramamiento de sangre sobre el altar en la celebración de los Santos Misterios. Reconoced, por lo tanto, lo que hacéis. Imitad lo que celebráis porque al participar en el misterio de la muerte y resurrección del Señor, lleváis la muerte de

Cristo a sus miembros y
camináis con Él en la novedad
de la vida.

Con el bautismo agregaréis
nuevos fieles al Pueblo de Dios.

Con el sacramento de
penitencia perdonaréis los
pecados en el nombre de Cristo
y de la Iglesia. Y aquí me

detengo para pedir: por
favor, no os canséis de ser
misericordiosos. Pensad en
vuestros pecados, en vuestras
miserias que Jesús perdona.

Sed misericordiosos. Con el
aceite santo daréis alivio a los
enfermos. Celebrando los

sagrados ritos y elevando la oración de alabanza y súplica durante las diversas horas del día, os haréis voz del Pueblo de Dios y de toda la humanidad. Conscientes de haber sido elegidos entre los hombres y constituidos en su favor para atender las cosas de Dios, ejercitad en alegría y caridad sincera la obra sacerdotal de Cristo, únicamente intentos de complacer a Dios y no a vosotros mismos o a los hombres, por otros intereses. Solamente el servicio a Dios, para el bien del santo pueblo

fiel de Dios. Finalmente, participando en la misión de Cristo, Jefe y Pastor, en comunión filial con vuestro obispo, comprometeos en unir a los fieles en una única familia para conducirlos a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo y tened siempre delante de los ojos el ejemplo del Buen Pastor, que no vino para ser servido, sino para servir y para buscar y salvar lo que estaba perdido.

22 de abril de 2018. REGINA
COELI.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

La liturgia de este cuarto domingo de Pascua continúa en el intento de ayudarnos a redescubrir nuestra identidad de discípulos del Señor resucitado. En los Hechos de los Apóstoles, Pedro declara abiertamente que la curación de los lisiados, realizada por él y de la que habla todo

Jerusalén, tuvo lugar en el nombre de Jesús, porque «no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos» (*Hech 4, 12*). En ese hombre sanado está cada uno de nosotros —ese hombre es la figura de nosotros: nosotros estamos todos allí—, están nuestras comunidades: cada uno puede recuperarse de las muchas formas de debilidad espiritual que tiene: ambición, pereza, orgullo, si acepta depositar con confianza su existencia en las manos del

Señor resucitado. «Por el nombre de Jesucristo, el Nazareno —afirma Pedro— a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por su nombre y no por ningún otro se presenta éste aquí sano delante de vosotros» (*Hech 4, 10*) ¿Pero quién es Cristo sanador? ¿En qué consiste ser sanado por Él? ¿De qué nos cura? ¿Y mediante qué maneras?

La respuesta a todas estas preguntas la encontramos en el Evangelio de hoy, donde Jesús dice: «Yo soy el buen pastor. El

buen pastor da su vida por las ovejas» (*Jn 10, 11*). Esta autopresentación de Jesús no puede ser reducida a una sugestión emotiva, sin ningún efecto concreto. Jesús sana siendo un pastor que da vida. Dando su vida por nosotros. Jesús le dice a cada uno: «tu vida es tan valiosa para mí, que para salvarla yo doy todo de mí mismo». Es precisamente esta ofrenda de vida lo que lo hace el buen Pastor por excelencia, el que sana, el que nos permite vivir una vida bella y fructífera. La segunda parte de la misma

página evangélica nos dice en qué condiciones Jesús puede sanarnos y puede hacer nuestra vida bella y fecunda: «Yo soy el buen pastor, —dice Jesús— conozco a mis ovejas y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo conozco al Padre» (*Jn* 10, 14-15). Jesús no habla de un conocimiento intelectual, sino de una relación personal, de predilección, de ternura mutua, un reflejo de la misma relación íntima de amor entre Él y el Padre. Esta es la actitud a través de la cual se realiza una

relación viva y personal con Jesús: dejándonos conocer por Él. No cerrándonos en nosotros mismos, abrirse al Señor, para que Él me conozca. Él está atento a cada uno de nosotros, conoce nuestro corazón profundamente: conoce nuestras fortalezas y nuestras debilidades, los proyectos que hemos logrado y las esperanzas que fueron decepcionadas. Pero nos acepta tal como somos, nos conduce con amor, porque de su mano podemos atravesar incluso caminos inescrutables sin perder el rumbo. Nos

acompaña Él.

A nuestra vez, nosotros estamos llamados a conocer a Jesús. Esto implica buscar un encuentro con Él, que despierte el deseo de seguirlo abandonando las actitudes autorreferenciales para emprender nuevos senderos, indicados por Cristo mismo y abiertos a vastos horizontes. Cuando en nuestras comunidades se enfría el deseo de vivir la relación con Jesús, de escuchar su voz y seguirlo fielmente, es inevitable que prevalezcan otras formas de

pensar y vivir que no son coherentes con el Evangelio. Que María, nuestra Madre nos ayude a madurar una relación cada vez más fuerte con Jesús. Abrirnos a Jesús para que entre dentro de nosotros. Una relación más fuerte: Él ha resucitado. Así podemos seguirlo para toda la vida. En esta Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, que María interceda para que muchos respondan con generosidad y perseverancia al Señor que llama a dejar todo por su Reino.

Después del Regina Coeli:

Queridos hermanos y hermanas:

Estoy preocupado por lo que está sucediendo estos días en Nicaragua, donde, después de una protesta social, se han verificado desencuentros que han causado algunas víctimas. Expreso mi cercanía con la oración por este amado país y me uno a los obispos para pedir que cese toda violencia, se evite un derramamiento inútil de sangre y que las cuestiones abiertas se resuelvan pacíficamente; con sentido de

responsabilidad.

Como mencioné hace poco, en este cuarto Domingo de Pascua y de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones que este año lleva como tema «Escuchar, discernir, vivir la llamada del Señor».

Agradecemos al Señor porque Él continúa suscitando en la Iglesia historias de amor por Jesucristo, para alabar su gloria y servir a sus hermanos. Hoy, en particular, agradecemos a los nuevos sacerdotes a quienes ordené hace poco en la Basílica de San Pedro y le

pedimos al Señor que envíe muchos buenos obreros para trabajar en su viña, y que multiplique las vocaciones a la vida consagrada y al matrimonio cristiano. Como decía, ordené hoy a dieciséis sacerdotes. De estos dieciséis, cuatro han venido para saludaros y daros la bendición conmigo. [4 sacerdotes se asoman a la ventana junto al Papa].

Saludo de corazón a todos vosotros, romanos y peregrinos de Italia y de muchos países, en particular a aquellos

procedentes de Setúbal, Lisboa, Cracovia y a las hermanas Pías Discípulas del Divino Maestro, llegadas de Corea. Saludo a los peregrinos de Castiglione d'Adda, Torralba, Modica, Cremona y Brescia. Al coro parroquial de Ugovizza; a los chicos de la confirmación de Gazzaniga, Pollenza y Cisano sul Neva. A todos os deseo un buen domingo; y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto.

25 de abril de 2018. Audiencia general. El bautismo (III)

Miércoles.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuamos nuestra reflexión sobre el bautismo, siempre a la luz de la Palabra de Dios. Es el Evangelio que ilumina a los candidatos y suscita la adhesión de fe: «el Bautismo es de un modo particular “el sacramento de la fe” por ser la entrada sacramental en la vida de fe» (*Catecismo de la Iglesia*

católica, 1236). Y la fe es la entrega de sí mismos al Señor Jesús, reconocido como «fuente de agua [...] para vida eterna» (*Juan 4, 14*), «luz del mundo» (*Jn 9, 5*), «vida y resurrección» (*Jn 11, 25*), como enseña el itinerario recorrido, todavía hoy, por los catecúmenos ya cercanos a recibir la iniciación cristiana. Educados por la escucha de Jesús, de su enseñanza y de sus obras, los catecúmenos reviven la experiencia de la mujer samaritana sedienta de agua viva, del ciego de nacimiento

que abre los ojos a la luz, de Lázaro que sale del sepulcro. El Evangelio lleva en sí la fuerza de transformar a quien lo acoge con fe, arrancándolo del dominio del maligno para que aprenda a servir al Señor con alegría y novedad de vida. A la fuente bautismal no se va nunca solo, sino acompañados de la oración de toda la Iglesia, como recuerdan las letanías de los santos que preceden la oración de exorcismo y la unción prebautismal con el óleo de los catecúmenos. Son gestos que, desde la antigüedad,

aseguran a quienes se preparan a renacer como hijos de Dios que la oración de la Iglesia les asiste en la lucha contra el mal, les acompaña en el camino del bien, les ayuda a escapar del poder del pecado para pasar en el reino de la gracia divina. La oración de la Iglesia. La Iglesia reza y reza por todos, ¡por todos nosotros! Nosotros Iglesia, rezamos por los demás. Es algo bonito rezar por los demás. Cuántas veces no necesitamos nada urgente y no rezamos. Nosotros debemos rezar, unidos a la Iglesia, por

los demás: «Señor, yo te pido por esas personas que tienen necesidad, porque aquellos que no tienen fe...». No os olvidéis: la oración de la Iglesia siempre está en marcha. Pero nosotros debemos entrar en esta oración y rezar por todo el pueblo de Dios y por esos que necesitan de las oraciones. Por eso, el camino de los catecúmenos adultos está marcado por repetidos exorcismos pronunciados por el sacerdote (cf. CCC, 1237), o sea, por oraciones que invocan la liberación de todo lo que separa

de Cristo e impide la íntima unión con Él. También para los niños se pide a Dios liberarles del pecado original y consagrarlos como casa del Espíritu Santo (cf. *Rito del Bautismo de los niños*, n. 56). Los niños. Rezar por los niños, por la salud espiritual y corporal. Es una forma de proteger a los niños con la oración. Como prueban los Evangelios, Jesús mismo combatió y expulsó los demonios para manifestar la llegada del reino de Dios (cf. *Mt* 12, 28): su victoria

sobre el poder del maligno deja libre espacio a la señoría de Dios que alegra y reconcilia con la vida.

El bautismo no es una fórmula mágica sino un don del Espíritu Santo que habilita a quien lo recibe «a luchar contra el espíritu del mal», creyendo que «Dios ha mandado en el mundo a su Hijo para destruir el poder de satanás y transferir al hombre de las tinieblas en su reino de luz infinita» (cf. *Rito del Bautismo de los niños*, n. 56). Sabemos por experiencia que la vida cristiana está

siempre sujeta a la tentación, sobre todo a la tentación de separarse de Dios, de su querer, de la comunión con Él, para recaer en los lazos de las seducciones mundanas. Y el bautismo nos prepara, nos da fuerza para esta lucha cotidiana, también la lucha contra el diablo que —como dice san Pedro— como un león trata de devorarnos, de destruirnos.

Además de la oración, está después la unción en el pecho con el óleo de los catecúmenos, los cuales «reciben la fuerza

para que puedan renunciar al diablo y al pecado, antes de que se acerquen y renazcan de la fuente de la vida» (*Bendición de los óleos, premisas*, n.3). Por la propiedad del óleo de penetrar en los tejidos del cuerpo dando beneficio, los antiguos luchadores solían rociarse de óleo para tonificar los músculos y para huir más fácilmente de ser tomado por el adversario. A la luz de este simbolismo, los cristianos de los primeros siglos han adoptado el uso de ungir el cuerpo de los candidatos al bautismo con óleo

bendecido por el obispo, para representar, mediante este «signo de salvación», que el poder de Cristo Salvador fortifica para luchar contra el mal y vencerlo (cf. *Rito del Bautismo de los niños*, n. 105). Es cansado combatir contra el mal, escapar de sus engaños, retomar fuerzas después de una lucha agotadora, pero debemos saber que toda la vida cristiana es una lucha. Pero debemos saber que no estamos solos, que la Madre Iglesia reza para que sus hijos, regenerados en el bautismo, no sucumban a

las insidias del maligno sino que le venzan por el poder de la Pascua de Cristo. Fortificados por el Señor Resucitado, que ha derrotado al príncipe de este mundo (cf. *Jn 12, 31*), también nosotros podemos repetir con la fe de san Pablo: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (*Filipenses 4, 13*). Todos nosotros podemos vencer, vencer todo, pero con la fuerza que me viene de Jesús.

LLAMAMIENTO

El próximo viernes, 27 de abril, en Panmunjom tendrá lugar un

encuentro inter-coreano, en el cual participarán los líderes de las dos Coreas, el señor Moon Jae-in y el señor Kim Jong Un. Tal encuentro será una ocasión propicia para iniciar un diálogo transparente y un recorrido concreto de reconciliación y de reencontrada fraternidad, con el fin de garantizar la paz en la península coreana y en el mundo entero.

Al pueblo coreano, que desea ardientemente la paz, aseguro mi personal oración y la cercanía de toda la Iglesia. La Santa Sede acompaña, sostiene

y alienta cada iniciativa útil y sincera para construir un futuro mejor, bajo el signo del encuentro y de la amistad entre los pueblos. A aquellos que tienen responsabilidades políticas directas, pido tener la valentía de la esperanza haciéndose «artesanos» de paz, mientras les exhorto a proseguir con confianza el camino emprendido por el bien de todos. Y si como Dios es Padre de todos y Padre de paz, os invito a rezar a nuestro Padre, Dios, Padre de todos, por el pueblo coreano, tanto los

que están al sur como los que están al norte.

Oración del Padre Nuestro

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los grupos provenientes de España y América Latina. Los animo a perseverar en este combate, manteniéndose firmes en la fe en Jesucristo, vencedor del pecado y de la muerte, y constantes en la oración al Padre, pidiendo por todos los que se encuentran en peligro y

sufren tribulación. Muchas gracias.

28 de abril de 2018. Discurso a los participantes en una conferencia internacional organizado por el Consejo Pontificio de la Cultura.

Sábado.

Queridos amigos: buenos días.
Os doy a todos vosotros una cordial bienvenida. Doy las gracias al cardenal Ravasi por las palabras que me ha dirigido y por promover esta iniciativa que ofrece una serie de temas que van más allá de una reflexión teórica e indican un

itinerario a seguir.

Cuando veo que los representantes de diferentes culturas, sociedades y religiones aúnan sus fuerzas, emprendiendo un camino común de reflexión y compromiso en favor de los que sufren, me alegro porque la persona humana es un punto de encuentro y un «lugar» de unidad. De hecho, frente al problema del sufrimiento humano, es necesario saber cómo crear sinergias entre personas e instituciones, también superando los

prejuicios, para cultivar la atención y el esfuerzo de todos en favor de la persona enferma.

Agradezco a todos aquellos que, en este esfuerzo del Consejo Pontificio para la Cultura y las instituciones con él involucradas —la Fundación Vaticana de Ciencia y *Fe-STOQ*, la *CURA Foundation* y la Fundación *Stem for Life*— han ofrecido su contribución. De manera especial estoy agradecido con los diferentes dicasterios de la Santa Sede que han colaborado en este

proyecto: la Secretaría de Estado —Sección de Relaciones con los Estados—, la Academia Pontificia para la Vida, la Academia Pontificia de las Ciencias y la Secretaría para la Comunicación.

El recorrido de esta Conferencia se sintetiza en cuatro verbos: prevenir, reparar, curar y preparar el futuro. Sobre estos me gustaría reflexionar brevemente.

Somos cada vez más conscientes del hecho de que muchos males podrían evitarse si se prestara más atención al

estilo de vida que asumimos y a la cultura que promovemos. Prevenir significa tener una mirada previsorra hacia el ser humano y el ambiente en que vive. Significa pensar en una cultura del equilibrio en la que todos los factores esenciales (educación, actividad física, dieta, protección del medio ambiente, observación de los «códigos de salud» derivados de prácticas religiosas, diagnósticos tempranos y específicos, entre otros) puedan ayudarnos a vivir mejor y con menos riesgos para la salud.

Esto es particularmente importante cuando pensamos en los niños y los jóvenes, que están cada vez más expuestos a los riesgos de enfermedades vinculadas con los cambios radicales de la civilización moderna. Es suficiente reflexionar sobre el impacto que el humo, el alcohol o las sustancias tóxicas halladas en el aire, el agua y el suelo tienen sobre la salud humana (cf. la Carta Encíclica *Laudato si'*, 20). Un alto porcentaje de tumores y otros problemas de salud en los adultos se pueden

evitar a través de medidas preventivas tomadas durante la infancia. Esto, sin embargo, requiere una acción global y constante que no se puede delegar en instituciones sociales y gubernamentales, sino que exige el compromiso de cada uno. Urge, por lo tanto, que se difunda una mayor sensibilidad en favor de una cultura de la prevención como primer paso hacia la protección de la salud.

Debemos, además, destacar con mucha satisfacción el gran esfuerzo de la investigación

científica destinada al descubrimiento y la difusión de nuevos tratamientos, especialmente cuando tocan el delicado problema de las enfermedades raras, autoinmunes, neurodegenerativas y muchas otras. En los últimos años, el progreso en la investigación celular y en el campo de la medicina regenerativa nos ha permitido alcanzar nuevas metas en las técnicas de reparación de los tejidos y en las terapias experimentales, abriendo un capítulo

importante en el progreso científico y humano, incluido en vuestra conferencia con dos términos: reparar y curar. Cuanto mayor sea nuestro compromiso en favor de la investigación, más relevantes y efectivos serán estos dos aspectos, permitiéndonos responder de una manera más adecuada, incisiva e incluso más personalizada a las necesidades de las personas enfermas.

La ciencia es un medio poderoso para comprender mejor tanto la naturaleza que

nos rodea como la salud humana. Nuestro conocimiento avanza y con él aumentan los medios y tecnologías más sofisticadas que permiten no solo mirar la estructura más recóndita de los organismos vivos, incluidos los seres humanos, sino también intervenir en ellos de una manera tan profunda y precisa que pueda permitir incluso la modificación de nuestro propio adn. En este contexto, es esencial que aumente nuestra conciencia de la responsabilidad ética hacia la humanidad y el

ambiente en el que vivimos. Mientras la Iglesia elogia todos los esfuerzos de investigación y aplicación encaminados a la atención de las personas que sufren, recuerda también que uno de los principios básicos es que «no todo lo que es técnicamente posible o factible es por eso mismo éticamente aceptable». La ciencia, como cualquier otra actividad humana, sabe que tiene límites que se deben respetar por el bien de la humanidad, y necesita un sentido de responsabilidad ética. La

verdadera medida del progreso, como recordaba el beato Pablo VI, es la que tiene por objeto el bien de todos los hombres y de todo el hombre (cf. Carta Encíclica *Populorum progressio*, 14).

Si queremos preparar el futuro asegurando el bien de cada persona humana, tenemos que actuar con una sensibilidad más aguda cuánto más potentes sean los medios a nuestra disposición. Esta es nuestra responsabilidad con el otro y con todos los seres vivos. Efectivamente, hay necesidad

de reflexionar sobre la salud humana en un contexto más amplio, teniendo en cuenta no sólo su relación con la investigación científica, sino también con nuestra capacidad de preservar y proteger el medio ambiente y con la necesidad de pensar en todos, especialmente en los que experimentan dificultades sociales y culturales que hacen precarios tanto el estado de salud como el acceso a los cuidados.

Pensar en el futuro significa, por lo tanto, emprender un

itinerario marcado por un movimiento doble. El primero, anclado en una reflexión interdisciplinaria abierta que involucre a muchos expertos e instituciones y permita un intercambio mutuo de conocimientos; el segundo, que consiste en acciones concretas a favor de los que sufren.

Ambos movimientos requieren la convergencia de esfuerzos e ideas capaces de involucrar a representantes de diversas comunidades: científicos y médicos, pacientes, familias, expertos de ética y cultura,

líderes religiosos, filántropos, representantes de los gobiernos y del mundo empresarial. Estoy particularmente feliz porque este proceso ya está en marcha, y porque idealmente esta iniciativa una a muchos para el bien de todos.

Os animo, por lo tanto, a cultivar con audacia y determinación los ideales que os han reunido y que ya pertenecen a vuestro itinerario académico y cultural. Os acompaño y os bendigo; y os pido, por favor, que recéis también por mí. Gracias.

29 de abril de 2018. REGINA
COELI.

Domingo.

*Queridos hermanos y
hermanas, ¡buenos días!*

La Palabra de Dios, también
este quinto Domingo de Pascua,
continúa indicándonos el
camino y las condiciones para
ser comunidad del Señor
Resucitado. El pasado Domingo
se puso de relieve la relación
entre el creyente y Jesús Buen
Pastor. Hoy el Evangelio nos
propone el momento en el que

Jesús se presenta como la vid verdadera y nos invita a permanecer unidos a Él para llevar mucho fruto (cf. *Jn* 15, 1-8). La vid es una planta que forma un todo con el sarmiento; y los sarmientos son fecundos únicamente cuando están unidos a la vid. Esta relación es el secreto de la vida cristiana y el evangelista Juan la expresa con el verbo «permanecer», que en el pasaje de hoy se repite siete veces. «Permaneced en mí» dice el Señor; permanecer en el Señor.

Se trata de permanecer en el Señor para encontrar el valor de salir de nosotros mismos, de nuestras comodidades, de nuestros espacios restringidos y protegidos, para adentrarnos en el mar abierto de las necesidades de los demás y dar un respiro amplio a nuestro testimonio cristiano en el mundo. Este coraje de salir de sí mismos y de adentrarse en las necesidades de los demás, nace de la fe en el Señor Resucitado y de la certeza de que su Espíritu acompaña nuestra historia. Uno de los

frutos más maduros que brota de la comunión con Cristo es, de hecho, el compromiso de caridad hacia el prójimo, amando a los hermanos con abnegación de sí, hasta las últimas consecuencias, como Jesús nos amó. El dinamismo de la caridad del creyente no es fruto de estrategias, no nace de solicitudes externas, de instancias sociales o ideológicas, sino del encuentro con Jesús y del permanecer en Jesús. Él es para nosotros la vida de la que absorbemos la savia, es decir, la «vida» para

Llevar a la sociedad una forma diferente de vivir y de brindarse, lo que pone en el primer lugar a los últimos. Cuando somos íntimos con el Señor, como son íntimos y unidos entre sí la vid y los sarmientos, somos capaces de dar frutos de vida nueva, de misericordia, de justicia y de paz, que derivan de la Resurrección del Señor. Es lo que hicieron los santos, aquellos que vivieron en plenitud la vida cristiana y el testimonio de la caridad, porque eran verdaderos

sarmientos de la vid del Señor. Pero para ser santos «no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos [...] Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra» (*Gaudete et Exsultate*, 14). Todos nosotros estamos llamados a ser santos; debemos ser santos con esta riqueza que recibimos del Señor resucitado. Cada actividad —el trabajo, el descanso, la vida familiar y

social, el ejercicio de las responsabilidades políticas, culturales y económicas— cada actividad, pequeña o grande, si se vive en unión con Jesús y con actitud de amor y de servicio, es una ocasión para vivir en plenitud el Bautismo y la santidad evangélica.

Que nos sea de ayuda María, Reina de los santos y modelo de perfecta comunión con su Hijo divino. Que nos enseñe Ella a permanecer en Jesús, como sarmientos a la vid y a no separarnos nunca de su amor. Nada, de hecho, podemos sin

Él, porque nuestra vida es Cristo vivo, presente en la Iglesia y en el mundo.

Después del Regina Coeli:

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer, en Cracovia, fue proclamada beata Anna Chrzanowska, fiel laica que dedicó su vida a curar a los enfermos en los que veía el rostro de Jesús sufriente.

Demos gracias a Dios por el testimonio de esta apóstol de los enfermos y esforcémonos por imitar su ejemplo.

Acompaño con la oración el éxito positivo de la cumbre intercoreana del viernes pasado y el valiente compromiso asumido por los líderes de las dos partes para realizar un camino de diálogo sincero para una península coreana libre de armas nucleares. Rezo al Señor para que la esperanza de un futuro de paz y una amistad más fraterna no sean defraudadas, y para que la colaboración pueda seguir dando buenos frutos para el amado pueblo coreano y para el mundo entero.

La pasada semana la comunidad cristiana de Nigeria fue nuevamente golpeada con el asesinato de un grupo de fieles, entre ellos dos sacerdotes: Confiamos al Dios de la Misericordia a estos hermanos, para que ayude a estas comunidades tan puestas a prueba a reencontrar la concordia y la paz.

Saludo con afecto a los peregrinos hoy presentes, irealmente muchos para nombrar a cada grupo! Pero al menos saludo a aquellos precedentes de Braga

(Portugal), India y Pakistán; a los fieles de Pavia, Crema y Vignale; a los numerosos chicos que han recibido o recibirán la confirmación; y a los adolescentes de Cuneo, Remedello, Arcore, Valle Olona, Modica e Isnello.

Un pensamiento particular para las cofradías de Asís, acompañadas por el obispo; para los jóvenes animadores de los Padres Josefinos de Murialdo; y para los participantes del Congreso nacional del catecumenado, promovido por la Conferencia

Episcopal Italiana.

Queridos hermanos y hermanas, pasado mañana, el día 1 de mayo, por la tarde empezaré el Mes Mariano con una peregrinación al Santuario de la Virgen del Divino Amor.

Rezaremos el Rosario rezando en particular por la paz en Siria y en el mundo entero.

Os invito a uniros espiritualmente y a extender en todo el mes de mayo la oración del Rosario por la paz. Deseo a todos un buen domingo.

Y por favor, no os olvidéis de

rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto.